

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA

NEXOS EN LA HISTORIOGRAFIA: LA CONSTRUCCION DE LA BATALLA DE  
CRECY EN LA HISTORIOGRAFIA INGLESA Y ESTADOUNIDENSE, 1885-2013

Tesis para obtener el grado de licenciado en Historia por:

José Francisco Vera Pizaña

Asesor: Martín F. Ríos Saloma

México, D.F.

Ciudad Universitaria, enero 2016



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Jean Froissart, *Chroniques*, c. 1460-75, BnF, MS Français 2799, fol. 223.

## AGRADECIMIENTOS

Bastantes han sido las personas quienes de una forma u otra han contribuido al desarrollo afanoso de este magno trabajo. Sería imposible enumerar un listado que pueda dar crédito a todos los individuos o colectivos que desde el particular punto de vista del autor le dieron el mayor valor a esta obra. Empero, valdría la pena realizar un esbozo en el cual se de crédito a todos los que influyeron y participaron en la culminación de esta tesis. En primer término, no cabe duda que es a mis familiares a quienes les debo mucho.

Puesto que todas las grandes historias de todos los historiadores comienzan con el onomástico que heredan sus padres, he de agradecer a mi padre y madre (†), quienes con recelo y sabiduría me educaron para ser un hombre honesto y de bien, que cuida de la ley.

Sin lugar a dudas, también he de agradecer al resto de mi familia que me apoyó sin anhelos de beneficios, pero si con sinceridad. Entre ellos, debo mencionar a mis hermanos, los cuales me brindaron su apoyo y su paciencia durante la realización de este trabajo. Vale la pena, además, dar crédito a mis demás familiares: a mis tíos, tías, primos, primas, abuelos y abuelas, tanto de la bella Ciudad de México, como de la hermosa Guadalajara. Razones sobran para darles a todos ellos el debido reconocimiento por su apoyo.

Me gustaría, además, reconocer a mis amigos y amigas, quienes con su amistad y enorme paciencia, no me dejaron solo durante toda mi carrera. Primeramente a Alejandro y a Eduardo, mis dos mejores amigos desde la preparatoria, con quienes comparto un gran amor por los videojuegos, el fútbol, las ciencias naturales y la cultura. También a mis inseparables amigos y camaradas de licenciatura, Carlos y Eduardo, con los que he estado unido en el duro camino de la Historia Militar; a veces solitario y rechazado por algunas personas, pero siempre edificante e invaluable para todos nosotros.

Entre los muchos amigos y amigas que hice en la carrera, los más especiales, debo reconocer, los hice en el del Seminario de Estudios Históricos Sobre la Edad Media. Ellos me apoyaron desde el inicio y me ayudaron a continuar por el camino del medievalismo. Además, he de mencionar la valiosa ayuda del Maestro Diego Améndolla, quien no dudó en brindarme su apoyo en la construcción de esta investigación, y sin su ayuda, probablemente no estaría donde estoy ahora. De igual forma, debo agradecer grandemente a

otro Maestro del seminario, quien además, fue uno de mis lectores más profundos: Rubén Andrés, quien me ayudó a conceptualizar algunos de los términos más importantes de la tesis. Además, la Licenciada Cynthia Maciel ayudó a redactar nuevamente párrafos con errores en la redacción, para hacer una lectura mucho más ágil. Sobre todo, debo reconocer la valiosa ayuda e inspiración que me brindaron dos grandes profesores de la Academia: los Doctores Bernardo Ibarrola y Martín Ríos. Con el primero inicié los estudios militares vistos desde una perspectiva de la ciencia histórica, mientras realizaba con el segundo los estudios sobre el periodo medievales más importantes. Aunado a ellos, debo agradecer a todos los profesores que tuve en la facultad, pues gracias a ellos recibí la educación de más alta calidad en el conocimiento histórico de todo México, lo que me permitió llegar hasta este momento. Gracias a la Facultad de Filosofía y Letras, por enriquecerme académicamente; gracias a la Universidad Nacional Autónoma de México, mi *alma mater*, por la oportunidad de contribuir al conocimiento del mundo entero.

A mi papá, a mi mamá y a mi novia.

# ÍNDICE

Índice de imágenes.....	7
INTRODUCCIÓN .....	8
CAPÍTULO I .....	27
I.1. Estrategia, táctica y ciencia: las primeras interpretaciones académicas del conflicto de Crécy .....	27
I.2. La forma científica de luchar: los principios de la interpretación de Crécy .....	34
I.3. La estrategia inglesa: definición, significado e interpretación histórica de <i>herse</i> .....	44
I.4. “Entonces Eduardo volcó su invasión en una aventura peligrosa”. La estrategia fantasma ..	56
I.5. La importancia de las revistas científicas: la búsqueda de la verdad.....	72
I.6. El revisionismo histórico: cronología contra historiografía .....	78
I.7. Conclusión. ....	82
CAPÍTULO II .....	88
II.1. Revoluciones, complejidades y alianzas: el resurgimiento de la estrategia en la Edad Media .....	88
II.2. La Revolución Militar: entre la tecnocracia y el evolucionismo .....	94
II.3. ¿Quién hace la guerra posible? La historia militar de los no combatientes .....	103
II.4. De la “pieza” de batalla al rostro de la batalla: la <i>nueva</i> historia militar .....	108
II.5. La Guerra de los Cien Años: hacía un nuevo milenio .....	130
II.6. Conclusión .....	147
CAPÍTULO III .....	151
III.1. Terrorismo, generaciones mezcladas y el <i>Fin de la Historia</i> .....	151
III.2. La influencia estadounidense: una nueva interpretación de la campaña .....	157
III.3. El fin del recorrido: las nuevas construcciones sobre la batalla de Crécy.....	191
III.4. Conclusión .....	206
CONCLUSIONES .....	209
Anexo I. Líneas de sucesión inglesa y francesa. ....	224
Anexo II. Batallas y protagonistas históricos.....	225
Anexo III. Arcos y ballestas.....	228
Anexo IV. Entrevista. ....	230
Bibliografía. ....	232

## Índice de mapas

Mapa 1. “The Crécy Campaign: the route of the English Army”. 12 de julio, llegada a Saint-Vaast-la-Hougue; 13 de agosto llegada a Poissy; 24 de agosto llegada a Blanchetaque; 26 de agosto, por la tarde, se da la batalla de Crécy (Modificado, en Andrew Ayton, <i>The Battle of Crécy, 1346</i> , p. 2). .....	17
Mapa 2. “Battle of Cessy 1346” Se puede observar cómo los arqueros (B) fueron representados en líneas rectas horizontales encasilladas entre las batallas de infantería (A) (Charles Oman, <i>The Art of War</i> , entre pp. 100 y 101).....	42
Mapa 3. “Crécy, August 26, 1346”. Nueva representación de la batalla. Resalta que se haya adoptado la sugerencia táctica de los contingentes de arqueros propuesta por Hereford George. Ahora, en vez de estar desplegados en línea recta, los arqueros se distribuyeron de forma triangular entre las batallas de infantería (A <i>History of the Art of War</i> , entre pp. 606-607).....	71
Mapa 4. “Battle of Crécy, 26 August 1346”. Se observa una marcada diferencia con los mapas desarrollados por sus colegas, especialmente en la manera en que se formaron los arqueros, pues las batallas inglesas se desplegaron una tras otra, mientras eran flanqueadas por cúmulos de arqueros. Muy diferente a la interpretada a partir de Froissart (Sumption, <i>Trial by Battle</i> , p. 527).....	139
Mapa 5. “Conjetural reconstruction of the English battle formation at Crécy”. Según la interpretación de la Crónica del Romano Anónimo, los arqueros se posicionaron en las alas, desperdigados en forma circular como en el mapa de Sumption; pero con la diferencia que los hombres de armas están integrados en una sola batalla dentro de un fuerte hecho de carretas (Modificado, Barber, “The Battle of Crécy”, p. 37). .....	199
Mapa 6. “Reconstruction of the English battle formation at Crécy”. Según Barber, es la que mejor podría describir la batalla de Crécy si se toman de base las crónicas italianas: Giovanni Villani y el Romano Anónimo (Andrew Farmer, en Barber, <i>Edward III and the Triumph of England</i> , p. 495). .....	205

## Índice de imágenes

- Imagen 1. “Herse”. Diseño presentado por George para explicar el posible significado de lo que Froissart denominó herse. A diferencia del mapa de Oman, en éste los contingentes de arqueros se dibujaron a modo de “zigzag” (George, Battles of English History, p. 62). ..... 47
- Imagen 2. Líneas genealógicas de los Plantagenet, Capetos y Valois. .... 224
- Imagen 3. Distintos tipos de arcos: 1- arco largo (utilizado en la batalla de Crécy); 2- arco asimétrico; 3- arco plano Holmegaard; 4- egipcio doblemente convexo; 5- unido angularmente; 6- arco simple segmentado; 7- chino, 8- tuco; 9- siberiano; 10- hurrite; 11 y 12- hitita; 13- angular asirio. .... 228
- Imagen 4. Dos ballestas y dos dagas de finales de la Edad Media. A la izquierda, una ballesta simple; a la derecha, una ballesta con sistema de poleas para poder tensar la cuerda. La ballesta de la izquierda sería la que mejor ejemplificaría la utilizada en Crécy en 1346... 229

## INTRODUCCIÓN

*Todas las explicaciones históricas son reconstrucciones de algún tiempo, y por tanto es probable que sufran cambios a lo largo del tiempo. Esto significa también que el estudio de la historia no puede ofrecer certezas absolutas, sino únicamente sugerir aproximaciones de la realidad que un día fue presente. En otras palabras, no existe una crónica histórica verdadera.*

Fred Spier, *El lugar del hombre en el cosmos*.

*La historia, dicen muchos, es cambio, la historia, dicen otros, es permanencia. En realidad no es que uno sea ecléctico, es que a fuerzas tiene uno que convenir en que la historia es cambio y permanencia. El arte de saber cómo distinguir dónde está lo cambiante y dónde está lo permanente, en eso consiste el saber ser historiador.*

Álvaro Matute, curso “Historia de la escritura de la historia en México”, 2010.

### **Las posibilidades infinitas: construcción, significados y aprendizaje**

La guerra, aquel conflicto armado que sostienen dos –o más– participantes a lo largo de un tiempo y lugar determinado, cuyo desenlace altera de forma importante el devenir histórico, podría considerarse una característica inherente de la naturaleza del Ser Humano. El que ésta pueda enmarcarse en una categoría “buena” o “mala”, no es más que una diferenciación surgida de la visión del mundo promovida por el cristianismo y las religiones universalistas;<sup>1</sup> visión que en los últimos siglos parece haber resurgido con mayor intensidad, dado el constante estado bélico en que se ha encontrado el mundo a lo largo de todo el siglo XX.

---

<sup>1</sup> Aunque por supuesto, con sus debidos matices. El sentido aquí es un tanto filosófico, pues tiene más que ver con la idea del triunfo del bien sobre el mal en todas las manifestaciones humanas, lo que origina una interpretación de las acciones y los procesos históricos encasillada en estos valores morales, pero sin entender los contextos y los objetivos que permeaban durante el desarrollo de los conflictos. De esta forma, el historiador no debe caer en esas interpretaciones tan incompletas y analizar los hechos desde una perspectiva libre de cualquier carga moral.

Campaña y batalla, forman parte de la terminología militar, y respectivamente, la primera describe las operaciones conjuntas que deben realizar los diferentes integrantes de las fuerzas armadas –los sistemas de armamento, la intendencia, la logística, el reclutamiento, entre otros– para alcanzar los objetivos propuestos por su Estado Mayor –o la institución equivalente al periodo a ser analizado–; la batalla, por otro lado, puede considerarse el fin último de la campaña –desde una perspectiva clausewitziana– o como el elemento determinante de una guerra –como lo entienden los anglosajones–, pero en última instancia, es el momento en que ambas fuerzas beligerantes se enfrentan en un lugar y momento determinado, para así modificar de forma sustancial el curso de los acontecimientos militares por medio del despliegue efectivo de una importante cantidad de elementos.<sup>2</sup>

Según la corriente a la que se adjudique el historiador militar, su deber es analizar, comprender y explicar las causas, desarrollo y conclusiones de los conflictos bélicos, ya sea desde una perspectiva en la que impere el análisis de la campaña y batalla, los aspectos sociales que se desenvuelven a la par de un conflicto, los cambios tecnológico-militare que se han producido durante los periodos bélicos, la historia de las instituciones armadas, o del estudio de la guerra como una forma de alcanzar la paz.

Además, es menester estudiar la evolución del pensamiento militar y las diferentes visiones sobre la guerra que han tenido los historiadores militares, para así comprender de qué forma se ha modificado el pensamiento respecto a los hechos bélicos y la forma en que éste era plasmado en las interpretaciones históricas. En pocas palabras, es necesario el estudio de la historiografía militar para comprender en dónde está parado el historiador moderno y qué nuevas perspectivas o líneas de investigación puede proponer en sus trabajos.

Ahora bien, la guerra medieval presenta ciertas consideraciones que la diferencian del resto de los estudios bélicos sobre los diferentes periodos históricos, especialmente a los

---

<sup>2</sup> Una batalla puede modificar de manera importante el desarrollo de la guerra, pero no necesariamente tiene que ser definitiva en su resultado. Por otro lado, si la conclusión del enfrentamiento no tiene un impacto importante, pero se destina una gran cantidad de personal en el conflicto, puede considerarse como una batalla –por ejemplo Morlaix, cuyo desenlace no tuvo un impacto directo en el curso de la Guerra de los Cien Años, pero dado que dos fuerzas importantes se enfrentaron, aun así puede entrar dentro de la categoría de batalla–. Sin embargo, si se da un conflicto entre tropas menos organizadas y a menor escala, con desenlaces inciertos o de poca importancia, se está ante una escaramuza o combate de poca monta.

referidos a la guerra moderna. Como en la mayoría de los conflictos anteriores al siglo XIX, las fuentes sobre los combates en la Edad Media son muy escasas, y son pocas las que pueden ofrecer una visión imparcial para ser contrastadas. Sumado a ello, la propia forma en que los cronistas daban testimonio sobre lo acaecido en sus tiempos permite diferenciar al periodo de cualquier otro. Por ejemplo, algunas de las crónicas y obras de importancia histórica eran construidas a partir de testimonios dudosos de hechos ocurridos muchos años después del acontecimiento. También se dio el caso en que algunas obras eran copias de trabajos anteriores a los que se le adicionaban ciertas consideraciones o interpretaciones propias, aunque no por ello se consideraban plagios. Otra forma de historiar era continuar una obra inconclusa, pero sin especificar en qué momento comenzaba un autor y cuándo terminaba otro.

De igual forma, la Batalla de Crécy podría considerarse peculiar en relación a muchas de las batallas más trascendentes de la Guerra de los Cien Años. Las fuentes más importantes para su estudio, Jean le Bel y Jean Froissart en realidad fueron escritas mucho tiempo después del desarrollo de los hechos y a partir de entrevistas a los supervivientes de la guerra.<sup>3</sup> Por otro lado, los testimonios escritos por los propios participantes en la batalla son aún más escasos, como por ejemplo, la *Crónica del Romano Anónimo*, que se supone, fue escrita por alguno de los ballesteros que integraban las fuerzas mercenarias del ejército francés.<sup>4</sup> Al mismo tiempo, las complicaciones se hacen más evidentes cuando se intenta determinar el lugar exacto en donde ocurrieron los hechos, pues las interpretaciones recientes podrían probar que en realidad la batalla no ocurrió donde se ha creído que aconteció durante siglos.<sup>5</sup>

Ahora bien ¿qué importancia tiene el estudio de la Edad Media desde México? Y más aún ¿qué relevancia tiene hacer investigaciones sobre la guerra en la Edad Media? La respuesta a la primera pregunta dada por muchos medievalistas es que en América Latina tenemos una visión diferente e imparcial de lo acontecido en Europa, gracias precisamente a nuestra propia lejanía histórica y geográfica con el periodo y los simbolismos nacionales.

---

<sup>3</sup> Vid. Richard Barber, *Edward III and the Triumph of England: the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Penguin Global, 2014, pp. 3-29.

<sup>4</sup> Barber, "Edward III and the Battle of Crécy", *History Today*, Londres, n. 63, octubre 2013, pp. 33-38, ils.

<sup>5</sup> <http://liverpooluniversitypress.co.uk/products/59852> consultado 10-11-2015.

Esto es cierto en parte. Sí podemos interpretar los hechos de forma mucho más neutral, dado que no guardamos una relación directa con la pertenencia a esos lugares. Pero eso no significa que seamos cien por ciento objetivos, pues el factor del interés, gusto y amor por la Edad Media, ya de por sí nos da una visión subjetiva de la historia.

Por otro lado, hablar de una relación inexistente entre México y el periodo medieval sería caer en un error. El encuentro de ambas civilizaciones trajo consigo una serie de valores, ideas y formas de observar el mundo propio del pensamiento medieval, mismas que fueron recogidas hace ya algunos años por Luis Weckmann en sus libros *La herencia medieval de México* y *La herencia medieval del Brasil*.<sup>6</sup> Aunado a ello, valdría la pena preguntarse ¿dónde comienza la historia de México? ¿Inicia con las civilizaciones precolombinas? ¿O en cambio, con el mestizaje y el llamado periodo colonial? Podría incluso considerarse el nacimiento de México hasta la Independencia, para los historiadores más liberales. Sin embargo, algo es innegable: los mexicanos de hoy en día son producto de la unión entre ambos mundos. Pocos son los herederos de las civilizaciones mesoamericanas que han sobrevivido hasta hoy en día, y todavía son menos los que entran en la agenda política de México. El legado prehispánico existe, pero en las pirámides, cerámicas, códices y crónicas, mientras sus descendientes directos yacen, en muchos de los casos, olvidados por la historia nacional.<sup>7</sup>

Así pues, hablar de la historia de México es también referirse a la historia de España, y con ella, entender sus guerras en Europa, sus palacios –sustentados con oro y plata americana–, su imperio y sobre todo, su Edad Media; aspectos que las viejas interpretaciones históricas oficialistas y académicos llegaron a ignorar o rechazar con gran ahínco, lo que se tradujo en una cultura en contra de todo aquello que recordara la influencia española, lo cual al mismo tiempo generaba contradicciones –el propio idioma sería el ejemplo más claro.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica-Colmex, 1994, 680 p; *La herencia medieval del Brasil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 400 p.

<sup>7</sup> Los casos más emblemáticos y al mismo tiempo, los más terribles en la modernidad mexicana, fueron los indios Yaquis de finales del siglo XIX. También en los años noventa del siglo XX, estalló una rebelión armada en Chiapas, cuyas filas estaban integradas por pueblos indígenas, e incluso hoy en día, no parece existir un buen futuro para estos ciudadanos, pues Chiapas es uno de los estados más pobres de México.

<sup>8</sup> Aún este pasado 12 de octubre de 2015, fecha antes conocida como “día de la raza”, internet se llenó de frases e imágenes con referencia al “saqueo, violación y destrucción de América”, prueba de la visión antigua y caduca que cierto sector de la población aún mantiene sobre la mezcla de civilizaciones.

Para ello, podría tomarse de ejemplo –y de forma directa con esta investigación– la manera en que Estados Unidos se apropió de un periodo de la historia medieval de Inglaterra desde la Academia: la batalla de Crécy, pues entendieron que no compartían únicamente una misma lengua, sino que también compartían una misma historia, la cual podía ser rastreada hasta la Edad Media. Si bien esta investigación no es sobre la historia de España ni mucho menos sobre la de México, parte de los resultados que esta tesis arroja, puede servir como un antecedente para aumentar los estudios medievales –tanto de España como del resto de Europa– en los que se pueda crear una historia total y libre de fronteras nacionalistas mal entendidas.

Ahora bien, la historia no sólo es pasión, sino que también es necesidad, por tanto debe tener una trascendencia social. Así pues, ¿qué importancia tiene realizar un estudio de la historiografía de la guerra en la Edad Media desde México? En primer lugar, la respuesta obligada: si los estudios medievales son de por sí escasos en México –existen especialistas, pero son contados en relación con los que existen sobre Nueva España, Revolución Mexicana, Mesoamérica, etc.–, y de entre ellos, son pocos los que se dedican a la Historia Militar<sup>9</sup> en este país. No es sólo un problema de falta de estudios *per se*, sino que las investigaciones sobre la Edad Media realizadas desde México carecen, en muchas ocasiones, de elementos sobre historia militar, lo cual le impide tener acceso a ese elemento constitutivo, que junto a la política, religión y cultura, le dieron forma a la Europa moderna: la guerra.<sup>10</sup>

Una segunda justificación es el valor que este trabajo tiene para la historiografía. En realidad, observar cómo se ha construido la batalla de Crécy a lo largo del tiempo no se ha hecho a la escala en que esta tesis propone. El ejemplo que más se acerca a mis objetivos se encuentra en la tesis doctoral de Clifford Rogers, *Werre cruelle and sharpe*,<sup>11</sup> en la que el autor hace un pequeño balance historiográfico sobre cómo se transformó la historia militar y

---

<sup>9</sup> Como ejemplo está la tesis de licenciatura Alberto Trejo Martín, *El campo de batalla, ¿un lugar excepcional? las navas de Tolosa (16 de julio de 1212)*, asesor Martín Ríos Saloma, por la Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, 90 p., ils.

<sup>10</sup> Grandes especialistas sobre el periodo, como Maurice Keen y Christopher Allmand, concuerdan en que es imposible hacer a un lado la guerra si se quiere estudiar la Edad Media.

<sup>11</sup> Clifford Rogers, *Werre cruelle and sharpe: English Strategy under Edward III, 1327-1347*, tesis de doctorado por Ohio State University, 1994, pp. 308-341.

cómo en parte –pues no llegó a concluir con mayor profundidad, dado que sus objetivos eran otros– repercutió en la forma en que se entendió la estrategia y campaña de Eduardo III desde finales del siglo XIX al XX. Algo parecido ocurre en la obra de Andrew Ayton, *The Battle of Crécy*,<sup>12</sup> en donde analiza el contexto y el significado de la batalla, pero de igual forma que Rogers, sus objetivos son otros y no profundiza tanto en la historiografía, como sí lo hace en su importancia histórica.

Por lo tanto, sería una novedad no sólo en México, sino que –al menos hasta mi capacidad de investigación pudo llegar– en Europa y América, realizar una investigación que ayude a entender la construcción y el reflejo de los significados históricos de la batalla. Esto finalmente serviría como un espejo de la historiografía inglesa, el cual busque explicar por qué escribieron como lo hicieron, a qué le daban prioridad en sus escritos, y cuáles eran sus motivos para escribir sus temas. De igual forma, los resultados ayudarían a generar el debate en otros campos de la historia y la historiografía, especialmente la mexicana: ¿cómo entendemos lo que sabemos de la historia de México? ¿Cómo han evolucionado los significados y formas en que se construyeron los hechos de la historia patria? Y en este caso, el epígrafe referente al doctor Álvaro Matute tiene mucho sentido: ¿qué ha cambiado y qué ha permanecido en la forma de interpretar los hechos y sus significados?

Carl von Clausewitz dijo en su libro *De la guerra*,<sup>13</sup> que la guerra era la continuación de la política por otros medios. A lo largo de su texto dio ejemplos sobre este postulado a partir de las experiencias de los ejércitos desde el siglo XVIII. Sin embargo, ignoró completamente el periodo en el que su famosa frase era puesta en práctica al pie de la letra: la guerra medieval. Especialmente, las guerras de Eduardo III serían un ejemplo claro de cómo los ingleses presionaron a sus enemigos por medio de la violencia para alcanzar objetivos políticos concretos.

Ahora bien, antes de continuar con los aspectos teóricos que se contemplan en esta investigación, valdría la pena presentar una descripción del conflicto de Crécy a partir de la historiografía. Ello significará una narración laxa pero inclusiva en sus postulados, la cual no

---

<sup>12</sup> Ayton y Philip Preston (eds.), *The Battle of Crécy*, Suffolk, The Boydell Press, 2005, XI-390 p., ils

<sup>13</sup> Carl von Clausewitz, *De la Guerra*, Madrid, La esfera de los libros, 2014, 740 p., mapas.

buscara ser considerada una verdad absoluta, sino más bien, expondrá los puntos en común en los que la mayoría de los historiadores han llegado a un consenso sobre lo sucedido en la campaña y en la batalla.

### **La batalla de Crécy, 26 de agosto de 1346**

El gran problema que ha tenido el estudio de la Batalla de Crécy ha sido que las fuentes no son claras respecto a lo acontecido la tarde noche del 26 de agosto. Muchas de ellas son contradictorias en los acontecimientos que describieron los cronistas, mientras otras tantas se encuentran incompletas o se perdieron con el paso del tiempo. Por otra parte –y como ya se explicó–, muy pocos de estos testimonios fueron relatados directamente por algunos de los protagonistas del conflicto, y en gran medida todas fueron construcciones muy posteriores a los hechos, dictadas a los cronistas por los participantes que muchos años después de lo sucedido daban testimonio de lo ocurrido en 1346. Sin embargo, esta misma carencia de fuentes ha sido un terreno fértil para entender cómo ha evolucionado no sólo la historia de la batalla, sino también la propia historiografía militar y la historiografía académica. De esta forma y con base en la historiografía, ofreceré una breve representación de la historia del conflicto que pueda servir al lector como una introducción narrativa de lo que más adelante se abordará en la investigación.

Al amanecer del día 12 de julio de 1346, la mayor operación anfibia de la Guerra de los Cien Años tuvo lugar en el puerto de Saint Vaast-la-Hougue,<sup>14</sup> en la península de Contentin al norte de Normandía. El tamaño de la flota que el rey Eduardo III Plantagenet había traído consigo era inmensa, y tomó a los normandos y franceses por completa sorpresa, lo que permitió al ejército inglés desembarcar sin mayor contratiempo y con escasa resistencia de los pueblos aledaños.<sup>15</sup> La marcha inició cinco días después de tocar puerto,

---

<sup>14</sup> Vid. Ayton, *op.cit.*, p. 1.

<sup>15</sup> *Idem*. Para una extensa reconstrucción de los preparativos y el desembarco, así como de sus significados, el capítulo seis de la obra de Barber es uno de los mejores textos, Barber, “The Ccrécy Campaign”, en *Edward III and the Triumph of England: the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Penguin Global, 2014, pp. 178-212. También el capítulo diez de la tesis doctoral de Clifford Rogers, *Werre Cruelle and Sharp: English Strategy under Edward III, 1327-1347*, tesis de doctorado por Ohio State University, 1994, pp. 308-342.

tiempo que dedicaron los hombres de Eduardo a descargar los suministros, caballos y carretas de transporte.

A pesar del tiempo que les llevó ponerse en marcha, los ingleses no encontraron gran resistencia a lo largo de su avance sobre Francia, al menos hasta que llegaron a Caen (26 de julio), donde se toparon con una fuerte defensa de la fortaleza. Para evitar que el sitio durara más de la cuenta, los hombres de Eduardo III se dedicaron a quemar, saquear y devastar la ciudad –acciones que repetiría sobre todos los pueblos que se encontraría a su paso, con más impunidad si éstos no se rendían a la primera llamada–, hasta que finalmente el castillo cedió ante el embate inglés.

Así pues, las tropas inglesas continuaron su marcha por Normandía en dirección hacia París por los límites del Río Sena, pero debido a que todos los puentes a lo largo del litoral habían sido desarmados, no fue sino hasta que llegaron a Poissy donde finalmente pudieron atravesar el Sena. Del otro lado, en la capital francesa, Felipe VI de Valois reunía a sus huestes, mientras esperaba refuerzos del duque de Normandía, quien se encontraba en Aiguillon a la mitad de un prolongado sitio contra los ingleses. Sin embargo, para el momento en que un gran contingente de caballeros, escuderos y hombres de armas<sup>16</sup> se había reunido en Saint Denis, Eduardo III ya había cruzado el puente de Poissy y se dirigía hacia el norte, a la región de Picardía. Ello obligó a Felipe a perseguirlo hasta sus últimas consecuencias,

---

<sup>16</sup> Esta nomenclatura resulta confusa pues los cronistas no son claros respecto a qué quieren decir con este término. Ello ha llevado a los historiadores a realizar meras especulaciones en función del contexto en que es empleado en las fuentes. Por ejemplo, muchos utilizan el término para clasificar a los soldados mejor entrenados de los ejércitos medievales, en cuyo caso se entiende que son los *bellatores* o la nobleza caballeresca. En el caso de la batalla de Crécy, se mencionan como “hombres de armas desmontados”, lo que ampliaría su definición tanto a los que usan caballo como a los que no. Por otro lado, existe una diferencia explícita entre hombres de armas, piqueros y arqueros, la cual va en función de su armamento utilizado: “Hombres de armas” presentan otro problema; es un término usado de forma general y vaga en el texto medieval. Yo [Richard Barber] he usado para denotar cualquier soldado vestido de armadura metálica, que significa que ellos podían ser infantería armada o los caballeros más fuertemente armados; no es un rango, sino una clasificación. Excluye arqueros, que iban armados más sencillamente, e infantería con pequeñas lanzas o dagas, que quizá tenían una armadura de cuero o jubones acolchados como protección”. Barber, *op.cit.* p. xv. Por lo tanto, aunque es difícil clasificar al “hombre de armas” de manera tajante, cuando se amplía su espectro de definición, puede ofrecerse una mejor idea de qué se entendía por este elemento.

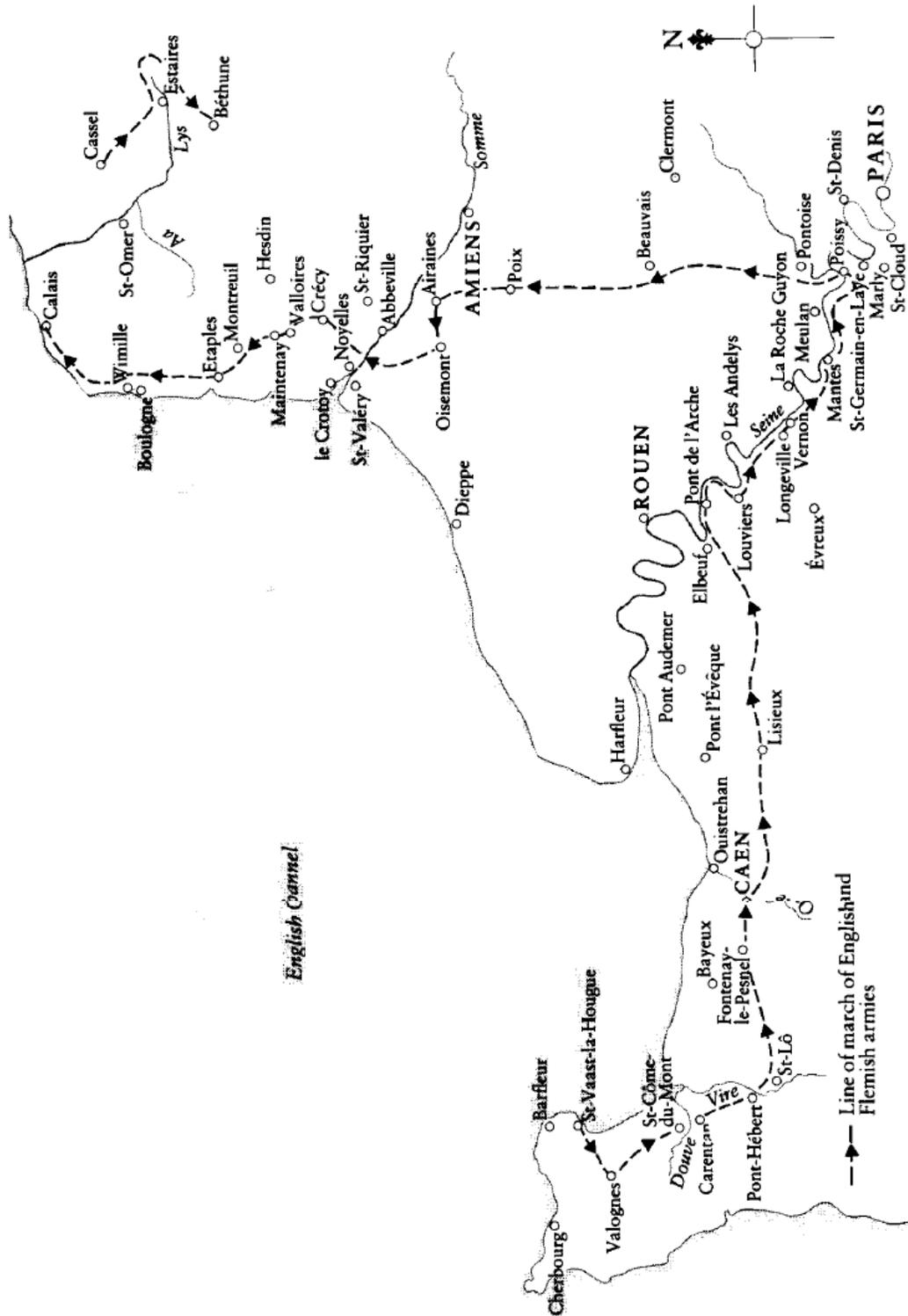
pues hasta ese momento, la dignidad real del primer Valois ya había sido manchada y profanada por un rey extranjero.

El rey de Inglaterra continuó su marcha, y a mediados de agosto bordeó el Río Somme en busca de un puente por el cual cruzar al otro lado y encontrarse con sus aliados flamencos, que se esperaba, ya habían comenzado a debilitar la franja norte de Francia. Empero, una vez más –como en el Sena–, todos los puentes habían sido quemados o desarmados por sus enemigos. No fue sino hasta que un oriundo de la zona, un tal Gobin Agache, le indicó al monarca dónde podía cruzar con seguridad a cambio de algunas monedas y la promesa de su libertad. Así pues, el día 24 de agosto, las tropas inglesas llegaron al estrecho de Blanchetaque, un punto del río que permitía el paso durante un par de horas dos veces al día.<sup>17</sup> Finalmente, el 26 de agosto, junto a la villa de Crécy-en-Ponthieu, el ejército anglogalés de Eduardo III se desplegó sobre el terreno en tres “batallas”<sup>18</sup> cubiertas por arqueros a modo de “alas” en los flancos. Ahí, el rey y sus hombres, esperaron hasta pasado el mediodía la llegada del grueso del ejército francés.

---

<sup>17</sup> Según la narrativa clásica sobre la campaña de Eduardo III, mientras las tropas inglesas cruzaban el vado, se produjo un enfrentamiento entre un destacamento francés que se había adelantado para alcanzar a Eduardo. Sin embargo, Andrew Ayton no está de acuerdo con ello, pues las únicas fuentes contemporáneas que dieron fe de la escaramuza fueron Jean le Bel y Jean Froissart, por lo que sería más probable que el enfrentamiento fuese una invención del primer cronista. *Vid. Ayton, The Battle of Crécy...*, pp. 91-93.

<sup>18</sup> En este caso, *batalla* se entiende como un contingente de hombres desplegados durante un conflicto bélico. El número de unidades que integraban las batallas medievales varía según las necesidades de los ejércitos y sus objetivos inmediatos, pero en general abarca desde el batallón hasta la división de los ejércitos modernos, esto es, de mil a diez mil unidades. Por ejemplo, el ejército de Eduardo III que invadió Normandía en 1346 dividió sus tropas en tres batallas durante la marcha integradas entre tres mil y cuatro mil hombres por cada división. Esto con el objetivo de devastar de mejor manera el territorio. Lo mismo ocurrió durante la batalla de Crécy, lo que le permitía al ejército tener una mayor movilización y distribución de las órdenes durante el combate.



Mapa 1. "The Crécy Campaign: the route of the English Army". 12 de julio, llegada a Saint-Vaast-la-Hougue; 13 de agosto llegada a Poissy; 24 de agosto llegada a Blanchetaque; 26 de agosto, por la tarde, se da la batalla de Crécy (Modificado, en Andrew Ayton, *The Battle of Crécy, 1346*, p. 2).

En Crécy, el número estimado de tropas reunidas por parte del rey de Inglaterra fue aproximadamente de entre 14.000 y 15.000 hombres, en los que se incluían arqueros, hombres de armas desmontados y piqueros; por otro lado, los franceses reunieron aproximadamente 15.000 y 20.000 elementos que formaban una masa desorganizada de hombres de armas montados, escuderos, peones e infantería de leva, a los que se sumaban al menos 1.500 ballesteros genoveses contratados por Felipe VI.<sup>19</sup> La estrategia inglesa era relativamente sencilla, y ya había sido ensayada en Escocia y en Francia:<sup>20</sup> agrupados en dos “batallas” de hombres de armas desmontados y piqueros, esperarían la carga de caballería enemiga, mientras la tercera serviría a modo de reserva en la retaguardia; sobre una colina donde se alzaba un molino, el mismo rey Eduardo colocó su centro de mando y de observación; los arqueros estarían en las alas y serían los primeros en entrar en combate.<sup>21</sup> En el bando contrario, la estrategia incluía un primer ataque de ballesteros antes de que la caballería pudiese entrar en combate, en última instancia, para los franceses la batalla se definiría como una gran carga de caballería como en tiempo de Carlomagno o de los ejércitos cruzados.

Richard Barber ofreció una descripción muy detallada y profunda del avance genovés, mientras que Rober Hardy presentó un análisis de la logística y eficacia con que lucharon los arqueros de tiro largo contra los ballesteros y la caballería enemiga.<sup>22</sup> Tras el desastre de los genoveses, los hombres a caballo avanzaron contra la primera batalla inglesa –comandada

---

<sup>19</sup> Ayton, pp. 15-18.

<sup>20</sup> En la batalla de Morlaix, el ejército inglés comandado por Northampton le asestó una dura derrota a Carlos de Blois, precisamente con la misma táctica militar que posteriormente se usaría en Crécy. *Vid.* Frank Dorber, "Backs to the Woods at Morlaix", *Military History*, Londres, n. 22, diciembre 2005, pp. 42-48, ils.

<sup>21</sup> Sobre la posición “real” de los arqueros, remito al lector a observar en esta investigación las diferentes posturas de la formación de batalla. Además, los diversos mapas aquí presentados pueden servir como un medio por el cual se puede observar la evolución de las diferentes teorías en torno a esta discusión.

<sup>22</sup> Es imposible extenderse en demasía sobre las descripciones que proponen los especialistas, así que únicamente citaré sus trabajos. Para el caso de los ballesteros, *vid.* Richard Barber, "Edward III and the Battle of Crécy", *History Today*, Londres, n. 63, octubre 2013, pp. 33-38, ils., para el caso de los arqueros, *vid.* Hardy, Robert, *Longbow, a Social and Military History*, Sparkford, Haynes, Publishing, 2010, p. 244. Por supuesto, también los trabajos de Clifford Rogers: “Edward III and the Dialectics of Strategy, 1327-1360: The Alexander Prize Essay”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 6ª Serie, v. 4, 1994, pp. 83-102; *Werre cruelle and sharpe...op.cit.*; y en especial, *The Wars of Edward III, Sources and interpretations*, Woodbridge, The Boydell Press, 1999, 384 p., ils., mapas. Este último trabajo contiene una gran cantidad de fuentes primarias y trabajos secundarios de especialistas sobre las guerras de Eduardo III en Escocia y en Francia.

por el príncipe de Gales—, mientras los arqueros menguaban su impetuosa andanada. Algunos contingentes franceses, sin embargo, lograron evadir la munición de los arqueros y se enfrentaron a la columna comandada por el príncipe de Gales. El conflicto se extendió durante toda la noche y hasta la madrugada del día siguiente, mientras oleada tras oleada de caballería intentaba penetrar la formación inglesa. Finalmente, el rey de los franceses, ya herido por una flecha, huyó del desastre en que él mismo había metido a sus tropas al no ser capaz de mantener la disciplina entre sus hombres.

Al día siguiente de la batalla, el 27 de agosto de 1346, el ejército inglés tomó un momento de solemnidad para conmemorar su contundente victoria ante Felipe VI de Valois y la hasta entonces conocida como “la flor de la caballería europea”.<sup>23</sup> Al mismo tiempo, los sacerdotes franceses recorrieron el campo que, una noche antes, había sido testigo de la más grande batalla del siglo XIV. Su objetivo era contar los muertos de la noche anterior y auxiliar a los heridos que habían quedado sepultados entre los cuerpos de los nobles y su séquito,<sup>24</sup> sin duda, un escenario apocalíptico para un tiempo en el que los enfrentamientos entre nobles se traducían en muy pocos muertos y muchos prisioneros de guerra, de los cuales se obtenían grandes botines de guerra.

Aunque es imposible conocer la cifra exacta de los caídos de ambos bandos, algunas estimaciones apuntan a que fueron entre 100 y 500 las bajas inglesas de los 15.000 efectivos, mientras que en el lado francés, los números más verosímiles estiman a los caídos en más de 10.000 hombres de los 20.000 que fueron puestos en batalla.<sup>25</sup> Aunado a esto, el elemento que le dio el significado de haber sido una batalla “sangrienta” y “desastrosa” fue que, entre

---

<sup>23</sup> Según Andrew Ayton, esta visión que expone Richard Barber en *The Life and Campaigns of the Black Prince*, contrastó con la de Jean le Bell, quien explicó que el ejército de Eduardo III celebró su victoria con un banquete. *Vid.*, Andrew Ayton, "The English Army and the Normandy Campaign of 1346", en *England and Normandy in the Middle Ages*, editado por David Bates y Anne Curry, Londres, The Hambledon Press, 1994, p. 253.

<sup>24</sup> A partir de ese momento el lugar se conoció como: Vallé des Clercs, *vid.* Robin Neillands, *The Hundred Years' War*, Londres, Routledge, 2001, p. 104.

<sup>25</sup> Robin Neillands critica las cifras inglesas al considerarlas demasiado reducidas en una batalla de esa magnitud, pero si consideramos el “rostro de la batalla”, podríamos darle cierta validez a los números si creemos que las cargas de caballería se estorbaron a sí mismas y se volvieron blancos efectivos para las flechas inglesas, al mismo tiempo, a los atacantes les hubiese parecido cada vez más difícil llegar a la línea inglesa pues su marcha se retrasaría conforme los cuerpos de caballos y hombres los estorbarían, *cfr.* *Ibidem*, 104 p. Para comprender mejor el rostro de la batalla, *vid.* John Keegan, *El rostro de la batalla*, Madrid, Turner Noema, 2013, 380 p., mapas.

los miles de muertos del bando francés, se encontraba el cuerpo del llamado “rey ciego”, Juan I de Bohemia, y el sobrino del rey de Francia, Carlos de Alençon,<sup>26</sup> quienes habían combatido cara a cara contra los ingleses.

Para algunos historiadores –Clifford Rogers en particular– este hecho histórico marcó el fin de una era en el arte de la guerra, donde la antigua gloria de la caballería guerrera finalmente cedió ante la reina de las armas: la infantería. Si bien es cierto que el uso de la infantería en los ejércitos no era algo nuevo en la Edad Media,<sup>27</sup> también es verdad que no hubo una familia real que impulsara con tanto ahínco el uso de las tropas de a pie en las filas de sus ejércitos: la estirpe de los Eduardos Plantagenet.<sup>28</sup> De ellos, Eduardo III sería el que mejor explotó la combinación de hombres de armas desmontados, piqueros y arqueros largos.

A partir de lo anterior, es imposible dudar del significado inmediato que adquirió esta batalla a lo largo de toda la Europa cristiana. En efecto, a pesar de que Eduardo III había luchado y sometido a los escoceses en conflictos anteriores al de Crécy<sup>29</sup> con las mismas tácticas de batalla que en ésta última, fue la derrota de la caballería francesa la que colocó a Inglaterra como una verdadera potencia militar en el continente.<sup>30</sup> Este triunfo sobre Felipe VI le permitió a Eduardo III ampliar su influencia política en el continente y mantener sus posesiones en Francia, lo que dio origen a una larga guerra que se extendió por casi cien años, la cual afectó a gran parte de la geopolítica europea.

Ahora bien, ¿qué significado ha tenido la batalla para los autores que han escrito sobre ella desde finales del siglo XIX? ¿Por qué algunos le dedicaron libros enteros, mientras otros apenas párrafos en extremo pocos dentro obras extensas sobre la Guerra? ¿En qué ideología o corriente analítica se vieron inmersos los autores de estos trabajos y de qué forma ello

---

<sup>26</sup> Cfr. Ayton, *op.cit.*, p. 24.

<sup>27</sup> Como ejemplos, las batallas de Courtrai (1302), Bannockburn (1314) y Morgarten (1315). En todas ellas, se libraron enfrentamientos entre cargas impetuosas de jinetes y ejércitos de infantería disciplinada. *Vid.*, Clifford Rogers, "El periodo de la Guerra de los Cien Años", en *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, pp. 179-208; Christopher Allmand, “Armas nuevas, tácticas nuevas”, en Geoffrey Paker (ed), *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010, pp. 91-106, mapas.

<sup>28</sup> Eduardo I, su hijo Eduardo II y su nieto Eduardo III. En un periodo que abarcó desde 1272 hasta 1377.

<sup>29</sup> Hallidon Hill, por ejemplo, en 1333.

<sup>30</sup> *Vid. Ibidem*, p. 29

influyó en la forma de entender, explicar y reproducir la batalla? ¿Por qué algunos menospreciaron la batalla, mientras otros intentaron reivindicarla? Y al mismo tiempo, ¿qué impulsó a que algunos autores centraran sus argumentos en debatir aspectos específicos sobre la batalla? Por ejemplo: ¿por qué el ejército de Eduardo decidió centrar sus ataques en Normandía para luego marchar hacia París al sur y terminar con una batalla de nuevo al norte de Francia? ¿Qué implicó que algunos autores hayan denominado como “peligrosa aventura” o “cabalgada” la campaña de Eduardo III? de igual forma, ¿por qué otros historiadores defendieron una postura en la que Eduardo había planeado una campaña cuyo desenlace necesariamente tendría que haber sido una batalla contra Felipe VI, con el terreno favorable para su estrategia de arquería, por lo que podría hablarse de una “Campaña de Crécy”?

Las respuestas se esconden en las líneas de los escritos de los propios autores. En su ámbito geográfico, lingüístico y académico específico. Se encuentran en los significados que los autores le dieron a la batalla, sus omisiones, sus extensiones y sus interpretaciones. Al final, este estudio busca comprender y analizar cómo la historiografía inglesa y estadounidense ha abordado la batalla de Crécy de 1346. Ya sea que tuvieran en mente la estrategia, la táctica, la logística o el simbolismo, la Batalla de Crécy abrió el camino a un mar de significados que se analizan, se cuestionan, se proponen y se refutan aún en nuestros días. Observamos pues, que, aún en nuestros tiempos, la historia no ha terminado de escribirse por completo, y no hay una visión única de lo que ocurrió hace casi setecientos años. Tenemos entonces, un hecho que ha mantenido su propia complejidad y ha sobrevivido gracias al desarrollo de los argumentos históricos, tanto contextuales, historiográficos como personales.

### **Pregunta rectora**

¿Cómo se ha construido la Batalla de Crécy en la historiografía inglesa y estadounidense desde 1885 hasta el año 2013?

### **Hipótesis**

La Batalla de Crécy, más allá de existir en un sentido espacio-temporal inherente –esto es, de forma cartesiana en tres dimensiones espaciales y una temporal–, es una construcción historiografía producida por los historiadores académicos. La forma en que ésta se construyó dependió de tres factores: la influencia del contexto histórico en que se desarrollaron Inglaterra y Estados Unidos, junto a la relación que ella guarda con las diferentes escuelas historiográficas que podrían considerarse “nacionales”, y la formación de la historiografía militar como una problemática de investigación propia de los historiadores del siglo XX pero alejada de los paradigmas de la historia “nacional”. Estos factores, junto con la propia imposibilidad acceder a una verdad absoluta, transformaron los discursos, los temas de interés y los significados de la batalla. Así pues, en lugar de que se construya un relato único producto de las fuentes, la batalla se construyó a partir de las diferentes interpretaciones que los historiadores, pertenecientes a un contexto histórico, le dieron a la batalla. Al mismo tiempo, el significado histórico de la batalla también se transformó, en función de estos mismos tres factores.

## **Objetivos**

Generales:

- 1) Describir cómo las historiografías inglesa y estadounidense han construido la Batalla de Crécy desde 1885 hasta 2013.
- 2) Analizar los diferentes significados que los historiadores le dieron a la Batalla de Crécy desde finales del siglo XIX.
- 3) Demostrar que la batalla no es más que una construcción que se modificó según los diferentes nexos historiográficos.

Particulares:

- 1) Relacionar la construcción, los significados y los debates sobre la batalla en torno a un contexto histórico, de la historiografía general y de la historiografía militar.
- 2) Establecer la relación entre la historiografía “nacional” y la historiografía propia de la historia militar.
- 3) Construir una narración de la batalla con base en la historiografía.

## Metodología y límites espacio-temporales

Es imposible negar la influencia que la obra del doctor Martín Ríos, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*,<sup>31</sup> tuvo en este estudio historiográfico. La propia metodología que utilizó para articular el análisis de sus textos sirvió de inspiración para el desarrollo de muchos de los postulados que se analizan y desarrollan en esta investigación. Empero, no debe entenderse como una copia íntegra de la metodología y objetivos que Martín Ríos desarrolló. Más bien, el centro de la discusión de este relato versa en torno a cómo la historiografía –inglesa y estadounidense– ha construido la batalla, y en menor medida, cómo han evolucionado sus significados a lo largo de la historia.

Por eso mismo, será menester dar cuenta de las limitaciones de esta investigación, y con ello, evitar caer en falsos entendidos y ambigüedades respecto a los alcances del trabajo. En primer lugar, la construcción de esta tesis será enteramente historiográfica, lo que significa que las fuentes primarias sobre la batalla y la campaña de Eduardo III no serán abordadas más que para hacer algunas referencias muy concretas o para comparar algunos discursos de los autores al momento en que citan a algún cronista medieval.<sup>32</sup> Pero, ¿qué autores? Este recorrido tiene una línea divisoria muy clara: los historiadores, esto es, profesionales de la investigación y de la escritura de la historia, quienes se dedicaron al estudio de la guerra y en especial, sobre la campaña y batalla de Crécy, con la única excepción de algunos militares y académicos no historiadores, que ofrecieron aportaciones invaluable a los debates del conflicto y cuyas contribuciones se empalmaron correctamente con las visiones historiográficas del momento que llevaban las diferentes academias inglesas a lo largo de los dos siglos de estudio. De esta forma, se evitará el rastreo bibliográfico de un universo enorme de fuentes que podrían encontrarse en la literatura,<sup>33</sup> en el arte y en la cultura popular.<sup>34</sup> Por lo tanto, ¿qué parámetro se utilizará para definir a un historiador?

---

<sup>31</sup> Martín Ríos, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Marcial Pons Historia, 2011, 352 p.

<sup>32</sup> Esto estará también determinado por la propia accesibilidad a las fuentes, pues muchas no están editadas en México o en línea, así como otras que están en latín y no existen traducciones al inglés o francés.

<sup>33</sup> La obra de Shakespeare *Eduardo III*, según Andrew Ayton, es completamente desconocida fuera del círculo académico. *Vid.* Ayton, *op.cit.*, pp. 8-9.

<sup>34</sup> Por ejemplo, una fuente importante para conocer el impacto del simbolismo de la batalla sería la novela gráfica publicada en 2007 por la editorial Avatar Press, *Crécy*, escrita por Warren Ellis e ilustrada por Raulo

Sencillamente, aquel académico formado en alguna institución universitaria, y así se rastreará al primer historiador que abrió el debate en el terreno académico: Charles Oman y su ensayo de 1885 *The Art of War in the Middle Ages*.<sup>35</sup>

El siguiente límite de la investigación, el temporal, estará marcado precisamente por el trabajo de Charles Oman y culminará con la última investigación relevante sobre el tema: desde 1885 hasta 2013. Esto no sólo hace referencia a la tradición historiográfica académica surgida con Oman, sino también al momento en que las universidades en Gran Bretaña consolidaron la Historia como una ciencia;<sup>36</sup> de hecho, apenas al año siguiente de la publicación del trabajo de Oman, fue fundada la revista *English Historical Review*, un foro fundamental para la difusión del conocimiento histórico entre los especialistas, y que se estableció como elemento indispensable para el desarrollo de algunos de los debates más importantes sobre la batalla de Crécy.

Por otro lado, la fecha de término de esta investigación estará determinada por una obra de suma importancia para la relación de la construcción y significado de la batalla: *Edward III and the Triumph of England, the Battle of Crécy and the Company of the Garter*.<sup>37</sup> Este trabajo será la culminación más novedosa respecto a cómo se construyó la batalla y el significado que hasta ahora ha generado, ya que en su obra, Richard Barber propuso una nueva idea de entender la marcha y la batalla de Crécy, así como la importancia que el conflicto y el reinado de Eduardo III tendrán para la historia de Inglaterra, más incluso que la que pudo haber tenido la batalla de Agincourt.

Ahora bien, otro margen necesario para el correcto desarrollo de esta tesis, será el límite de la historiografía: ¿por qué el estudio sólo de ingleses y estadounidenses, pero no de franceses, alemanes o italianos? Sencillamente, si se consideraran esas tres historiografías,

---

Cáceres. En ella se narra, a través del testimonio de un arquero, la marcha de Eduardo III por Normandía y la batalla de Crécy, en cuya contraportada reza: la historia de la más grande batalla inglesa.

<sup>35</sup> *The Art of War in the Middle Ages*, Oxford, Horace Hart, 1885, 134 p

<sup>36</sup> En el sentido del positivismo, esto es, con un método de investigación muy relacionado con el de las ciencias naturales, por lo que buscaban generar leyes y tenían la idea de la experimentación, con las cuales llegaban a conclusiones generales de los procesos históricos.

<sup>37</sup> Richard Barber, *Edward III and the Triumph of England, the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Allen Lane, 2013, 672 p., ils., mapas.

también deberían considerarse el resto de historiografías del mundo, como la japonesa, latinoamericana y africana.<sup>38</sup> Aunque podría hacerse un análisis al respecto, lo cierto es que los debates más importantes en torno a la batalla se originaron en los países aquí analizados y aunque en Francia las líneas historiográficas nacionales merecen un solo tema de investigación, la gran mayoría de las veces los historiadores repetían las mismas interpretaciones que sus homólogos anglosajones.

La última acotación que deberá tomarse en cuenta a lo largo de este trabajo es el factor del número de obras a analizar. Hablar de “historiografía inglesa y estadounidense” es englobar todos y cada uno de los libros, artículos y reseñas que ambas academias produjeron en los últimos cien años. Sin embargo, se ha optado por analizar únicamente los trabajos más emblemáticos que pudieran representar de mejor manera la forma en que evolucionó la construcción de la batalla de Crécy. De igual forma, parecerá extraño el que no se hable sobre los norteamericanos en los dos primeros capítulos, pero ello se debió a que no escribieron obras de vital importancia para el debate de la batalla sino hasta los años noventa con los trabajos de Clifford Rogers

Ahora bien, estos límites ayudarán a que la investigación pueda sostenerse con sus propios argumentos y mantenga su propia complejidad. Al mismo tiempo, otro aspecto importante de esta investigación será su propia estructura. ¿Cómo articular más de cien años de producción historiográfica en menos de doscientas páginas? En primer lugar, será necesario buscar entre los diferentes trabajos algunos parámetros en los cuales se puedan encasillar algunas de las obras. En este caso –e inspirado en el panorama historiográfico propuesto por Clifford Rogers–,<sup>39</sup> la división de la investigación se dará a partir de tres capítulos: el primero, abarcará de 1885 a la segunda posguerra; el segundo, desde los años cincuenta hasta los primeros años de la década de los noventa; y el tercero, de 1994 hasta 2013. Esta división apelará tanto al contexto histórico de Gran Bretaña –y de Estados Unidos

---

<sup>38</sup> Por otro lado, podría llegar a generarse un análisis comparativo entre las historiografías, por ejemplo, una comparación entre los escritos británicos y franceses.

<sup>39</sup> *Vid.* Rogers, *op.cit.*, pp.329-341.

en los capítulos finales de este trabajo<sup>40</sup>, como a las transformaciones de la interpretación de la batalla de Crécy y la propia evolución de la historiografía militar.

Para complementar esta investigación se integrarán algunos de los mapas que utilizaron los autores en sus propias obras, así como cuatro anexos al final de la tesis. Los mapas servirán para ejemplificar la forma en que la batalla se ha transformado gráficamente a través del tiempo. Por su parte el anexo uno presentará una línea genealógica de los Plantagenet y los Valois como referencia al contexto de la Guerra de los Cien Años y el dilema de la sucesión del trono de Francia; en el segundo anexo se redactarán unas pequeñas monografías de los personajes más importantes que participaron en el conflicto de 1346, junto con algunas batallas anteriores a Crécy con las que se comparte una gran relación histórica; en el tercer anexo, se presentarán algunas imágenes y descripciones de la ballesta y el arco largo inglés; finalmente en el cuarto anexo se colocará una breve entrevista hecha por correo electrónico al Dr. Clifford Rogers, con afán de conocer su postura ante la historia medieval y la relación que tiene ésta con la historia militar en los estudios contemporáneos.

La guerra es un elemento importante del cual está imbuida la historia humana. Es menester interpretarla, comprenderla y describirla, para así obtener una visión completa del universo. Entropía, fuerza, conflicto, guerra. Sin importar el nombre que tenga, el conflicto es el único valor capaz de trascender y de marcar la pauta de la historia humana y de la naturaleza. ¿Qué sería la historia de la lengua sin los conflictos entre una tradición y otra? ¿Qué es el universo sino la constante lucha entre orden y caos? Antes de juzgar, hay que comprender.

---

<sup>40</sup> Por ejemplo, el primer capítulo abarca del desarrollo de la historia en las universidades hasta el pacifismo de la Segunda Guerra Mundial, el segundo apartado, de la historia socio-militar a la caída del Muro de Berlín, y el tercero, de los posmodernismos a la contemporaneidad.

## CAPÍTULO I

*El que controla el pasado [...] controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado. Y sin embargo, el pasado, alterable por su misma naturaleza, nunca había sido alterado. Todo lo que ahora era verdad, había sido verdad eternamente y lo seguiría siendo.*

George Orwell, 1984.

### **I.1. Estrategia, táctica y ciencia: las primeras interpretaciones académicas del conflicto de Crécy**

El siglo XIX se distinguió por ser uno de los periodos en el que se impulsó con más ahínco el desarrollo del conocimiento científico en todos sus campos de estudio: desde la filosofía hasta la industria, de la biología a la medicina y de la física a la geografía. Toda ciencia que fuera digna de encarnar el espíritu del progreso humano se construyó o se consolidó en esta prominente era. Pero este entorno únicamente competía a aquellas materias que reflejaran en sí mismas la idea del progreso, y por tal motivo, que pudiesen emular el modelo de conocimiento propio de las ciencias naturales, el cual se creyó era el único capaz de ofrecer resultados verídicos que explicaran sin ninguna duda al ser humano y al mundo en que se desenvolvía.

Así como muchos especialistas de las ciencias modernas consideraron al siglo XIX como el siglo en que se consolidó su saber, de igual forma, los historiadores que observaron en retrospectiva la forma en que se construyó la disciplina histórica, comprendieron que éste también había sido el siglo de la Historia, pues fue el momento en que ésta pudo consolidarse como una ciencia institucionalizada dentro de las academias y universidades más importantes de Europa. Ello significó una sustitución gradual de las historias construidas por políticos y anticuarios, por aquellas que eran desarrolladas desde las academias y facultades universitarias. Aquellas nuevas generaciones de historiadores se caracterizaron por haber tenido una preparación específica en la metodología de investigación y en escritura de la historia, sustentada gracias a un marco enteramente científico y propio de la materia histórica,

lo que diferenciaba su labor del que realizaron sus antepasados intelectuales hacía apenas medio siglo atrás, tal como lo explicó Sánchez Marcos en su libro *Las huellas de la historia*:

Desde el punto de vista de la praxis es en el siglo XIX cuando surge la figura del historiador profesional. Este recibe ya una preparación específica (estudio de lenguas, metodología de la crítica de fuentes, paleografía y demás ciencias instrumentales de la historia) en centros universitarios y se dedica prioritariamente a la investigación y la enseñanza de la historia. Ésta, como disciplina institucionalizada, nace entonces apoyada -y tutelada- en buena medida por los estados.<sup>1</sup>

De esta forma, además del factor instructivo que la historia académica desarrolló desde la segunda mitad del XIX, también es menester considerar el interés que los propios Estados tenían para con la investigación histórica, lo que propició, en cierta medida, una historiografía de tipo nacionalista, política y en la que el Estado y los grandes hombres eran los protagonistas de las investigaciones; elementos que parecen haber estado profundamente imbuidos en la historiografía decimonónica.<sup>2</sup> Sin embargo, es necesario aclarar que esto no sería más que una generalización, pues no quiere decir que en toda Europa se presentaran los mismos casos con los mismos niveles de intensidad, ya que también dependía del contexto histórico en que se desarrollaban las diferentes sociedades. Por ejemplo, en Prusia (y gran parte de Alemania) el historicismo que era proclive a la construcción de historias mucho más nacionalistas, permitió la consolidación de instituciones académicas de manera más rápida que en Francia, donde el positivismo sociológico aún se afianzaba lentamente y el conocimiento histórico aún era construido por políticos e intelectuales alejados del mundo académico. Esto tuvo su punto más álgido tras la derrota de la guerra franco-prusiana,<sup>3</sup> pues a los académicos franceses les sirvió como un espejo donde mirar los grandes retrasos políticos y científicos que sus enemigos habían superado. Al mismo tiempo, en Inglaterra, el

---

<sup>1</sup> Fernando Sánchez Marcos, *Las huellas del futuro: historiografía y cultura histórica en el siglo XX*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2012, pp. 37-38. También Fred Spier: “La moderna disciplina académica de la historia surgió en el siglo XIX como un elemento más de la formación de los de los estados-nación de Europa y de las Américas. La primera tarea a que hubieron de aplicarse los historiadores académicos consistió en trazar las grandes líneas de un glorioso pasado digno del estado-nación al que ellos mismos sirvieran”, *El lugar del hombre en el cosmos, la Gran Historia y el futuro de la humanidad*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 35.

<sup>2</sup> Cfr. Sánchez Marcos, *op.cit.*, p., 42. También, el mismo autor recalcó que "uno de los grandes cometidos que subyacen en gran parte de la actividad historiográfica institucionalizada del siglo XIX es estudiar la genealogía de los diferentes estados naciones del mundo europeo occidental", *ibidem*, p. 39.

<sup>3</sup> Jaume Aurell, *La escritura de la memoria, de los positivismo a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, p. 25.

cientificismo se propagaba gracias a la influencia de los trabajos de Stuart Mill y a la tradición naturalista darwiniana en la historiografía, y debido a la importante posición económica del Imperio, muchos intelectuales de Oxford y de Cambridge pudieron dedicar su vida al estudio y enseñanza de la historia, sin tener la preocupación de servir en guerras extranjeras. Asimismo, gracias a la necesidad imperiosa del Estado y de los intelectuales del siglo XIX por desarrollar una historia científica desde la académica, aparecieron nuevos espacios donde los investigadores pudieron discutir sobre los antiguos y coetáneos paradigmas de la historia, proponer metodologías novedosas de investigación y ofrecer perspectivas originales respecto a cómo interpretar los hechos históricos. De esta forma, las revistas científicas emergieron como producto de la necesidad de estos historiadores por apropiarse de nuevos lugares de discusión científica, lo que generó la aparición de revistas especializadas por toda Europa: en 1856 comenzó a publicarse la revista *Historische Zeitschrift* en Alemania; en 1876 la *Revue Historique* en Francia; en 1886 la *English Historical Review* en Inglaterra; y en 1888 la *Revista Storica Italiana* en Italia.<sup>4</sup>

Ahora bien, ya desde 1880 el Imperio británico pasaba por situaciones particulares que lo diferenciaban de cualquier otra región de Europa. En primer lugar, Gran Bretaña había gozado de un largo periodo de paz a lo largo de su territorio desde que la reina Victoria fue coronada en 1837, mismo que duró hasta 1914 con el inicio de la Gran Guerra. Esta ausencia de conflictos bélicos únicamente se vio interrumpida por esporádicas confrontaciones externas acaecidas en las colonias inglesas de ultramar, tanto en la India como en África, así como por la guerra de Crimea (1853-1856) en la que se enfrentaron Inglaterra y Francia en contra el Imperio Ruso. La tranquilidad producida por la inexistencia de guerras prolongadas –al menos que tuvieran un impacto directo en la sociedad británica– significó una disminución en los contingentes militares británicos desplegados para la defensa del Imperio,<sup>5</sup> pues se pudieron sustituir los ingresos de manutención del ejército de tierra por los

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 57.

<sup>5</sup> Durante la transición de siglos, Inglaterra tenía menos de 300.000 hombres en el ejército regular (comparados con los 605.000 que poseía Alemania), de los cuales 110.000 se encontraban en las colonias y protectorados. Si bien el ejército de tierra era pequeño, la principal ventaja inglesa era su marina de guerra, que antes de la Primera Guerra Mundial ascendía a 64 acorazados, 10 cruceros de combate, además de una gran cantidad de cruceros ligeros, buques torpederos y destructores, siendo el ejército marítimo más grande de Europa y de todo

dedicados al comercio marítimo y al desarrollo de la ciencia (tecnología, cultura, industria, etc.), lo que permitió a un sector de la población –aquellos que podían pagarlo– dedicar su vida al estudio de las nuevas ciencias recién institucionalizadas en universidades como Oxford y Cambridge.

Bajo este panorama político y militar, era inevitable entonces que los intelectuales ingleses no recurrieran a la visión del positivismo científico para explicar el “progreso” en que se desarrollaba la sociedad británica del siglo XIX. Las ciencias naturales parecían entender mejor que ninguna otra los diferentes fenómenos del universo, y la tecnología aparentaban avanzar hacia un mundo mejor con cada nuevo invento producido en las fábricas y laboratorios. Además, la paz victoriana daba la visión de un mundo equilibrado que marchaba felizmente hacia el progreso de la Civilización occidental –léase Inglaterra y Francia–, aunque a partir de 1870 con el triunfo de recién unificada Alemania, parecía que únicamente hacía falta un último gran conflicto, una última guerra para terminar con todas las guerras y el mundo marchara al progreso marcado por la visión del mundo anglosajón.

De esta forma, el positivismo científico consiguió posicionarse como la corriente historiográfica más recurrente en la Inglaterra victoriana de la última parte de siglo XIX, debido a que esta forma de entender el mundo se enlazaba directamente con los orígenes del empirismo y con el auge del método científico en este país;<sup>6</sup> pensamiento que se relacionaba con los grandes triunfos de las ciencias naturales como la principal forma de entender el universo.<sup>7</sup> Como yo lo veo en relación con el contexto y los trabajos analizados en este primer capítulo, el positivismo científico aspiraba a alcanzar leyes universales, capaces de explicar los acontecimientos históricos desde una perspectiva que restringía el devenir de las naciones

---

el mundo. *Vid.* Geoffrey Bruun, *La Europa del siglo XIX (1815-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 236.

<sup>6</sup> *Cfr.* Teófilo Urdanoz, *Historia de la filosofía*, t. V, 3ª ed., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000, p. 178.

<sup>7</sup> Algunos de los logros más impresionantes sin duda eran los de la medicina, que permitían nuevas victorias sobre las muertes y enfermedades, especialmente contra los estragos que las enfermedades tropicales producían sobre los exploradores del África ecuatorial. Con el desarrollo de nuevos métodos para prevenir la malaria, fue posible extender la colonización del continente negro hasta sus últimas consecuencias. *Vid.* Daniel Headrick, *El poder y el imperio, la tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 214-238.

a través de tres estadios comunes por los que todos los pueblos deberían de pasar para alcanzar el máximo progreso de la Civilización. Así, el positivismo científico encontró en el pensamiento inglés<sup>8</sup> un entorno favorable para mantener su propia complejidad, al menos hasta el periodo de entreguerras, como lo explicó el historiador Jaume Aurell: “El mundo académico inglés, por su parte, quedó como encerrado en sí en la época entreguerras [...], aunque durante aquellos años se sentarían las bases de la importante corriente de la historia económica y social desarrollada después de la guerra”.<sup>9</sup>

Por lo tanto, la historia positivista de finales de siglo XIX en Inglaterra era científica por su intento de emular un método propio de las ciencias naturales, que se creía era la forma más veraz en que se podía explicar el mundo que los rodeaba; y progresista, en el sentido de que la interpretación del pasado por parte de los historiadores no consideraba el contexto en que se desarrollaban los hechos, sino más bien, se buscaba aplicar modelos propios de su presente para justificar la idea de que su contemporaneidad estaba en una etapa superior a las anteriores –en relación con la teoría de los tres estados de Comte.<sup>10</sup> Pero gracias a ello, se logró institucionalizar la historia como una ciencia, y por consecuencia, se generó un ámbito propicio para el surgimiento de las revistas científicas, como *The English Historical Review*, la cual, desde 1886, se posicionó como el principal terreno de discusión entre los historiadores ingleses, y como el medio en el que podían exponer sus propias propuestas sobre nuevas interpretaciones y aproximaciones para el desarrollo del conocimiento histórico.

Pero más adelante, a principios del XX, los historiadores anglosajones comenzaron a asimilar en mayor medida las obras de Max Weber, gracias a su libro *La ética protestante y*

---

<sup>8</sup> El pensamiento inglés se encontraba altamente influido por los progresos científicos en medicina y biología, este último gracias al trabajo realizado por Charles Darwin y Alfred Wallace respecto al origen de las especies y los antepasados comunes.

<sup>9</sup> Jaume Aurell, *op.cit.* p. 48.

<sup>10</sup> Augusto Comte habló en su *Curso de filosofía positiva (lecciones I y II)*, Buenos Aires, Ediciones Libertador, 2004, 127 p., sobre tres estados por los cuales debían pasar todas las civilizaciones para alcanzar el progreso histórico: el teológico en donde el conocimiento era dominado por las religiones, el metafísico como una forma de transición entre el primero y el tercero, y el científico que estaba dominado por la razón y la idea de las Ciencias Naturales.

el “*espíritu*” del capitalismo<sup>11</sup> publicado en 1905; al mismo tiempo que en Francia, por ejemplo, los eruditos optaron por seguir un camino diferente y buscaron asimilar con más fervor la sociología de Durkheim. Esto último se debió a que la escuela francesa, influida por su propio contexto histórico, heredero de las crisis políticas y militares que cuestionó desde mucho antes las ideas más extremas del progreso, tenía la necesidad de buscar mayores conexiones entre la historia y las demás ciencias sociales,<sup>12</sup> para así poder crear obras cuyo objeto de estudio no girara en torno a la glorificación a las naciones o de los grandes hombres, sino que ahora buscara aproximaciones en las que se estudiaran a la sociedad en su conjunto: “Las nuevas propuestas teóricas de Émile Durkheim y Marx Weber surgían de la necesidad de analizar globalmente la sociedad, considerada como un sistema dentro del que habría que examinar la función que ejercía cada uno de los objetivos estudiados”.<sup>13</sup> Sin embargo, la sociología de Weber no se hizo tan clara en Inglaterra sino hasta después de la Primera Guerra Mundial, cuando la idea del progreso “casi” pareció desaparecer ante las consecuencias de la guerra. Pero ni siquiera ello fue suficiente para que el positivismo británico perdiera protagonismo como la fuerza historiográfica más importante a la que se adjudicaban los historiadores, y en especial, aquellos dedicados a la historia de los hechos de armas.

El génesis de la historia militar producida en las academias británicas comenzó desde las últimas décadas del siglo XIX. Aun así, no sería posible hablar de historiadores militares como en los tiempos contemporáneos desde la Segunda Guerra Mundial, quienes ya cuentan con una praxis definida y una forma de historiar con dilemas y objetivos específicos. Más bien, la historia de la guerra era construida por académicos formados en un marco de investigación en la que retomaban el modelo historiográfico del momento y lo adecuaban al desarrollo de sus discursos históricos, esto es, eran historiadores que trasladaban los mismos paradigmas de interpretación a sus objetos particulares de estudio. Esto finalmente dio pie a que sus preocupaciones históricas estuvieran encaminadas a la descripción, por ejemplo, de

---

<sup>11</sup> Max Weber, *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo*, Madrid, Akal, 2013, 333 p.

<sup>12</sup> Aurell, *op.cit.*, pp. 28 y 57.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 31.

la táctica en vez de la estrategia, o que se interesaran por la búsqueda de una formación de arquería mucho más “verídica”, según sus interpretaciones de la batalla.<sup>14</sup>

Aunado a la propia influencia del positivismo científico en la narración y elección de temas de interés para estos autores, también las lecturas de los manuales clásicos de la guerra eran elementos que ayudaron a estratificar los tópicos discursivos. Así pues, los trabajos de Jomini, *El arte de la guerra*, y de Clausewitz, *De la Guerra*,<sup>15</sup> ayudaron a la forma de investigar y escribir la historia para los autores de finales del siglo XIX dedicados a los problemas históricos de la guerra, lo cual significó una diferenciación con el resto de los historiadores que trabajaban temas de corte político o económico.

Así pues, este primer capítulo buscará analizar cómo los historiadores académicos que se dedicaron al estudio de la guerra comenzaron a construir la batalla de Crécy y, de forma indirecta, también le dieron un significado de la campaña de Eduardo III en 1346. Por lo tanto, en este trabajo no solamente se abordaran aspectos concretos sobre la batalla y sus protagonistas, como lo son la táctica, las fases del combate, los ejércitos inglés y francés junto con su armamento; sino también, en función de lo que los historiadores entendían sobre la campaña: el aspecto estratégico, logístico y de planeación, junto con todo el significado que en su tiempo se le dio a la campaña de Eduardo III. De esta forma, será necesario observar los lugares comunes que tocaron los diferentes investigadores y la importancia que para ellos tuvo plantearse aquellas problemáticas, no sólo desde la influencia de la historiografía predominante de la época, sino también desde el punto de vista del tema de la historia de los hechos de armas. Se habla, en conclusión, del génesis de la interpretación sobre la batalla de Crécy, acaecida sin lugar a dudas, en los trabajos primigenios de los autores de los últimos años del siglo XIX.

---

<sup>14</sup> Como más adelante se desarrollará, el principal exponente del debate táctico-estratégico de la campaña de Eduardo III fue Charles Oman en su libro *The Art of War in the Middle Ages*, Oxford, Horace Hart, 1885, 134 p.; mientras que lo referente a la búsqueda “más probable” de la formación de arqueros, fue Hereford George en *Battles of English History*, Londres, Methuen & Co., 1895, VII- 334 p., mapas.

<sup>15</sup> Antoine-Henri Jomini, *The Art of War*, Legacy Books Press, 2009, XXXVI-330 p., mapas; Carl Von Clausewitz, *De la Guerra*, Madrid, La esfera de los libros, 2014, 740 p., mapas

Por lo tanto, se contemplarán las obra de los autores en función de cuatro nexos íntimamente relacionados: el relacionado con plano histórico, esto es, el momento en que vivieron y cómo eso influyó en su narración y sus intereses; elnexo historiográfico marcado por el positivismo científico, que indudablemente era la base metodológica de todos estos autores; el tema de la historia militar, que era un elemento que diferenciaba a estos autores del resto de sus colegas historiadores; y finalmente, el propio autor como centro en el cual se articularon los tres primeros elementos, el cual se transforma conforme todo su entorno intelectual y social se modifica.

## **I.2. La forma científica de luchar: los principios de la interpretación de Crécy**

La historia de la construcción historiográfica de la batalla de Crécy tuvo sus orígenes mucho antes del siglo XIX, y de hecho, podría rastrearse hasta la *Crónica* de Jean Froissart,<sup>16</sup> quien narrara el desarrollo del conflicto con base en lo que Jean le Bel<sup>17</sup> había escuchado de testigos y participantes tiempo después de que sucedieran los hechos.<sup>18</sup> En todos esos años, la historia de la confrontación entre los reyes ingleses y franceses pocas veces era interpretada, y generalmente se optaba por repetir las narraciones de los cronistas medievales: Froissart y le Bel. Un estudio sobre la forma en que se construyó la batalla en esos años sin duda llevaría a un análisis de mayor amplitud que el que se presenta ahora. Por ello, los límites para esta investigación deben establecerse a partir de la historia producida desde la Academia en Inglaterra. La razón es muy sencilla: aquí comenzó un discurso que todos los historiadores hasta el siglo XXI han alimentado con sus diferentes investigaciones sobre el periodo. Sin importar que defendieran o debatieran una misma postura respecto al conflicto, todos, de una u otra forma, han construido sus historias con base en estas primeras explicaciones.<sup>19</sup>

---

<sup>16</sup> Froissart, *Chroniques*, Le manuscrit d'Amiens, Libre I, Tome II-III, Genève, Droz, 1992.

<sup>17</sup> Jules Viard, *Chronique de Jean le Bel*, t. II, París, Librairie Renouard, 1905, 404 p.

<sup>18</sup> *Vid.* Richard Barber, *Edward III and the Triumph of England, the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Allen Lane, 2013, pp. 3-29. En esta sección, el autor desglosó las diferentes crónicas y fuentes que dieron cuenta de la campaña y de la batalla de Crécy.

<sup>19</sup> Como prueba de ello, basta con revisar el trabajo de Clifford Rogers, *Werre cruelle and sharpe: English Strategy under Edward III, 1327-1347*, tesis de doctorado por Ohio State University, 1994, 459 p., mapas;

En 1885 se publicó el primer libro que inicia la interpretación académica de la batalla y campaña de Eduardo III: *The Art of War in the Middle Ages*,<sup>20</sup> cuya autoría perteneció al historiador Charles Oman (1860-1946). Autor que, para todos aquellos que han dedicado sus estudios a la historiografía militar relativa a la Edad Media, ha simbolizado la imagen del especialista más emblemático de la historia de la guerra. Como lo dijera Frederick P. Todd: “Ningún hombre de su tiempo podría con mayor justicia ser llamado el decano de los historiadores militares...”<sup>21</sup> Y es que, a pesar de que Todd haya dicho estas palabras hace más de medio siglo atrás, es imposible negar la herencia que Oman dejó a las nuevas generaciones de historiadores; pues fue gracias a su extraordinaria trayectoria como historiador de los hechos de guerra, su gran capacidad de análisis y de síntesis de los acontecimientos, lo que le permitió alcanzar renombre en los anales de la historiografía militar aún hasta el nuevo milenio.<sup>22</sup>

Construido como un ensayo de 130 páginas, el objetivo principal de la obra era analizar el arte de la guerra que predominó durante toda la Edad Media. Para Oman, esto significó el dominio de la caballería en el campo de batalla sobre cualquier otro sistema militar, hasta que fue sustituido por la reutilización de la infantería a partir del siglo XIV.<sup>23</sup> Esto se tradujo en la descalificación de la táctica de la carga de caballería como el procedimiento de combate más alejado de lo que para el autor era el verdadero arte de la guerra:

---

además del compendio editado por Andrew Ayton y Sir Philip Preston Bart (eds.), *The Battle of Crécy, 1346*, Woodbridge, The Boydell Press, 2005, XI-390 p., ils.

<sup>20</sup> C.W.C. Oman, *The Art of War in the Middle Ages*, Oxford, Horace Hart, 1885, 134 p. Posteriormente su obra cumbre y la cual será el referente cumbre de los historiadores del siglo XX será: *A History of the Art of War in the Middle Ages*, 2ª ed., II v., Londres, 1924, 524 p., ils.

<sup>21</sup> "No man living at the time could with greater justice be called the dean of military historians..." Frederick P. Todd, "Noted Historian Dies: Sir Charles Oman, 1860-1946", *Military Affairs*, v. 10, n. 4, invierno, 1946, p. 47. [A partir de aquí todas las traducciones son mías]

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 47-48, Charles Oman fue presidente de la Royal Historical Society, la Royal Numismatic Society, del Royal Archeological Institute y miembro del Partido Conservador del Parlamento de la Universidad de Oxford. Además de los libros a analizar, publicó *A History of the Art of War in the Sixteenth Century*, Londres, Greenhill Military Paperbacks, 1999 [1937], 800 p., ils., mapas; *A History of the Peninsular War*, 6 v., Oxford, Clarendon Press, 1903, ils., mapas; *Wellington's Army, 1809-1814*, Nueva York, Longmans, Green, and Co., 1912, 434 p., ils.

<sup>23</sup> Sin intentar generar un debate mayor a los objetivos de este análisis, pareciera que Oman utilizó el concepto de caballería feudal para un modelo militar caracterizado por la repetición de los valores de vasallaje y nobleza en el campo de batalla, donde la aristocracia se veía a sí misma como un ejército efectivo en la guerra.

Este arte existió, en una forma rudimentaria, desde el día en que dos cuerpos de hombres se enfrentaron, llenos de ira, para resolver una disputa por medio de la fuerza. En algunas épocas, sin embargo, la historia militar y social han estado más estrechamente ligadas que en otras.<sup>24</sup>

Y más adelante, durante el desarrollo del apartado sobre la Guerra de los Cien Años, el autor nombró a la carga de caballería con el adjetivo de *perverso arte de la guerra*: "En Francia esas absurdas perversiones del arte de la guerra encubiertas bajo el nombre de caballería era más omnipotentes que en cualquier otra región de Europa".<sup>25</sup> De esta forma, para un historiador que tenía en mente el triunfo de los ejércitos decimonónicos, la comparación entre un periodo y otro, se justificaba como una forma de ensalzar el triunfo del positivismo que permeaba en su época. Por ello, para el autor existían dos formas de entender el arte de la guerra medieval: una "más científica" que era encabezada por los triunfos de infantería inglesa y otra que simbolizaba la "perversión" la forma de hacer la guerra, y era practicada por los integrantes de a caballería, quienes repetían en los conflictos armados los arquetipos de la escala social que tenía derecho a guerrear y dirigir las tropas en la época. Visto desde esta perspectiva, la guerra medieval parecía lo más alejado de lo que debería de ser un ejército coherente como el establecido a finales del siglo XIX, que ya había desarrollado un complejo aparato burocrático financiado por el Estado, un sistema táctico y estratégico basado en la combinación efectiva de las diferentes armas que lo integraban y una cadena de mando meritocrática, la cual permitía a los militares ascender de rango más por su propia carrera militar –ya fuera por su actuación en el campo de batalla o como comandante– que en función de su pertenencia a un linaje de sangre.<sup>26</sup>

---

<sup>24</sup> "That art has existed, in a rudimentary form, ever since the day on which two bodies of men first met in anger to settle a dispute by the arbitrament of force. At some epochs, however, military and social history have been far more closely bound up than at others", Oman, *op.cit.*, p. 1. Por supuesto, con esta frase "en algunas épocas se ha estado más cerca del arte de la guerra que en otras", se entiende que, para el autor, la Edad Media no lo estaba, precisamente por la forma en que se guerreaba, por lo que se tachó el sistema de la caballería como no científico.

<sup>25</sup> "In France those absurd perversions of the art of war which covered themselves under the name of Chivalry were more omnipotent than in any other country of Europe", *ibidem*, p. 102.

<sup>26</sup> Sin embargo, en el ejército británico aún existía la idea de que se podía comandar en función de su linaje, como ocurrió en la Primera Guerra Mundial, cuando muchos lores y sires llegaban al campo de batalla con un grado más alto –aunque no fuera tan grande– que el que tenía la tropa común.

Así pues, la visión contemporánea de los ejércitos que tenía Oman –y sus colegas– contrastó con el modelo de ejército feudal que predominó en Francia durante el siglo XIV, en el que parece repetía en el campo de batalla las diferencias entre los grupos sociales de la época, con lo que buscaba determinar quién comandaba los hombres y quién tenía un derecho natural para luchar o hacer la guerra.<sup>27</sup> Por lo tanto, para Charles Oman, la forma de guerrear en el medioevo parecería estar más alejada del arte de la guerra “científica” que en cualquier otro periodo de la historia; aunque paradójicamente, la evolución de la táctica de arquería promovida primero por Eduardo I y llevada a su clímax por Eduardo III, sería a su parecer la aproximación más “científica” de lo que él llegó a considerar la forma más correcta del arte de la guerra. De esta forma, junto con los ejércitos de piqueros suizos, los contingentes de arqueros ingleses serían lo más cercano que se tenía en la Edad Media al triunfo de los ejércitos modernos y su idea de “democratizar”<sup>28</sup> el campo de batalla; sin embargo, aunque la victoria se dio gracias a la disciplina y efectivo uso de la táctica por parte de los comandantes, para Oman ello más pareció un efecto inherente de las circunstancias en que se libró la batalla, que un logro de la capacidad de los comandantes medievales por promover la disciplina y el adiestramiento en sus ejércitos.

Ahora bien, para comprender el éxito de las tropas inglesas en la batalla de Crécy, el autor comenzó la sección dedicada al tema con una breve descripción de la historia militar del arco largo en Inglaterra y cómo éste permaneció durante mucho tiempo a la sombra de la ballesta, hasta que Eduardo I comenzó a utilizarlo en la campaña de conquista de Gales. A continuación, se concentró en examinar la evolución de la táctica de arquería aprendida desde Gales, su aplicación en las guerras contra Escocia y su reafirmación en la batalla de Crécy, Poitiers y Agincourt.

Al analizar el discurso del autor a través del contexto de la visión positivista británica, el objetivo de Oman era trasladar el método científico al arte de la guerra desarrollado por el

---

<sup>27</sup> Esto es, los nobles montados a caballo que representan al estamento de los *bellatores*, son por ende los más eficaces guerreros, mientras que la infantería, sin ninguna preparación casi “natural” para la guerra, no podía más que sucumbir ante los designios de sus superiores.

<sup>28</sup> El sentido, “democratización del campo de batalla” se refiere a una visión de la guerra en la que todos los hombres que combaten en una refriega, sin importar su estatus u origen –por supuesto habrá quienes tengan el derecho de gobernar y hacer la guerra, como el rey mismo–, tienen las mismas posibilidades de morir.

ejército inglés desde Eduardo I, por lo que el historiador clasificó los conflictos contra Escocia<sup>29</sup> como las batallas en las que se experimentó y perfeccionó un modelo capaz de ofrecer resultados universales a posteriori en las conflagraciones de la primera fase de la Guerra de los Cien Años. De esta forma, la combinación de arqueros, piqueros y caballería, fue efectiva primero en Falkirk (1298), y aunque a primera vista hubiere parecido que Bannockburn (1314) fue un revés en la táctica de arquería, lo cierto es que la batalla no se perdió porque la estrategia de la combinación de armas estuviera mal, sino por un error en su aplicación: Eduardo II dejó a sus arqueros desprotegidos y a merced de la caballería escocesa. Por lo tanto, la táctica se mantuvo en pie y sus resultados se pudieron exportar a un terreno completamente diferente: Francia.<sup>30</sup>

Respecto a la batalla de Crécy, el autor no se preocupó por reconstruir un contexto histórico ni uno estratégico, es decir, no se interesó por explicar cómo inició la Guerra de los Cien Años ni cómo ocurrieron los hechos de la campaña previa a la batalla; lo que buscó resaltar fue cómo se desarrolló la batalla y por qué tuvo un resultado tan desastroso para los franceses. Así pues, no es extraño que iniciara el apartado con una crítica a la organización militar francesa del primer periodo de la Guerra de los Cien Años, para así entender su poca capacidad estratégica, a saber: "La fuerza de los ejércitos de Felipe y Juan de Valois estaba compuesta por fieros e indisciplinados aristócratas, que se imaginaban a sí mismos siendo la fuerza militar más eficiente en el mundo, pero estando en realidad poco alejados de una turba armada",<sup>31</sup> y posteriormente la visión de Felipe VI ante la infantería: "Él [Felipe] era, por lo tanto, propenso no sólo a despreciar todas las clases de infantería, sino a observar su presencia en el campo ante él como una especie de insulto de su orgullosa clase".<sup>32</sup> Dicho lo anterior,

---

<sup>29</sup> Oman explicó que Eduardo I no fue el primero en usar a los arqueros en el campo de batalla, pero sí fue el primero en explotar su efectividad al máximo, tanto en Gales como en Escocia: "A Eduardo I el arco largo le debe su ascenso: como su nieto y bisnieto, era un soldado capaz de idear nuevas experiencias de guerra. Su larga experiencia en la campaña de Gales le permitió introducir un uso científico de la arquería, muy parecido a lo que Guillermo el Conquistador desarrolló en Hastings", Oman, *op.cit.*, p. 99. Para tener una mejor idea de las batallas, se invita al lector a revisar el Anexo I, donde se ha integrado un glosario de batallas.

<sup>30</sup> "Bannockburn, de hecho, forma una notable excepción de la regla. Su resultado, sin embargo, no se debió a un intento de descartar las tácticas de Falkirk, sino a una aplicación ineficiente de ellas", *ibidem*, p. 101.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>32</sup> "He was, therefore, prone not only to despise all descriptions of infantry, but to regard their appearance on the field against him as a species of insult to his class-pride", *idem*.

para Oman la característica de noble no es sinónimo de un buen desempeño militar y el afán de querer repetir el orden social dentro de la guerra, resultó en un desastre para el ejército francés y su caballería.

En cuanto a las tropas inglesas especificó: "El método científico de recibir una carga de caballería por arqueros flanqueados por tropas de apoyo fue primeramente practicado por Eduardo III en Crécy".<sup>33</sup> De aquí se desprendieron dos elementos: por un lado, Oman denominó "científico" a un método efectivo, que se explicó como el único capaz de frenar a la caballería, pues por el contexto se entendió como algo "verdadero" o "definitivo" a la usanza de las ciencias naturales decimonónicas; por otro lado, el autor consideró la batalla de Crécy como la primera en la cual se mostró la táctica de los arqueros fuera de Gran Bretaña, por lo que ignoró completamente a la batalla de Morlaix (1342), donde también se desplegó una formación parecida a la de Crécy.<sup>34</sup> De aquella se hablará más adelante.

Ahora bien, la descripción de la batalla no ofreció interpretaciones demasiado profundas, precisamente por la complejidad a la cual apeló el autor desde un principio: el ensayo, que si bien no dejó de ser una obra científica, las posibilidades argumentativas y de extensión de análisis se vieron impedidas por el reducido espacio en que se desarrolló el texto.

En lo referente al tema de la batalla, el autor destacó la elección del terreno donde combatió el ejército de Eduardo III, pues era perfecto para su modelo táctico de arquería: "Cuando él se determinó a pelear, eligió una posición excelente en la suave pendiente de una colina, cuyos flancos estaban protegidos por el bosque y un pequeño arrollo que corría por la línea frontal".<sup>35</sup> Por otro lado, al retomar la descripción del ejército de Felipe VI, resaltó su indisciplina por querer atacar al enemigo sin haber descansado de la larga marcha previa al encuentro de Eduardo III, oponiéndose a la intención del rey francés de esperar al día

---

<sup>33</sup> "The scientific method of receiving a charge of horsemen by archers flanked with supporting troops was first practised by Edward III at Crécy", *ibidem*, p. 104.

<sup>34</sup> *Vid.* Franck Dober, "Back to the Woods at Morlaix", *Military History*, v.22, n.9, diciembre, 2005, pp. 44-48.

<sup>35</sup> *Idem*.

siguiente para combatir,<sup>36</sup> por lo que es posible observar una sutil defensa de la figura del rey de Francia, al no culparlo concretamente por la derrota francesa, puesto que fue el deseo ciego de guerrear del resto de su ejército lo que contribuyó a la victoria inglesa, aunque en el trasfondo, el rey Valois terminó por adquirir una característica de “miserable”, al no tener la capacidad de poner orden dentro de su propio ejército.

Así pues, al comparar esta narración de los hechos con la imagen que tenía el autor de los ejércitos del siglo XIX, cuya cohesión se basaba en una fuerte disciplina y una cadena de mando inapelable como bases de su efectividad, se entendería mejor el repudio del autor por una forma de hacer la guerra dirigida por la caballería, especialmente la francesa, pues pareciera que ni la disciplina de los hombres a caballo ni el respeto de los nobles a su rey, se hicieron sentir en el campo de batalla, y más bien predominó el “perverso arte de la guerra” sobre una verdadera táctica militar coherente.

Durante el desarrollo como tal de las fases de la batalla, Charles Oman no se detuvo a explicar el “desafortunado” enfrentamiento entre los ballesteros genoveses pagados por Felipe VI y los arqueros ingleses, pero sí a dibujar el enfrentamiento entre la caballería y los flancos de infantería: nombró a los condes de Flandes y de Alençon, que estuvieron con el rey francés, pero no mencionó que se enfrentaron al contingente del hijo de Eduardo III, el príncipe de Gales, y finalmente, a partir de la Crónica de Froissart, Oman plasmó su interpretación del desarrollo de la batalla (ver el mapa 1).<sup>37</sup>

Además, la descripción del conflicto fue representado en un sentido periférico y superficial, es decir, que el análisis versó en torno a la repetición de los datos ofrecidos en la crónica de Froissart, como la posición de las batallas y la distribución de los hombres en

---

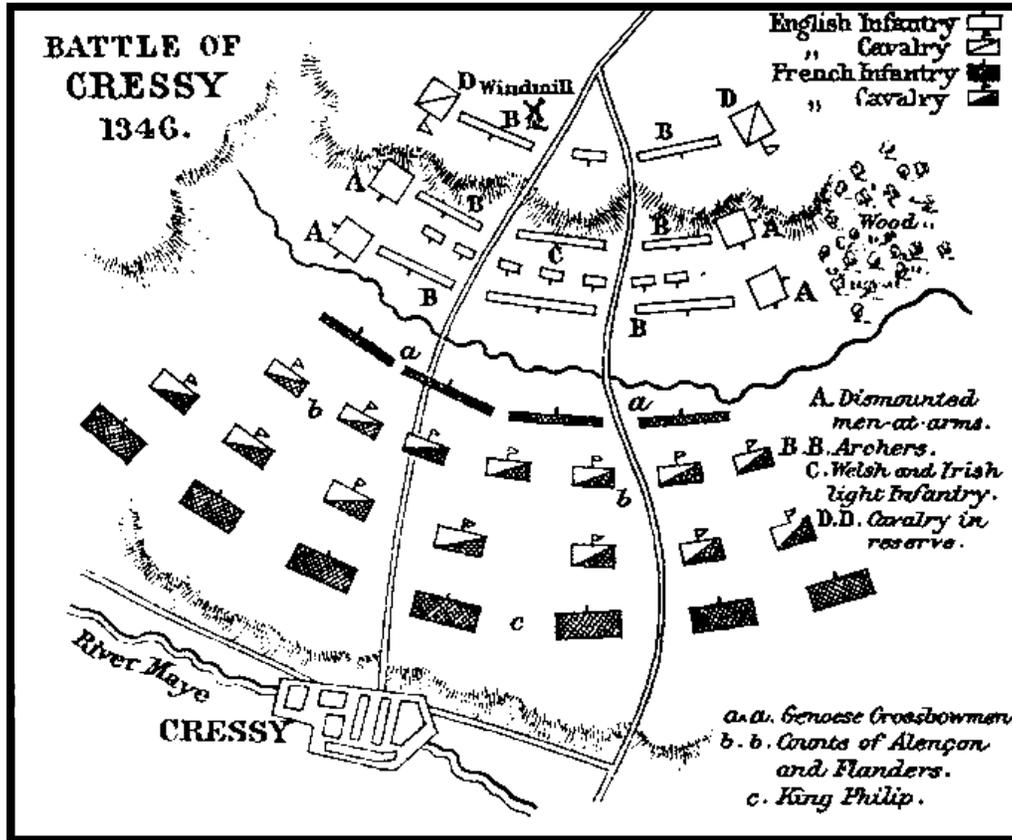
<sup>36</sup> *Cfr. Idem*, "Nada podría ser más característico de la indisciplina del ejército francés que el hecho de forzar la batalla en un día antes de lo previsto por su líder. Al observar la posición inglesa, Felipe y sus mariscales habían determinado aplazar el conflicto hasta la mañana siguiente, mientras las tropas habían estado marchando desde el amanecer."

<sup>37</sup> "Los ingleses, que estaban en tres batallas descansando en el terreno, tan pronto como vieron que se aproximaban los franceses, se levantaron sin prisa y dispuestos a sus batallas. La primera que era la batalla del príncipe, los arqueros estaban puestos a manera de *herse* y los hombres de armas al fondo de la batalla. Los condes de Northampton y de Arundel con la segunda batalla estaban ordenados como alas, listos para apoyar al príncipe si lo necesitaba", <http://www.luminarium.org/encyclopedia/crecyfroissart.htm> consultado 8 de julio de 2015.

torno al terreno de batalla, así como el enfrentamiento entre ambos ejércitos y el resultado inmediato del combate, pero sin ofrecer una perspectiva novedosa y únicamente volviéndose una repetición de los datos *évènementiel*.<sup>38</sup> Esto precisamente fue provocado por el uso exclusivo del autor medieval para explicar los acontecimientos, lo cual en realidad no era nada nuevo, pues siempre se había considerado esta fuente como la principal para entender el periodo de los tres Eduardos y la Guerra de los Cien Años. La razón de este monopolio podría deberse a su propia inmediatez en retrospectiva, esto es, era más probable que los historiadores renacentistas conocieran su obra, y por ende, su importancia se repitiera a lo largo de los siglos, al mismo tiempo que se opacaban obras más inmediatas al periodo de la batalla; y por el enorme esfuerzo con que se llevó a cabo la obra, por lo que era un compendio que abarcaba casi dos siglos de información, por lo que era más probable que una mayor cantidad de personas lo leyera.

---

<sup>38</sup> No existe una traducción literal en la lengua Española de la palabra *évènementiel*, lo que más podría acercarse sería “acontecimental” o “anecdótico-acontecimental”, que sería como la narración de hechos sin ninguna importancia más allá de su existencia.



Mapa 2. "Battle of Cessy 1346" Se puede observar cómo los arqueros (B) fueron representados en líneas rectas horizontales encasilladas entre las batallas de infantería (A) (Charles Oman, *The Art of War*, entre pp. 100 y 101).

Al final de la obra, para Charles Oman el resultado del conflicto sólo tuvo un significado:

Crécy probó que los arqueros, adecuadamente apoyados en los flancos, podían rechazar la más determinada carga de caballería. Sin embargo, la moraleja que las tropas francesas extrajeron de la batalla fue diferente. Poco dispuesto, en la amargura de su clase privilegiada, en vez de adscribir la victoria a meros campesinos, concluyeron que ésta fue por culpa de la estabilidad de la falange de caballeros desmontados.<sup>39</sup>

<sup>39</sup> "Crécy had proved that the archer, when adequately supported on his flanks, could beat off the most-determined charges of cavalry. The moral, however, which was drawn from it by the French was one of a different kind. Unwilling, in the bitterness of their class-pride, to ascribe the victory to the arms of mere peasants, they came to the conclusion that it was due to the stability of the phalanx of dismounted knights", Charles Oman, *op.cit.*, p. 105.

Esto fue, por un lado, la demostración de que existió un método “científico” para derrotar una carga de caballería, cuya experimentación se desarrolló durante las guerras entre Inglaterra y Escocia, hasta su demostración universal en Francia (un reino con una geografía y tradición militar completamente diferente a la de Escocia). Por otro lado, el autor consideró que la lección inmediata aprendida por los franceses fue que la derrota estuvo a cargo de la falange de hombres de armas desmontados y poco tuvieron que ver los arqueros, pues no podían creer que un grupo social tan bajo como los arqueros hubiese derrotado en batalla campal a la nobleza reinante. Las lecciones de un pensamiento tan poco imaginativo como éste cobrarían sus víctimas, diez años después, en la batalla de Poitiers.<sup>40</sup>

Para finalizar, el ensayo de Charles Oman podría no parecer una obra compleja en su estructura ni en su interpretación, pues debido a que su propia característica como ensayo le impedía desarrollar argumentos más extensos y profundos. Esto se tradujo en una construcción de la batalla positiva, esto es, muy apegada al modelo narrativo de los informes militares, en los que se priorizaban las descripciones de los movimientos de unidades, los participantes más importantes, el número de hombres, las fases del conflicto y su resultado.

Aun así, fue el comienzo del estudio de la batalla más allá de las historias de "Estado Mayor" o las historias "desde arriba" producidas para los manuales de táctica en las academias militares o en las historias oficiales elaboradas por el Estado, cuyos objetivos estaban encaminados a analizar la batalla y sus repercusiones, bajo un propósito de instrucción militar o de enseñanza cívica sin buscar un entendimiento mucho más elaborado del estudio de la guerra.

El escrito de Oman fue uno de los primeros desarrollados desde un punto de vista académico en Inglaterra. Su fin era el análisis de la batalla desde la ciencia histórica institucionalizada en el marco del positivismo que, entonces, se aseguraba que era la aproximación más científica de la historia. Por lo tanto, la construcción de la batalla comenzó

---

<sup>40</sup> Esta batalla se dio el 19 de septiembre de 1356. En ella, participó el hijo de Eduardo III, el Príncipe Negro, en contra de la caballería francesa. Los franceses creyeron que el triunfo en Crécy se debió a la infantería de hombres de armas, así que desmontaron a sus hombres y marcharon contra las tropas inglesas, quienes los esperaban con un gran contingente de arqueros. El resultado se tradujo en una derrota aplastante equiparable con los triunfos en Crécy y Agincourt.

por poner de manifiesto qué paso y cómo se creía que habían sucedido las cosas, lo que permitiría a los autores inmediatos a este historiador, darse cuenta de dos aspectos hasta entonces nunca puestos en tela de juicio: la formación más posible de los arqueros y la importancia histórica de la batalla.

### **I.3. La estrategia inglesa: definición, significado e interpretación histórica de *herse***

Como toda obra pionera en cualquier campo de las ciencias, el ensayo de Charles Oman, *The Art of War in the Middle Ages*, presentó ciertas inconsistencias e impresiones respecto a su interpretación de los hechos. En realidad, el autor no debería ser juzgado por ello, puesto que antes de él, la batalla de Crécy sólo había sido estudiada como ejemplo táctico-estratégico en las academias militares o como parte de los anales históricos de Inglaterra. Pero a partir de Oman, iniciaron las primeras aproximaciones hacia una nueva perspectiva de los hechos, cuyo sentido se encaminó en la búsqueda de lo que “más probablemente” ocurrió y de cómo ocurrió exactamente. De esta forma, Hereford George se manifestó a la par de Charles Oman, e intentó refinar las perspectivas de la historia militar científica del primer combate importante de la Guerra de los Cien Años.

Al dedicar gran parte de su vida y de sus objetivos a la enseñanza de la historia (fue maestro de Charles Oman) Hereford George (1838-1910) no publicó su primera obra de carácter militar sino hasta la última década del siglo XIX, con el libro *Battles of English History*,<sup>41</sup> en 1895 –diez años después del ensayo de Oman– y posteriormente *Napoleon's Invasion of Russia* (1899),<sup>42</sup> ambas construidas al final de su carrera como catedrático, lo que convertiría ambos escritos en la concreción de toda una vida de investigación y de estudios dedicados a la ciencia histórica.

De la obra a analizar en esta investigación, *Battles of English History*, también se desprendió el artículo "The Archers at Crécy" (1895),<sup>43</sup> publicado en la recién creada revista

---

<sup>41</sup> Hereford George, *Battles of English History*, Londres, Methuen & Co., 1895, VII- 334 p., mapas.

<sup>42</sup> J.L.M., "Rev. Hereford Brooke George", *The Geographical Journal*, v. 37, n. 3, marzo 1911, pp. 325-326.

<sup>43</sup> Hereford George, "The Archers at Crécy", *The English Historical Review*, Oxford University Press, v. 10, n. 40, octubre 1895, pp. 733-738.

*The English Historical Review*. Con el fin de aplicar el método inductivo a éste análisis, valdría la pena comenzar con el artículo de George y después estudiar su libro.

En su artículo "The Archers at Crecy", Hereford George buscó comprender de qué manera Eduardo III dispuso a sus arqueros para enfrentar a Felipe VI y a su caballería. Por ello, el primer párrafo del artículo comenzó con el desarrollo del punto medular de la discusión: "La pregunta importante acerca de Crécy no es lo que Froissart entiende por *herse*, sino qué táctica podría haberle permitido a Eduardo III ganar su gran victoria".<sup>44</sup> En este sentido, la palabra *herse*<sup>45</sup> propuesta por Froissart, intenta definir algo "nuevo", una formación propia del ejército de Eduardo que le permitió imponerse a su enemigo,<sup>46</sup> pero sin explicar de manera precisa de qué forma se desplegaron las fuerzas inglesas en la batalla. Para entender exactamente cuál fue esta formación, George realizó un listado de todo aquello de lo que él estaba seguro que pasó, y a partir de ello, infirió una posible respuesta a la problemática, muy parecido al proceso del método inductivo: premisas particulares para obtener una conclusión general. Así, buscó discernir las omisiones que las propias crónicas eran incapaces de explicar.

Desde una perspectiva más amplia, este método no dejó de estar relacionado con las ciencias naturales: obtener leyes generales a partir de postulados particulares, y por ello, al igual que Oman, el artículo de George intentó darle a la historia una perspectiva positiva, a través de la emulación del método con el que estas ciencias trabajan. Así, aunque esta premisa puede resultar ambigua bajo el argumento "no es un método exclusivo de las ciencias naturales", lo cierto es que la intención de George por alcanzar una verdad absoluta de los hechos le permitió a su obra ser clasificada dentro de la corriente del positivismo científico.

---

<sup>44</sup> "The important question about Crecy is not what Froissart meant by a *herse*, but what tactics could have enabled Edward III to win his great victory", *ibidem*, p. 733.

<sup>45</sup> Según Michael Prestwich, una acepción que puede definir la palabra *herse* es un "marco triangular con forma de rastro, diseñado para sostener los candelabros en los oficios de tinieblas en la Semana Santa", Michael Prestwich, "The Battle of Crécy", en *The Battle of Crécy, 1346*, Woodbridge, The Boydell Press, 2005, p. 144, *apud*, *Shorter Oxford English Dictionary*, 3a ed., Oxford, 1959, v.I, p. 878.

<sup>46</sup> "Froissart, sin embargo, utiliza esto a modo de comparación para describir algo 'nuevo', y su uso posterior no es conclusivo en su significado". *Cfr.* Hereford George, "The Archers at Crécy", *The English Historical Review*, Oxford University Press, v.10, n.40, octubre 1895, p. 733. Mientras que Froissart dijo: "los arqueros estaban puestos a manera de *herse* y los hombres de armas al fondo de la batalla". <http://www.luminarium.org/encyclopedia/crecyfroissart.htm> consultado 8 de julio de 2015.

De esta forma, el autor presentó aquellos acontecimientos de los que no había duda alguna habían ocurrido: Eduardo colocó a sus caballeros desmontados en posición defensiva para evitarles la tentación de atacar; la mayoría de las bajas francesas fueron por arqueros a un rango de 400 yardas (365 metros) de su línea de disparo; la caballería francesa se enfrentó a los hombres de armas de la *batalla*<sup>47</sup> del príncipe de Gales en una lucha cuerpo a cuerpo; para que los arqueros fueran efectivos debieron haber estado desplegados en líneas fraccionadas de tres hombres de profundidad o en alas de ocho hombres; las bajas inglesas fueron en extremo pocas: los arqueros no dejaron de atacar por lo que debió haber turnos para lanzar las flechas.

Al tomar en cuenta estos parámetros, el autor consideró que la única formación que respondía a estos enunciados era aquella que, en vez de que los arqueros estuvieran desplegados en una línea horizontal continua al frente de las batallas de infantería, en realidad, formaría una especie de “boca de botella” por ambos lados de las batallas:

La única formación, como puedo ver, que responde a todas estas condiciones es la siguiente: los hombres de armas desmontados formando una línea que soporte la carga enemiga, con una línea de arqueros en cada flanco, con su frente proyectado hacia adelante en un ángulo frontal a los hombres de armas. En esta posición, los arqueros podían obviamente disparar a la carga del enemigo desde el momento en que llegaran a su rango y hasta que se alejaran de él; un simple cambio en la postura de los hombres sería suficiente para cambiar la dirección del tiro.<sup>48</sup>

---

<sup>47</sup> Las *batallas* en la Edad Media eran grandes organizaciones de guerreros –tanto hombres de armas como de diferentes armas– que se desplegaban tanto para una cabalgada –operación de devastación a caballo– como para una batalla campal.

<sup>48</sup> “The only formation, so far as I can see, which answers to all these conditions is as follows: the dismounted men-at-arms drawn up in line to withstand the enemy's charge, having a line of archers on each flank, with their front thrown forward at an angle to the front of the men-at-arms. In this position the archers could obviously shoot into the charging enemy from the moment they came within range until they retired out of range again, a very slight change of each man's attitude sufficing to change the direction of his shooting”, George, *op.cit.*, p. 733.

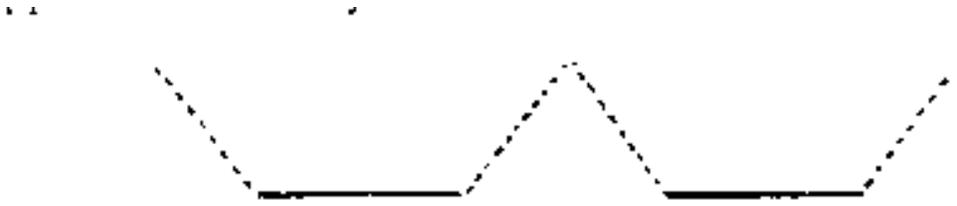


Imagen 1. “Herse”. Diseño presentado por George para explicar el posible significado de lo que Froissart denominó *herse*. A diferencia del mapa de Oman, en éste los contingentes de arqueros se dibujaron a modo de “zigzag” (George, *Battles of English History*, p. 62).

Aunque para respaldar su tesis al autor no contó con las cifras exactas de los hombres que lucharon en el ejército inglés, aun así Hereford George terminó por explicar que al menos fue posible alcanzar un consenso respecto a la cantidad de tropas desplegadas en la batalla.<sup>49</sup> Para sustentar este último punto, el autor también ocupó la *Crónica* de Baker de Swinbrook,<sup>50</sup> quien se supone estaba relacionado con los monjes de Oxford y el caballero Thomas de la More, que le había encargado el relato. Según Richard Barber, el cronista completó la parte de la batalla de Crécy a partir de los relatos que escuchó de viva voz de algunos de los participantes en el conflicto, pues su discurso es de una persona que sabe de los hechos de armas.<sup>51</sup> El uso de esta nueva fuente no sólo es importante desde el punto de vista discursivo, sino también historiográfico, pues George utilizó un testimonio alternativo a la *Crónica* de Froissart para construir su historia, a diferencia del ensayo de Charles Oman, quien sólo se apoyó en lo dicho por el cronista de Valenciennes. Es probable que la crónica de le Baker fuera poco conocida para el momento en que Oman escribiera, pues para el momento en que éste publicó su ensayo –a los veinticinco años– aún no existía una edición comentada que sirviera como recurso histórico, por lo que reducía el número de quienes podían haber tenido acceso al texto original. Probablemente Georges con toda su experiencia conoció esta

---

<sup>49</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 734. El autor calculó que Eduardo llevó consigo 4.000 hombres de armas y 10.000 arqueros, además de otros miles de infantes ligeros. Aunque el rey inglés tuvo pequeños enfrentamientos desde su desembarco en Normandía, parece ser que sus fuerzas no menguaron en demasía para el momento de la batalla.

<sup>50</sup> Edward Maunde Thompson, *Chronicon Galfridi le Baker de Swynebroke*, Londres, Oxford University Press, 1889, XVII-384 p.

<sup>51</sup> Cfr. Barber, *op.cit.*, pp. 21-22; Edward Maunde Thompson, *op.cit.*, p. V.

crónica, y es factible que haya utilizado la edición de 1889 de Edward Thompson<sup>52</sup> para construir su historia, aunque esto no es más que pura especulación.

De vuelta a la obra de George, este autor intentó calcular la profundidad de las batallas de los hombres de armas, aunque ello se convirtió en una tarea difícil de realizar con la precisión deseada, pues las pistas resultaron ser poco claras para construir los hechos. No obstante, al final pudo encontrar una solución a este problema a partir de la comparación entre la formación que utilizaron los ingleses en Crécy, con la que se desplegó en Agincourt cincuenta años después, batalla que se encontraba mejor documentada que la primera, en especial respecto a la profundidad de las batallas que se sabe fue de cuatro hombres. Por lo tanto, para los estándares de la época y para las necesidades estratégicas defensivas que presentaba Eduardo en Crécy, para George sería lógico suponer que sus contingentes tuvieran una profundidad similar a la confrontación acaecida en 1415. Por último, para ampliar su análisis, el historiador también tomó en cuenta la efectividad de la formación ante el ataque francés, pues para que los piqueros realizaran bien su trabajo, era necesario que sus armas sobresalieran de la alineación para poder detener la carga de caballería enemiga, algo que no se lograría si las filas hubieran sido mucho más profundas durante el combate.

Así pues, en su artículo de 1895, Hereford George utilizó los datos verosímiles –o al menos sobre los que se tenía un consenso general– de las crónicas sobre la batalla de Crécy y aplicó la lógica de lo que "pudo haber ocurrido", para así llenar los espacios vacíos entre las narraciones de las crónicas. De esta forma, dibujó una posible explicación sobre cómo debieron haberse formado los arqueros durante la batalla.

Como ya se ha dicho, se apoyó en el modelo científico para obtener sus resultados: las premisas particulares, apoyadas por la lógica para llenar los “espacios vacíos” de las crónicas, le permitieron llegar a un resultado general: la formación de arqueros más probables desplegada en el campo de batalla. Sin duda, el espíritu del positivismo científico era fuerte en estos historiadores. Y si, además se toma en cuenta que George era profesor de Oman, se podrá entender mejor la herencia historiográfica en los siguientes apartados.

---

<sup>52</sup> Edward Maunde Thompson, *op.cit.*

En el artículo de George fue posible observar que uno de sus objetivos era generar una discusión científica sobre un hecho concreto de la batalla de Crécy: la formación de los arqueros. Cabe resaltar que este texto fue publicado en una de las primeras revistas creadas específicamente para la difusión de la historia científica en Inglaterra: *The English Historical Review*. La omisión del contexto histórico permitió al autor analizar directamente una problemática sin necesidad de explicar cómo se llegó a ese hecho, muy similar a la forma en que se construye el conocimiento en las ciencias naturales: no era necesario saber la historia de una planta si lo que se buscaba conocer es cómo realiza la fotosíntesis.

Esta forma de abordar la historia contrastó con la expuesta en su libro *Battles of English History*, cuyo objetivo fue la difusión del conocimiento histórico más que la generación de un contenido netamente científico. Esto gracias a la trayectoria como educador a la que el propio autor se refirió en su prefacio,<sup>53</sup> por lo que no existió una mejor forma de completar la obra de su vida que diseñar un libro bajo parámetros capaces de ser entendidos por todos aquellos lectores ávidos de conocimiento histórico. Al mismo tiempo, en esa misma sección de su trabajo, el autor resaltó la importancia que han tenido las historias de batallas y campañas para él; además de comparar los problemas a los que el autor se enfrentó con las adversidades a las que cualquier otro de sus colegas historiadores se enfrentaría: “las campañas y batallas presentan en una forma excepcionalmente clara los problemas a los que se enfrenta la historia, qué se hizo, por qué pasó, cuáles fueron los resultados, qué debió de haberse hecho, cuáles hubiesen sido las consecuencias si este o aquel detalle importante hubieran sido diferentes”.<sup>54</sup>

En este punto, valdría la pena hacerse una pregunta: a finales del siglo XIX, ¿ya existían los historiadores militares como tales? Esto es, ¿había una comunidad de eruditos enteramente dedicados al estudio de la guerra que fuera impulsada por las mismas universidades? La respuesta sería no, pues en aquellos tiempos, las universidades aún eran

---

<sup>53</sup> George, *op.cit.*, pp. V-VII.

<sup>54</sup> “Campaigns and battles present in an exceptionally clear shape the stock problems of history, what was done, why it was done, what were the results, what ought to have been done, what would have been the consequences if this or that important detail had been different”, *ibidem*, p. VII.

centros en proceso de desarrollo, donde se permitía el libre estudio de los alumnos, pero siempre con base en lo que los profesores de los colegios investigaran. De esta forma, más que hablar de departamentos, sería mucho más sencillo entender que se producía una esfera de influencia propiciada por los maestros, quienes impulsaban sus propios temas de estudio en los alumnos. Por lo tanto, más que hablar de historiadores militares, sería más propicio nombrarlos como historiadores de la guerra, pues la superespecialización aún no se desarrollaba y antes que ser medievalistas o historiadores militares, eran historiadores que, a partir de ciertas lecturas e influencias académicas, se dedicaban a estudiar la guerra. En este sentido, los ejemplos más claros serían George y Oman: el primero fue profesor del segundo, ambos habían hecho sus lecturas de los manuales militares de la época, y aunque escribieron sobre la guerra medieval, no dejaron de producir trabajos referidos a la guerra moderna, sin que por ello carecieran de método para generar sus obras.

De vuelta al libro de George, dado que el objetivo del autor era la difusión, fue necesario que su obra estuviera dotada de un contexto en el cual se desarrollasen los temas a tratar, en este caso, las batallas más importantes de la historia inglesa. De esta forma, en el capítulo cinco "Crecy y Poitiers", Hereford George comenzó por explicar los orígenes del conflicto que enfrentaría a Inglaterra y a Francia por más de cien años. Para esto, inició con los aspectos políticos que no se observaron en la obra de Charles Oman, como son el dilema dinástico en el ducado de Aquitania y las pretensiones de Eduardo III al trono francés, así como las diferencias administrativas y militares entre ambas monarquías,<sup>55</sup> las cuales, terminarían por repercutir en el resultado final de la primera fase de la Guerra de los Cien Años.

A continuación, describió la campaña de Eduardo desde su desembarco en Saint-Vaast-la-Hougue el 12 de julio, de la cual afirmó que el rey inglés no tenía un plan coherente de

---

<sup>55</sup> Por un lado, gracias a las reformas administrativas de Enrique II el Parlamento adquirió una mayor injerencia en las políticas del Estado, lo que significó una mayor integración del pueblo en los asuntos reales. En palabras del autor: "Ninguna ley podía ser creada, ningún nuevo impuesto podía ser impuesto, sin el consentimiento del Parlamento", *ibidem* p. 55. Al contrario, en Francia la administración estatal estaba basada en las relaciones de vasallaje: "En Francia por otro lado el rey gobernaba bajo un número de vasallos quienes tenían poca o ninguna relación entre sí, y donde cada uno de ellos era más o menos independiente del rey. El contraste político se manifestó en la organización militar de los dos reinos", *idem*.

campana el cual seguir y, a pesar del logro de Crécy, ni Eduardo ni ningún otro hombre de la Edad Media tuvieron una noción clara de estrategia, pues según el autor: "No hay evidencia de que Eduardo haya formado algún plan coherente de operaciones. Capaz táctico como se mostró en Crécy, él no era estratega; de hecho, ninguno en aquella época tenía una idea de combinaciones tácticas...".<sup>56</sup> Por lo tanto, se observó una continuidad entre George y la obra de Oman, pues ninguno de los dos consideró que Eduardo III tuviese nociones claras de estrategia, más allá de los resultados afortunados que dieron el triunfo a los ingleses. Esta forma de comprender la campaña del rey inglés llevaría a Oman y a sus contemporáneos considerar la expedición a Francia como una "peligrosa aventura", la cual carecía de un fin concreto. Puede asegurarse que este pensamiento estaba generalizado a finales del siglo XIX, gracias a la influencia de las obras sobre el arte de la guerra de Jomini y de Clausewitz, cuya visión de la guerra había influido en las construcciones historiográficas de los historiadores de la guerra de finales del siglo XIX.

Desde esta perspectiva, la campaña de Eduardo III no tenía sentido para estos historiadores, quienes tenían en mente que la única estrategia militar efectiva era aquella "violenta" o "positiva", en la que el enemigo necesariamente debía confrontarse directamente de una u otra forma para ganar la guerra:

La estrategia es el uso del combate para los fines de la guerra; así pues, tiene que fijar a todo el acto bélico una meta que corresponda al objetivo del mismo, es decir, desarrolla el plan de guerra y enlaza con ese objetivo la serie de acciones que deben conducir al mismo, o sea, hace los diseños de las distintas campañas y dispone en ellas los distintos combates.<sup>57</sup>

Por lo tanto, al momento de estudiar los movimientos del monarca inglés en Normandía, los autores no observaron un plan de acción concreto, por lo que parecía más bien que Eduardo III "se había lanzado a una peligrosa aventura", aún a pesar del éxito al

---

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>57</sup> Clausewitz, *op.cit.*, p. 139. En la obra de este autor, el concepto de violencia permeó en todo su escrito y es la base que utiliza para respaldar sus argumentos, pues desde el principio ataca a aquellos que creen que puede existir una idea de pacifismo en la concepción de la guerra: "Las almas filantrópicas podrían fácilmente pensar que hay una manera artificial del desarmar o derrotar al adversario sin causar demasiadas heridas, y que esa es la verdadera tendencia del arte de la guerra", p. 18. Una clara alusión al *Arte de la Guerra* de Sun Tzu, quien consideró que el mejor general era aquel que doblaba a su enemigo sin derramar sangre.

haber sitiado Caen y los triunfos subsecuentes hasta Calais (1347). Sin embargo, sería durante la marcha del rey inglés por el Sena y luego por el Somme, en busca de un puente por el cual cruzar en dirección a Flandes, donde las palabras de Oman se harían más claras en todas las representaciones de la batalla, pues el riesgo que había tratado de evitar, finalmente llegó en Crécy-en-Ponthieu. Aquel hecho fue utilizado por Hereford George para explicar que ahí fue donde "el espíritu caballeresco tomó posesión de él [Eduardo III]",<sup>58</sup> y dispuso a sus hombres para hacer frente al ejército francés.

En este punto, George ofreció una breve descripción sobre la formación de las tropas inglesas en la batalla de Crécy, a través de una reseña de las tres batallas en las que el monarca inglés dividió sus contingentes: la primera comandada por el príncipe de Gales, la segunda por el conde de Northampton y la tercera bajo las órdenes del mismo rey inglés. Después, criticó el ataque francés al denominarlo "irracional y sin un objetivo claro", mientras que la defensa inglesa se realizó de manera correcta al proteger sus flancos con el río Maye y con la aldea de Wadicourt. Todo lo cual recuerda al trabajo de Oman, quien igualmente desprestigió las acciones francesas por ser un "perverso arte de la guerra", además de tener la visión de la guerra positiva en función de la táctica de cómo vencer a la caballería a partir de un uso efectivo de arqueros y hombres de armas desmontados.

Así, para el autor, la mayor novedad que se logró en Crécy fue que los ingleses lograron combinar efectivamente las diferentes armas en que se dividía su ejército, por lo que lograron vencer a un enemigo que los superaba numéricamente:

La novedad esencial en la táctica de Eduardo, el hecho que marcó a Crécy como una nueva era en la historia del arte de la guerra, fue que habiendo peleado en inferioridad numérica, él discernió una forma

---

<sup>58</sup> "Eduardo ahora estaba seguro: él tenía sólo una pequeña marcha por delante hacia Flandes. Aquí, sin embargo, el espíritu de la caballería tomó posesión de él: eligió esperar por la batalla, viendo que él estaba en su propia herencia, y la defendería contra su usurpador". / "Edward was now safe: he had only a short march before him to reach Flanders. Here however the spirit of chivalry took possession of him: he chose to turn and await battle, saying that he was now in his own heritage, and would defend it against the usurper", George, *Battles of English History*, pp. 60-61.

efectiva de combinar los dos elementos de su ejército. Hizo que todos los hombres de armas desmontaran, y colocó los caballos con el equipaje en la parte trasera.<sup>59</sup>

Acto seguido, fue retomado el debate que el mismo autor ya había comenzado a discutir en su artículo "The Archers at Crécy", al intentar clarificar cómo debieron haber estado formados los arqueros en la batalla a partir de las crónicas de Froissart y de Geoffrey le Baker: el primero explicaba que estuvieron al frente de las batallas, mientras que el segundo afirmó que estaban en los flancos.<sup>60</sup> Finalmente, al confrontar ambas posturas, concluyó que sólo podía existir una imagen de la formación en la que las batallas de Northampton y del príncipe de Gales estuvieran cubiertas en los flancos por los arqueros, con una forma que parecía ser la de un "arco", o dos "embudos" desde los cuales podían atacar y cubrirse los hombres.<sup>61</sup> Por lo tanto, para el autor, ésta sería la prueba más importante que demostraría la capacidad de innovación y de táctica –aunque no estratégica– del ejército inglés comandado por Eduardo III.

Es menester detenerse en este punto, pues será la táctica y no la estrategia del rey inglés el principal debate historiográfico al que recurrirían los historiadores de la guerra ingleses hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Desde ese momento, los investigadores se concentraron en tratar de ofrecer datos y nuevos métodos para resaltar la importancia del monarca inglés como táctico, al mismo tiempo que denostaban su capacidad como estratega. Por ello, las descripciones sobre la batalla siempre tuvieron a la formación de arqueros como el centro del problema, precisamente porque contemplaron que éste fue el mayor logro de la administración de los tres Eduardos.

---

<sup>59</sup> "The essential novelty in Edward's tactics, the fact which makes Crecy an epoch in the history of the art of war, was that having to fight with very inferior numbers he discerned an effective way of combining the two elements of his army. He caused all the men-at-arms to dismount, and placed the horses with the baggage in an enclosed park in rear", *ibidem*, p. 61.

<sup>60</sup> "Froissart dijo que ellos estaban dibujados al frente, como flecha (*herse*). El Barquero de Swinbrook dijo muy precisamente que ellos estaban puestos en las alas, y no en el camino de los hombres de armas, sin tener al enemigo de frente, pero disparando a sus flancos", *ibidem*, pp. 61-62.

<sup>61</sup> "Por otra parte, es cierto que la batalla del príncipe de Gales estaba a la derecha al centro, la de Northampton a la izquierda, un poco más atrás, quizá debido a una ligera regularidad del sueño. Si cada división tenía parte de sus arqueros en cada flanco, lanzadas un poco hacia adelante, las dos líneas internas de arqueros se reunirían en un ángulo...", *ibidem*, p. 62.

De esta forma, Hereford George en un primer momento comenzó su narración de los hechos de la batalla con la imagen de las tropas francesas preparándose para enfrentar al rey inglés, por lo que dividieron su ejército en nueve batallas de caballería, aunque sin formular un plan coherente de acción a seguir; además, el autor mencionó la participación de al menos 15.000 ballesteros genoveses, quienes avanzaron por orden de Felipe VI al ver que el enfrentamiento no podía ser aplazado para el día siguiente. En este sentido, para el autor, la batalla obtuvo dos consecuencias: la primera, fue una batalla desastrosa para los franceses aún antes de que ésta comenzara; en segundo lugar, el rey francés tuvo menor responsabilidad respecto al desenlace de la batalla del que tuvieron los nobles que se lanzaron impetuosamente al ataque en las condiciones en que se presentaba la batalla –misma consecuencia que se explicó en el trabajo de Oman.<sup>62</sup> Inmediatamente después, se dedicó a narrar el desenlace fastuoso de la marcha genovesa y cómo la caballería francesa les pasó por encima por orden de Felipe, aparentemente tras apelar a su calidad feudal de hombre noble.<sup>63</sup> A continuación, se dedicó a narrar el enfrentamiento entre la caballería francesa y el contingente comandado por el príncipe de Gales. También hizo mención de la famosa frase de Eduardo III le dijo a un mensajero que pedía auxilio en nombre del príncipe, quien solicitaba refuerzos para mantener la posición: deja que se gane sus espuelas.<sup>64</sup> Y por último, la “romántica”<sup>65</sup> carga del rey de Bohemia contra las tropas inglesas, donde él mismo perdería la vida.

ΦΦΦ

Finalmente, el autor presentó su punto de vista sobre la victoria inglesa en Crécy, al compararla con la batalla de Bannockburn en 1314: “Superficialmente es parecida a Bannockburn: un ejército muy superior y presuntuoso, ataca a un enemigo inferior bien

---

<sup>62</sup> *Vid.* Cap. I.2

<sup>63</sup> "Por lo tanto, el rey de Francia, con el verdadero desprecio feudal por todo lo que no era noble, ordenó a los hombres de armas pisotear a esos sinvergüenzas", *ibidem*, p. 62.

<sup>64</sup> Los nobles recibían las espuelas doradas como símbolo de aceptación a un orden caballeresco. En este caso, aunque el hijo del rey ya había sido elevado a caballero desde el desembarco en Normandía, no podía serlo completamente hasta que demostrara en batalla su capacidad de combatir, prueba de que aún a mediados del siglo XIV, es bien visto que los generales combatan personalmente en las batallas.

<sup>65</sup> Se considera “romántica” debido a que, aunque la derrota en batalla era inminente, Juan de Bohemia se lanzó en contra de los ingleses encarnando el espíritu de la caballería y se lanzó en contra de sus enemigos.

preparado para la defensa...”<sup>66</sup> y continúa: “la diferencia es más profunda, en el hecho de que el reino más importante de Europa, gobernado por un rey que era el espejo de la caballería adoptó tácticas que pudieron derrotar a la caballería”.<sup>67</sup> Así, para George, la batalla adquirió un significado político, al retomar el discurso con el que inició el capítulo (organización política y militar de ambas naciones) y trasladarlo al resultado inmediato de la batalla: fue gracias a que Eduardo III desplegó un ejército mucho más equitativo en su conformación en el campo de batalla, lo que le permitió vencer a un régimen cegado por el modelo de las relaciones de vasallaje y de la monarquía. Por lo que, una vez más, fue posible observar esa noción de que los franceses fueron derrotados porque la estructura de gobierno y de milicia era de carácter feudal, a diferencia de la inglesa. Quizá extrapolando un poco, podría considerarse la existencia de una idea de determinismo por parte del autor, puesto que estas diferencias en los gobiernos parecieran estar determinadas por sus propias condiciones históricas, lo cual para la fecha no sorprendería, pues esta idea del ambiente o el lugar geográfico como un determinante de las características de los hombres, permaneció en activo aún hasta la Segunda Guerra Mundial.

Tanto el artículo como el libro, permitieron a Hereford George discernir una visión científica de la historia, pero que al mismo tiempo tuvo una utilidad más allá de los debates puramente científicos: la historia como educadora y como una función más allá de la academia. Al comparar las obras de George con las de Charles Oman, lo sobresaliente gira en torno de la construcción de la batalla de Crécy a partir de la problemática de la formación que adoptaron los arqueros de Eduardo III. El resto de la descripción de la batalla desarrollada por ambos autores no ofreció grandes diferencias: fueron las mismas fases de la batalla y ambos concluyeron en la ineficiencia del uso de la carga de caballería y de la indisciplina francesa en contraposición con la eficiencia táctica de las tropas inglesas; aunque concluían tajantemente que no existía estrategia en la Edad Media.

Este científicismo que ayudó a George a construir la batalla, se tradujo en la búsqueda de la formación más probable en que se desplegaron los arqueros. A partir de un método inductivo que englobó los aspectos verídicos de Crécy, fue posible obtener una conclusión

---

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>67</sup> *Idem*.

de las particularidades a las que Froissart llamó *herse*. La historia científica que compartieron todos los autores ingleses a finales del siglo XIX, además de la visión particular de la guerra producto de sus lecturas sobre los manuales clásicos del arte de la guerra, les permitió participar en debates comunes. Oman no se quedaría atrás y tomaría esta propuesta de formación para construir una nueva imagen de la batalla.

Así pues, la construcción de la batalla de Crécy se realizó a partir de una reinterpretación de la fuente más utilizada para el estudio del conflicto: la *Crónica* de Jean Froissart, y su confrontación con otra recientemente utilizada: la *Crónica* de Baker. Las bases de esa construcción fueron la palabra *herse* y qué quería decir Froissart con ello. En este contexto, la historia académica jugó un papel fundamental en el desarrollo de esta nueva forma de interpretar la batalla, pues la propia necesidad de los académicos por problematizar los hechos, sirvió como sustento de la crítica de una historia que antes parecía incuestionable. En conclusión, George inició un debate que sería utilizado por la historia comparada entre batallas, y con ello, comenzó a sustituirse la antigua narración de “pieza de batalla”,<sup>68</sup> que si bien aún permaneció en la narración de muchos historiadores decimonónicos, dio paso a una descripción de la batalla más apegada al lenguaje de las academias universitarias.

#### **I.4. “Entonces Eduardo volcó su invasión en una aventura peligrosa”. La estrategia fantasma**

Como ya se mencionó anteriormente, Charles Oman fue alumno de Hereford George, quien además fue uno de sus primeros lectores de su magna obra *History of the Art of War*,<sup>69</sup> una obra monumental dedicada a la historia de la guerra en la Edad Media, pero a diferencia de su primer ensayo, ésta fue diseñada a partir de un uso mayor de fuentes y apoyada en una interpretación mucho más rica en sus conclusiones, lo que permitió, sin lugar a dudas, que se volviera una obra clásica de la historiografía militar de finales 1898. El mismo año también publicó *The Hundred Years War*,<sup>70</sup> un manual dedicado a los alumnos de historia de nivel

---

<sup>68</sup> Narración propia de la historia militar, en la que se reduce a los soldados a peones, tiene un ritmo discontinuo, sus hechos selectivos, y da especial atención al mando. John Keegan, *El rostro de la batalla*, Madrid, Turner Noema, 2013, p. 63.

<sup>69</sup> C.W.C. Oman, *A History of the Art of War*, v. II, Londres, Methuen & Co., 1898, 667 p., ils., mapas.

<sup>70</sup> C.W.C. Oman, *The Hundred Years' War*, Londres, The Oxford Manual of English History, 1898, 168 p.

universitario, en el cual se presentó la batalla como parte de un todo, de manera narrativa y sin idea de generar grandes paradigmas científicos –del mismo modo que George diseñó su *Battles of English History*. Como en el caso de Hereford George, valdría la pena comenzar de lo particular –la Guerra de los Cien Años– a lo general –el arte de la guerra en la historia–, y así observar los diferentes grados de complejidad, producto más del diseño de los argumentos, las limitaciones y la profundidad de los textos.

En su libro *The Hundred Years' War*, la argumentación del contenido fue dividida en temáticas muy concretas que sirvieran de ayuda para una mejor explicación y entendimiento del conflicto de la guerra entre Inglaterra y Francia. No sería relevante hacer una descripción de principio a fin sobre el contenido del manual de Oman, pues sólo las primeras partes tienen relación con la batalla de Crécy. Basta con anotar que en los primeros capítulos se aludió a las causas que propiciaron el estallido la guerra y cuáles fueron los acontecimientos que llevaron a una confrontación directa entre ambos monarcas.<sup>71</sup> Posteriormente, el capítulo III “La primera etapa de la Guerra” inició con el final de la paz entre ingleses y franceses en 1337, cuando el rey Eduardo III mandó al conde de Derby a sublevar a sus aliados en los Países Bajos contra Felipe VI, lo que fue considerado por Oman como el primer momento en que el ejército inglés se encontró con un cañón que era transportado por la flota francesa:

Esta expedición merece ser recordada por el hecho de que la flota francesa llevó consigo el primer cañón que alguna vez en su vida vieron los ingleses; aquellas eran pequeñas piezas descritas como “jarras de hierro lanzadoras de flechas de hierro por la fuerza de la pólvora”, y sin ningún efecto. Pero su aparición marca los inicios de una nueva etapa en el arte de la guerra.<sup>72</sup>

---

<sup>71</sup> La Guerra de los Cien Años no inició con una declaración formal de guerra ni con una invasión directa a territorio francés o inglés. Al principio los combates eran confrontaciones a menor escala y producto de pequeñas incursiones que buscaban devastar y saquear el territorio contrario. De igual forma, en la guerra marítima, el objetivo era la piratería y los ataques rápidos contra los puertos enemigos, pero finalmente, en 1339, el gobierno de Eduardo III decidió pasar a la ofensiva y preparó varias campañas de devastación a gran escala, las cuales culminarían en 1346 con la batalla de Crécy y un año después con la captura del puerto de Calais.

<sup>72</sup> “This expedition deserves memory for the fact that the French fleet carried the first cannon which the English had ever seen; they were little pieces described as ‘iron pots throwing iron bolts by the force of gunpowder’, and did nothing effective. But their appearance marks the first beginnings of a new stage in the art of war”, *ibidem*, p. 27. Esta es la primera mención respecto a los cañones en el ejército inglés, al menos en los escritos que se han analizado. Ni siquiera en el ensayo anterior *The Art of War in the Middle Ages* de Oman se habla de

Prosiguió su narración con la batalla de Sluys en 1340, el enfrentamiento naval más importante de la primera etapa de la guerra, en la cual Eduardo III resultó vencedor sobre su enemigo francés, lo que se tradujo en un dominio permanente del Mar del Norte durante el resto del conflicto.<sup>73</sup> A continuación, describió el problema de la sucesión del trono de Bretaña y la razón que obligó al rey Eduardo a cambiar su teatro de operaciones de los Países Bajos a Normandía y a Francia continental.<sup>74</sup>

Después de ciertas descripciones administrativas y políticas en Inglaterra, el autor comenzó la crónica de la campaña de Eduardo de 1346, cuando el 11 de julio el ejército inglés desembarcó en Cape La Hogue, con un ejército menor que el que desplegó en los Países Bajos algunos años antes, pero esta vez integrado únicamente por nativos de las islas británicas.<sup>75</sup> Según el autor, el desembarco de Normandía fue inesperado y sorpresivo, lo que hizo pensar a Felipe VI que Eduardo en realidad intentaba proporcionar ayuda al conde de Derby, quien se encontraba en plena lucha contra los franceses en Guyenne.<sup>76</sup> A continuación narró el sitio de Caen, donde el monarca inglés se hizo con algunos prisioneros, mientras el autor presentó la que será la interpretación de la campaña más recurrente por los historiadores durante todo el siglo XX:

Entonces Eduardo volcó su invasión en una aventura peligrosa: envió su flota a Inglaterra, con el botín de Normandía, y marchó hacia París por el Sena hacia el sur. Este fue un movimiento peligroso, pues

---

ellos, aunque quizá se deba a una omisión dada por la temática y la cantidad de espacio que tienen los autores para desarrollar sus ideas. Por otro lado, Barber en *Edward III and the Triumph of England*, explicó que el rey ya conocía los cañones desde 1327, cuando Walter Milemete le presentó en su corte una bombardita. Barber, *op.cit.*, p.181.

<sup>73</sup> Oman, *The Hundred Years War, op.cit.*, p. 29. El resultado de la batalla fue la destrucción de la flota francesa, pero el dominio total no se alcanzó sino hasta la conquista de Calais después de la batalla de Crécy.

<sup>74</sup> El dilema del trono de Bretaña se dio en el momento en que el duque murió sin un heredero directo, lo que llevó a los reyes inglés y francés a ejercer su influencia para colocar al regente que mejor les conviniera. La razón para cambiar los objetivos de ataque se debió a la muerte del principal aliado de Inglaterra en Flandes.

<sup>75</sup> "En julio 11, 1346, el rey desembarcó en Cape la Hogue con un ejército compuesta enteramente de nativos ingleses, y por lo tanto más pequeña que los ejércitos confederados que tomaron partido en Flandes en 1338 y 1341. Esto incluía cerca de 4.000 hombres de armas, 12.000 arqueros, 6.000 galeses ligeros, además de un pequeño contingente de irlandeses", *ibidem*, p. 35.

<sup>76</sup> *Idem*. En ese momento, gran parte de las tropas francesas estaban en Aquitania confrontando al conde, lo que permitiría entender por qué durante su recorrido por Normandía, Eduardo no encontró más que escasa resistencia. También explicaría el por qué Felipe VI se tardó tanto en reunir fuerzas suficientes para hacerle frente, pues todas estaban distribuidas en diferentes teatros de operaciones.

los franceses habían comenzado a ensamblar una gran fuerza, y como Eduardo no había fortificado ninguna posición en Normandía, no tenía algún lugar de refugio o territorio amistoso más cerca que Guyenne o Flandes a donde podía retirarse.<sup>77</sup>

"Una aventura peligrosa" fue lo que significó para Charles Oman los últimos momentos de la marcha de Eduardo III sobre Francia, y como ya se observó anteriormente en esta investigación, esa interpretación de la última parte de la campaña inglesa guardó importantes similitudes con la imagen decimonónica y positivista que tenían los historiadores sobre la guerra, en la cual los objetivos de las operaciones eran concretos y eran resueltos a partir de una acción militar importante. De esta forma, el paso del rey inglés sobre Francia era difícil de comprender para Oman, pues los objetivos del monarca no eran tan claros como lo sugerían sus lecturas de los manuales decimonónicos sobre el arte de la guerra, y más parecía una aventura que terminó en una victoria gracias a la habilidad de Eduardo con la táctica que con la estrategia. Así mismo, otro de los indicios que obligó al historiador a concluir que la invasión no fue más que una mera aventura en los últimos momentos, fue que ni siquiera el monarca Plantagenet se preocupó por fortificar alguna posición importante en Normandía, pues si lo que quería era conquistar el territorio, al menos debió haber resguardado los fuertes para poder tener una posición estable a la cual retirarse en caso de que su marcha hacia París no terminara de manera favorable.<sup>78</sup> Pero ni la aparente conquista ni la llegada a la capital se alcanzarían, pues a pocos kilómetros de arribar a París, su aventura caballeresca se vendría abajo al enterarse que Felipe VI había reunido un ejército de 60.000 hombres a las afueras de St. Denis, algunos de los cuales habían sido traídos desde Guyenne para apoyar al rey. De esta forma, el que se supone era el principal objetivo inglés parecía ahora inalcanzable, pues sus hombres estaban en desventaja de seis a uno.

---

<sup>77</sup> "Then Edward turned his invasion into a hazardous adventure: he sent his fleet home to England loaded with the spoils of Normandy, and marched on Paris, keeping south of the Seine. This was a dangerous move, for the French had now begun to assemble in great force, and since Edward had not fortified for himself any post in Normandy, he had no place of refuge or friendly territory nearer than Guyenne or Flanders on to which he could retire", *idem*.

<sup>78</sup> Esta idea fue tomada de la tesis de doctorado de Clifford Rogers, *Werre cruelle and sharpe: English Strategy under Edward III, 1327-1347*, especialmente los capítulos IX y X. Es curioso que nunca se mencione un plan de acción por parte de los ingleses en caso de llegar hasta París. Quizá porque el autor intenta recalcar la poca capacidad estratégica de Eduardo III.

En este punto, Charles Oman ofreció sus argumentos para demostrar por qué la segunda parte de la campaña de Eduardo no fue más que una peligrosa aventura cuando el monarca se vio en la necesidad de elegir entre marchar en dirección a Burdeos o a la frontera con Flandes, justo en el momento en que los puentes del río Sena eran uno a uno quemados o desarmados por las tropas francesas. Finalmente la suerte estuvo del lado inglés, pues una vez que marchaban en dirección hacia París, encontraron un puente semirrotto en Poissy a pocos kilómetros de la capital, el cual fue reparado justo antes de la llegada del ejército francés desde Aiguillon. Sin embargo, aunque pudieron escapar de la trampa francesa, el autor consideró que la aventura se volvió mucho más peligrosa con la búsqueda de otro puente para cruzar el río Somme.

Por otro lado, el historiador explicó las acciones de Felipe, que seguía de cerca al ejército inglés, hasta que, tras una desesperada marcha, un campesino les indicó por dónde podían cruzar el vado de Blanchetaque,<sup>79</sup> mismo lugar en el que posteriormente tendrían una pequeña escaramuza los ingleses y los franceses, aunque gracias al desempeño de los arqueros del ejército de Eduardo, pudieron cruzar justo antes de que la marea subiera y dejara inundado el paso que dividía ambas regiones. Una vez que pudieron escapar del enemigo francés, "en la villa de Crécy inexplicablemente [Eduardo] mandó detener a sus tropas y las dispuso para la batalla".<sup>80</sup> Para esto, el autor argumentó que el rey de Inglaterra se sentía seguro en Ponthieu, pues era territorio suyo por herencia de su padre Eduardo II, quien lo recibió de su madre Leonor de Castilla, y ésta a su vez de la reina Juana de Castilla.<sup>81</sup>

---

<sup>79</sup> "Las cosas se veían desesperadas cuando un campesino señaló al rey un peligroso vado, llamado Blanchetaque, el punto de agua más bajo del curso del río, debajo de Abbeville y cerca del mar. Aquí la corriente de la marea permitía el paso por la ribera durante cuatro horas". / "Things were looking desperate when a peasant pointed out to the king a dangerous ford, named Blanchetaque, the lowest on the river's course, below Abbeville and near the sea. Here the stream was tidal, and at low water the ford was open for four hours at a time", Oman, *op.cit.*, p. 36. La expresión "las cosas se veían desesperadas..." le da un carácter de que Eduardo estaba a merced de Felipe, como si el rey francés fuera el cazador y el inglés la presa. También hay que tomar en cuenta que Oman no mencionó el nombre de la persona que les indica el sitio por donde podían pasar. Seguramente, fue más importante para la historiografía francesa que para la inglesa dejar registro de esa persona.

<sup>80</sup> "He marched on as far as the village of Crecy, and then unexpectedly bade his army halt and announced his intention of offering battle", *ibidem*, p. 36.

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 17.

Tras la narración de una campaña que parecía haberse desarrollado de manera improvisada, Charles Oman ofreció su descripción de la batalla, la cual contó con una interpretación de la formación del ejército inglés que no difirió en demasía de su trabajo anterior, a excepción de algunos detalles importantes: en primer lugar, describió la posición exacta donde se colocaron tanto el ejército inglés como el francés en Crécy: los ingleses se distribuyeron entre la ribera del río Maye y el bosque por un lado, y la villa de Wadicourt por el otro; mientras que el ejército de Felipe estaría entonces al frente del valle con el ocaso del día ante sus ojos. En segundo lugar, el autor retomó la propuesta hecha por Hereford George sobre la formación que debieron ocupar los arqueros en la batalla: "Los arqueros formaron alas, echadas al lado de los contingentes de piqueros, e inclinándose hacia los flancos con el fin de cercar a un enemigo que sólo podía cargar contra los hombres de armas".<sup>82</sup> De esta forma, para Oman los arqueros ya no eran una línea al frente de las batallas, sino una formación en "V" o alas en los flancos de los hombres de armas como lo había propuesto George y la confrontación de las crónicas de le Baker y Froissart.

Tras esta descripción, el autor mencionó que Felipe quedó sorprendido al ver a Eduardo listo para la batalla, pues imaginaba que seguiría su camino sin detenerse hacia Flandes. También destacó la incapacidad del rey francés de controlar sus tropas, por lo que adquirió, del mismo modo que con Hereford George, una cualidad de rey miserable, mientras que su ejército, se describió como una chusma iracunda e indisciplinada.<sup>83</sup> Así, no hubo más opción que tratar de dar cohesión a sus tropas, por lo que estas dividieron en 6.000 ballesteros y una numerosa masa de caballeros montados bajo las órdenes de los condes de Alençon y de Flandes.

Ahora bien, el autor comenzó la descripción de la batalla con el avance de los genoveses y su ataque frustrado contra los arqueros, que les respondieron con una lluvia de flechas que les hizo retroceder; acto seguido, el conde de Alençon los llamó "cobardes" y

---

<sup>82</sup> "The archers formed wings, thrown out on each side of the central clumps of spears, and leaning forward on the flanks so as to partly encircle an enemy who should charge directly at the men-at-arms", *ibidem*, pp. 36-37.

<sup>83</sup> "Al principio se llegó a la prudente decisión de aplazar la batalla hasta el día siguiente, pero los fieros barones en el frente se negaron a esperar, y se empujaron tan cerca de la posición hostil que la lucha se hizo inevitable. Forzado por la falta de disciplina de sus vasallos para atacar antes de una *orden* directa, Felipe colocó su ejército lo mejor que pudo", *ibidem*, pp. 37-38.

comandó la carga contra el ejército inglés –y las tropas de ballesteros.<sup>84</sup> Inmediatamente después, los caballeros avanzaron hasta el rango de tiro de los arqueros, quienes descargaron sus armas una vez más, lo que provocó que muy pocos franceses llegaran a enfrentarse con la infantería desmontada del príncipe de Gales, que poco a poco comenzó a recibir mayor presión gracias a la obstinación de Felipe de no querer retroceder y reorganizarse. Finalmente, el resultado de la batalla fue de 10.000 franceses muertos, de los cuales más de 1.500 eran de la alta nobleza, entre los que se encontraba el rey de Bohemia, Juan I de Luxemburgo, llamado el “rey ciego”, pues una enfermedad de cataratas hizo que gradualmente perdiera la vista.<sup>85</sup>

Al final, la gran consecuencia de la batalla de Crécy para el autor fue la destrucción total de las huestes francesas, causada por la eficiente táctica de arquería impulsada por el rey Eduardo III, lo que le permitió continuar su marcha hacia el norte sin que su enemigo opusiera alguna resistencia importante. Incluso cuando las tropas inglesas sitiaron al gran puerto de Calais durante siete meses, no se presentó ningún intento importante por parte de los franceses de tratar de romper el cerco. El resultado de la toma de Calais dejó la puerta abierta a la invasión de Francia durante toda la Guerra de los Cien Años. Sin embargo, dada la forma en que el autor describió los hechos, pareciera entonces que la toma de Calais fue más un objetivo improvisado, que la meta final de la campaña de Eduardo.

La principal cualidad del manual de Oman *The Hundred Years War* recayó en la narrativa sencilla de su contenido y en la descripción tan clara que el autor hizo de la batalla. No buscó iniciar un debate histórico profundo, sino colocar al alcance de los estudiantes universitarios un trabajo fácil de comprender sobre un periodo de la historia inglesa de gran relevancia. Asimismo, fue un libro sustentado científicamente y actualizado para su época, pues en él fue posible discernir cómo cambió la postura del autor respecto a la formación de los arqueros en Crécy, debido a la interpretación propuesta por Hereford George algunos años antes. Un trabajo mucho más académico y con miras a desarrollar interpretaciones más

---

<sup>84</sup> "El conde de Alençon, quien no tenía experiencia en la arquería inglesa, los maldijo por cobardes, y en su rabia ordenó a sus hombres de armas montar contra ellos...", *ibidem*, p. 38.

<sup>85</sup> *Idem*.

importantes, sería publicado ese mismo año, y pondría definitivamente en el mapa historiográfico la interpretación de la campaña como una “peligros aventura”.

Respecto a la construcción de la batalla, se observó una ampliación del objeto de estudio. A diferencia de su antiguo ensayo, la narración de la campaña era mínima en comparación con la batalla de Crécy. En este nuevo libro, ya con más experiencia, mayor cantidad de fuentes y con un objeto de estudio dedicado a la guerra anglo-francesa, la descripción del avance sobre Normandía por parte de Eduardo finalmente adquirió su definición histórica: una peligrosa aventura. A partir de este momento, campaña y batalla serán abordadas como entes diferentes en forma, pero que guardaron una relación de fondo muy estrecha dada por el positivismo: si no hubo estrategia (campaña), al menos sí existió la táctica (batalla) en tiempos de Eduardo III; pero para entender una era necesario explicar la otra, aunque fuera de forma de forma. Por lo tanto, la batalla se construyó como un conflicto que, irónicamente, rechazaba la campaña sobre la batalla, pero necesitaba explicar por qué la rechazaba, y así, terminaba por darle protagonismo a la marcha del rey inglés.

Esto ocurrió al menos en los libros académicos, pues en las revistas científicas se debatiría únicamente el aspecto táctico de la batalla de Crécy. De cierta forma, la concentración de estudios referidos al debate de *herse* en las revistas, sería el elemento que finalmente ayudaría a su desaparición en la historiografía; mientras, la “peligrosa aventura” terminó por ser adoptado por los académicos, y de forma irónica, permanecería irredento en las construcciones historiográficas. Por último ¿a qué tenían acceso inmediato las nuevas generaciones de historiadores? ¿A los clásicos históricos publicados como libros, o a los artículos de revistas científicas? Retóricamente hablando, las propias revistas científicas ayudaron a sepultar ciertos debates historiográficos de los años veinte. Pero antes de ahondar más en este tema, habrá que continuar con la obra cumbre de Charles Oman.

ΦΦΦ

Ese mismo año (1898), Charles Oman publicó una serie de volúmenes dedicados a analizar la historia del arte de la guerra desde los tiempos de la Antigüedad Clásica hasta las guerras napoleónicas. En esta importante colección, es el segundo volumen, *A History of the*

*Art of War. The Middle Ages. From the Fourth to the Fourteenth Century*,<sup>86</sup> el que compete a los intereses de esta investigación. Ahí, el autor repitió la línea cronológica de su ensayo anterior sobre el arte de la guerra en la Edad Media, pero esta vez desde una perspectiva ampliada a partir de una mayor profundidad de análisis y de un aumento de las fuentes primarias, lo que le permitió la creación de una de las obras más importantes de la historiografía militar.

Dividido en ocho libros, el autor analizó las transformaciones de la historia militar europea desde los últimos años de la legión romana y hasta finales del siglo XIV, justo antes de que la pólvora adquiriese un papel preponderante durante los conflictos en el continente. Respecto a la historia de los triunfos ingleses con el arco largo, el autor dividió su evolución en dos libros: el número VII "Inglaterra y Escocia, desarrollo del arco largo"; y el número VIII "El arco largo más allá de los mares". De esta forma, se observó una gran diferencia en la estructura de este volumen y su ensayo anterior: mientras que en su obra de 1884 la historia del arco largo estaba inmersa en los continuos cambios políticos entre Escocia y Francia; ahí parece haber sido dividida entre un desarrollo primigenio dado por las guerras contra los escoceses y una demostración futura a partir de la exportación de la táctica fuera de Gran Bretaña.

El libro VIII comenzó con la descripción del ejército de Eduardo III y con una afirmación rotunda:

Eduardo III, como veremos más adelante, fue un táctico competente, pero un estratega muy torpe. Él aplicó las lecciones de las guerras contra Escocia hacia una nueva lucha librada a mayor escala y bajo diferentes condiciones. El uso que hizo de ella fue excelente, y le condujo a resultados exitosos que estereotiparon las tácticas de los ejércitos ingleses durante el próximo siglo y medios.<sup>87</sup>

---

<sup>86</sup> Oman, *A History of the Art of War*, v. II, Londres, Methuen & Co., 1898, 667 p, ils., mapas.

<sup>87</sup> "Edward III., as we shall see, was a very competent tactician, but a very unskilful strategist. It fell to him to apply the lesson of the Scottish wars to a new struggle fought on a larger scale and under very different conditions. The use that he made of them was excellent, and led to such successful results that it stereotyped the tactics of English armies for the next century and a half", *Ibidem*, p. 591.

De esta forma, el autor mantuvo su postura respecto a las capacidades militares de Eduardo III: era un táctico competente, pero un estratega inexperto. Pero ¿qué diferencia podría haber entre ambos apelativos? Sobre la primera, la táctica de arquería que se desarrolló desde las guerras en Escocia, permitió al rey inglés ganar las batallas, siempre y cuando supiera adaptarse a las diferentes circunstancias en que se desenvolvían los hechos; en relación con la estrategia, la falta de objetivos claros de los que, según Oman, carecía el rey inglés para realizar una operación importante a mayor escala y con objetivos más trascendentales, le impidieron desarrollar una verdadera idea de estrategia como la marcaban los manuales decimonónicos sobre el arte de la guerra. Sin embargo, eso no significó que Eduardo fuera menospreciado por el autor, pues el monarca tuvo la capacidad de alcanzar grandes logros militares y de construir una forma táctica de hacer la guerra que fuera capaz de funcionar efectivamente en todas las guerras en que participaron los ingleses por más de un siglo.

A grandes rasgos, el modelo militar que empleó Eduardo III en Francia era diferente al que utilizó en Escocia. De ahí la gran capacidad táctica del rey inglés: a diferencia de sus rivales escoceses en la isla, la caballería francesa era más eficiente y de mayor número que la que podían presumir sus vecinos del norte, por lo que se vio en la necesidad de retomar el modelo táctico que desarrolló Robert Bruce<sup>88</sup> en las guerras contra Eduardo II: ocupar la posición defensiva más fuerte antes que su enemigo y mantener una barrera impenetrable de piqueros al frente de sus contingentes. Aunque a diferencia de Bruce, Eduardo III podía contar con un ejército de arqueros bien entrenados y eficientes en el campo de batalla.<sup>89</sup> Así,

---

<sup>88</sup> Robert I el Bruce, rey de los escoceses (1274-1329). Conde de Carrick desde 1329 y rey desde 1306, Luchó al lado de William Wallace contra Eduardo I y en 1306 asesinó a su rival al trono Red John Comyn. Derrotó a Eduardo II en la batalla de Bannockburn en 1314, donde consiguió una mayor independencia. Murió el 7 de junio, quizá por lepra. Jim Bradbury, *The Routledge Companion to Medieval Warfare*, Londres-Nueva York, Routledge, Taylor and Francis Group, 2004, p. 85.

<sup>89</sup> Oman, *A History...* p. 592. Esto no significó que la táctica de arquería se hubiese modificado demasiado entre las guerras de Escocia y Francia, pues en ambas la victoria estaba dada por el despliegue efectivo de los arqueros en el campo de batalla y su protección por la infantería más que por el uso o no de la caballería inglesa. Por eso existió un sentido del arte de la guerra inglés como científica, donde estos dos factores (arqueros e infantería) se mantuvieron constantes en Escocia y Francia, lo que generó los mismos resultados. Así pues, Bannockburn se perdió porque Eduardo II dejó desprotegidos a sus arqueros a merced de la caballería escocesa.

después de Dupplin Moor y Halidon Hill, fue en Crécy donde por primera vez se puso en práctica el nuevo modelo de táctica de arquería inglesa fuera de las fronteras británicas.<sup>90</sup>

En esta obra, el autor inglés no dejó de lado su constante crítica a la forma en que se hacía la guerra en Francia, del mismo modo en que lo hizo en su ensayo anterior: “En Francia, esa absurda perversión del arte de la guerra que se encontraba bajo el nombre de caballería, era más omnipotente que en cualquier otro país de Europa”.<sup>91</sup> Especialmente porque esta manera de guerrear reproducía un modelo estamental en el que las diferencias entre los distintos integrantes de la sociedad determinaban las formas en que desarrollaban los conflictos bélicos. Una crítica que estuvo sustentada por la visión del ejército moderno como una construcción libre de la influencia del derecho de nacimiento para gobernar, que hacia finales del siglo XIX, permea en casi todo el mundo y que Oman usaba como modelo de comparación entre su tiempo y el medieval, para tener una idea de época como el pináculo del progreso militar en la historia.

Sin embargo, una diferencia importante respecto a su anterior ensayo, fue que en éste sí hizo mención de los contingentes de mercenarios que tomaron parte en el conflicto, los cuales describió como un producto “natural” de la prolongación de la guerra, que permitió que aparecieran soldados especializados en arte de la guerra, pero que al mismo tiempo eran terribles en tiempos de paz, debido a su necesidad fundamental de obtención de una paga o de un botín a cualquier costo.<sup>92</sup> Así, en la explicación de Oman acerca de estos “aventureros” sorprendió la expresión “hábito científico del saqueo”, la cual ofreció una imagen más clara de la visión que tiene el autor sobre la guerra (junto con la expresión “el método científico de recibir una carga de caballeros”): la guerra era un terreno de experimentación que funcionaba bajo sus propias leyes, las cuales le permitían predecir sus resultados, tal como en las Ciencias Naturales. Por ejemplo, para entender qué método de combate era efectivo

---

<sup>90</sup> *Idem.*

<sup>91</sup> “In France those absurd perversion of the art of war which covered themselves under the name of Chivalry were more omnipotent than in any other country in Europe”, *idem.* Además, ese mismo párrafo fue extraído de su obra anterior, lo que mostró un gran desprecio por la forma de guerrear de Francia a finales de la Edad Media, *vid. Oman, The Art of War in the middle Ages*, Oxford, Horace Hart, 1885, p. 102.

<sup>92</sup> Oman, *A History...* p. 595. A diferencia del estamento caballeresco, que también podían acceder a un botín de guerra o pago por sus servicios, los mercenarios no tenían una vinculación de vasallaje o sumisión ante sus señores. Más bien eran movidos por el pago inmediato, y su lealtad muchas veces era cuestionada.

en contra de cierta táctica desplegada por el enemigo o qué ocurrirá si se realizaran ciertos procedimientos bélicos (como el caso de contratar mercenarios) y cuáles serían sus consecuencias lógicas. Por lo tanto, para el historiador, en la primera fase de la Guerra de los Cien Años convergieron tres elementos de vital importancia: un desarrollo novedoso de la táctica de arqueros por parte del ejército inglés, un estancamiento del modelo bélico de caballería por parte de los franceses y la aparición de tropas “extranjeras” contratadas, cuya efectividad en los tiempos de guerra era incuestionable, pero que en tiempos de tregua significaban la destrucción de la armonía civil en busca de sustento.

A diferencia de su primer ensayo donde las batallas de la primera fase de la Guerra de los Cien Años (Crécy y Poitiers) estaban articuladas por una misma línea argumentativa y dentro del mismo capítulo, en esta obra el autor presentó la batalla de Crécy en un sólo apartado y Poitiers en otro diferente. De esta forma, lo que Oman hizo fue darle a Crécy el estatuto de ser la primera y más importante batalla de la primera fase de la guerra, debido a que fue el momento donde la táctica inglesa de arquería fue puesta a prueba a gran escala y, por lo tanto, merecía ser estudiada en sus propias peculiaridades y extensión pertinente.

Así pues, el autor comenzó por explicar desde el punto de vista militar, que la incapacidad de realizar una invasión a Francia con ayuda de tropas alemanas y bretonas, fue lo que orilló a Eduardo III a intentar una incursión integrada exclusivamente de huestes británicas en 1346. Tras solicitar la leva en todo su reino y de convocar a sus comandantes, se reunió un aproximado de 4.000 hombres de armas, 12.000 arqueros ingleses y 6.000 infantes galeses,<sup>93</sup> listos para zarpar el 5 de julio de 1346 con dirección a Saint-Vaast-la-Hougue en Normandía, en vez de Guyenne, al sur de Francia.

Oman continuó la narración de los hechos de la campaña, y para él la incursión de Eduardo III no parecía tener un objetivo claro desde el momento mismo en que dejaron los puertos ingleses, pues el ejército ni siquiera sabía el lugar exacto donde desembarcarían. Sin embargo, en el afán de justificar un poco las acciones del monarca, el autor consideró que al

---

<sup>93</sup> Sin embargo, Oman explicó que las cifras no son más que un estimado, puesto que los rollos del ejército se perdieron, por lo que sólo se conocen algunas de las cuotas que se pidieron a Gales y sus principados, *ibidem*, p. 599.

menos tenía una ligera idea de dónde atacar, pues su plan inicial era llegar a París desde la región normanda, la ruta más corta para coronarse como rey. Posteriormente, tras la noticia del desembarco británico, el rey Felipe buscó la ayuda de algunos de sus hombres enviados a luchar contra el conde de Derby en Guyenne, además de pedir la asistencia de los ballesteros genoveses que habían estado desplegados en Harfleur a la espera de órdenes.

El resto de la campaña no es necesario repetirla, pues fue la misma descripción que desarrolló en su primer ensayo: la marcha de Eduardo III por Normandía en dirección hacia París y la respuesta francesa de destruir los puentes del Sena, lo que dejó a Eduardo la opción de retirarse por donde vino o seguir la marcha hacia la capital francesa. Sin embargo, dado que la flota inglesa ya había sido despachada de nuevo a Inglaterra, la expedición del monarca Plantagenet se volvería entonces una "aventura peligrosa", un apelativo que utilizarían los historiadores para definir la campaña de Eduardo durante todo el siglo XX.<sup>94</sup> Así, cuando las opciones del rey se acotaron entre marchar hacia Guyenne o hacia Flandes, el rey inglés optó por lo que Oman consideró era la más "peligrosa" de todas, y sólo podía ser justificada si se creía que Eduardo pensó que sus aliados en los Países Bajos habían cruzado la frontera francesa y estaban preparados para ayudarle en la campaña.

Ahora bien, la descripción de la batalla comenzó con una reseña de la región de Crécy-en-Pontieu y de las características del terreno donde se llevó a cabo la batalla, en la que se demostró la importancia defensiva de éste territorio, gracias a una confrontación entre las fuentes y de la propia visita del autor al lugar. Aquí, sin duda, a diferencia de su primer trabajo, se observó una interpretación mucho más profunda de lo sucedido. Ya la *Crónica* de Jean Froissart no fue la única fuente argumentativa –aunque sí la principal–, pues siempre fue citada por el autor a lo largo de la obra. Al mismo tiempo, usó la *Crónica* de le Baker tanto para la batalla como para el número de hombres en las diferentes campañas de Eduardo, junto con las actas públicas de los reyes ingleses, *Foedera*<sup>95</sup> y la *Crónica* de Valenciennes,<sup>96</sup>

---

<sup>94</sup> *Ibidem*, p. 601.

<sup>95</sup> Thomas Rymer, *Foedera, conventiones, literae, et cujuscumque generis acta publica inter Reges Angliae*, t.III, S/L, Joanem Neaulme, 1740.

<sup>96</sup> Más que ser una crónica, era en realidad las memorias de Jean Bernier, alcalde de Hainault. En ella se recopilaban algunos pasajes de la historia de Valenciennes. *Vid.* Barber, *Edward III and the Triumph of England...*, p. 9.

especialmente las referencias a la topografía de la zona, el número de tropas desplegadas en la batalla y la formación de arqueros.<sup>97</sup> También retomó el texto de Hereford George y su postura de lo que significaría *herse*, por lo que su nueva representación gráfica de la batalla contó ya no con los contingentes de hombres de armas desplegados a lo ancho del terreno con los arqueros delante de ellos, sino con dos contingentes –el del príncipe de Gales y de Northampton– que estarían al frente, con la retaguardia comandada por el rey, y los arqueros en forma de zigzag (ver mapa 3). Respecto al resto del ejército no ofreció nuevos datos, con excepción de una pequeña mención a los vagones o carretas que acompañaban la marcha del ejército inglés, que fueron colocados en la retaguardia de las tropas al momento de formarse para la batalla.

En lo concerniente al ejército francés, describió la recomendación que da uno de los exploradores del rey de Luxemburgo le ofreció al rey Felipe VI, en la cual se le sugería guardar batalla hasta el día siguiente, y aunque el monarca estaba de acuerdo con el consejo, al final tuvo que ceder ante el ímpetu de la nobleza guerrera francesa, la cual se encontraba ávida por combatir al enemigo extranjero. Desafortunadamente, la confusión y el desorden con que se llevaron a cabo los preparativos, evitó que el ejército francés lograra alinearse en una formación coherente para combatir. Caso contrario eran los ballesteros genoveses, quienes fueron los únicos que lograron organizarse de manera congruente y así marchar con disciplina hasta la zona de combate.

El enfrentamiento fue analizado con mayor profundidad que en cualquier otro trabajo hasta entonces en la producción de historia académica, pues incluso se mencionó los nombres de los capitanes de ballesteros –Odone Doria y Carlo Grimaldi–; contra qué batalla se enfrentaron y cuáles fueron sus posibles movimientos, aunque al final terminara con el mismo resultado: los arqueros los hicieron retroceder y los franceses les pasaron por encima para enfrentar ellos mismos a los ingleses. Esto debido a que en el primer trabajo de Oman, el enfrentamiento quedó superado por la limitación del espacio, por lo que su narración había sido muy superficial. En el caso de George, su interés por conocer la formación más probable de arqueros impidió una descripción más detallada del conflicto. En esta obra, el problema

---

<sup>97</sup> Oman, *A History...*, pp. 605-606.

del espacio de escritura ya no era una limitante para Charles Oman, y su capacidad de síntesis sobre la formación de arqueros tampoco nubló su capacidad argumentativa.

También fue más descriptivo cuando explicó el enfrentamiento entre la caballería francesa y la infantería inglesa, pero no ofreció más datos de los que se conocían gracias a su primer trabajo y al estudio de George. Al final de la batalla, cuando los clérigos bajaron al campo de batalla para contar los muertos, se encontraron con que la suma de los franceses caídos era de 1542 lores y caballeros. Los ingleses en cambio, sólo habían perdido a dos caballeros y algunas decenas de infantes ligeros.<sup>98</sup>

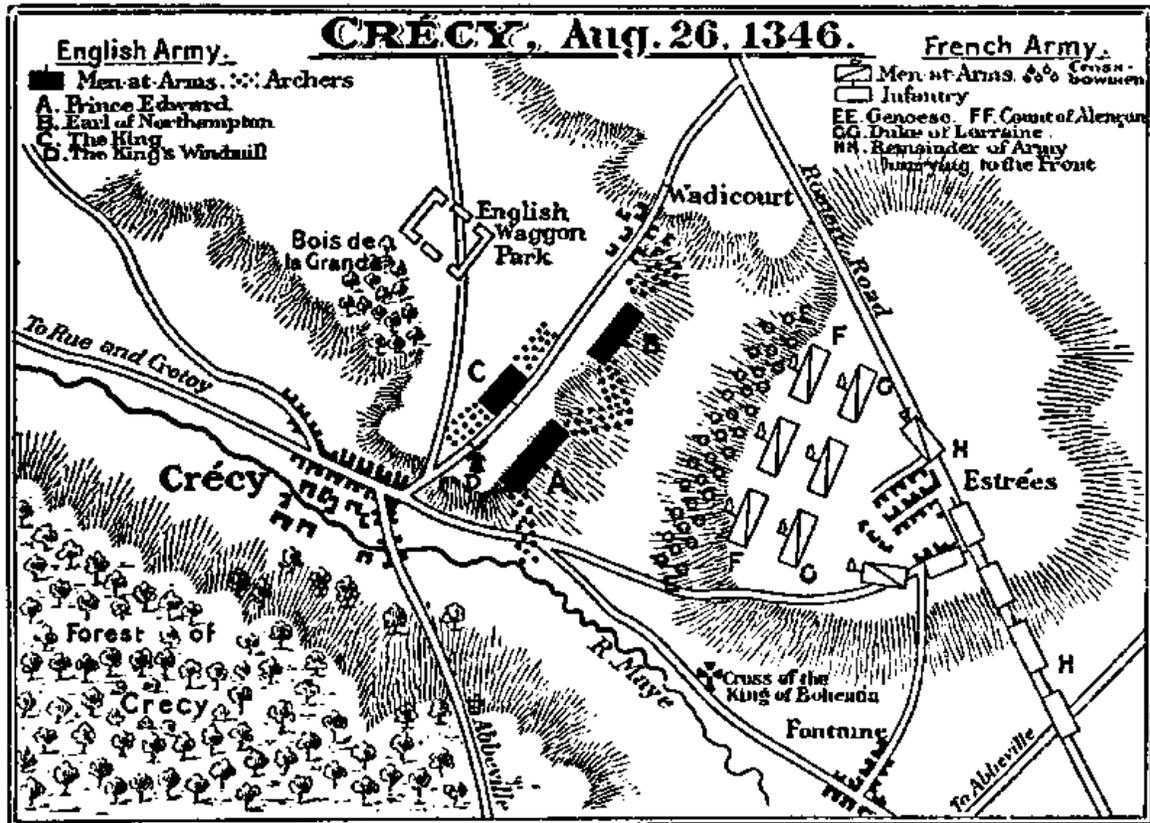
Por último, en esta nueva etapa del desarrollo de las obras de Charles Oman, la batalla de Crécy adquirió un nuevo significado político: fue el momento en que Inglaterra entró al panorama político y militar de la Europa medieval, en palabras del autor:

Los ingleses algunos años atrás no tenían especial fama en la guerra: sus victorias sobre los galeses y escoceses fueron poco conocidas en el Continente. Las guerras francesas bajo Enrique III y Eduardo I no les supusieron gloria alguna. Esta fue contraria a todo lo esperado y probable que con desventaja de tres a uno, ellos pudieron derrotar a la más formidable caballería de Europa.<sup>99</sup>

---

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 614.

<sup>99</sup> “The English but a few years before had no special fame in war: their victories over the Welsh and Scots were hardly known on the Continent; their French wars under Henry III and Edward I. had brought them no glory. It was contrary to all expectation and likelihood that with odds of three to one against them they should easily discomfit the most formidable chivalry of Europe”, *ibidem*, p. 615.



Mapa 3. "Crécy, August 26, 1346". Nueva representación de la batalla. Resalta que se haya adoptado la sugerencia táctica de los contingentes de arqueros propuesta por Hereford George. Ahora, en vez de estar desplegados en línea recta, los arqueros se distribuyeron de forma triangular entre las batallas de infantería (A History of the Art of War, entre pp. 606-607).

La trascendencia de la batalla para Oman radicó en esto, ser la batalla que permitió a Inglaterra volverse una nación verdaderamente relevante a nivel internacional, gracias a su importante victoria contra el que se suponía era el ejército más poderoso de la cristiandad. Pero ¿cómo ganaron la batalla? La respuesta que dio el autor a lo largo de todos sus trabajos sería –en opinión de quien redacta esta investigación–: con una táctica de arqueros científicamente probada en las largas luchas contra Escocia, y cual si fuera un experimento de las ciencias naturales, fue exportada y repetida en territorio francés con los mismos resultados. Por otro lado ¿qué papel jugó la estrategia en esta interpretación? La respuesta: ninguna. Ni Oman ni ningún otro historiador hasta la Segunda Guerra Mundial consideraron que el hombre medieval tenía nociones de estrategia. El autor lo entendió de esta forma, y para él, la invasión de Normandía no fue más que una peligrosa aventura, pues no contó con los parámetros que los historiadores decimonónicos comprendían por

estrategia: un diseño y planeación de la campaña, con objetivos claros que puedan ser alcanzados, y el uso de los combates para obtener los resultados que se quisieran alcanzar.<sup>100</sup>

Ésta también fue la razón para que los siguientes autores produjeran obras dedicadas a la historia de la táctica en la batalla. Si la batalla tenía un papel político innegable, pero al mismo tiempo esta carecía de estrategia, entonces debería de abordarse su importancia táctica en el arte de la guerra. Al mismo tiempo, la idea del positivismo podía explicar de mejor modo el sentido táctico del conflicto, y para ello, encontrar la formación de arqueros más verídica se convirtió en el siguiente paradigma que ocupó la mente de los historiadores de principios del siglo XX.

### **I.5. La importancia de las revistas científicas: la búsqueda de la verdad**

Durante la transición del siglo XIX al XX, la historiografía inglesa no había dejado de tener la metodología del positivismo como el principal referente de interpretación y del discurso de la historia. La idea de que el modelo del método científico de las ciencias naturales podía ser trasladado a la investigación histórica permeó en gran medida en la mente de viejos y nuevos historiadores, que no dudaron en llevar a la praxis estas enseñanzas. Al mismo tiempo, los vínculos entre las universidades que, poco a poco y con gran fuerza, sustentaban el monopolio del saber histórico, con la igualmente creciente importancia de las revistas científicas como medio de discusión entre la comunidad de historiadores, fueron el emblema del triunfo del progreso que los seguidores del positivismo ya hacía tiempo predicaban con gran júbilo.

En este contexto dominado por la industria y el patriotismo, en el que el estallido de una guerra europea era un secreto a voces, la historiografía sobre la batalla de Crécy, contó con la colaboración de dos investigadores dedicados a la guerra medieval: E. M. Lloyd y J. E. Morris. Ambos desarrollaron su vida académica desde perspectivas completamente distintas, pero sus preocupaciones fueron, en este caso, las mismas: cómo sustentar la formación de arqueros que más probablemente fue desplegada por Eduardo III en 1346. De esta forma, encontraron en la revista *English Historical Review*, un medio de discusión

---

<sup>100</sup> Cfr. Carl Von Clausewitz, *De la Guerra*, Madrid, La esfera de los libros, 2014, p. 139.

científica en el cual retomaron la propuesta de Hereford George para así iniciar un debate que ayudara a respaldar y ampliar su teoría. Así pues, los autores no buscaron contradecir la recién construida postura de George, que en ese momento, todos los historiadores que aceptaban como la formación más acercada a la realidad de lo que ocurrió en Crécy, sino que intentaron ofrecer mayores pruebas para sustentar la hipótesis sobre *herse* y así alcanzar una verdad definitiva como lo dictaba la metodología del positivismo.

El primero de estos autores fue el coronel E. M. Lloyd (1840-1922) quien, a pesar de haber llevado una vida como militar, no se vio impedido para aportar un trabajo de carácter científico a la discusión de la formación de los arqueros. Hacia 1892, este militar se retiró del ejército y de sus funciones como instructor de fortificación en la *Royal Military Academy*, lo que le permitió la consolidación de algunas obras históricas, como su participación en el *Dictionary of National Biography* y la publicación en 1898 de *Review of the History of Infantry*.<sup>101</sup>

En su artículo de 1895 "The 'Herse' of Archers at Crecy",<sup>102</sup> el autor intentó discernir a qué se refirió exactamente Froissart con la palabra *herse*, con la cual se supone que el cronista medieval intentaba describir cómo se habían desplegado los arqueros ingleses en el campo de batalla de Crécy. Para lograr su objetivo, Lloyd primero recuperó los postulados que algunos especialistas en la guerra en la Edad Media habían desarrollado antes de él, como por ejemplo, Charles Oman y Hereford George, y explicó su diseño en zigzag.<sup>103</sup> Sin embargo, el autor hizo énfasis en que la concepción de *herse* aún era interpretada por otros autores como una formación lineal al frente de las batallas de infantería: "Pero otros autores con autoridad en la guerra medieval han rechazado la idea de un 'arco' y han entendido que Froissart dijo que los arqueros estaban extendidos en una línea al frente de los hombres de

---

<sup>101</sup> *The Times*, n. 42931, Martes 17 de Enero, 1922, p. 12.

<sup>102</sup> E M. Lloyd, "The 'Herse' of Archers at Crecy", *The English Historical Review*, v. 10, n. 39, julio 1895, pp. 538-541.

<sup>103</sup> No vale la pena repetir qué dijo el autor sobre estos autores, pues en esta investigación ya se ha tratado en su respectiva sección. De cualquier forma, en la página 538 del trabajo de Lloyd se puede consultar. Parece ser que el año de 1895 fue realmente provechoso para la nueva interpretación de la batalla, pues fue cuando George publicó tanto su obra *Battles of English History* y su artículo sobre los arqueros en Crécy; también fue el año en que Oman cambió de opinión respecto a su visión sobre los arqueros, aparentemente en el libro *Social England*, v. II, que no fue posible conseguir para la construcción de esta investigación.

armas".<sup>104</sup> Por ejemplo, Eugène Viollet-le-Duc en el tomo VI de su *Dictionnaire de Mobilier Français*, explicó que los arqueros estaban desplegados en línea recta,<sup>105</sup> Napoleón III y el coronel Rüstow –en *Oeuvres* vol. VI y *Geschichte der Infanterie* vol. I–, igualmente interpretaban que los arqueros estaban al frente de las batallas de infantería.<sup>106</sup>

Si bien la formación que se interpretaba de la obra de Froissart era un tema recurrente para los escritores dedicados al periodo, lo cierto era que éste nunca fue el tema central de la preocupación de los autores anteriores a 1870, pues sus objetivos estaban por encima de iniciar una discusión referida especialmente a definir de forma correcta el significado de *herse*. Esto porque los escritores previos a esta fecha, los dilemas históricos tenían una función historicista, esto es, una utilidad para engrandecer al Estado y no propiamente como fuente de conocimiento enteramente científico como en el positivismo. En el caso específico de estos autores, la función de la historia era descriptiva, dado que ninguno de ellos se había formado como historiador –Napoleón III era emperador francés, Viollet-le-Duc era arquitecto y Rüstow militar. Ésta también fue una razón para no ser integrados dentro de este trabajo, pues no formaron parte de la historia científica.

Para construir sus argumentos, Lloyd tomó como base la interpretación de Froissart y comparó las diferentes descripciones que las fuentes primarias ofrecieron sobre la batalla, como la narración que ofreció le Baker, misma en la que se basaron Charles Oman y Hereford George.<sup>107</sup> Así, a partir del método comparativo entre batallas, buscó generar una nueva comprensión de los hechos. Por ejemplo, respecto a la batalla de Poitiers, el escritor explicó que Jean Froissart usó la descripción de la formación de arqueros que empleó para la batalla de Crécy, lo que ofrecería pruebas para demostrar que la palabra *herse* apela a la formación presentada por George. Sin embargo, el autor no sólo utilizó la batalla de Poitiers para

---

<sup>104</sup> “But other writers of authority in medieval warfare have dismissed the idea of a harrow, and have understood Froissart to say that the archers were extended in a line in front of the men-at arms.” Lloyd, *op.cit.*, p. 538.

<sup>105</sup> *Idem.*

<sup>106</sup> *Idem.* Rüstow, *Geschichte der Infanterie*, Nordhausen, F. Foersteman, 1864, 807 p., IIs.

<sup>107</sup> Edward Maunde Thompson, *Chronicon Galfridi le Baker de Swynebroke*, Oxford, Clarendon Press, 1889, XVII-384 p.

justificar su argumento, sino también la batalla de Agincourt<sup>108</sup> para sus fines comparativos, pues igualmente en ella los hombres de armas se formaron en tres líneas y, según Hencé Viollet-le-Duc, Enrique V colocó a sus arqueros de manera triangular en una doble línea como *herse*.<sup>109</sup>

El elemento más importante que se puede rescatar del artículo del coronel Llyod fue el empleo minucioso de la comparación entre las batallas posteriores a Crécy para interpretar las omisiones presentes en las crónicas sobre la batalla entre Eduardo III y Felipe VI, lo que permitiría relacionar la estructura de su interpretación con la de las ciencias naturales, a partir de la premisa de que si Inglaterra tuvo tantas victorias, fue porque su estrategia y la de sus enemigos no se modificó, de esta forma, sí sería posible conocer con un alto grado de certidumbre la táctica inglesa en victorias posteriores a Crécy en Poitiers y Agincourt; así, sería posible extrapolar el significado de *herse* y la imagen tangible a la que hacía alusión la palabra durante la victoria de Eduardo III.

El problema con este tipo de comparación es que, si bien en las ciencias naturales es un método que puede ser aprovechado para obtener leyes universales sin la necesidad de repetir el mismo procedimiento para cada variación de algún fenómeno, cuando se busca aplicar el mismo método a los procesos históricos, en este caso en las batallas, resulta imposible alcanzar una verdad absoluta de lo que pasó. Aunque los conflictos bélicos sean dirigidos por los mismos comandantes y se apliquen las mismas tácticas en cada uno, lo cierto es que, por más relación que pudieran tener todos los conflictos, no se puede llegar a una verdad definitiva de lo que ocurrió en la batalla que se intenta discernir. Sin embargo, para estos autores positivistas, más que ser una limitante, era un medio con el cual llenar los huecos históricos, y si las luchas anteriores en las que participó Eduardo III la táctica y las circunstancias eran similares, entonces indudablemente el método comparativo les sirvió para generar conclusiones generales aplicables a hechos particulares.

ΦΦΦ

---

<sup>108</sup> De la misma forma en que lo hace George, pero al contrario de él, Lloyd logró una comparación mucho más profunda.

<sup>109</sup> Lloyd, *op.cit.*, p. 539.

El método comparativo fue muy utilizado por los historiadores de principios del siglo XX. No podría decirse si esta forma de historiar era la correcta o no, pues los autores alcanzaron sus objetivos de manera bien argumentada y sustentada a través del uso de las fuentes. Prueba de que esta forma de hacer historia era funcional, fue el hecho de que muchos otros historiadores asimilaron estos debates y propusieron sus propias interpretaciones. En este caso, J. E. Morris (1859-1933) hizo su aportación a la hipótesis de la formación de arqueros en Crécy a través de la publicación de un artículo en la revista *The English Historical Review*, "The Archers at Crécy",<sup>110</sup> en el cual, retomó la fórmula que George y Lloyd ya habían utilizado para encontrar el significado de *herse* a partir de la extrapolación y la comparación entre las batallas más importantes de los ingleses en Francia. Pero en este caso, Morris no sólo buscó comparar las tácticas empleadas en Poitiers o Agincourt, sino en las batallas anteriores a Crécy, aquellas en que se enfrentaron Escocia e Inglaterra.

En este estudio, el autor buscó respaldar la teoría de George respecto a la formación de arqueros en la batalla de Crécy: "En las siguientes páginas he coleccionado algunos pasajes que podrían en la teoría del señor Hereford George respecto a la formación de arqueros en Crécy...".<sup>111</sup> Y, para lograr su objetivo, recurrió a las diferentes batallas inglesas anteriores a Crécy, en las que era posible constatar la evolución táctica de arquería,<sup>112</sup> y de esta forma, dedujo que la forma en que se ganó la batalla de Crécy fue gracias a que Escocia sirvió como un terreno de experimentación y Crécy como de perfeccionamiento, pero sin sufrir una gran alteración en su premisa, muy similar a lo que Charles Oman explicó en su ensayo de 1885. Sin embargo, además de apoyar la teoría de George, también criticó su postulado de que no se adoptó un sistema permanente antes de Crécy, por medio de la utilización de las crónicas para respaldar su hipótesis.<sup>113</sup>

---

<sup>110</sup> J.E. Morris, "The Archers at Crécy", *The English Historical Review*, Oxford University Press, v. 12, n. 47, julio 1897, pp. 427-436.

<sup>111</sup> "In the following pages I have collected a few passages which will be found to support Mr. Hereford George's theory of the archer formation at Crecy,' although, indeed, they almost all deal with other battles", *ibidem*, p. 427.

<sup>112</sup> "La evolución de las tácticas inglesas comienza con Falkirk; sigue con la derrota de Bannockburn, seguida por la venganza de Dupplin Moor y Halidon Hill; los arqueros se distinguieron en Cadsand y Sluys, en el alto del pueblo de Caen y por el paso de Blanche-Tache," *idem*.

<sup>113</sup> *Ibidem*, p. 428.

De esta forma, la primera batalla a la que hizo referencia Morris fue Falkirk, donde Eduardo I triunfó gracias a que los piqueros escoceses permanecieron estáticos ante el ataque de los arqueros. Sin embargo, estos cuerpos de arqueros y piqueros ingleses se encontraban separados, por lo que en Bannockburn, Eduardo II fue derrotado gracias a que Robert Bruce tuvo la capacidad de maniobrar mejor con su caballería y aprovechar la separación de los contingentes de arqueros y piqueros. Esto le dejó una gran lección a los comandantes ingleses: si querían triunfar en batalla, deberían luchar con unidades bien protegidas e integradas en cuerpos dependientes los unos de los otros, al mismo tiempo que se debía buscar la disciplina entre todos los hombres, para así evitar que realizaran ataques imprudentes contra el enemigo. Así, en Dupplin Moor y Halidon Hill, los ingleses aprendieron a luchar en divisiones de tres batallas y con los flancos cubiertos a manera de alas. Posteriormente, estos mismos resultados terminarían por darse en Neville's Cross y Agincourt.<sup>114</sup>

Al final de su artículo concluyó: "Una comparación de estos pasajes muestra que, por un periodo de cien años, las tácticas inglesas permanecieron iguales, y que fue verdad que una batalla era más o menos igual que la otra".<sup>115</sup> Si la táctica con que ganaron cien años de batallas fue efectiva y siempre la misma (o con ligeros cambios no substanciosos), cabría afirmar que en Crécy se utilizó esa misma táctica de arqueros como alas a los flancos de las batallas. Por lo tanto, a partir de conclusiones generales se llegó a una particular, lo que permitió la interpretación de una historia positiva en el artículo de Morris.

El problema con este modelo comparativo, era que los autores tomaban muy en serio la relación entre Ciencias Naturales y la Ciencia Histórica, pero nunca cuestionaron la validez que estos argumentos podían tener en la práctica. Según su idea del positivismo, si funcionaba para una ciencia, sin duda servía para la otra, y si la comparación era un método efectivo para unas, también podía serlo para las otras.

---

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. 429.

<sup>115</sup> "A comparison of these passages shows that for a period of a hundred years the English tactics remained the same, and what is true of one battle is more or less true of another", *ibidem*, p. 436.

Finalmente, a principios del siglo XX se había alcanzado una especie de consenso historiográfico: Eduardo III era un mal estratega, y su campaña se había convertido en una peligrosa aventura. Si no se podía investigar la campaña, al menos podía estudiarse su táctica, pues fue lo único importante desarrollado por los ingleses, y entre ello, cuál había sido la formación exacta que emplearon. Si ello no podía saberse por medio de las fuentes pero sí a partir de la comparación con otras batallas, el problema quedaba resuelto. Pero nuevos cuestionamientos laieron a relucir, y la importancia de la batalla de Crécy fue puesta en duda bajo nuevos argumentos.

### **I.6. El revisionismo histórico: cronología contra historiografía**

La batalla de Crécy hacia finales del siglo XIX había gozado de un *boom* en la historiografía anglosajona. Ésta logró alcanzar gran renombre dentro de las batallas más importantes de la historia inglesa, lo que permitió a los especialistas de la guerra medieval realizar aportaciones que ayudasen a comprenderla y explicarla con mayor profundidad. Sin embargo, durante los primeros años del siglo XX, apareció un nuevo cuestionamiento sobre la batalla: si la importancia de la batalla radicaba en que había sido la primera en que se demostró la táctica de arquería fuera de Gran Bretaña, ¿tendría la misma importancia si se probara que una batalla anterior se ganó con el uso de la técnica de arquería en Francia? En forma de un revisionismo histórico, era menester reconsiderar lo investigado hasta entonces y sus resultados, pues se omitían constantemente algunas batallas que representaban de igual forma que Crécy, Poitiers y Agincourt, el triunfo tácto inglés.

En su artículo, "The Tactics of the Battles of Boroughbridge and Morlaix",<sup>116</sup> T.F. Tout (1855-1829) intentó recalcar el valor de dos batallas completamente ignoradas por la historiografía anglosajona de los últimos veinte años, las cuales ocurrieron antes de la batalla de Crécy: Boroughbridge (1322) y Morlaix (1342), como lo especifica el propio autor:

Yo propongo aquí un llamado de atención a dos enlaces en la cadena de desarrollo desde Falkirk hasta Crécy que el señor Morris ha ignorado, sin duda una porque no fue grande y otra por su poca importancia

---

<sup>116</sup> T.F. Tout, "The Tactics of the Battles of Boroughbridge and Morlaix", *The English Historical Review*, v. 19, n. 76, octubre, 1904, pp. 711-715.

con el tiro con arco. Estos dos enlaces son la batalla de Boroughbridge de 1322 y la batalla de Morlaix de 1342.<sup>117</sup>

Por lo tanto, para el autor la importancia de estas batallas recayó en la cronología de los hechos que terminarían por darle el triunfo a Inglaterra en Francia, gracias a que, por un lado, Boroughbridge ayudó al desarrollo de una estrategia que permitiría a los ingleses ganar sus batallas primero contra Escocia y después contra Francia; mientras que Morlaix sería el primer momento en que la táctica de arqueros se puso a prueba fuera de Gran Bretaña. De esta forma, el sentido con que fue construido el artículo era para probar la importancia que estos dos conflictos deberían de ocupar en la historia militar inglesa.

Así pues, la batalla de Boroughbridge, en la que se enfrentaron el rey Eduardo II y un grupo de barones rebeldes, probó la efectividad de los arqueros y la infantería desmontada, en contraposición de que el resto de los autores militares consideraban que había sido Dupplin Moor el primer referente histórico de la táctica. Según el autor, el artífice de la victoria inglesa, sir Andrew Harclay, tenía gran experiencia en las guerras contra Escocia, por lo que, al analizar en retrospectiva y al compararlo con lo que Oman y George sustentaron en su momento, la táctica del uso de los arqueros fue copiada del sistema que los escoceses desplegaron para la batalla.<sup>118</sup>

Por otro lado, la batalla de Morlaix tuvo un significado mucho más importante para el autor, pues su trascendencia recayó en ser la primera en la que se probó de manera exitosa en el Continente la táctica de arqueros desarrollada por los ingleses.<sup>119</sup> En ella se enfrentaron el conde de Northampton –el mismo que estaría presente en Crécy–, al mando de un contingente de aproximadamente 500 hombres, en contra de Carlos de Blois y un número

---

<sup>117</sup> “I propose here to call attention to two links in the chain of development from Falkirk to Crecy which Mr. Morris has overlooked, doubtless as having in one case no great and in the other very little bearing on the particular point of archery. These two links are the battle of Boroughbridge of 1322 and the battle near Morlaix of 1342”, *ibidem*, p. 711.

<sup>118</sup> *Ibidem*, p. 713.

<sup>119</sup> El mismo significado adquiere la batalla cien años después, en el artículo de Frank Dorber "Back to the Woods at Morlaix", donde se buscó reivindicar la batalla y su importancia como un hito para el ejército inglés y como una práctica de las lecciones aprendidas en las guerras contra Escocia, además de la aplicación de nuevas técnicas y un mayor profesionalismo del ejército inglés. Franck Dober, "Back to the Woods at Morlaix", *Military History*, v. 22, n. 9, diciembre, 2005, pp. 44-48.

superior de efectivos. A pesar de la obscuridad en las fuentes sobre la batalla, para el autor no hubo ninguna duda de la importancia de Morlaix como el preludio a lo que ocurrirá en Crécy años después, pues él consideró que era posible hacer una comparación de ambas batallas:

Tenemos la mayoría de los puntos esenciales –la acción defensiva, el bosque flanqueando los hombres de armas desmontados, los hoyos ocultos, los grandes obstáculos, el ataque preliminar del enemigo a pie, el ataque de la caballería pesada y tras una lucha fiera, el resultado decisivo. Incluso analogías triviales –el ataque relegado hasta el atardecer y la incapacidad de las fuerzas menores a hacer más que estar desplegados de forma segura, completan su cercanía con la anticipación de Crécy.<sup>120</sup>

Además, como en ambos combates Northampton estuvo presente, no hubo duda para Tout de que tanto el resultado como el desarrollo del enfrentamiento fueron los mismos. Así, la batalla de Morlaix para T.F. Tout tuvo un significado de gran importancia para la historiografía militar inglesa, pues cuestionó la forma en que sus colegas habían interpretado las batallas. Sin embargo, sus argumentos intentaron lo que Descartes alguna vez dijo sobre el quehacer de los historiadores: “crear castillos en el aire”,<sup>121</sup> puesto que para el autor, la importancia de la batalla de Morlaix<sup>122</sup> radicó en el hecho cronológico de haber sido la primera en que la táctica de arqueros se probó en Francia, para después ser repetida en Crécy. En este caso, la comparación entre batallas fue llevada al extremo al equiparar una escaramuza carente de fuentes y de alguna importancia estratégica real en el desarrollo del conflicto de la Guerra de los Cien Años, y afirmar que pudo haber tenido la misma importancia que su inmediata. Aunque finalmente, esto no dejó de recordar la forma en que George y Lloyd construyeron sus historias comparadas para justificar sus hipótesis.

---

<sup>120</sup> “We have most of the essential points –the defensive action, the flanking woods, the dismounted men-at-arms, the concealed pits, the great odds, the preliminary and futile attack of the enemy's foot, the rush of the heavy cavalry charge, and, after hard fighting, the decisive result. Even trivial analogies –the attack delayed till late in the day, and the inability of the scanty force of victors to do more than withdraw safely, complete the closeness of the anticipation of Crecy”, Tout, *op.cit.*, p. 715.

<sup>121</sup> R.G. Collingwood, *Idea de la historia*, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp.124-126.

<sup>122</sup> Sería interesante conocer qué entendía el autor por "batalla", puesto que Morlaix en realidad podría decirse que fue una gran escaramuza. Esta no representó ninguna importancia táctica ni estratégica para la invasión inglesa. Sin embargo, no es posible negar el valor de adiestramiento en el continente, pero sin ser suficientemente importante para sustituir a Crécy como la primera batalla importante de la Guerra de los Cien Años.

A pesar de los argumentos de Tout, su hipótesis no trascendió más allá de su artículo, y la batalla de Crécy mantuvo una preeminencia como la batalla más importante de la primera fase de la guerra anglo-francesa, sólo superada por la de Agincourt como la más importante de la Edad Media. Lo cierto es que el modelo positivista en que todos estos historiadores se habían consolidado, ya había dado lo que tenía que ofrecer respecto a metodología y significado: no había duda de su importancia política y militar en la historiografía, pues el hecho de que tantos académicos se dedicaran a investigar y discutir sobre el tema era prueba de su repercusión en los tiempos modernos y su necesidad de ser abordada como objeto de estudio. El apelativo de la campaña como una “peligrosa aventura” surgió por la necesidad de englobar algo que no entraba dentro del entendimiento de los historiadores, y por ello, terminó por ser la mejor forma de interpretar los objetivos de Eduardo en Normandía. Finalmente, el uso de la comparación entre batallas, producto del positivismo, funcionó para explicar la táctica, y sirvió tan bien, que al final ya no había necesidad de seguir investigando algo que ya había sido comprobado. Esto, junto los dos grandes conflictos mundiales, serían la explicación más acorde a la problemática de por qué se dejó de escribir sobre la batalla durante la primera mitad del siglo XX.<sup>123</sup>



Aquí termina este primer capítulo de la investigación. Muchas otras obras sobre la guerra medieval serían publicadas hasta la Segunda Guerra Mundial, pero sin la intensidad como en los tiempos de Charles Oman. Si la principal limitante de las narraciones sobre la guerra en la Edad Media en el siglo XIX era el hecho de que los historiadores se dedicaron a investigar el periodo Napoleónico, hasta la Segunda Gran Guerra la razón para escribir aún menos historias medievales se debió a que los autores ahora tenían el paradigma de la Primera Guerra Mundial.<sup>124</sup>

---

<sup>123</sup> La excepción más importante sería la obra monumental en dos volúmenes de Charles Oman, *A History of the Art of War in the Middle Ages*, pero esta no fue más que la extensión y la repetición de los mismos postulados ya desarrollados en las obras que aquí se analizan, especialmente, lo referente a lo que él llamó una “peligrosa aventura”.

<sup>124</sup> Vid John A. Lynn, *Giant of the Grand Siècle, the French Army, 1610-1717*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997, pp. X-XI.

Aunado a ello, las conclusiones de los autores que aquí fueron analizados serían asimiladas e integradas a los propios discursos del periodo de entreguerras. Sin embargo, no se reinterpretarán drásticamente como lo serán después de la Segunda Guerra, por lo que las historias no serán más que repeticiones de muchos de estos autores decimonónicos.

## **I.7. Conclusión**

La Primera y Segunda Guerra Mundial significaron un parteaguas no sólo en la historia de Inglaterra y de Francia, sino también en la de todo el mundo. Su desenlace se tradujo en la transformación del globo terráqueo en todos los aspectos posibles: economía, sociedad, ciencia, tecnología, política, etc.

El contexto en que la Gran Guerra se desarrolló estaba marcado por una importante fe en el progreso de la humanidad y con la idea de que la ciencia, acompañada de la tecnología, debería estar al servicio del mejoramiento de la vida –y de la civilización–, aunque eso significara la sumisión de una gran parte del planeta a la industria y al colonialismo. La cultura existía, pero únicamente aquella que era precedida por Occidente.

Cualquier otra forma de civilización era barbarie, pues desde el siglo XVI Europa había impuesto efectivamente su visión del mundo, y especialmente, eran la anglosajona y la francesa las que llevarían la batuta del progreso humano a todos los continentes. Por ello, cuando Alemania se unificó para combinar su enorme poder industrial y militar, se produjo un equilibrio de poderes como pocas veces en la historia había sucedido, en el que los germanos sobresalían a la par que los ingleses y franceses. Pero el equilibrio no era una opción, y las tres potencias comenzaron a prepararse para la que sería la guerra que decidiría el futuro del mundo civilizado y terminaría con todas las guerras; solo que las buenas intenciones terminaron en palabras, pues por más de medio siglo la guerra fue un tema recurrente en el devenir histórico.

El desarrollo y desenlace de la Gran Guerra propició un cuestionamiento hacia el industrialismo y el modelo positivista en el que se abanderaba la civilización. Incluso desde 1905, el viejo paradigma científico que reducía el universo a leyes incuestionables, se puso en crisis, cuando Albert Einstein publicó su teoría de la relatividad, lo que significó una visión del mundo completamente diferente a como había sido visto hasta entonces. Ahora, el

universo natural no funcionaba con la exactitud que sus predicadores aseguraban, y si las ciencias naturales se desequilibraban, también lo hacían las ciencias sociales, las cuales, hasta entonces, habían buscado emular su efectividad en su propio marco de investigación. Era el momento para que una nueva perspectiva tomara la batuta de la investigación histórica: la sociología.

A lo largo de este primer capítulo se observó una tendencia mayor hacia el estudio del positivismo científico decimonónico para sustentar la construcción de la batalla de Crécy. Pero esto se debió a la ausencia de una visión diferente que abordara la historia en Inglaterra, y específicamente, la que se refería a la batalla y campaña de Crécy. Ello también debido a la funcionalidad que esta corriente tenía en Gran Bretaña, gracias a que la idea del progreso científico e industrial era un elemento del que podía presumir la sociedad victoriana. Sin duda, herederos de la Revolución Industrial y de la tradición de los naturalistas, parecía que no había duda sobre el modelo científico y sus triunfos en la historia, al menos hasta el fin de la Segunda Guerra, cuando el marxismo consiguió posicionarse como la corriente más relevante de la época.

Si bien el positivismo ayudó a que los historiadores construyeran una visión general de la guerra, sus propias lecturas de los manuales del arte de las guerras napoleónicas fueron un factor determinante para el surgimiento de interpretaciones muy particulares sobre la campaña y la batalla de Crécy. Principalmente, se observaron dos importantes líneas de investigación: la posición exacta de los arqueros en la batalla y la “peligrosa aventura” de Eduardo III –junto a su ausencia de estrategia.

La primera fue producto de la búsqueda de una verdad que era imposible de conocer a través de las fuentes sobre la campaña, dada la incapacidad inherente de saber exactamente qué ocurrió en el campo de batalla. Froissart habló de *herse*, pero su explicación no dejó de ser ambigua y poco concluyente, mientras el resto de los testimonios contemporáneos ofrecían diferentes versiones sobre el mismo hecho. Sería Hereford George el primer historiador en proponer un modelo –que según él– era más apegado a la realidad histórica, al mismo tiempo sus colegas adoptaban su propuesta e intentaban ofrecer pruebas que respaldaran su veracidad. El motivo de esta preocupación era sencillo, pues si los historiadores consideraban que Eduardo III no era estratega sino táctico, la única razón de

abordar el periodo era la formación táctica desplegada en Crécy. Precisamente por ello, las publicaciones más importantes se titulaban como “el arte de la guerra en la Edad Media”, lo que indudablemente hacía referencia a una preminencia de la táctica sobre la estrategia. Ejemplo de ello, fueron los trabajos de Charles Oman *A History of the Art of War* y por supuesto, el de George: *Battles of English History*, cuyo título representaba en sí mismo los intereses historiográficos del momento.

De igual forma, la influencia de los manuales de guerra napoleónicos se vio reflejada en la forma en que los autores malinterpretaron la campaña inglesa en Normandía,<sup>125</sup> pues creían era una falta de estrategia por parte del monarca inglés, lo cual produjo una idea de la marcha inglesa como una “aventura peligrosa”, una expedición cuyos objetivos se perdieron cuando el monarca fue incapaz de enfrentar a su enemigo a las afueras de París y prefirió escapar hasta que en Crécy no tuvo otra opción que presentar una batalla a Felipe VI. Sin duda, la influencia de Clausewitz en estos autores era importante, pues para ellos, la guerra era un medio “positivo” de obtener fines políticos, por lo tanto, si no había una lucha constante para vencer al enemigo totalmente, la expedición no podía ser sino una mera aventura.

Ahora bien, la construcción de la batalla de Crécy en Inglaterra desde 1885 y hasta 1945, comenzó con Charles Oman, quien desarrolló sus trabajos del arte de la guerra en la Edad Media, mientras Hereford George sería uno de los primeros en publicar en la revista *English Historical Review* una propuesta dedicada al estudio de la batalla de Crécy: la posición más probable que debieron haber ocupado los arqueros ingleses en la batalla. Ello generó una intensa discusión en la que los historiadores ofrecieron pruebas y métodos sustentados en el positivismo científico para justificar la validez de los argumentos de George. Sin embargo, algunos autores como Tout no dudarían en cuestionar la importancia de la batalla y proponer un revisionismo desde el punto de vista cronológico; no obstante, la importancia de Crécy en el arte de la guerra pesaría más, y estos debates serían ignorados tajantemente por los historiadores.

---

<sup>125</sup> Clifford Rogers, *Werre Cruelle and Sharpe: English Strategy under Edward III, 1327-1347*, Ohio, Ohio State University, 1994, pp. 308-341.

Otro aspecto importante para la construcción de la batalla fue el uso y la importancia que le dieron los historiadores a las fuentes. En ello se observó una permanencia generalizada de la interpretación de la *Crónica* de Froissart entre los historiadores. Pero ¿si los autores conocían los trabajos de le Bel, le Baker y Villani, por qué se mantuvo la base interpretativa de Froissart como la crónica más importante? La respuesta podría estar en función de la propia accesibilidad de la obra, pues la crónica de Froissart se editó constantemente desde el siglo XV, y como englobaba una enorme temporalidad y grandes hechos históricos en sí misma, su difusión era más sencilla que, por ejemplo, la de *Nuova Cronica* de Giovanni Villani, en la que sólo una pequeña fracción de la crónica estaba dedicada a la batalla. Otro factor podría ser incluso el propio idioma en que estaba escrita la fuente, por ejemplo, Villani estaba escrita en florentino medieval. Otro factor importante fue la accesibilidad que tenía el autor para analizar la fuente, como la *Crónica* de le Baker, cuya primera edición comentada apareció hasta finales del siglo XIX. Finalmente, muchas otras fuentes francesas aún permanecían en los archivos históricos y ello significó una limitante para ampliar la visión global de la batalla, al menos hasta que autores como Jules Viard publicaran algunos extractos de la cancillería del reinado de Felipe VI: *Documents parisiens du règne de Philippe VI de Valois (1328-1350)*.<sup>126</sup>

¿Qué significado adquirió la batalla de Crécy para los historiadores del periodo de la última parte del siglo XIX y primera del XX? En un primer momento fue el propio valor político del conflicto, que se tradujo en la importancia de la batalla como la que puso en el mapa militar a la Inglaterra medieval. Dado que las guerras contra Escocia habían sido irrelevantes para el resto de Europa, el haber derrotado en batalla campal al ejército más importante de la época significó una trascendencia histórica sin precedentes. Sin embargo, este significado quedó en segundo plano conforme los eruditos realizaban sus historias, pues observaron con desdén el desarrollo de la campaña y la condenaron a no ser solamente una “peligrosa aventura”. Fue entonces cuando el estudio de la batalla, y en especial, la formación de arqueros, surgió como la problemática principal a la que los historiadores dedicaron sus

---

<sup>126</sup> Jules Viard, *Documents parisiens du règne de Philippe VI de Valois (1328-1350): extraits des registres de la chancellerie de France*, 2 t., París, Librairie de la Société de l'Historie de Paris, 1899.

investigaciones, y con ello, los artículos en defensa de la táctica aparecieron en la revista histórica más importante de Inglaterra: *English Historical Review*.

Aunque en algún momento se llegó a cuestionar la primacía del conflicto sobre otros acaecidos en el mismo periodo, la batalla mantuvo el mismo significado: fue la primera y una de las más importantes batallas de la Guerra de los Cien Años. Si bien hubo quienes intentaron cuestionar esta visión, lo cierto es que nadie dudaba de su importancia.

Ahora bien, el fin de la Primera Guerra Mundial significó un agotamiento del modelo positivista del siglo XIX, pues se cuestionó la idea del progreso en la civilización tras el resultado “inútil” de la guerra. Especialmente en Europa, este vacío metodológico fue aprovechado por las corrientes que desde antes del conflicto habían comenzado a gestarse en la academia. El ejemplo más claro de ello sería la creciente importancia de la sociología de Durkheim en Francia, que derivó en la publicación de la revista *Annales d'histoire Économique et Sociale* en 1929, en la que se planteó una renovación de la historia a partir de interdisciplinariedad con la sociología y la economía.

Pero Inglaterra era un caso diferente, y la influencia de la sociología a partir de Weber era muy escasa y ni siquiera la Gran Guerra significó un completo rechazo al modelo positivista. Sin embargo, las bases quedarían sentadas para la segunda mitad del siglo XX, en la que la historia social y la económica finalmente transformarían el paradigma historiográfico del cientificismo positivista.<sup>127</sup>

Por otro lado, ya no fueron publicadas obras de mayor relevancia historiográfica durante la posguerra: el trabajo de Oman de 1924 *A History of the Art of War in the Middle Ages*<sup>128</sup> (dos volúmenes), sería una reedición de sus trabajos de finales de siglo, pero con la misma interpretación ya trabajada con anterioridad: la campaña vista como una aventura peligrosa y la capacidad táctica inglesa como el elemento más rescatable del periodo. Una obra menos conocida fue la de Hilaire Belloc (1870-1953), *Crécy*,<sup>129</sup> que pasó desapercibida por los historiadores del siglo XX en lo referido a la construcción de la batalla. La razón por

---

<sup>127</sup> Aurell, *op.cit.*, p. 48.

<sup>128</sup> Oman, *A History of the Art of War in the Middle Ages*, v.2, South Yorkshire, Greenhill Books, 1998.

<sup>129</sup> Hilaire Belloc, *Crécy*, Hilaire Belloc, s/l, Library of Alexandria, 2012, 56 p.

la que no se incluyó en esta investigación se debió precisamente a esta completa omisión que los autores posteriores hicieron sobre este trabajo. Lo respuesta más probable del *por qué* sería una especie de ostracismo intelectual propiciado por los historiadores, quienes ya se habían consolidado en redes académicas importantes, con la capacidad de aceptar o rechazar autores que no se empalmaban con su formación intelectual o que no se insertaban en las misma corriente historiográfica a la que se adscribían los intelectuales<sup>130</sup>. En conclusión, los historiadores consolidados como especialistas, podían elegir qué trabajos eran relevantes para la construcción sobre la batalla de Crécy.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, la forma de colonialismo del siglo XIX también desapareció gradualmente. Lo mismo ocurrió con el predominio de Europa como rectora del mundo, que fue sustituido por Estados Unidos y la Unión Soviética, considerados los vencedores de la guerra. Un nuevo orden mundial apareció y el mundo se dividió en dos ideologías antagonistas y en permanente lucha: capitalismo y comunismo. Si bien Inglaterra y los países de Europa Occidental eran aliados de Estados Unidos y del capitalismo, muchos de los intelectuales de las universidades observaron en el triunfo de Rusia sobre el fascismo, una señal de un mundo diferente con posibilidades infinitas de futuro, y prueba de ello fue la constante participación de los historiadores en el Partido Comunista de Inglaterra y la búsqueda de una nueva forma de entender y narrar la historia. Había llegado el momento de una nueva visión que ayudara a encontrar nuevas interpretaciones sobre la campaña y batalla de Crécy.

---

<sup>130</sup> En ningún trabajo seleccionado para la composición de esta tesis se hizo mención del autor, probablemente porque no era historiador o un académico dedicado enteramente al estudio del arte de la guerra –en la primera mitad del siglo XX–, pues era escritor, político y poeta (<https://yuzu.com/products/9a4a879d-69d7-4e66-9583-8495b8b8858e>, consultado 29/11/15); durante la segunda mitad, la combinación entre las nuevas corrientes historiográficas y las formas de escribir la historia, ayudaron a ocultar aún más a este autor.

## CAPÍTULO II

*La juventud tiene que pasar, ah, sí. Pero en cierto modo, ser joven es como ser un animal. No, no es tanto ser un animal sino uno de esos muñecos malencos que venden en las calles [...] itean en línea recta y tropiezan contra las cosas bang bang y no pueden evitar hacer lo que hacen. Ser joven es como ser una de esas malencas máquinas [sic].*

Anthony Burgess, *La naranja mecánica*.

### **II.1. Revoluciones, complejidades y alianzas: el resurgimiento de la estrategia en la Edad Media**

Justo en el momento en que se redactó este segundo capítulo, cuya temporalidad abarcó desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta los años noventa, se conmemoró el aniversario número setenta de la rendición incondicional de la Alemania nazi ante las potencias “aliadas”. Y como nota histórica, en estos días Alemania es uno de los países más influyentes e importantes de Europa, pero no por su capacidad militar, sino por su posición económica en la Unión Europea y en el mundo. Parece entonces como si la historia girara como una espiral en la que se tocan lugares comunes, pero sin llegar a repetirse completamente: en 1871 se unificó Alemania, en 1914 estalló la Primera Guerra Mundial, en 1939 la Segunda, en 1989 se reunificó Alemania y en 2015, los teutones rigen la economía europea.

Es innegable el impacto que la Segunda Guerra Mundial tuvo en la historia, tanto en sus representaciones más inmediatas como futuras. Desde el punto de vista geopolítico, significó el desplazamiento de Europa Occidental como centro del mundo por los dos grandes ganadores del conflicto bélico: Estados Unidos y Rusia, lo que se tradujo en la división del mundo entre capitalistas y comunistas. Aunado a ello, en materia diplomática se conformó en el plano internacional la Organización del Tratado del Atlántico Norte (1949), una alianza que buscó servir como respaldo militar entre los Estados Unidos y la Europa Occidental, en caso de un posible ataque soviético.<sup>1</sup> Acción que tuvo su respuesta con el Pacto de Varsovia (1955), cuyo objetivo defensivo era similar al de la OTAN, pero entre Rusia y sus países

---

<sup>1</sup> Tony Judt, *Postguerra, una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2011, pp. 229-234.

aliados. Estas diferencias ideológicas trajeron consigo el estallido de conflictos internacionales que involucraron de forma directa o indirecta a las dos superpotencias, como la guerra de Corea (1950-53), la guerra de Vietnam (1959-75) y la guerra de Afganistán (1978-92).

A pesar de los conflictos que enfrentaron al mundo Occidental contra el Comunismo, la Guerra Fría también fue un periodo de avances tecnológicos y científicos sin comparación alguna. Las nuevas tecnologías y la industria permitieron el desarrollo de una nueva forma de vida volcada al consumismo de las generaciones que sucedieron a la última guerra mundial. Ya no era, como antaño, un mundo en el que se tenía que trabajar y ahorrar para los futuros tiempos de crisis, pues en el imaginario global, parecía que si una nueva guerra se desataba, ya no habría un mundo sobre el cual volver a reconstruir la civilización. De esta forma, aquella fue una época de miedo a la guerra nuclear y a la destrucción del planeta y sus recursos naturales, miedo que llegó a su límite durante la crisis de los misiles de Cuba en 1962, cuando aviones espías tomaron fotografías de la instalación de lanzaderas de misiles en contra de Estados Unidos.<sup>2</sup>

Pero no todos los años inmediatos a la posguerra fueron de terror a una tercera guerra o de paranoia al comunismo. La tecnología de guerra que alguna vez fue ocupada para exterminar al enemigo, ahora era aprovechada para facilitar la vida de la población. Con la distribución de transistores, vuelos transatlánticos y los primeros computadores, el mundo parecía avanzar con una velocidad nunca antes vista. Empero, quizá el más grande logro del hombre fue la carrera espacial, la cual culminó con la llegada de las primeras personas a la Luna en 1969 y el cuestionamiento del lugar del hombre en el cosmos.<sup>3</sup>

Por otro lado y desde una perspectiva específica de la producción historiográfica, el fin de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo nuevos paradigmas en la historiografía. Aunque Estados Unidos se alzó como el referente económico y militar de Occidente, lo cierto

---

<sup>2</sup> Norman Lowe, *Guía ilustrada de la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 232-236.

<sup>3</sup> En alusión a la obra de Fred Spier, *El lugar del hombre en el cosmos, la Gran Historia y el futuro de la humanidad*, Barcelona, Crítica, 2011, 552 p., ils.

era que su forma de hacer la historia por medio de la cliometría,<sup>4</sup> no generaba una gran fascinación entre los historiadores británicos y franceses. Ellos, por el contrario, consolidaron sus propias corrientes a partir de los antiguos paradigmas de la primera posguerra, por ejemplo, el modelo económico del marxismo británico y el ecológico demográfico francés. Todos ellos surgieron por la necesidad de los historiadores por crear un discurso mucho más científico con una perspectiva encaminada a las historias totales.<sup>5</sup>

El modelo de la historia marxista fue el intento de los historiadores británicos por ofrecer una mejor interpretación del presente en el que Gran Bretaña se desarrollaba desde el fin de la Segunda Guerra. Así, gran parte de los historiadores que observaron los totalitarismos en su máxima expresión y el salvaje conflicto que habían provocado, vieron en el gran vencedor de la guerra, la URSS, el modelo que demostraba trascender ante la incertidumbre de la paz y del devenir histórico. Esto provocó que los escritores ingleses abandonaran las últimas representaciones positivistas –ya rechazadas después de la Primera Guerra Mundial y apenas conservadas durante el periodo entreguerras– y se encaminaran hacia una nueva construcción de la historia: la economía desde la perspectiva del marxismo. Además, no sólo el contexto histórico general fue el causante del cambio de la forma de hacer historias, sino también lo fue el propio entorno social y educativo de una sociedad conservadora, industrializada y otrora colonialista, lo que influyó en la transformación de la escritura histórica: la paz y devenir de la época victoriana había desaparecido desde hacía medio siglo y las generaciones crecidas entre ambas guerras veían con recelo un futuro menos alentador del que habían tenido sus padres. Aunado a ello, la fuerte capacidad industrial de Inglaterra propició que los historiadores voltearan a ver los procesos en los que se desarrollaron sus protagonistas. Finalmente, Gran Bretaña había dejado de ser el imperio tan importante que había sido en el siglo XIX, y poco a poco sus colonias se independizaban, aunque sin separarse del todo de su órbita influencia económica.

---

<sup>4</sup> Jaume Aurell, *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, p. 83. La razón, según el mismo autor, fue porque los autores intentaron llevar a sus últimas consecuencias el discurso de las ciencias experimentales pero en la descripción histórica, *idem*. Quizá esto se debió al recuerdo del positivismo que la cliometría despertó en los historiadores de Inglaterra y Francia, además del propio desarrollo histórico que siguieron estas naciones.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 68.

Los principales ejes de investigación para esta generación de historiadores marxistas –quienes además habían sido militantes del Partido Comunista Británico al menos hasta 1956–<sup>6</sup> fueron tanto la economía como las transiciones: el desarrollo económico y su repercusión en las transformaciones de las civilizaciones –como el paso de la Antigüedad al feudalismo, la transición del feudalismo al capitalismo–, las rupturas en la historia, aquellas que se pueden interpretar como “revoluciones”, cambios substanciosos e inmediatos que permiten entender la propia historia. Pero en 1956 se dio un quiebre entre los historiadores del Partido Comunista, producto de la invasión de la URSS sobre Hungría, lo que trajo consigo una ruptura y el surgimiento de un materialismo mucho más cultural.<sup>7</sup> Sin embargo, para los años setenta el modelo marxista en Inglaterra se vio superado por una crisis económica generalizada en Europa y por un aire de renovación precedente de las nuevas generaciones de la posguerra, que veían muy lejos los horrores de la guerra y la cultura de ahorro y las restricciones económicas de sus padres.

Todo este nuevo panorama económico y social propició la forma de la escritura que se transformó en las diferentes ciencias humanas, tal como Jaime Aurell describió:

Ya a finales de los años setenta empezó a experimentarse en los diferentes ámbitos de las ciencias sociales –sociología, antropología y lingüística, sobre todo– una apelación al retorno a un lenguaje comprensible y narrativo, alejado de los códigos esquemáticos y científicos del marxismo y el estructuralismo. El monolitismo del paradigma de posguerra fue quebrantándose, durante los años setenta, con la entrada de la nueva generación de los *Annales* y los nuevos movimientos narrativistas y posmodernos.<sup>8</sup>

Al mismo tiempo, nuevas ideas comenzaron a plantearse sobre el quehacer de la historia y su relación con el mundo que había surgido de la Segunda Guerra Mundial, era momento de preguntarse cuál el lugar del hombre en su mundo y en el cosmos. Así pues, en los años setenta, los efectos de los viajes a la Luna del Apolo, junto con el interrumpido proceso de globalización e industrialización, serían un detonante para el estímulo del

---

<sup>6</sup> Algunos miembros del Partido Comunista Británico –fundado en 1946– fueron Christopher Hill, Rodney Hilton, Eric Hobsbawm, y Edward Thompson, todos nacidos entre 1912 y 1924, *ibidem*, p.75.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 77. Cfr. Donald Kelly, *Frontiers of History, Historical inquiry in the Twentieth Century*, Londres, Yale University Press, 2006, p. 157.

<sup>8</sup> Aurell, *op.cit.*, p. 85.

surgimiento de las historias universales, que buscaban relacionar la historia del hombre con la historia del planeta Tierra.<sup>9</sup> Prueba de la crisis en la ciencia histórica, que había perdido su rumbo y ahora buscaba nuevas metodologías en las cuales apoyarse.

Ahora bien, respecto a la Historia Militar, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, apareció en la historiografía un pacifismo promovido por las grandes escuelas británicas y francesas de la posguerra.<sup>10</sup> El trauma del conflicto bélico influyó en que la comunidad intelectual generase un repudio por aquellos temas, al grado en que apenas fueron desarrollados, fuera de tener un sentido meramente superficial. Sin embargo, en los años cincuenta apareció un debate que se convertiría en toda una revolución del pensamiento: la Revolución Militar.<sup>11</sup> Con bases en el materialismo británico en el sentido de buscar cambios drásticos en la historia, pero sin estar relacionado completamente con los historiadores de esta corriente o con la idea de la economía como motor de la historia, el concepto de “revolución” significó una nueva visión de la historia capaz de funcionar para explicar cambios drásticos entre diferentes periodos históricos. De tal forma que, su historia apeló mucho más al aspecto tecnológico<sup>12</sup> de los ejércitos del Renacimiento para explicar los cambios en la forma de hacer la guerra, así como al tamaño de sus ejércitos y cómo impactaban en la sociedad. Esta propuesta novedosa fue bien aceptada por los historiadores militares del periodo a tal grado que permaneció sin críticas durante casi treinta años.

A pesar de ello, la propuesta expuesta por Michael Roberts recibió poca atención por parte de sus colegas interesados en la historiografía predominante del periodo, muy probablemente por la renuencia de los historiadores marxistas a trabajar temas puros sobre

---

<sup>9</sup> Fred Spier, *El lugar del hombre en el cosmos, la Gran Historia y el futuro de la humanidad*, trad. Tomás Fernández Aúz, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 49-52.

<sup>10</sup> No se puede hablar del mismo impacto de la guerra en Estados Unidos que en Europa, porque realmente sus bajas fueron únicamente militares (con excepción de Pearl Harbor), además de no tener que haber sufrido los horrores de la guerra industrializada que se produjo en el territorio ocupado por Alemania, pero lo cierto es que la historiografía americana estaba más encaminada hacia la cliometría que a seguir los debates europeos.

<sup>11</sup> Michael Roberts proponía la existencia de cambios rápidos e importantes en el desarrollo de la guerra en el siglo XVI, los cuales estaban relacionados directamente con la tecnología en las armas de fuego como transformadoras del arte de la guerra. Más adelante se hablará con mayor detalle sobre esta teoría, *vid. Infra*, p. 93.

<sup>12</sup> Sin duda, la influencia del contexto social de Gran Bretaña permitió el desarrollo de esta visión de la guerra, pues qué mejor referente en tecnología que el mundo de la posguerra, cuando una gran cantidad de artículos tecnológicos se pusieron al alcance de la población para el mejoramiento de sus vidas.

la milicia. A pesar de ello, significó una renovación en la historia de la guerra capaz de proporcionar una nueva visión de la evolución de la guerra europea. Sin embargo, la historia militar en Gran Bretaña mantuvo un perfil bajo desde la posguerra, debido a la intencionalidad de los autores de la gran cúpula marxista de preocuparse por los paradigmas económicos, sería hasta los años setenta cuando la historia militar tendría un resurgimiento a partir de una narrativa mucho más sociológica y narrativa entre los eruditos, como en el caso de los historiadores John Keegan y Georges Duby.<sup>13</sup> Esto propiciará el resurgir de la historia militar desde los años ochenta que se relacionó muy estrechamente con el nuevo milenio que se avecinaba y el influjo predominante que adquiriría la tecnología para ganar los nuevos conflictos internacionales.

En el siguiente capítulo se abordará una nueva perspectiva de la campaña y batalla de Crécy que se desarrolló durante la segunda mitad del siglo XX. En este contexto, el modelo del positivismo científico finalmente fue abandonado en la descripción de la batalla, pero ni el marxismo desde la historiografía general en Inglaterra ni *Annales* en Francia, abordó el tema de la victoria de Eduardo III.

La nueva forma de entender la guerra medieval se dio a partir de la visión de los historiadores militares que, en la década de los años cincuenta, finalmente se consolidaron como un tema específico de la historia, con su propia metodología y forma de explicar su objeto de estudio. Esta nueva interpretación fue producto de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, de la que se desprendió la preocupación de los historiadores por los no combatientes en los conflictos armados –con bases muy cercanas a la sociología de Weber– y de entender la guerra en su propio contexto, junto con la estrategia particular de sus comandantes. Así, de la concepción positivista que se tenía de la campaña, en que afirmaciones sobre la campaña como “una aventura peligrosa”, o “Eduardo era un excelente táctico pero un mal estratega”, se pasó a una comprensión de la campaña como una *chevauchée*<sup>14</sup> a gran escala, con el objetivo estratégico de debilitar al enemigo, pero que en

---

<sup>13</sup> Aurell, *op.cit.*, pp. 95-96. Tanto John Keegan como Georges Duby se preocuparon por las historias de batalla pero desde diferentes escuelas: el primero retomó aspectos de la sociología y los combinó con la historia militar, mientras el segundo lo hizo desde la visión de *Annales* y el significado inmediato del conflicto.

<sup>14</sup> La *chevauchée* podría traducirse al español como "cabalgada", y se refiere a una operación de incursión en el territorio enemigo con el fin de devastarlo y/o saquearlo. En general, era necesario un número considerable

última instancia, tuvo lugar debido a la propia incapacidad de Eduardo de escapar de su enemigo. Esto es, la campaña se observó más comprensible en su desarrollo, pero su resultado, la batalla, ahora era producto de la incompetencia de Eduardo.

Así pues, la historia militar siguió un camino separado al de las formas de escribir y entender la historia general en Inglaterra, que a mediados de los años cincuenta se renovó y se preocupó por desarrollar sus propios paradigmas muy puntuales. Progresivamente, la historia militar tomó rumbo hacia una escritura mucho más narrativa en los años setenta y ochenta, con lo cual abrió las fronteras de la historia científica en una sociedad ávida de conocimiento que le significara algo. Esto último permitió que obras de la Guerra de los Cien Años se propagaran con mayor intensidad, al mismo tiempo que el contexto de la Unión de Europa avivaba el interés por los contextos históricos que, como al principio de esta introducción se explicó, parecían repetirse como una espiral.

## **II.2. La Revolución Militar: entre la tecnocracia y el evolucionismo**

Antes de entrar de lleno al conflicto de Crécy, valdría la pena hacer una pequeña referencia al paradigma de la Revolución Militar. Si bien en un principio ni siquiera tocó el tema medieval, lo cierto es que a lo largo de su existencia, esta teoría se transformó y renovó hasta ampliar el espectro cronológico y temático, lo que daría pie a que se hablara no de una, sino de muchas revoluciones militares. Esto permitió que, a principios de los años noventa, apareciera en escena la idea de que los orígenes de la revolución se podían encontrar en la Guerra de los Cien Años, y especialmente, en la batalla de Crécy.<sup>15</sup> Así pues, en este capítulo se buscará ofrecer un breve relato de la evolución de esta teoría.

---

de hombres a caballo para realizar esta operación, pues la importancia de esta táctica radicaba en la velocidad con que realizaban su acometido. Esta era la mejor forma de causar un daño considerable al enemigo sin tener que sitiar una fortaleza –lo cual se traduciría en una inversión en recursos y hombres que muy pocas veces podía ser retribuido al conquistar la ciudad– o jugarse la guerra en una sola batalla, que generalmente se interpretaba como un duelo con las mismas posibilidades de ganar o perderlo todo. *Vid.* Andrew Ayton, "Armas, armaduras y caballos", en *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, pp. 239-267; Christopher Allmand, "Armas nuevas tácticas nuevas", en Geoffrey Paker (ed), *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010, pp. 91-106; Rogers, "La época de la guerra de los cien años", en *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, pp. 179-208.

<sup>15</sup> Rogers, Clifford, "The Military Revolution of the Hundred Years War", *The Journal of Military History*, v. 57, n.2, abril 1993, pp. 241-278.

Ya en la introducción de este capítulo se explicó la tendencia historiográfica que Inglaterra desarrolló tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Gracias al contexto histórico e ideológico surgido tras la guerra, en Gran Bretaña fue posible la adopción del modelo marxista en la ciencia histórica de los años cincuenta. De esta forma, debido a la preocupación de sus autores por los cambios vertiginosos en las diferentes épocas y las transformaciones radicales de periodos de tiempo cortos, el materialismo británico se convirtió en la base intelectual adecuada para el desarrollo de las teorías que consideraban aspectos revolucionarios de la historia humana. Además, las nuevas tecnologías de la posguerra comenzaron a revolucionar el panorama social de los años cincuenta gracias al desarrollo de electrodomésticos más pequeños y eficaces que se suponía mejorarían la vida después de las grandes restricciones económicas en la Inglaterra de la posguerra.

La Revolución Militar se convirtió en un tópico propio de la historiografía militar académica, y de hecho, marcó una renovación en la historia de la guerra que, desde los años de la Segunda Guerra Mundial, había mantenido un perfil bajo en los estudios universitarios.<sup>16</sup> Quizá la razón por la que llegó a ser tan importante es que marcó una separación drástica en lo que significaba ser historiador militar: ya no había “historiadores” como en el siglo XIX, que si bien se diferenciaban por *escuelas* y formas de interpretar la historia, a fin de cuentas se veían a sí mismos como parte de una sola comunidad académica sin diferencias específicas más allá de las temáticas que trabajaban. Ahora, después de la guerra, además de estas diferencias dadas por las temáticas individuales, comenzaron a surgir especialistas dedicados a temas completamente ajenos a las pautas marcadas por la historiografía nacional de Reino Unido –léase marxismo británico–, por lo que aparecieron historiadores militares ya consolidados con sus propios paradigmas de investigación, como sería la Revolución Militar.

Así pues, en enero de 1955, Michael Roberts (1908-1996) presentó su obra inaugural en Queen's University, en Belfast, Irlanda del Norte, intitulada "The Military Revolution,

---

<sup>16</sup> Antonio Espino López, "La historia militar. Entre la renovación y la tradición", *Manuscripts*, n. 11, enero 1993, pp. 215-242.

1560-1660".<sup>17</sup> Esta Universidad, hay que decir, estaba muy alejada de los centros de producción de la historiografía marxista, encabezada por Eric Hobsbawm y E.P. Thompson, quienes desde el corazón mismo de la producción intelectual de Inglaterra, Cambridge, desarrollaban sus trabajos. Aquello sin duda marcó una gran diferencia con respecto a la producción historiográfica, pues era muy difícil que Roberts hubiese podido entrar al círculo de autores marxistas desde Irlanda, lo cual le ayudaría a generar una visión de la historia completamente distinta a la de sus colaboradores en Londres.

En su ensayo, Roberts resaltó cómo se produjeron cambios importantes en las tácticas y la estructura de los ejércitos holandeses y suecos del Renacimiento, en un periodo de tiempo de aproximadamente cien años; transformaciones que marcaron una ruptura radical con la forma de hacer la guerra en la Edad Media. También explicó la existencia de una relación entre el profesionalismo producido por los cambios tácticos y el surgimiento de una fuerza militar a mayor escala y permanente, lo que se tradujo en transformaciones en la estrategia, la táctica, las dimensiones de la guerra y su impacto en la sociedad de la época.<sup>18</sup> De esta forma, la propuesta original de Roberts contempló, en primer lugar, el cambio radical de la táctica de los ejércitos renacentistas, al sustituir los enormes cuadros de piqueros desarrollados desde la última fase de la Edad Media por agrupaciones mucho más reducidas y uniformes, que luchaban en líneas horizontales debido a que estaban integradas por mosqueteros y arcabuceros; además, este cambio táctico afectó la forma de luchar de la caballería, pues se sustituyó la táctica de *caracol*<sup>19</sup> por las cargas con sable en mano.<sup>20</sup> Según todo esto, necesariamente debieron haberse producido tropas mucho más disciplinadas y entrenadas, las cuales pudieran realizar al pie de la letra las nuevas tácticas propuestas por

---

<sup>17</sup> Michael Roberts, "The Military Revolution, 1560-1660," *Essays in Swedish History*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1967. *Vid.* Clifford Rogers, *op.cit.*

<sup>18</sup> *Cfr.* Jeremy Black, *European Warfare, 1660-1815*, Londres, Taylor & Francis e-Library, 2003, pp. 1-37.

<sup>19</sup> Táctica utilizada por los contingentes de caballería, los cuales se agrupaban en línea con pistola en mano y disparaban al enemigo; tras ello, abandonaban la línea en dirección a retaguardia para recargar, al mismo tiempo que eran sustituidos por otra línea que realizaba el mismo procedimiento. El sentido era mantener un fuego constante sobre el enemigo, tanto como fuera posible.

<sup>20</sup> Geoffrey Parker, "The Military 'Revolution,' 1560-1660--a Mith?, *The Journal of Modern History*, v. 48, n. 2, enero 1976, pp. 195-196.

los altos mandos, lo que inexorablemente condujo al surgimiento de los ejércitos permanentes.

El segundo tema propuesto por Michael Roberts fue la estrategia: gracias a estos soldados bien entrenados y disciplinados, fue posible realizar operaciones mucho más ambiciosas y luchar en varios frentes al mismo tiempo.<sup>21</sup> En tercer lugar, se produjo un gran incremento en la escala de la guerra europea, pues las nuevas estrategias requerían un mayor número de hombres para su ejecución; y finalmente, en cuarto lugar, este aumento de soldados requeridos para los conflictos bélicos aumentó dramáticamente el impacto de la guerra en la sociedad.<sup>22</sup>

El ensayo de Roberts se convirtió en un hito en su época. Fue una manera de entender los cambios que significaron el uso de la pólvora y las armas de fuego en las guerras, lo cual se relacionaba directamente con las nuevas estrategias y tácticas desarrolladas por Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo,<sup>23</sup> pero siempre a partir de la idea de que la pólvora y las armas de fuego, eran el elemento que por sí mismo detonó esta revolución militar.

La propuesta de Michael Roberts demostró ser efectiva para los historiadores de la segunda mitad del siglo XX, quienes estaban influenciados por los enormes adelantos tecnológicos en lo militar y doméstico, producidos tanto en la guerra como en la posguerra. Así pues, sus argumentos permanecieron inmutados durante casi veinte años, hasta que, en 1976 Geoffrey Parker se ocupó de este tema en su artículo "The Military Revolution, 1560-1660---a Mith?",<sup>24</sup> donde criticó la teoría de Michael Roberts mediante el argumento de que muchos de los cambios a los que hacía referencia el autor, en realidad estaban exagerados, como fue el papel predominante de Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo en las transformaciones del arte de la guerra, cuyas mejoras militares podían identificarse ya desde las guerras italianas de finales del siglo XIV, donde se tenía registro de la existencia de

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 196-197.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 197.

<sup>23</sup> Mauricio de Nassau (1567-162), príncipe de Orange y de los Países Bajos, se enfrentó al rey Felipe II de España. Gustavo Adolfo II de Suecia (1594-1632) se enfrentó a los polacos y a los daneses, además participó en la Guerra de los Treinta Años.

<sup>24</sup> Geoffrey Parker, *op.cit.*

ejércitos permanentes, bien organizados, divididos en pequeñas unidades, uniformados y con cierta estandarización en su armamento.<sup>25</sup> Además, Parker puso de manifiesto el que Roberts no explicó las transformaciones de la guerra de sitio y cómo el uso de la pólvora orilló a un cambio en la arquitectura de las fortalezas para hacerle frente a los nuevos cañones diseñados para reducir las murallas; al mismo tiempo, Parker criticó la cronología propuesta por Roberts respecto al inicio de esta revolución, la cual se había considerado que inició desde mediados del siglo XVI, a lo que Parker argumentó que esta fecha era demasiado tardía,<sup>26</sup> y más bien debería entenderse desde principios del siglo XVI.

Sin embargo, el autor no pudo desmentir la tesis central de Roberts pues, de hecho, aún a pesar de los cuestionamientos cronológicos o conceptuales que ésta tenía, lo cierto era que la Revolución Militar podía explicar de mejor manera aquellas transformaciones radicales ocurridas durante el Renacimiento. Así pues, en vez de intentar refutar el tema central que era la “revolución tecnológica”, Parker se dedicó a estudiar con un mayor ahínco esta teoría hasta que, en 1988, publicó su obra monumental: *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*.<sup>27</sup> En ella, el argumento central fue el cuestionamiento de "¿cómo Occidente, al ser una región carente de recursos naturales, pudo compensar esta aparente desventaja con una mayor superioridad en materia militar y naval, lo que finalmente le permitió adueñarse de la tercera parte del mundo hacia 1800?".<sup>28</sup> Por lo tanto, el desarrollo de la Revolución Militar y el uso efectivo de la pólvora adquirieron un significado mayor al ser los detonantes que le permitieron a Europa lanzarse a conquistar el mundo desde el siglo XVI.<sup>29</sup>

Aunque la idea de la Revolución Militar ayudaba a explicar mejor que ninguna otra las transformaciones vertiginosas del Renacimiento, algunos historiadores como Jeremy Black, John A. Lynn, Clifford Rogers y Andrew Ayton volvieron a cuestionar la cronología

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 197.

<sup>26</sup> Clifford Rogers, *op.cit.*, p. 242.

<sup>27</sup> Geoffrey Parker, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988, 216 p., ils., mapas.

<sup>28</sup> *Vid.* Rogers, *op.cit.*, p. 242.

<sup>29</sup> Jeremy Black *op.cit.*, p. 5; Rogers, *op.cit.*, p. 242.

del argumento central.<sup>30</sup> ¿Cuándo podían observarse aquellas transformaciones radicales que daban origen a la Revolución Militar? En respuesta, el historiador norteamericano Clifford Rogers, propuso una nueva cronología para entender de mejor manera el proceso de la Revolución Militar, e incluso, ofreció una nueva interpretación de lo que debería entenderse por revolución.

En su artículo de 1993, "The Military Revolution of the Hundred Years War",<sup>31</sup> Clifford Rogers argumentó que en el periodo de la Guerra de los Cien Años se produjeron desarrollos revolucionarios en la conducta de la guerra europea, cuyas consecuencias fueron significativas para el momento en que Geoffrey Parker situó su propuesta de la Revolución Militar. El primero de éstos fue la transición de la infantería, mientras el segundo fue lo que Rogers llamó Revolución de la Artillería. Ambas transformaron la forma en que se hacía la guerra en Europa, así como en la estructura social y política de la época.<sup>32</sup> Por ello, más que intentar confrontar la idea que Parker desarrolló, lo que en realidad buscó fue apoyarla con el argumento de que, en vez de entender la Revolución Militar como un solo cambio radical en la historia, lo más factible era comprenderla como la suma de un cúmulo de revoluciones que se produjeron a menor escala, en lugar de una única gran revolución.

De esta forma, Rogers comenzó su artículo con la explicación del surgimiento de los primeros ejércitos de infantería efectivos hacia la primera mitad del siglo XIV y la relación medioambiental en que se desarrollaron, pues en las regiones como Inglaterra, Flandes y Suiza, la agricultura necesaria para fomentar el uso de una caballería feudal a la manera francesa, era mucho más precaria.<sup>33</sup> Por lo tanto, era más sencillo para estos Estados convocar ejércitos masivos de soldados de a pie que montados, un factor que sería aprovechado por

---

<sup>30</sup> Respecto a la Revolución Militar en la Edad Media ver. Andrew Ayton, *The Medieval Military Revolution: State, Society and Military Change in Medieval and Early Modern Europe*, Londres, B. Tauris, 1998, 216 p. Él, junto con Rogers, propusieron la viabilidad de argumentar que los orígenes de la Revolución Militar pueden rastrearse hasta la última parte de la Edad Media. John A. Lynn y Jeremy Black optaron por un fechado diferente, pues el primero en, *Giant of the Grand Siècle, the French Army, 1610-1717*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997, XX-651 p., y el segundo en *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550-1800*, Basingstoke, Macmillan, 1991, 109 p., consideraron la fecha a partir del siglo XVII.

<sup>31</sup> Rogers, *op.cit.*

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 244.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 247.

aquellas regiones según sus propias necesidades y capacidades. Así, los ingleses fueron quienes pudieron explotar de forma más efectiva a la infantería, a partir de la combinación de arqueros y lanceros en el campo de batalla, lo que posteriormente les permitiría hacerle frente al enorme poder militar de la caballería francesa.<sup>34</sup> Por consiguiente, desde 1340, se produjo una creciente importancia de la infantería común en el campo de batalla, que se reflejó en la creciente importancia política que estas tropas poco a poco adquirían, especialmente en esas naciones en las que, como Inglaterra y Suiza, se observó una mejor aceptación de la Revolución de la Infantería.<sup>35</sup>

Esta aceptación de una mayor cantidad de soldados de infantería en el campo de batalla significó, según Rogers, una transformación en la brutalidad con que se llevaba a cabo la guerra, un aspecto que se originó mucho antes de lo que Parker había contemplado en su versión de la teoría.<sup>36</sup> Por lo tanto, de la guerra vista casi como un deporte –y bajo un imaginario idílico– donde se buscaba más capturar al rival y cobrar rescate, se pasó a los conflictos que buscaban el exterminio del enemigo como una forma práctica de ganar las guerras, por lo que observaron batallas mucho más sangrientas, como fueron, por ejemplo, Crécy (1346), Poitiers (1356) o las guerras de independencia de Suiza, entre otras.

El siguiente antecedente a la revolución de Parker contemplado por Rogers fue la Revolución de la Pólvora. Aunque este compuesto ya era conocido en Europa desde el siglo XIII, lo cierto era que su capacidad de daño era casi nula, y comparada con el resto de las armas de asedio no significaba ninguna diferencia importante en la forma de hacer la guerra. No fue sino hasta el siglo XV, y aún hasta la segunda mitad de la centuria, cuando estas armas

---

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 251.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 252. Aunque el razonamiento de Rogers era correcto, no mencionó la capacidad militar de las tropas de mercenarios que igualmente comenzaron a tener una mayor importancia en ese periodo de la historia. Podría afirmarse que ellos fueron la causa por la cual la Revolución de la Infantería tardó más en producirse en Francia que en Flandes o Suiza, pues a diferencia de Inglaterra, las regiones francesas sufrieron más que otros países el embate de tropas libres de soldados de fortuna en su territorio. Italia también estuvo bajo el acoso de los *Condottieri*, pero a diferencia de Francia, las ciudades italianas supieron asimilar mejor estos soldados y a finales del siglo XV era posible encontrar ejemplos de guerras libradas entre poblados compuestos únicamente por mercenarios o sus capitanes. *Vid.* Maurcie Keen (ed.), *Medieval Warfare, a History*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, 340 p., ils., mapas. Especialmente el capítulo diez de Michael Mallett, "Mercenarios", pp. 209-229.

<sup>36</sup> *Cfr.* Rogers, *op.cit.*, p. 257.

finalmente fueron capaces de reducir las murallas de las fortalezas y castillos, lo que alteró drásticamente el equilibrio de la guerra de sitio. Esta revolución se produjo gracias a que entre 1400-1430, innovaciones interconectadas ampliaron el poder y eficiencia de la artillería de pólvora. El desarrollo de "duelas en forma de aros" hizo posible el surgimiento de los cañones metálicos como "largos barriles", lo que incrementó la precisión de tiro, su potencia de daño y el rango de alcance de la artillería. El nuevo proceso de fabricación de hierro incrementó las habilidades de los armeros, lo que produjo armas mucho más baratas y de mayor tamaño. En conjunto, explicó Rogers, estos procesos fueron suficientes para revertir la centenaria superioridad defensiva de la guerra de asedio y derribar los muros de los castillos medievales.<sup>37</sup>

La importancia de esta nueva maquinaria de guerra se reflejó en el propio contexto de la política europea: al poder reducir las fortificaciones mucho más rápidamente que en el pasado, la ventaja era para aquellos gobiernos capaces de invertir en el desarrollo de la artillería, además de pagar los materiales y municiones necesarias para hacer la guerra. Así los reinos más poderosos como París, Castilla y León, a finales del siglo XV ya habían usado la artillería para unificar su territorio e incluso expandir sus esferas de influencia.<sup>38</sup>

Ahora bien, tras explicar las pequeñas revoluciones que antecedieron la Revolución Militar, Rogers describió la forma en que según él ésta debería entenderse, la cual hasta entonces se había considerado como un único cambio vertiginoso: la transición de un estado X que se modifica hasta llegar a un estado Y, o viceversa. Sin embargo, según explicó el autor, entre los años 1300-1800, Europa experimentó no una, sino muchas revoluciones militares, que cambiaron radicalmente la naturaleza de la guerra en pequeños lapsos de tiempo. Primero, en el siglo XIV se desarrolló la Revolución de la Infantería, encabezada por los piqueros suizos, alabarderos y los arqueros ingleses, quienes marcaron el fin del dominio de la caballería medieval. En segundo lugar, la Revolución de la Artillería, terminó con el antiguo equilibrio de ataque y defensa en los sitios de las fortalezas, lo que permitió, a grandes rasgos, la unificación de Francia y España bajo sus autoridades centrales.<sup>39</sup> De esta forma,

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 272.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 273.

<sup>39</sup> *Idem*.

era posible vincular estas transformaciones con las propuestas hechas por Parker: en el Renacimiento se recuperó el poder defensivo de las fortificaciones gracias al diseño de la traza italiana, además de que se desarrolló una mayor burocratización de la guerra junto con un aumento en el tamaño de los ejércitos.<sup>40</sup>

Así, en las últimas partes de su ensayo, Rogers se dedicó a explicar cómo debería ser entendida la Revolución Militar, por lo que la mejor forma de comprender estas pequeñas revoluciones era a través de la teoría biológica del Equilibrio Puntuado, la cual fue propuesta en 1971 por Stephen Jay Gould y Niles Eldredge<sup>41</sup> para explicar el modelo evolutivo de la formación de especies, que entendía que la evolución aparece en rápidos y pequeños cambios seguidos por largos periodos estáticos de alteraciones mínimas y muy lentas.<sup>42</sup> Por lo tanto, más que una sola gran revolución, el periodo comprendido entre 1300 y 1800 estuvo plagado de cambios puntuales a menor escala pero que, al mismo tiempo ayudaron a la construcción del modelo militar que Occidente utilizó para expandirse por todo el globo terráqueo.

Ahora bien, la Revolución Militar en todas sus variantes ha sido criticada por su tendencia a reducir todas las variables y resultados militares a un cambio meramente tecnológico, al mismo tiempo que se cuestiona el que haya sido tan eurocentrista y que no tome en cuenta una relación equilibrada entre Europa y Asia, sino más bien de la una sobre la otra.<sup>43</sup> Sin embargo, aquello no significó que la tesis central de la Revolución Militar, la

---

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 276.

<sup>41</sup> Sobre los postulados de la teoría del equilibrio puntuado *vid.* Tim Beardsly, “Punctuated Equilibrium: Darwin Survives as the Debate Evolves,” *Scientific American*, v. 265, Marzo 1990.

<sup>42</sup> *Vid. Ibidem*, p. 277.

<sup>43</sup> Jeremy Black, *European Warfare, 1660-1815*, Londres, Taylor & Francis e-Library, 2003, 276 p., mapas. Especialmente pp. 3-33, donde el autor se ocupó de explicar qué fue la Revolución Militar y cuáles fueron sus principales carencias metodológicas e interpretativas (p.5), a lo que argumentó que si bien la pólvora trajo consigo un cambio significativo en la guerra del siglo XIV, su uso no tuvo una repercusión en la manera de hacer la guerra desde la Edad Media (*idem*). También en Jeremy Black, *Rethinking Military History*, Nueva York, Routledge, Taylor and Francis Group, 2004, XIII-257 p. Aquí propuso una forma diferente de entender y explicar la historia más allá de las interpretaciones tecnológicas a la que siempre se ha visto reducida la Historia Militar: eurocentrismo, reducción tecnológica, conflictos de estado-estado (sin tomar en cuenta otros sistemas políticos), etc., p. IX. El pensamiento militar de Black contrastó claramente con el de Geoffrey Parker quien, en la introducción de *Historia de la Guerra*, Madrid, Ediciones Akal, 2010, pp.7-27, escribió que los factores de la tecnología y la disciplina le permitieron a los europeos sobreponerse a sus enemigos extranjeros. Además, su libro centró su estudio en el valor que tuvo Europa (y en última instancia Norte América) para imponer su forma de hacer la guerra ante sus enemigos. Por otro lado, el historiador John A. Lynn criticó el que

transformación radical en un periodo corto de tiempo, seguido por periodos largos con transformaciones más lentas, sea errónea o inútil, sino más bien, intenta a responder a las preguntas relacionadas con el evolucionismo y la tecnocracia militar.

Hacia los años noventa, era un hecho la funcionalidad del paradigma de la Revolución Militar. Aunado a ello, en el artículo de Rogers también había quedado claro el valor que tenía la Edad Media en esta teoría. De entre todas las batallas, sería Crécy en 1346 la más trascendente y la que daría inicio a la importancia de la infantería sobre la caballería en el campo de batalla, que finalmente se traduciría en la base táctica de los ejércitos renacentistas que adoptaron primero las armas de fuego y luego el uso de bayonetas para sustituir a los arqueros y piqueros.

Por lo tanto, es importante observar la relación que guardó el cambio cronológico de la Revolución Militar, cuya primera fecha comenzaba entre los siglos XVI y XVII, para terminar a partir de 1346 en la batalla de Crécy, con el contexto de los primeros años de la década de 1990. Aunque sería aventurado sobreponer el contexto de la Unión Europea –que apenas comenzaba a construirse como una unión y no sólo como una serie de tratados económicos– con la propuesta de la revolución en la Edad Media, lo cierto era que en aquellas fechas, el futuro de la Comunidad Europea comenzaba a cuestionar específicamente la relación histórica que tenían Inglaterra y Europa, y especialmente, fueron los estudios dedicados a la Guerra de los Cien Años los que de mejor forma podían acercar a la sociedad al estudio de la compleja relación anglo-francesa.

### **II.3. ¿Quién hace la guerra posible? La historia militar de los no combatientes**

El historiador Stephen Morillo en su libro *What is Military History?*,<sup>44</sup> hizo una diferenciación entre la historia militar anterior a 1958 y la que siguió hasta los años ochenta. Antes de aquella fecha, la principal metodología de trabajo de los historiadores –ya

---

no haya habido estudios de la Revolución Militar dedicados al Gran Siglo francés, aunque él propuso un estudio que no tuviera de base los radicales cambios tecnológicos, sino más bien la evolución en el desarrollo de conceptos e instituciones durante el periodo: John A. Lynn, *Giant of the Grand Siècle, the French Army, 1610-1717*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997, XX-651 p.

<sup>44</sup> Stephen Morillo, *What is Military History?*, pp. 1908-1910.

identificados como parte de una línea historiográfica militar constituidos por nexos académicos específicos— era la narración y el entendimiento de la guerra como una forma de glorificar a los Estados y a los comandantes, por lo que daban un fuerte peso al estudio del arte de la guerra y a sus protagonistas más importantes, pero sin relacionarse directamente con los soldados individuales, que indudablemente llevaban a costas la realidad de los conflictos.<sup>45</sup> Sin embargo, en los años sesenta la guerra de Vietnam marcó un referente en la interpretación de la guerra, lo que impulsó a los especialistas a generar nuevos enfoques referidos a estudios de género, de clases y de etnias, lo mismo que interesarse por los no combatientes en la guerra. En palabras de Morillo: “En forma resumida, lo que los historiadores de la guerra y de la sociedad comenzaron a hacer fue redefinir la historia militar lejos de un enfoque exclusivo en el arte de la guerra —lejos, es decir, del simple estudio de las campañas y batallas como ejemplos de principios universales militares—”.<sup>46</sup>

De esta forma, aparecieron estudios dedicados a la organización de la guerra y al impacto de los civiles durante los conflictos bélicos, aunque principalmente en el mundo anglosajón —el autor siempre tuvo en mente a Estados Unidos y en menor medida Gran Bretaña—, pues en Francia la sociología se había comenzado a configurar desde el periodo de entreguerras, por lo que este tipo de historia social ya se había visto, por ejemplo, en el trabajo de Jules Viard sobre la campaña de Crécy, y cómo la marcha de Eduardo III impactó en la sociedad normanda de la época.<sup>47</sup> La diferencia se produjo porque ni en Inglaterra ni en Estados Unidos, la sociología comenzó a influirse notablemente en la historiografía militar en el periodo anterior a la década de los sesenta. Y de entre todas las temáticas de la historia militar, fue la referente a la Edad Media la que obtuvo un gran beneficio de esta nueva perspectiva de la historia, pues era necesaria una reinterpretación de la sociedad de la época que, en un principio, era vista como “gobernada por la aristocracia militar y organizada para

---

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 1908.

<sup>46</sup> “In summary form, what war and society historians began to do was redefine military history away from an exclusive focus on the art of war —away, that is, from just studying campaigns and battles as exemplars of universal military principles”, *ibidem*, p. 1909.

<sup>47</sup> Jules Viard, *La campagne de juliet et la bataille de Crécy*, Paris, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1926, 84 p.

la guerra”, y entonces era necesario buscar una perspectiva que estudiara la organización de la guerra y su relación con el surgimiento de los modernos Estados-nación europeos.<sup>48</sup>

En aquel contexto historiográfico, la campaña de Crécy también adquirió una nueva interpretación de la mano del historiador H.J. Hewitt, quien se dedicó enteramente a los aspectos logísticos, administrativos y de la relación de la guerra –en su mayoría, la Guerra de los Cien Años– con la población civil, a lo que publicó su primer libro, *The Black Prince's Expedition of 1355-1357*, en 1958; diez años después *The Organization of War Under Edward III*, en 1966; y el artículo "The Organization of War",<sup>49</sup> en 1971.

En “The Organization of War” fue posible encontrar los elementos argumentativos para entender los nuevos cambios en la historiografía sobre la marcha de Eduardo III sobre Normandía. Ya desde los primeros párrafos, Hewitt rompió con todas las historias militares que hasta entonces sobreestimaban el estudio del arte de la guerra y sus protagonistas más importantes durante la guerra; más bien, si lo que se buscaba era una historia militar completa, era importante estudiar a los civiles que se encuentran en la periferia de la guerra y la “nación en guerra”, más allá del estudio de los “ejércitos en guerra”.<sup>50</sup> Por lo tanto, su investigación estuvo encaminada no sólo al impacto de la guerra en la sociedad francesa, sino también a cómo se organizaron las expediciones en Inglaterra desde la perspectiva de los no combatientes.

Hewitt explicó algunos de los elementos fundamentales para que los ingleses pudieran realizar sus incursiones a Francia, como por ejemplo, la defensa de las costas inglesas ante el temor que su territorio estuviera a merced del ataque de sus enemigos, tanto franceses como escoceses. Sin la ayuda de la población civil en el resguardo y fortificación de las costas, muy difícilmente se hubiesen producido las campañas reales. Otro aspecto importante fue el propio reclutamiento del ejército, el cual se logró a base de leva por servicios de vasallaje y por medio del sistema de escritura, que básicamente eran contratos

---

<sup>48</sup> Morillo, *op.cit.*, p. 1909.

<sup>49</sup> Hewitt, *The Black Prince's Expedition of 1355-1357*, Manchester, Manchester U.P., 1958, 226 p.; Cfr. Hewitt, *The Organization of War Under Edward III*, Barnsley, Pen & Sword Books, 2005, 208 p.; "The Organization of War", en Kenneth Fowler (ed.) *The Hundred Years War*, Londres, Macmillan, 1971, 240 p.

<sup>50</sup> Hewitt, "Organization of War"..., p. 285.

entre el rey y sus lores.<sup>51</sup> De igual forma se preocupó por la obtención, transportación y distribución de los víveres, así como los medios de transporte (carretas y barcos) y la compra de armamentos. Elementos que le permitirían a los reyes ingleses desplegar una importante fuerza invasora en el continente.

Pero no sólo los preparativos y el reclutamiento adquirieron una nueva perspectiva en la historia militar, sino también la narrativa de la campaña, pues el autor consideró que ésta debería de entenderse en su propio contexto y con sus propios resultados inmediatos. Así, los ejércitos ingleses que marcharon por Francia buscaron infligir el mayor daño sobre el territorio enemigo, lo que se tradujo en la destrucción de la propiedad civil y el robo de todo aquello que podría ayudar al ejército invasor a continuar su marcha. Sin embargo, este procedimiento era tan efectivo como incontrolable, pues incluso las iglesias recibieron el saqueo y la quema por parte de las tropas.<sup>52</sup>

Al mismo tiempo, Hewitt culpó a los historiadores que se han centrado más en las narraciones de las batallas, de ignorar estos aspectos sociales, que en relación con los enfrentamientos bélicos, superan enormemente el espectro de la guerra.<sup>53</sup> De esta forma, autores como Charles Oman en *The Art of War* y A.H. Burne en *The Crécy War*, no prestaron atención a estos factores de devastación en sus análisis, por lo que la campaña de Eduardo III, caracterizada por la violencia contra la población civil, no era entendida y parecía más bien que carecía de objetivos claros. Por lo tanto, para Hewitt, quien mejor pudo ejemplificar la campaña de Eduardo fue Ferdinand Lot, aunque de manera inconsciente al describir la guerra en su contexto: los ejércitos buscaban evitar la batalla a toda costa y sólo se dedicaban a la destrucción del territorio enemigo.<sup>54</sup>

Al problema de la omisión de estos aspectos por los investigadores anteriores a Hewitt, se sumó también el “laconismo” que las fuentes dieron a estos pasajes. Por lo que el autor ofreció documentos en los que estos factores de la guerra pueden ser mejor entendidos,

---

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 288.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 295.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 296.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 297-

como, por ejemplo, el reporte de los *Close Rolls* sobre las incursiones escocesas de 1345, registros de Carcasona y Périgueux en los que se ofrecía un rescate para terminar con la devastación del territorio en 1359, y registros de los saqueos del rey Eduardo en Cambrai hacia 1339.<sup>55</sup>

En conclusión, gracias a esta nueva visión de la guerra en su conjunto con los aspectos sociales, fue posible realizar una nueva perspectiva de las campañas inglesas –y en general de todos los conflictos bélicos– de la primera fase de la Guerra de los Cien Años. En cierto modo, fueron los primeros pasos hacia las historias completas que tratarían de producirse en los años noventa, cuyo objetivo era tratar de abarcar todos –o casi todos– los aspectos históricos. Al mismo tiempo, los historiadores hicieron a un lado las representaciones del arte de la guerra o la glorificación del Estado y los grandes hombres, por las que tenían que ver más con los no combatientes y los espectros que la historia militar tradicional no consideraba, como la logística y el desenvolvimiento del ejército antes y después de la batalla.

Sin embargo aquí surge una pregunta: si esta idea de la representación de la guerra ya había sido considerada por Jules Viard en Francia durante el periodo de entreguerras, ¿por qué es hasta la posguerra cuando Inglaterra consideró estos diálogos con la sociología en relación con el estudio de la batalla de Crécy? Si bien la primera guerra influyó en las historiografías nacionales, ésta impactó de forma diferente en Francia e Inglaterra. En la primera quedó devastada en su territorio y su población civil, lo que finalmente influyó a que surgieran investigaciones encaminadas a los protagonistas civiles de la guerra y después a la formación de la Escuela de *Annales*. Pero en Inglaterra, todas las bajas fueron militares divididas entre la Gran Bretaña y sus colonias, lo que no significó más que una visión pacifista de la guerra, pero aún con los altos mandos como actores principales. El rompimiento definitivo con la historiografía positivista vino con la segunda guerra, pues los bombardeos alemanes fueron mucho más tangibles para la población civil, pero no sería sino hasta los años sesenta cuando la preocupación por los no combatientes se reflejaría en los trabajos de los historiadores, gracias en gran medida al contexto de la guerra de Vietnam.

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 298.

#### **II.4. De la “pieza” de batalla al rostro de la batalla: la *nueva* historia militar**

La historia militar abrazó un camino distinto al que siguió la mayor parte de la historiografía británica desde los años cincuenta. Si bien en sus orígenes la Revolución Militar pudo haber tenido su base en el pensamiento marxista, lo cierto es que los historiadores de la guerra nunca siguieron el modelo de sus colegas que seguían la historia económica. En cambio, optaron por interpretaciones mucho más apegadas a las explicaciones tecnológicas, que tenían –al igual que el marxismo– una relación importante con el propio contexto en que vivía la sociedad británica de la época. Sin embargo, la relación que tenía la Revolución Militar como paradigma de la historia militar con el común de la sociedad interesada en la divulgación del conocimiento, parecía ser muy escasa dada la importante metodología teórica de la que estaba investida la teoría, lo que implicaba una superespecialización de la historia militar enmarcada en el contexto en que la ciencia histórica se encerraba en la creación de conocimiento carente de importancia para la población fuera de la academia.

Ahora bien, la Segunda Guerra Mundial había dejado una enorme crisis económica generalizada en Europa, e incluso en Gran Bretaña –que podía jactarse de no haber sufrido directamente las consecuencias del conflicto como la Europa Central–, se decretó el racionamiento de productos a toda la población, lo que produjo una época llena de carencias y limitaciones para los supervivientes de la guerra.<sup>56</sup> Pero a partir de la segunda mitad de los años cincuenta, esas políticas finalmente fueron descontinuadas y se generó un terreno propicio para un “boom” tecnológico y económico en la sociedad que continuó gradualmente durante los años sesenta y setenta.

Si bien los años setenta fueron un terreno propicio para la aparición de debates académicos centrados en las crisis y puntos de inflexión, lo cierto era que el modelo marxista británico ya se había agotado entre los historiadores de la época, por lo que a finales de esta década, la escritura de la historia buscó nuevos enfoques y diálogos con las demás ciencias sociales, para así encontrar explicaciones que ayudaran a entender mejor el mundo en el que

---

<sup>56</sup>Tony Judt, *op.cit.*, p. 251.

se vivía.<sup>57</sup> De esta forma, aparecieron nuevos enfoques en el panorama de la escritura de la historia en todo el mundo: las historias sociales en Alemania de la escuela de Bielefeld, las culturales en Norte América e Inglaterra y las historias de las mentalidades promovidas por la tercera generación de *Annales* en Francia.<sup>58</sup> Todas ellas compartieron las mismas problemáticas: las explicaciones históricas a partir de modelos económicos ya no bastaban para explicar las nuevas problemáticas –mentalidades sería un claro ejemplo–, por lo que se buscaron acercamientos más estrechos con la sociología, la antropología y la lingüística, lo que inevitablemente dio origen a los nuevos movimientos narrativistas y posmodernos, como el giro lingüístico, el giro cultural y el giro narrativo.

En este sentido, sería difícil hablar de una única escuela que dominara los paradigmas de la Academia británica y que representara enteramente el modelo historiográfico de finales de los años setenta. De esta forma, la historia militar podría ofrecer el ejemplo más claro de esta fragmentación historiográfica, pues en ella sería posible vislumbrar ciertos lugares comunes que llegaron a seguir algunos historiadores militares de la época. Por ejemplo, la nueva historia cultural y el narrativismo se hicieron ver en algunas de las obras de la época, como en el libro de John Keegan *El rostro de la batalla*.<sup>59</sup> La forma en que el autor expuso sus argumentos tuvo una estrecha relación con la literatura y la antropología, pues sus descripciones de batalla, aunque perfectamente sustentadas por una importante cantidad de fuentes y bibliografía, daba la sensación de que se leía más una novela que un estudio académico. Además, su escritura contemplaba factores pasados de largo por las historiografías previas a la Primera Guerra Mundial, como el punto de vista del soldado y su experiencia de guerra –por ejemplo, el miedo, el coraje, la cobardía y el valor, que se buscaban comprender en su propio contexto–, más allá de lo que las historias positivistas podía ofrecer –representaciones abstractas de las estrategias y batallas en planos geográficos casi científicos–, lo que significó una estrecha relación con los discursos antropológicos.

---

<sup>57</sup> Aurell, *op.cit.*, pp. 84-85.

<sup>58</sup> *Idem.*

<sup>59</sup> John Keegan, *El rostro de la batalla*, Madrid, Turner Noema, 2013, 380 p., mapas.

Esta misma interconexión de la historia con las demás ciencias sociales también se observó en el estudio de Robert Hardy (1925- ) *Longbow, a Social and Military History*.<sup>60</sup> Publicado el mismo año que John Keegan sacó a la luz su libro, Hardy presentó una de las obras más completas y reconocidas con respecto a la historia de la arquería en la Inglaterra medieval. Lo sorprendente fue que el autor no era ni militar ni un historiador egresado de la Academia, sino un autor que durante la universidad había estudiado Letras inglesas. Sin embargo, no debe subestimarse la capacidad de este autor como investigador, pues a pesar de su dedicación a las artes escénicas, su interés por la historia, cultivada desde su niñez y preservada durante su estancia en la universidad, le permitió hacerse de las bases necesarias para realizar su estudio. Así pues, su carrera comenzó en Magdalen College de la Universidad de Oxford, donde se dedicó al estudio de la lengua inglesa, al mismo tiempo que convivía con escritores tan importantes como J.R.R. Tolkien y C.S. Lewis, quienes tuvieron una fuerte influencia en el autor para mantener vivo su interés en la historia medieval.<sup>61</sup> Al mismo tiempo, gracias a su fascinación por el arco largo (cuando era niño descubrió dos arcos del siglo XVIII en el ático de su familia) y por su actuación como el rey Enrique V en la adaptación para la *British Broadcasting Corporation* (BBC) de 1960, sobre las obras de William Shakespeare: *An Age of Kings*, el cariño por la Edad Media terminaría por empujarlo al estudio de la historia militar en el periodo.

Para el desarrollo de su obra contó con la importante ayuda de varios especialistas en la Edad Media, la tecnología y la guerra, quienes lo apoyaron en la investigación e interpretación de los resultados de su estudio, como Gregers Ahlefeldt-Laurvig-Bille respecto a la historia del arco largo.<sup>62</sup> También contó con la ayuda de John Waller, uno de los fundadores de *The Medieval Society* en Inglaterra, inaugurada en 1963, la cual se dedicaba a hacer presentaciones y recreaciones medievales;<sup>63</sup> también lo respaldaron

---

<sup>60</sup> Robert Hardy, *Longbow, a Social and Military History*, 4a ed., Sparkford, Haynes Publishing, 2010, 244 p., ils.

<sup>61</sup> Aunado a estos dos autores, el hombre que parece haber sido quien lo influyera directamente fue su profesor de historia de la universidad, Bruce McFarlane. <http://oxfordstudent.com/2011/05/19/a-word-whisky-with-robert-hardy/> (consultado 16/04/2015).

<sup>62</sup> [http://www.denstoredanske.dk/Dansk\\_Biografisk\\_Leksikon/Landbrug\\_skovbrug\\_og\\_gartneri/Godsejer/Gregers\\_Ahlefeldt-Laurvig-Bille](http://www.denstoredanske.dk/Dansk_Biografisk_Leksikon/Landbrug_skovbrug_og_gartneri/Godsejer/Gregers_Ahlefeldt-Laurvig-Bille) (consultado 21/04/2015), la traducción del danés fue por el traductor Google.

<sup>63</sup> <http://www.archers-review.com/magazine-articles/april-2010-medieval-society-roving-marks> (consultado 21/04/2015).

profesores del *Imperial Collage* y de la *Royal Armaments Research and Development Establishment*. Especialmente, la ayuda más valiosa la recibió de anticuarios, antropólogos y curadores de diferentes instituciones, como del *National Army Museum* y la Armería de la Torre de Londres, el *British Museum*, la Biblioteca Nacional de París, entre otras instituciones y especialistas.<sup>64</sup>

Ahora bien, además de la obra específica a analizar en este estudio, es menester mencionar la colaboración de Hardy con Matthew Strickland en el libro *The Great Warbow: from Hastings to Mary Rose* en 2010,<sup>65</sup> la cual podría entenderse como una versión actualizada de su primer libro de los años setenta, apoyado con nuevas fuentes e interpretaciones. En este sentido, *Longbow: a Social and Military History* apareció como una obra "maravillosa", narrada en un lenguaje accesible a todo público, pero sin ser carente del grado de científicidad necesario para trascender a los ojos de los historiadores. Gracias a ello, su estudio pudo ser aprovechado tanto por un público amateur ávido de una historia asequible a sus intereses particulares, como por la comunidad de historiadores profesionales que pudieron encontrar en su libro paradigmas que ayudaran a construir nuevos debates e interpretaciones. Un aspecto que sin duda tuvo mucho que ver con el propio contexto en que se escribió la obra, pues fue el momento en que la población comenzó a interesarse mucho más por la historia, lo que impulsó a los académicos a generar contenido mucho más difusivo y divulgativo, el cual se alejaba del lenguaje en extremo científico de los estructuralistas, cuantitavistas y analíticos, cuyos resultados sólo se publicaban en las revistas especializadas y sólo los pertenecientes al gremio leían.<sup>66</sup>

Ahora bien, para comenzar a analizar el libro de Hardy, valdría la pena hacerlo a partir del nombre con que se dio a conocer: *Longbow: a Social and Military History*. En primer lugar, se daba a entender que sería una descripción del arco largo en la historia de Inglaterra a partir de dos perspectivas entrelazadas: primero el aspecto social como eje rector de la narración, esto es, buscó explicar quiénes manejaron el arco largo, cómo era utilizado por

---

<sup>64</sup> Hardy, *op.cit.*, p. 7. En sus agradecimientos hay una enorme lista de aquellos que le brindaron ayuda.

<sup>65</sup> Robert Hardy & Matthew Strickland, *The Great Warbow: from Hastings to Mary Rose*, Sparkford, Inglaterra, Haynes Publishing, 2011, 560 p.

<sup>66</sup> Aurell, *op.cit.*, pp. 142-143. También fue el momento en que comenzaron a publicarse revistas de difusión de la historia como *History Today* en Inglaterra o *L'Histoire* en Francia.

ellos y cuál fue su significado al momento de ser utilizado; el segundo aspecto sería el militar, puesto que es a partir de los contextos históricos de las diversas guerras inglesas en que se pudo explicarse el desarrollo y significado de esta arma. Por lo tanto, el estudio social y militar de Robert Hardy se observó inmerso en un contexto historiográfico donde el marxismo británico y las historias sociales e interdisciplinarias de la Escuela de *Annales* francesa se elevaban como polos opuestos de la producción histórica. Entonces ¿a cuál de las dos formas de hacer historia estuvo más asociado el autor? La respuesta sería que no completamente a una sola, pero tampoco que rechazaba postulados de las demás historiografías: por un lado, aunque el marxismo inglés de los años en que escribió Hardy se había inclinado a una perspectiva más cultural, lo cierto es que en la obra del autor los aspectos económicos fueron intrascendentes y ni siquiera se ocupó de mencionar algún elemento de este tipo; por otro lado, su estudio tampoco podría ser catalogado como perteneciente a *Annales*, pues no hubo relación metodológica o epistemológica con los autores franceses,<sup>67</sup> por lo que su influencia quedó, así, descartada. Es probable que el estudio de Hardy estuviera más relacionado con la obra de John Keegan *El rostro de la batalla*, en el sentido de que es una historia social en que los protagonistas ya no son los grandes hombres de la historia positivista, sino un escalafón diferente (la tropa regular) quienes serían los actores importantes de la historia. Además, el lenguaje narrativo que ambos utilizaron – mucho más marcado en Keegan que en Hardy – significó también una ruptura con los antiguos modelos de posguerra. Por lo tanto, el trabajo de Hardy se construyó a partir de un universo reducido de la historia social inglesa y los nuevos posmodernismos, los cuales se veían opacados por el trabajo de los historiadores marxistas británicos, pero no por ello inexistentes.

El libro fue dividido en once capítulos, los cuales tocaron los temas desde los orígenes de la arqueología desarrollada por los seres humanos, seguido por el desarrollo del arco largo en Gran Bretaña. En aquel apartado, el autor entró en un debate histórico tan antiguo, como en

---

<sup>67</sup> La bibliografía que utilizó el autor es en su mayoría inglesa en una relación de un 90%. Esto permite argumentar la poca relación del autor con *Annales*. Además, en sus agradecimientos apenas y menciona la Biblioteca Nacional de París. Dado que sus objetivos son crear una historia británica para británicos, entonces resulta lógico ignorar los trabajos franceses, los cuales, desde Jules Viard en el periodo entreguerras, no produjeron grandes obras de historia militar.

tiempos de Charles Oman aún se podía apreciar: ¿Guillermo el Conquistador trajo consigo arqueros de tiro largo en su ejército durante la invasión normanda? A lo que se limitó a explicar la utilización de arcos pequeños y genéricos, de los más más comunes en toda Europa.<sup>68</sup> El siguiente capítulo estuvo dedicado al estudio de cómo Eduardo I había adoptado el arco largo en sus campañas de Gales y cómo la táctica se había desarrollado en Escocia, para después finalizarlo en el prelude a la invasión de Francia de Eduardo III. Así, en el capítulo cuatro, "The archer at sea, in a river, and on the downs at Crécy-en-Ponthieu", se describieron los inicios de la Guerra de los Cien Años y las primeras victorias inglesas frente a sus enemigos continentales. Finalmente, en el resto de su libro, analizó la participación del arco en Agincourt y durante la época de Juana de Arco, seguido de capítulos dedicados a los juegos que se hacían con arcos, la construcción de los mismos y algunas "consideraciones técnicas" sobre el arma.

De esta forma, el capítulo cuatro comenzó con una frase tajante: "El reclamo de Eduardo III al trono de Francia no es el tema de este libro".<sup>69</sup> Por lo que, desde un principio, todos los aspectos políticos sobre las relaciones diplomáticas entre ambos reinos quedaron descartados, lo que dio pie a una narración enfocada en los protagonistas de la batalla: los arqueros. Pero el estudio de Hardy no fue una repetición de las teorías de sus antepasados de finales del siglo XIX, quienes buscaron discernir el significado de *herse* y la formación más probable que debieron haber ocupado los arqueros. El objetivo del autor fue analizar cómo los protagonistas se desarrollaron durante los conflictos y cómo su importancia en las guerras y en la sociedad aumentó conforme eran más utilizados por los reyes ingleses. Así mismo, esto le permitiría responder a las preguntas ¿quiénes fueron estos hombres que se suponía eran los protagonistas las escaramuzas pero nunca llegaron a ser analizados con profundidad? ¿Cuál era la lógica del "rostro de la batalla" de estos personajes? Si se quería dar una respuesta a estos cuestionamientos, era necesario hacer a un lado las representaciones de la historia positivista y repensar el método de trabajo.

---

<sup>68</sup> Hardy, *op.cit.*, pp. 31-35. En el anexo III se adjuntó una imagen que representa los diferentes modelos de arcos entre las diferentes culturas.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 57.

Ahora bien, aunque su narración histórica estuvo volcada en los aspectos sociales de la arquería, Hardy no dejó de relatar los acontecimientos militares de la Guerra de los Cien Años, por lo que la siguiente preocupación del autor fue la de describir los movimientos militares realizados por ambos contendientes: en 1336 Felipe VI movilizó una armada hacia los puertos normandos, justo en el momento en que Eduardo III había terminado exitosamente su campaña contra Escocia, a lo que el rey inglés respondió desconociendo a Felipe como monarca de Francia al mismo tiempo que atacaba el puerto de Cadsand. Para esta primera fase de su ofensiva, Eduardo contó con la ayuda del conde de Derby y Walter Meny, ambos veteranos de las guerras contra los escoceses.<sup>70</sup> Tras la victoria, en 1340 Eduardo III se coronó a sí mismo legítimo rey de Francia, por lo que fusionó en su propia bandera los lirios franceses y los leopardos ingleses. Además, ese mismo año tuvo lugar la batalla de Sluys, la primera batalla naval de toda la guerra y aquella donde los arqueros, al igual que en Cadsad, demostrarían su efectividad en contra de las tácticas militares francesas, que insistieron en tratar de repetir la forma de guerrear que se hacía en la tierra al disponer los barcos de manera en que permitieran una batalla cuerpo a cuerpo, pero sin considerar por un instante que Eduardo III no tendría ninguna intención de enfrentar a Felipe en igualdad de condiciones. Por lo tanto, el uso de arqueros fue indispensable para que el ejército inglés alcanzara una importante victoria sobre sus enemigos.

Posteriormente, el autor hizo referencia a la batalla de Morlaix, en la que los arqueros, al igual que en todas las campañas de Eduardo, tuvieron un papel determinante en la victoria inglesa. Esta vez, en la obra de Robert Hardy, Morlaix apareció como una batalla digna de ser recordada gracias a la participación de los arqueros, mucho más que por cualquier dilema estratégico que haya significado, a diferencia de cómo se observó en la historiografía decimonónica y de principio de siglo, donde fue totalmente ignorada por la mayoría de los historiadores y apenas un investigador trató de darle cierto papel relevante en la historia de la arquería inglesa.<sup>71</sup> Así pues, la batalla de Morlaix adquirió un significado en torno a los arqueros: "Sin los arqueros los ingleses no hubiesen tenido ninguna oportunidad. Si los arqueros hubieran llevado más de 36 flechas cada uno, como se afirmó en el caso de Morlaix,

---

<sup>70</sup> *Idem.*

<sup>71</sup> *Vid. Supra*, pp. 77-80.

a la tercera línea francesa le hubiese ido igual que a sus dos predecesoras. La munición era un problema que debía resolverse".<sup>72</sup> Por lo tanto, Morlaix ya no era relevante por su escaso valor estratégico, sino por la participación de los arqueros y las enseñanzas que el enfrentamiento dejó a los comandantes ingleses, lo que convertiría a la batalla en un antecedente importante de lo ocurrido en Crécy.

Ahora bien, la construcción de la batalla de Crécy comenzó con la narración de la reuñón del ejército inglés de Portsmouth el 5 de julio, con la idea de desembarcar en Gascuña, sin imaginar que en realidad pisarían tierra en Normandía para después marchar hacia París.<sup>73</sup> Pero el mal clima hizo que la expedición se retrasara, y no fue sino hasta el 11 de julio que pudieron izar velas en dirección a territorio francés. Este punto es menester tomar en cuenta, pues el desembarco de Eduardo en Francia fue entendido por la historiografía desde el siglo XIX como si la acción hubiese sido improvisada en el último minuto. Primero en Hereford George: "La cosa más obvia para Eduardo fue lanzarse con su gran expedición para defender sus propias provincias, desde que Flandes dejó de ser un campo prometedor. En lugar de eso, decidió repentinamente invadir Normandía".<sup>74</sup>

Y después en Charles Oman en los siguientes términos: "Pero, para la sorpresa de su ejército, el rey, cuando vio muy lejos señales de tierra, envió órdenes a su escuadrón de dirigirse a Cape La Hougue..."<sup>75</sup> Mientras que para Edouard Perroy, el desembarco se debió a los consejos de Harcourt, por lo que se entendió que Normandía no fue un objetivo planeado con anticipación.<sup>76</sup> En última instancia, para todos los autores el denominador común fue que el desembarco en Normandía no estuvo planeado, sino que parecía más bien una decisión de último minuto; idea que se alimentó con la creencia de que Eduardo no era un estratega, por

---

<sup>72</sup> "Without archers the English would not have stood a chance. If the archers had carried more than the 36 arrows a man which they are said to have had at Morlaix, the French third line would have fared the same as its two predecessors. Ammunition was a problem that had to be solved", *ibidem*, p. 59.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>74</sup> "The obvious thing for Edward to do with the large expedition he was fitting out was to defend his own provinces, since Flanders now offered a very unpromising field. Instead of this he decided suddenly to invade Normandy", Hereford George, *Battles of English History*, Londres, Methuen & Co., 1895, p. 56.

<sup>75</sup> "But, much to the surprise of the army, the king, when well out of sight of land, sent orders round the squadron to steer for Cape La Hogue", C.W.C. Oman, *A History of the Art of War*, v. II, Londres, Methuen & Co., 1898, p. 600.

<sup>76</sup> Edouard Perroy, *La Guerra de los Cien Años*, Madrid, Akal, 1982, p. 90.

lo que ya desde el inicio se observó su incapacidad para generar objetivos claros en la campaña.

Hardy continuó su narración con la explicación que tras un día de navegar sin conocer el destino, la flota llegó el 12 de julio a St, Vaast la Hogue. Sin embargo, el tamaño del ejército era tan grande, que no pudo desembarcar completamente sino hasta seis días después de su llegada:

Desde los primeros hombres en tierra, tomó hasta el 18 de julio completar la descarga de todas las tropas y ese día se pusieron en marchar en una gran columna de caballos, infantería, carros y animales de carga, manteniéndose al sureste, y en paralelo a la costa, hasta que llegaron a St. Lo, mientras que la flota se mantuvo a ritmo lento con ellos una o dos millas de la costa.<sup>77</sup>

De esta forma, la narración de Hardy buscó describir los datos relativos a la intendencia del ejército y la importancia que ésta tenía en el desarrollo de la campaña, pues sin ella las tropas no podrían funcionar con eficacia. Por ello, la descripción de la guerra adquirió en una perspectiva más encaminada hacia la sociología y la antropología, la cual se contrapuso con la visión positiva decimonónica en la que la guerra se entendía como si únicamente fueran movimientos y estrategias abstractas, donde las tropas no son nada más que simples piezas en un tablero de ajedrez:

Mientras el ejército marchaba, saquearon todos los almacenes y comida que necesitaban y quemando el resto, así como villas y, en el caso de Caen, generaron disturbios entre todos los pueblos por los que pasaban. Las órdenes de Eduardo durante la marcha eran de prohibir el pillaje, pero en la primera parte de la campaña al menos, sus órdenes fueron sin duda desobedecidas.<sup>78</sup>

La cita anterior mostró la imagen del impacto que tuvo la guerra en Francia, la cual fue terrible para la sociedad normanda de la época. Además, se explicaron las acciones de rapiña inglesas como una característica de la guerra que era inherente en la naturaleza de los

---

<sup>77</sup> "From the first men ashore, it took until July 18 to complete the unloading of the whole war host, and on that day they started to march in a great column of horses, infantry, wagons and pack animals, keeping south-east, and parallel to the coast, until they reached St Lo, while the fleet kept slow pace with them a mile or two offshore", *ibidem*, p. 62.

<sup>78</sup> "While the army marched they seized all stores and food that they needed and burned the rest, as well as whole villages, and, as in the case of Caen, ran riot in some of the towns they took or passed through. Edward's orders for the march forbade pillage but, on this early part of the campaign at least, his orders were by no means always obeyed", *idem*.

conflictos bélicos, por lo que el pillaje que acompañó a la marcha de Eduardo podía interpretarse como algo "común" de los ejércitos medievales, tal como lo explicó el mismo autor:

La masa del ejército fue reclutada con el botín en sus mentes, y ellos estaban en estado de ánimo agresivo, después de retrasos y mareos y sed de acción. En cualquier caso, un ejército medieval esperaría hacer tanto daño en el país enemigo como pudiera, y la historia de la Guerra de los Cien Años está llena de destrucción y estragos mucho peores que los edictos de los comandantes podrían llegar a esperar.<sup>79</sup>

Por lo tanto, al entender el contexto en que se desarrolló la campaña de Eduardo, fue posible sustituir la cualidad moral que dos guerras mundiales le dieron a los conflictos bélicos y entender que en la Edad Media el daño que sufría la sociedad era un aspecto estratégico común durante los hechos de armas. Tal como se demostró en la Segunda Guerra Mundial, cuando los centros de población civil se convirtieron en un blanco central para el desenlace de la guerra, pues “el bombardeo estratégico no tardaría en provocar sublevaciones masivas, desplome de la autoridad civil y revoluciones”,<sup>80</sup> que le darían al ejército invasor una victoria rápida y contundente. Así, este aspecto del impacto de la guerra en las comunidades no beligerantes estuvo presente en el autor, por lo que no dudó en relacionarlo con la campaña de Eduardo.

Ahora bien, la exposición de la campaña de Normandía fue desarrollada de manera narrativa, construida por el autor desde una forma clásica de sucesiones de hechos y de movimientos de las tropas, pero sin la intención de generar un juicio respecto a lo que debieron de haber hecho los contrincantes o sin intentar debatir lo que Charles Oman había calificado como "una aventura peligrosa". De hecho, no dio ningún adjetivo sobre la marcha inglesa. No explicó si fue una campaña, una aventura o una cabalgada. Se entendió que el principal objetivo era París, pero después no quedó claro por qué Eduardo continuó su marcha hasta Crécy y por qué desplegó a sus hombres ahí.

---

<sup>79</sup> "The mass of the army was recruited with plunder in their minds, and they were in aggressive mood, after delays and seasickness, and thirsting for action. In any case, a medieval army would expect to do as much damage in enemy country as it could, and the tale of the Hundred Years' War is full of destruction and ravage far worse than the edicts of commanders might lead one to expect was their intention", *ibidem*, pp. 62-63.

<sup>80</sup> William A. Murray, "El mundo en conflicto", en *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010, p. 319.

La respuesta podría estar encaminada a que los objetivos de Hardy no son los de hacer una historia militar a la manera en que Oman o Hereford diseñaron sus investigaciones, en las que los acontecimientos se narraban en función de las acciones de reyes y comandantes principales. Al contrario, los arqueros como protagonistas del rostro de la batalla, fueron los personajes principales de su estudio, lo que implicó la omisión de los análisis estratégicos y tácticos del ejército que la narración positivista buscaba enfatizar, sustituyéndola por una historiografía mucho más apegada a la que hacían los narrativistas de los años setenta.

De esta forma, hasta el momento en que el ejército de Eduardo III buscaba un lugar por donde cruzar el Somme, toda la exposición de los movimientos ingleses estuvo descrita en forma y apoyado en datos presentados por estudios anteriores. Pero en Hardy apareció el nombre de un paisano francés llamado Gobin Agache:

Él [Eduardo] sabía o creía que era posible cruzar cerca del nacimiento del estuario del Somme, pero nadie en su ejército sabía exactamente dónde. A todos los prisioneros capturados por su ejército, él ofreció una gran recompensa y libertad al cautivo y dos de sus amigos. Un hombre levantó su mano y tomó la oferta, un nativo de Mons-en-Vimeux, Gobin Agache, un nombre sinónimo de traidor en la historia de Francia.<sup>81</sup>

Así, la intención del autor por construir una historia social permitió que apareciera en la historiografía anglosajona la figura del "traidor de la historia de Francia", a partir del ofrecimiento de recompensa y libertad que le dio Eduardo III a los prisioneros; aunque, finalmente, el autor no quiso ir más lejos y únicamente se limitó a representar el papel de Gobin desde el punto de vista anecdótico. De cualquier forma, quedó registrada la participación de este francés en la historia de la campaña desde la perspectiva anglosajona.

A continuación, el autor se ocupó de explicar con sumo detalle la acción defensiva de los arqueros en Blanchetaque, quienes se desplegaron para hacerle frente a la avanzada francesa que intentaba acorralar al ejército inglés en contra del río, pero gracias a la eficaz

---

<sup>81</sup> "He [Edward] knew or guessed there were possible fords near the beginning of the Somme estuary, but no one in his army knew exactly where. For any prisoner who would guide the army, he offered a large reward and freedom for the captive and two of his two friends. One man put out his hand and took the fee, a native of Mons-en-Vimeux, Gobin Agache, a name synonymous with traitor in French history", *ibidem*, p. 64.

acción de los arqueros, pudieron cruzar justo antes de que el estrecho quedara inundado y se perdieran las esperanzas para el regente inglés.

Otra novedad que se mostró en la obra de Hardy fue la descripción de las "dos armas secretas" que llevaba consigo Eduardo III:

Eduardo tenía dos armas secretas. Una fue el curioso tubo de pólvora para lanzar bolas de hierro. Su presencia ha sido discutida, pero la evidencia en favor de su uso el 26 Agosto es fuerte, y ahora generalmente aceptada. Su otra arma secreta fue, ciertamente, ya adivinada, pero nadie en el continente tenía una noción positivista del enorme poder de sus arqueros masivos, altamente entrenados y organizados.<sup>82</sup>

De esta forma, el autor subrayó la importancia estratégica de la artillería y los ejércitos entrenados, aspectos que comenzaron a desarrollarse a partir de la Guerra de los Cien Años, pero que no serían efectivos sino hasta el siglo XVI. Además, la artillería con que contaba Eduardo en Crécy era poco efectiva y su utilidad era más bien simbólica, como una forma de demostrar ante su enemigo que él también estaba al tanto de los desarrollos en armamentos potenciales y como prueba de su capacidad militar. Sin embargo, Hardy reconoció que era en el ejército disciplinado y entrenado que llevó el rey inglés a Francia donde se encontraba su mayor ventaja.

Ahora bien, el autor procedió con la descripción de la batalla de Crécy, la cual comenzó con la explicación de la geografía del campo de batalla: Crécy se encontraba rodeada a la derecha por villas pequeñas, Marcheville, Fontaine Éstées y Wadicourt y dos accidentes geográficos, el río Maye y el bosque de Crécy, que en aquella época estaba más cercanos a la villa Wadicourt y a las granjas de Crécy, donde se supone, el ejército inglés colocó sus carretas para formar un cuadrado hueco al frente del bosque, a donde las tropas podían regresar por suministros o retroceder en caso de necesidad.<sup>83</sup>

---

<sup>82</sup> "Edward had two secret weapons. One was the curious gunpowder tube to fire iron balls. Their presence has been disputed, but the evidence in favour of their being in use on August 26 is strong, and now generally accepted. His other secret was, it is true, already guessed at, but no one on the Continent had yet a positive notion of the enormous power of his massed, highly trained and highly organised longbowmen", *ibidem*, p. 65.

<sup>83</sup> *Idem*.

Respecto al número tropas inglesas que participaron en Crécy, Robert Hardy se refirió a la dificultad para ofrecer una estimación del número exacto de participantes, aunque con la ayuda del cálculo de hombres que se embarcaron en Portsmouth y restando los que posiblemente murieron durante la campaña, el autor creyó que la mejor cifra sería de un total de entre 12.000 y 13.000 hombres. Bajo esta estimación, calculó la distribución de las batallas, por lo que la del príncipe de Gales sería la más grande de las tres y estaría colocada a la derecha, justo en frente del lugar que después sería conocido como Vallée de Clercs. Al mismo tiempo, la batalla de los condes de Arundel y Northampton estaría del lado de Wadicourt. Finalmente, el contingente del rey fue colocado en la retaguardia del ejército, en la parte más alta del valle, justo donde se asomaba un granero que permitiría tener una visión panorámica del conflicto, por lo que sería utilizado como su punto de observación.<sup>84</sup>

Desde una perspectiva general, sus argumentos no eran diferentes de lo que los viejos historiadores escribieron respecto a la posición de las batallas y su distribución en el campo de batalla. Aunque a diferencia de ellos, Hardy explicó por qué ningún autor se preocupó por escribir sobre las divisiones de hombres de armas, pues siempre ha sido más sencillo describir la formación de los hombres de armas que la de los arqueros, pues aquellos estaban desplegados en formaciones de filas sucesivas tan grandes como el campo de batalla lo permitió.<sup>85</sup> De esta forma, la problemática siempre ha versado en torno a cómo fueron desplegados los arqueros en el campo de batalla, por lo que el autor expuso su propia definición de *herse*:

"Herse" significa *grada*, y la grada medieval estaba usualmente en forma de un triángulo embotado, cortado en la parte delantera y extendido en la parte trasera. Hemos visto la formación antes, formada por las alas de los arqueros en dos batallas que se unen para formar el triángulo.<sup>86</sup>

---

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>85</sup> El autor se valió de la geografía para construir muchos de sus argumentos, como por ejemplo, la explicación del campo de batalla y su relación con el problema de la formación de arqueros. Seguramente en relación con la influencia de la Escuela de *Annales* que pudo haber adquirido durante sus visitas a los archivos franceses.

<sup>86</sup> "'Herse' means a *harrow* –las cursivas son mías–, and the medieval harrow was usually in the shape of a blunted triangle, the cut off apex being to the front, widening to the back. We have seen the formation before, made up of the archer wings of two battles coming together to form the triangle", *idem*.

Esta explicación guardó muchas similitudes con la diseñada por George y Oman a finales del siglo XIX. De hecho, la única diferencia entre ésta y la visión anterior podría ser el que interprete *herse* como sinónimo de “grada”. Pero para el momento en que escribió Hardy, la formación de arqueros ya estaba resuelta, o al menos, ya no era un problema historiográfico el cual seguir. Por lo tanto, ya no se volverían a encontrar debates intensos como los que se produjeron a principios del siglo XX por ofrecer pruebas de la veracidad de una postura, sino que ahora, simplemente se remitiría a una idea imaginada y seguida por los historiadores.

De vuelta al texto de Robert Hardy, la manera en que fue construida su obra y los objetivos que buscó representar el autor, le permitieron profundizar aún más en formación de los arqueros. De esta forma, Hardy se preguntó: "¿cuántas filas de hombres debieron haber existido, disparando entre ellos al frente, o sobre sus cabezas?",<sup>87</sup> a lo que el autor respondió: si los arqueros necesitaban ver sus objetivos, entonces las filas debieron ser escalonadas, como las crónicas describieron la formación en Agincourt, que parecía como si fuera una corona, lo que les permitiría a los hombres tener un objetivo claro, al mismo tiempo que podían ajustar la dirección si su objetivo cambiaba de posición.<sup>88</sup> Además, el autor explicó que hay quienes sugieren que la primera línea de arqueros estaba de rodillas, como lo hacían los fusileros, pero no mencionó quién lo dijo o dónde es posible consultar esa información.<sup>89</sup> Por esto último, una crítica a la obra de Hardy sería la omisión de sus fuentes en el cuerpo del texto, pues rara vez nombró a algún autor. Sin afán de desprestigiar su obra, le hizo falta un aparato crítico para que su libro no perdiera ese carácter científico que tanto ha preocupado a los historiadores. Pero la ausencia de tal podría comprenderse precisamente al recordar que no fue un historiador el que escribió el libro, sino un actor, que se rodeó de especialistas en el tema, y con el suficiente talento para plasmar su admiración por la Edad Media en una obra monumental que es capaz de competir con cualquier obra especializada. Por otro lado, debe tomarse en cuenta el público que tuvo en mente el autor, que en ningún momento eran los historiadores, sino la propia sociedad británica para que pudiera identificarse con su

---

<sup>87</sup> "But how many ranks could there be of men, shooting between those in front, or over their heads?", *idem*.

<sup>88</sup> *Ibidem*, pp. 67-68.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 68.

propia historia. Por lo tanto, un aparato crítico hubiese sobrado en un trabajo diseñado para la divulgación.

La bibliografía que trabajó Hardy estuvo muy nutrida de fuentes secundarias tanto en libros especializados como generales sobre los temas que abarcó en su estudio. Además, también consultó varios artículos de revistas, tanto científicas –como la *English Historical Review*– como de difusión de la historia. En cuanto a la bibliografía primaria, y exclusivamente la referida a la batalla de Crécy, utilizó la *Crónica* de Froissart, la de Jean le Bel y la *Nuova Chronica* de Giovanni Villani; las cuales, aunque importantes y utilizadas por todo historiador que estudió el periodo, no suministrarían toda la información necesaria para desarrollar sus propias interpretaciones.

Como ya se dijo, Robert Hardy pudo desarrollar su obra gracias a los consejos, anotaciones y aportaciones que los especialistas hicieron sobre su libro. Por ejemplo, aquellos que pertenecieron a la *Medieval Society*, quienes se dedicaron a hacer recreaciones sobre la vida medieval, es decir, dedicados a la divulgación de la historia –lo cual no les quita que hayan sido historiadores ni académicos–; así como miembros de los museos de la Torre de Londres y el Museo Británico, que igualmente, tendrían esa perspectiva de la historia como algo que debe ser accesible a todo público. Por lo tanto, esa influencia promovida por la intencionalidad del autor para que su obra fuera entendida por cualquier persona, combinada con la ayuda de académicos de Oxford y de otras instituciones –estos sí dedicados a la historia como ciencia–, sería la razón por la que su obra pudo trascender en el tiempo.

Ahora bien, Hardy continuó con la narración del panorama de la batalla y se dedicó a explicar la capacidad militar de los arqueros durante el conflicto en Crécy. Así, por ejemplo, el autor creyó que tenían la capacidad de regresar a retaguardia por munición cuando se les terminara, por lo que eran sustituidos por el hombre que estuviera detrás de él; además, podían cambiar el tipo de punta de flecha según la estrategia que se necesitara: si querían hostigar al enemigo utilizaban puntas de cabezas ligeras, mientras que para penetrar las armaduras de los caballeros, éstas eran cambiadas por puntas más pesadas con mayor poder de penetración. Por otra parte, en un intento de profundizar aún más en la destreza de los arqueros, el autor realizó un cálculo de cuántas flechas debieron haberse disparado en el fragor del conflicto: si se tenía en cuenta que cada hombre podría portar aproximadamente

100 flechas, entonces era probable que se hayan lanzado medio millón de dardos en la batalla de Crécy, más otras 100.000 disponibles en retaguardia.<sup>90</sup>

Tras este análisis de la capacidad militar de los arqueros, fue posible observar una notable diferencia con los estudios anteriores sobre la batalla, debido al grado de profundidad con que se abordó la intendencia y la lógica de interna de un conflicto desde la perspectiva del soldado de campo que se encuentra realizando las acciones, en contraposición con la óptica de los comandantes y los planos de Estado Mayor en los que las ofensivas se observaban como simples movimientos inanimados. Así pues, este modelo intelectual no dejó de tener una gran similitud con la obra de John Keegan, *El rostro de la batalla*, que había sido publicada hacia un par de años atrás, y que manejaba el mismo discurso de explicar la experiencia de las tropas en el fulgor del conflicto. Sin embargo, en su bibliografía este autor no fue mencionado y no hay forma concreta de afirmar si lo leyó o no. Pero el propio tema de investigación y manera en que éste se abordó, refirió a una manera de entender y explicar la historia muy relacionada con los nuevos paradigmas del posmodernismo, los cuales, buscaron abordar nuevas fronteras a las cuales el viejo modelo del materialismo británico no podía acceder. Lo que impulsó el desarrollo de este tipo de narrativa con un factor mucho más social y su relación de volver a una narrativa mucho más literaria.

De esta forma, Robert Hardy construyó la batalla desde el polo opuesto con que la construía el positivismo, esto es, que fuera el arquero ante la batalla el protagonista y no la táctica de arquería en la estrategia de Eduardo III. Por lo tanto, eso explicaría por qué el autor se detuvo en la narración de un evento casi anecdótico: la visita del rey inglés a cada una de las secciones de su ejército, mientras la bandera de Inglaterra unida con la de Francia, marchaban tras de él.<sup>91</sup> También, mencionó cómo el ejército inglés, al no ver rastro de enemigo, se dedicó a comer y beber hasta que sonaran las trompetas en señal de las huestes francesas.<sup>92</sup> Tras este pequeño pasaje que recuerda un poco a los aspectos definitorios

---

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>91</sup> *Idem*.

<sup>92</sup> "Eran cerca de las diez. No había señal de los franceses, así que la comida que se estaba preparando fue ordenada y todo hombre fue llamado a comer, beber un poco de vino y relajarse hasta que las trompetas sonaron. Todo arquero dejó su arco y flechas en el piso para marcar su lugar, y, a su debida orden, todo el mundo corría por ello". / "It was about ten o'clock. There was no sign of the French, so a meal that had been preparing was now ordered, and every man told to eat, drink a little wine and take his ease until the trumpet sounded. Each

de la historia militar como *événementielle*, el autor finalmente hizo presente al ejército francés que desde la batalla por Blanchetaque no había sido mencionado. Así lo explicó Hardy:

Esta gran fuerza de hombres y caballos consistió de algunos miles de ballesteros genoveses en la vanguardia (se dice que habían sido 15.000 al principio de la campaña, pero es difícil de creer que estuvieran todos en Crécy), el gran número del séquito del rey y sus aliados, Bohemia y su hijo Carlos, rey de los Romanos, Jean de Hainault con los hombres de Luxemburgo, Juan, el rey de Mallorca, el duque de Saboya y muchos mercenarios alemanes.<sup>93</sup>

Además de los reyes y lores, también había miles de hombres que conformaban el grueso del ejército de Felipe VI, los que probablemente llegaron a ser entre 36.000 y 40.000 soldados. El que hasta este momento se haya hablado de las huestes francesas significó que al autor no le interesó cómo se llevó a cabo el reclutamiento del ejército ni cuáles fueron los motivos por los que le permitió a Eduardo marchar impunemente por toda Normandía. Las tropas francesas quedaron en un segundo término por debajo del resto de ejército inglés, lógicamente porque a Hardy sólo le preocupaba los arqueros y su participación en el conflicto. Pero, a pesar de ello, el autor no omitió dar su postura ante el clásico debate entre si Felipe tuvo la culpa de la derrota o fueron sus subordinados. Por lo tanto, cuando llegó el momento para que el rey francés decidiera si iba a luchar o no:

El rey Felipe, al escuchar el reporte de sus exploradores, y con buen consejo, decidió marchar a la vista de sus enemigos y esperar la noche, porque el día había pasado y sus comandantes necesitaban tiempo para organizar la vasta incoherencia en la muchedumbre francesa. Sin embargo, como las filas francesas vieron a los ingleses en sus tres bloques, calmadamente alineados en la cresta, fue demasiado para la sangre ardiente de la nobleza francesa. Hubo muchos gritos y pululando alrededor y estimulando y empujando desde la parte posterior.<sup>94</sup>

---

archer left his bow and his arrows on the dry ground, to mark his place, and, in due order, everyone streamed to the rear", *idem*.

<sup>93</sup> "This huge force of men and horses consisted of some thousands of Genoese crossbowmen in the van (there were said to have been 15,000 at the beginning of the campaign, but it is hard to believe they were all at Crécy), the great number of the king's retinue and those of his allies, Bohemia and his son Charles, king of the Romans, Jean de Hainault with the men of Luxemburg, James, the king of Majorca, the duke of Savoy, and many German mercenaries", *idem*.

<sup>94</sup> "King Philip, on hearing the report of his scouts, and with good advice, had decided to march to within sight of his enemy and halt for the night, because the day was well on and his commanders needed time to organise

Y posteriormente explicó, con base en lo que escribió Froissart, cómo las órdenes del rey de Francia para guardar batalla al día siguiente fueron negadas por la nobleza deseosa de combatir y, al ver Felipe que no podía controlar sus hordas, decidió mandar primero a los ballesteros –lo que fue muy parecido al discurso construido por Hereford George y Charles Oman,<sup>95</sup> quienes también culparon del desastre a la nobleza por su ímpetu de lucha. Más adelante, continuó con la descripción de los primeros movimientos de los genoveses, los cuales iban comandados por Ottone Doria y Carlo Grimaldy, los cuales tuvieron que hacer alto unas tres veces antes de estar en la línea de tiro, debido a las complicaciones del terreno provocadas por una lluvia previa.

El aspecto de la lluvia no pasó desapercibido para Hardy, quien incluso mencionó que durante el chaparrón los arqueros ingleses seguramente cubrieron sus arcos para mantenerlos secos, aunque como la ciencia explicó, la lluvia no debió de haber afectado notablemente el estiramiento de las armas.<sup>96</sup> Sin embargo, este efecto no pareció tener el mismo resultado para las ballestas, las cuales al absorber la humedad y contrastar con el calor de la tarde, debieron haber tenido una efectividad menor, como el mismo autor explicó al usar como ejemplo el experimento de Sir Ralph Payne-Gallwey.<sup>97</sup>

Aunado al dilema de la efectividad de las armas genovesas causada por la humedad, el autor explicó cómo estos mercenarios no habían tenido contacto previo con el arco largo,

---

the vast incoherence of the French host. However, as the ranks of French came within view of the English in their three blocks, calmly lined up on the ridge, it was too much for the hot blood of the French nobility. There was much shouting and milling about and spurring and pushing from the rear". *ibidem*, p. 70.

<sup>95</sup> *Vid. Supra*, pp. 35-72.

<sup>96</sup> "La ciencia nos dice que una cuerda de lino, como las que los hombres debieron haber tenido en Crécy, 'pueden estar sumergidas en agua durante días sin sufrir ninguna debilidad o estiramiento. Pero casi cualquier arquero, en la fuerte lluvia, cubriría bien su arco, o como la leyenda dice de Crécy, aunque científicamente era innecesario" / "Science tells us that a linen string, such as the men would have had at Crécy, can be soaked for days in water without suffering any weakening, or stretching. But almost any archer, in heavy rain, would either shelter his bow, or do as legend says was done at Crécy, even if, scientifically, it were quite unnecessary", Hardy, *op.cit.*, p.70.

<sup>97</sup> *Idem*. En su libro *The Book of the Crossbow*, Nueva York, Dober Publications, INC, 1995, 328 p., il, Ralph Payne-Gallwey realizó un experimento en que producía réplicas de dos tipos de ballestas: una con el arco de madera y otra con el arco metálico. La primera fue mojada de la cuerda y probada después de un par de horas para demostrar su poca efectividad; mientras la segunda fue sumergida en agua durante una noche y disparada sin ninguna variación en su efectividad. El resultado demostró que las ballestas utilizadas en Crécy eran de madera y su efectividad se vio reducida por la llovizna previa a la batalla (pp. 3-10).

por lo que no tuvieron idea del rango de disparo de los arqueros hasta el momento en que las flechas les cayeron encima, lo que generó pánico entre las tropas y produjo la ruptura de las filas; y si, además, se suma el disparo de los cañones, el desorden y la impotencia que rodearon a los genoveses, se entiende por qué tuvieron que retirarse en desbandada.<sup>98</sup> Aunque al final, pareciera que la suerte no estuvo de su lado en la batalla, pues mientras intentaban huir, el conde de Alençon ordenó a la caballería que les pasara por alto si era necesario con tal de enfrentarse a los ingleses. De esta forma, surgieron dos cuestionamientos: ¿fue Crécy la primera batalla donde se demostró universalmente la efectividad del arco largo? e historiográficamente ¿es la primera vez que se observó en la construcción de la batalla a los cañones en acción y con cierto valor estratégico, en contraposición de las explicaciones que los reducen a armas que apenas funcionaban en los conflictos?

El ejército francés intentó marchar contra la batalla del príncipe de Gales, pero mientras el caos seguía propagándose entre las primeras filas de caballería debido a la retirada genovesa, los arqueros aprovecharon y dejaron caer una lluvia de flechas sobre sus enemigos franceses, tan certeramente que pareció que todas las flechas daban en el blanco.<sup>99</sup> Las siguientes oleadas de caballería sufrieron el mismo destino que sus antecesoras, aunque hubo quienes pudieron avanzar lo suficiente como para enfrentarse a los hombres de armas ingleses. La presión llegó a ser tan importante que una vez más el autor recordó el pasaje que describió a un mensajero Godfrey de Harcourt –guardia del hijo del rey–, quien le pidió refuerzos a Eduardo III, a lo que él le respondió que a menos que estuviera malherido su hijo, no enviaría a nadie, pues quería que se ganara sus espuelas. Aunque finalmente, parte de la batalla de Northampton terminó por apoyar al príncipe de Gales.<sup>100</sup>

Finalmente, Robert Hardy sugirió que los franceses lanzaron catorce o dieciséis cargas de caballería contra el ejército inglés, y como parte de la clásica narrativa de la batalla, el autor mencionó la actuación del rey ciego de Bohemia, quien muriera en la persecución de una causa perdida al lanzarse valientemente contra la batalla del príncipe de Gales. También explicó un aspecto pasado por alto por la historiografía anterior: el rey francés participó en

---

<sup>98</sup> Hardy, *op.cit.*, p. 72.

<sup>99</sup> *Idem.*

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 73.

una carga de caballería, pero al ser herido –no de gravedad– por una flecha, se retiró del campo de batalla. Y por último, cuando el clamor de la confrontación cesó ya bien entrada la noche, los arqueros durmieron donde habían luchado, sin comer y sin hacer campamento alguno.<sup>101</sup>

El autor también explicó por qué se conoció al terreno de batalla como Vallée des Clercs, pues los abades de la iglesia de Crécy se dieron a la tarea de recorrer el campo de batalla para buscar supervivientes y contar los heridos de la batalla. La narración de la batalla y del capítulo terminó con una mención de que gracias a la batalla, "los arqueros dieron un gran paso hacia adelante... mientras los ballesteros retrocedían".<sup>102</sup> Y finalmente se produjo el abrazo entre Eduardo III y su hijo, un momento en que el rey reconoció a su hijo como heredero.

Robert Hardy siempre tuvo un objetivo claro al momento de escribir su libro sobre el arco largo: una historia social. Ésta sería el eje rector de su discurso, mientras la historia militar sería un pretexto para darle un contexto a su historia. Y es que la historia del arco largo, por más social que pudiese ser descrita, no podría entenderse sin la realidad bélica. Así, la construcción de la batalla de Crécy contrastó fuertemente con las historias que se habían producido desde finales del siglo XIX, cuyos objetivos reducían los significados de la batalla a postulados de la "historia desde arriba". Con Hardy, la narración se invierte, y la imagen de la guerra se construye desde el campo de batalla y no desde los planos estratégicos: ya el debate no giró en torno a la científicidad de la táctica de Eduardo, o a la posición más probable de los contingentes de arqueros, sino que ahora se fabricó una historia cuyos protagonistas fueron los arqueros en dos ejes: uno encaminado a su desarrollo en la periferia de la guerra, esto es, la historia del arco, la adopción del arco largo por Inglaterra, el reclutamiento y el desarrollo de la táctica de arquería; el segundo eje se observa dentro de los conflictos bélicos, desde las campañas hasta los combates más importantes, siempre a partir de la descripción de aspectos como la movilidad, la intendencia, la logística y el comportamiento de los arqueros en pleno conflicto armado.

---

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>102</sup> *Idem*.

Sin embargo, un aspecto que debe tomarse en cuenta es que Robert Hardy no era historiador, por lo tanto, su marco epistemológico no estuvo influenciado por aquellas lecturas de carácter militar presentes por ejemplo en Charles Oman y todos aquellos que participaron en la construcción del significado del concepto *herse* a finales del siglo XIX. Además, muchos de sus discursos respecto a la campaña y la batalla en realidad eran la repetición de lo que otros historiadores habían concebido sobre ella, por lo que el aspecto novedoso de su obra radicó precisamente en que sustituyó aquellas interpretaciones propias de la historia militar relacionada con el positivismo, por el factor social del ejército, por lo que Hardy pudo escribir sobre el abastecimiento de flechas y el adiestramiento requerido por los arqueros para suplirse de munición. También se describió el papel de los cañones, los cuales apenas y habían sido mencionados por otros autores,<sup>103</sup> pero aquí juegan un papel, aunque sea menor, en la descripción de la batalla. Otra novedad fue el "rostro de la batalla" que logró dibujar al describir diferentes aspectos de la historia *évènementielle* que vivieron los arqueros en Crécy, aunque sin llegar a la profundidad que logra John Keegan en su libro.

Esto último sería una prueba del cambio de paradigma histórico en Gran Bretaña, pues el materialismo comenzó a dejarse de lado y a ser sustituido por los discursos de la historia narrativa –muy *ad hoc* con el contexto político e historiográfico del momento–, que aunque era vista de forma despectiva por estar dedicada a categorías referentes a la política y lo militar, lo cierto era que se convirtió en un medio capaz de competir contra la rigidez del modelo marxista y su reduccionismo histórico a la economía.<sup>104</sup> En cierto sentido, la trascendencia de la obra de Hardy radicó en ser un libro dedicado para la difusión de la historia. En una época llena de crisis para Gran Bretaña, donde parecía que la historia se encerraba más y más en el ámbito académico, las historias narrativas sirvieron como una válvula de escape para los diferentes discursos históricos. Si *Longbow: a Social and Military History* careció de aparato crítico, esto no se debió a la ignorancia o carencia de científicidad del autor, sino a un simple modelo de construcción histórica que, disfrazado de un empirismo subliminal y bajo una arquitectónica narrativa, buscó acceder al espíritu del mercado de la

---

<sup>103</sup> Vid. *Supra*, pp. 56 y 57.

<sup>104</sup> Aurell, *op.cit.*, p. 138.

sociedad británica de la época, para así posicionarse en la mente de las masas. En pocas palabras, este fue un libro para ser leído fuera de la Academia.<sup>105</sup>

En conclusión, ¿cuál fue la importancia de la obra de Hardy para la construcción de la campaña y la batalla de Crécy? En primer lugar, el autor prefirió mantenerse alejado de los dilemas clásicos de la historia de los hechos de armas, como lo son la estrategia y la táctica, a pesar de lo que marcaba su título “una historia social y militar”. Pero en eso precisamente fue donde recayó lo novedoso de su descripción. Hacia los años setenta, ya la historia militar había evolucionado en objetivos y en descripción, por lo que se había distanciado de la historia político-diplomática y estratégico-táctica que había dominado la historiografía militar desde el siglo XIX y hasta gran parte de la primera mitad del siglo XX,<sup>106</sup> y se transformó en una historia con un lenguaje mucho más literario y con miras a la sociología y la antropología. Esto es, era una historia que buscaba la visión de los participantes en el conflicto, para así reconstruir los acontecimientos según estas experiencias,<sup>107</sup> como por ejemplo, los momentos previos que pasaron los arqueros y los ballesteros antes de entrar en combate. Por lo tanto, más que datos novedosos o descripciones diferentes del conflicto, lo importante con el trabajo de Robert Hardy fue la narrativa y el objeto de estudio, pues ahora los arqueros y no el rey Eduardo o sus comandantes eran los protagonistas del libro. Si bien tenían su lugar en la historia, eran las masas de arqueros los que guiaban la narrativa y eran los únicos de los que se explicaban factores que antes parecían tan intrascendentes como la logística, la alimentación y el “rostro de la batalla”.

Si bien hubo una mención al cuestionamiento de *herse*, lo cierto es que no fue una razón que al autor le interesara, a diferencia de la narración de la batalla desde la perspectiva del arquero. En pocas palabras, era irrelevante el significado de la palabra, pero servía para ejemplificar una posible imagen de la formación de batalla. Por otro lado, no se interpretó la campaña de Eduardo, ni como una “aventura peligrosa” descontextualizada de su

---

<sup>105</sup> Cfr. Anthony Grafton, *The Footnote. A curious History*, Massachusetts, Harvard University Press, 1999, 241 p.

<sup>106</sup> Antonio Espino López, *op.cit.*, pp. 216-217.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 229. El original hacía referencia a la obra de John Keegan *El rostro de la batalla*, pero sin duda, podría extrapolarse el mismo texto –con las debidas proporciones– de Hardy.

temporalidad, ni con la intención de entender el pensamiento militar del hombre medieval, como desde tiempos de Hewitt y la posguerra se había comenzado a interpretar.

Su significado como una batalla importante, sin embargo, permaneció al margen de la batalla de Agincourt, que sin duda, aún era considerada por los historiadores anglosajones como la más importante de la Guerra de los Cien Años. Sin embargo, poco a poco alcanzará protagonismo historiográfico hasta que al menos, pueda equipararse en importancia con Agincourt.<sup>108</sup>

A finales de los años setenta y durante la década de los ochenta, la ciencia histórica experimentó con diferentes formas narrativas que pudieran ofrecer mejores respuestas a las problemáticas que la ciencia histórica tenía en relación con su conexión con la sociedad de aquella época. Los diferentes giros se hicieron presentes, como el lingüístico, el antropológico y el cultural. Especialmente éste último sería el que mejor se acomodaría con la historiografía británica, que veía muy lejos las ideas de la escuela marxista y optó por una propuesta menos delimitada por los aspectos económicos y sí en cambio, buscaba nuevos horizontes que representaras nuevos y más amplias perspectivas históricas.

De tal forma que a principios de los años noventa, la historia se fragmentó en diferentes vías de escritura de la historia. Ya no había una única escuela nacional a la que la mayoría de los historiadores se sintieran identificados y más bien los historiadores buscaban sus propias metodologías específicas para los diferentes temas históricos que surgían.

## **II.5. La Guerra de los Cien Años: hacía un nuevo milenio**

El 9 de noviembre de 1989 una noticia era cumbre en todos los tabloides y cadenas informativas del mundo. En tiempo real eran transmitidas imágenes de la unificación alemana a partir de la destrucción del muro que dividía Berlín. Simbólicamente, no sólo representaba la unión de la Alemania dividida, sino también marcaba el fin de la Guerra Fría y la división

---

<sup>108</sup> Gracias también a historiadores dedicados al periodo, como Richard Barber, que en los años setenta publicó varios libros sobre la primera etapa de la Guerra, y en especial, de una de sus figuras más emblemáticas, el príncipe Negro: *Edward, Prince of Wales and Aquitaine: A Biography of the Black Prince*, Suffolk, Boydell Press, 2003, 330 p.; *The Life and Campaigns of the Black Prince*, Suffolk, Boydell Press, 2002, 148 p.

del mundo entre capitalistas y comunistas. Era el inicio de un nuevo mundo que se creía sería más pacífico y globalizado, con miras a una sociedad feliz donde todos tuvieran su lugar, y la preocupación por la guerra nuclear junto con el temor por la destrucción del planeta, finalmente sería un triste recuerdo.

Los comienzos de la década de los años noventa estuvieron marcados por grandes cambios internacionales de gran relevancia histórica. La Guerra Fría finalmente culminó con la victoria del bloque capitalista liderado por Estados Unidos y Gran Bretaña, lo que posicionó al sistema neoliberal como la ideología económica y tecnológica más influyente entre las naciones. Esto significó que, como nunca antes en la historia del ser humano, el mundo se globalizara definitivamente.

En este contexto de transformaciones políticas y económicas, aparecieron algunas obras sobre la Guerra de los Cien Años en las que se remarcaba la compleja relación histórica entre Inglaterra y Francia.<sup>109</sup> Por un lado, el trabajo de Jonathan Sumption, *Trial by Battle*<sup>110</sup> y por otro, el compendio de trabajos editado por Anne Curry y David Bates, *England and Normandy in the Middle Ages*.<sup>111</sup> Cada libro abordó el tema de la Guerra de los Cien Años y de las relaciones entre ambas naciones desde una perspectiva diferente, ya fuera como una historia completa sobre la guerra, o que analiza las relaciones militares, políticas y económicas entre ambas naciones.

Y es que la Guerra de los Cien Años siempre ha despertado fascinación en los historiadores ingleses y franceses por su significado: ser una guerra de conquista para los primeros, y de defensa y afirmación por los segundos.<sup>112</sup> En una perspectiva histórica, la guerra fue el momento en que Inglaterra se consolidó como un estado que podía competir contra todos los reinos europeos en cualquier aspecto político o militar—desde tiempos de

---

<sup>109</sup> Incluso desde los años cincuenta, Gran Bretaña se veía a sí misma como algo diferente y externo a la Europa Continental “Gran Bretaña, por tanto, era parte de Europa pero también de una comunidad imperial anglófona de carácter mundial”, Tony Judt, *op.cit.*, p. 244.

<sup>110</sup> Jonathan Sumption, *The Hundred Years War: Trial by Battle*, Londres, Faber and Faber, 1999, X-659 p., mapas.

<sup>111</sup> David Bates y Anne Curry (eds.), *England and Normandy in the Middle Ages*, Londres, The Hambledon Press, 1994, XI-336 p., ils.

<sup>112</sup> Christopher Allmand, “Armas nuevas, tácticas nuevas”, en *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010, pp. 94-95.

Ricardo primero a finales del siglo XII, Inglaterra dejó de tener la relevancia que tenía antes en el Continente—; mientras que para Francia, el conflicto significó la lucha por su unificación, conquista, reconquista y finalmente, la consolidación del país como reino, imperio y nación.

Ahora bien, en 1990 Jonathan Sumption publicó el primero de tres volúmenes dedicados a la historia completa de la Guerra de los Cien Años: *The Hundred Years War: Trial by Battle*, un libro cuya extensión sobrepasó a la mayoría de los estudios revisados hasta ahora y cuyo objetivo era por demás ambicioso: ser una de las obras más completas sobre la Guerra de los Cien Años. El primer volumen, *Trial by Battle*, se prolongó desde los orígenes del conflicto entre Inglaterra y Francia en 1330 hasta 1347 con la derrota del rey francés y la toma de del puerto de Calais. El resto de los volúmenes *Trial by Fire* (1999), *Divided Houses* (2009) y recientemente *Cursed Kings* (2015), continuaron la historia de la guerra anglo-francesa hasta sus últimas consecuencias.

El autor se graduó de la Universidad de Oxford en 1970,<sup>113</sup> donde estudió Historia; posteriormente estudió leyes en Queens Counsel en la década de los ochentas, lo que significaría un retraso en la producción de su obra si se considera que el último trabajo que publicó antes de *Trial by Battle* fue *Equality*, en 1979.<sup>114</sup> Seguramente la década de 1980 tuvo una fuerte influencia en el desarrollo de sus postulados, pues en su prefacio explicó que alguna vez había escrito sobre la historia de Inglaterra y Francia "como si fueran una sola comunidad enfrascada en guerras civiles, y en muchos aspectos, lo eran".<sup>115</sup> Por lo tanto, es en el periodo más álgido de la Guerra Fría, cuando Gran Bretaña era representada por Margaret Thatcher y Estados Unidos por Ronald Reagan (ambos símbolos del bloque capitalista por excelencia), donde los argumentos de una Unión Europea pudieron empalmarse con la historia de los ingleses y franceses que intenta componer el autor.

*Trial by Battle* tuvo como punto de partida la muerte de Carlos VI (1328), el último heredero de la dinastía Capeta de Francia, quien dejó el trono vacante y la posibilidad de que un rey inglés finalmente se hiciera acreedor a gobernar las tierras que en aquella época

---

<sup>113</sup> <http://www.independent.co.uk/news/people/profiles/jonathan-sumption-donnish-but-deadly-2370949.html> (consultado 22/05/2015)

<sup>114</sup> <http://www.amazon.es/Equality-Sir-Keith-Joseph/dp/0719536510> (consultado 22/05/2015)

<sup>115</sup> Sumption, *op.cit.*, p. IX.

constituían el reino de Francia. Aunque Eduardo III era quien tenía más posibilidades sanguíneas para acceder al trono, la política francesa prefirió invitar a Felipe VI de Valois antes que al inglés como monarca de Francia. Aunque rechazado, Eduardo no perdió la esperanza de algún día poder unificar ambos reinos, y por casi veinte años lanzó ataques de diversa magnitud sobre el territorio francés. El punto crítico de la estrategia inglesa –hasta entonces sólo se habían intentado pequeñas expediciones de saqueo o de invasiones fallidas– ocurrió en 1346, momento en que el rey de Inglaterra decidió atacar con todas sus fuerzas e intentar recuperar lo que él creía, le correspondía por derecho.

Así pues, el capítulo XVI "Aiguillon and Crécy" comenzó con los preparativos que llevó a cabo Eduardo III para la invasión de Francia, tanto desde el aspecto del abastecimiento de materiales (la compra de flechas y arcos) como del estratégico (Eduardo sólo hablaba de la invasión con sus allegados más cercanos). De esta forma, Sumption ofreció su propia explicación del porqué Eduardo III decidió invadir Normandía: el monarca tenía poco interés en Britania, debido a que las posibilidades políticas eran intrascendentes, además que no tenía ninguna posición fuerte con la cual sostener la invasión (Northampton no había podido conquistar una base estable de operaciones).<sup>116</sup>

Una gran diferencia respecto con otras historias generales anteriores a la de Jonathan Sumption fue que su logró crear una descripción de los acontecimientos equilibrada entre el desempeño inglés y la respuesta francesa, en una proporción que varía entre el 60% del contenido sobre Inglaterra y 40% del de Francia, comparados con otras narraciones en que se observa una proporción aproximada de 90-10%.<sup>117</sup> Así, el autor explicó que para hacer frente a una posible invasión, el gobierno francés al creer que Eduardo atacaría por Bretaña o Gascuña, donde tenía sus bases más seguras, se dio a la tarea de colocar sus tropas más experimentadas en el frente sur; además, confió la defensa de Bretaña a Carlos de Bois, a

---

<sup>116</sup> *Ibidem*, p. 493.

<sup>117</sup> *Vid.* v.g. las obras anteriores a Sumption, como la de Robin Neillands, Neillands, Robin, *The Hundred Years War*, Londres, Taylor & Francis e-Library, 2003, XVI-310 p., ils., mapas; y los trabajos de Oman. El ensayo de Viard *La campagne de juliet et la bataille de Crécy*, París, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1926, 84 p. muestra una proporción parecida a la de Sumption.

quien le fue difícil reclutar la suficiente nobleza guerrera para la defensa, por lo que gastó mucho dinero trayendo mercenarios de más allá de las fronteras francesas.<sup>118</sup>

Tras este balance entre el plan de ataque y defensa, el autor ofreció sus cálculos sobre la fuerza que se embarcó en Inglaterra, los cuales varían entre 7.000 y 10.000 hombres, además de muchos especialistas que seguían al rey durante toda la campaña: ingenieros, carpinteros, clérigos, albañiles, etc., que habían sido embarcados en Porchester desde el 28 de junio dentro de 750 barcos equipados para el transporte de hombres y suministros de todo tipo. Aquí, Sumption expuso una idea que tendrá repercusiones en la historiografía de la batalla: nadie en el ejército inglés tenía idea de que el destino de desembarco era Normandía y no Gascuña. Esto gracias al hermetismo con que Eduardo había desarrollado su plan de operaciones, lo que daba la idea de que el destino se había cambiado en el último minuto porque no tenía un plan de invasión definido.<sup>119</sup> De esta forma, la explicación del autor contrastó con la que afirmaba que fue Godfrey de Harcour el artífice del repentino cambio de planes del rey inglés,<sup>120</sup> quien lo sedujo con la promesa de grandes riquezas normandas.

Así pues, el ejército de Eduardo arribó a Saint-Vaast-la-Hougue el 12 de julio, y a modo de comparación con lo ocurrido en la Segunda Guerra Mundial, explicó la proximidad de Saint-Vaast con *Utah Beach*, nombre clave de una de las playas en las que se produjo el desembarco de Normandía de 1944. Seguramente utilizó ese modelo de comparación por el gran impacto del conflicto bélico del que era producto su generación. Pero entonces la pregunta es ¿qué sentido tenía mencionar el desembarco si bastaba con marcar en un mapa esa zona? Quizá el objetivo fuera más simbólico: fue el momento en que, como hace 600 años, Inglaterra formó parte de Europa.

Posteriormente, el autor continuó con la narración del desembarco con la explicación de lo ocurrido justo después de que el ejército inglés pisara tierra en las costas normandas. Primero, el rey nombró caballeros a su hijo, el príncipe de Gales, y a varios nobles que lo acompañaban. Después explicó cómo el monarca lanzó una proclamación entre sus tropas en la que prohibía saquear los pueblos y atentar contra la población civil, e incluso ofreció una

---

<sup>118</sup> Sumption, *op.cit.* p. 494

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 497

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 498.

recompensa para todo aquel que delatara esos hechos; aunque pareció que esa orden llegó demasiado tarde, pues el puerto fue incendiado y el rey se vio obligado a marchar hacia el puerto de Morsalines.

Es necesario detenerse en esto último, pues ninguno otro de los autores tomó en cuenta esta proclamación y no se observó en ninguna de las fuentes que eran utilizadas hasta entonces –Froissart, le Bel, le Baker–, con excepción de *Acts of War*, la crónica por la que el autor tomó ese acontecimiento. Clifford Rogers realizó una interesante disertación respecto a cómo fue utilizada esta fuente, en la que explicó que Sumption se basó para explicar que debido a la desobediencia de sus hombres respecto al edicto de no saquear los pueblos, Eduardo no pudo conquistar el territorio para dominarlo.<sup>121</sup> En contraste, Rogers no creyó en lo que el autor de *Acts of War* dijo de los hechos, y más bien le pareció un medio de propaganda, pues quien escribió la crónica seguro tomó parte en las acciones del lado inglés.<sup>122</sup> Para Rogers, lo más probable es que la proclamación hubiese sido inventada, pues si Eduardo realmente quería conquistar Normandía, hubiese guarecido Barfleur en vez de quemarlo, pues era una excelente opción fácilmente defendible y de ser alimentada desde Inglaterra,<sup>123</sup> por lo que la anécdota de la proclamación quedaría descartada por improbable.

De vuelta a la narración de Sumption, el ejército inglés terminó de desembarcar el 17 de julio y se presentó el plan de campaña: invadir el territorio por Rouen hasta el Sena y de ahí marchar a Île-de-France.<sup>124</sup> En este punto de la marcha, el autor giró la mirada a la respuesta del rey de Francia, que hasta ese momento era precaria, pues en ese momento Felipe no tenía un ejército con el cual hacerle frente a los ingleses, pues las tropas del duque de Normandía se encontraban al sur esperando capturar Aiguillon y no era probable contar con un gran ejército antes de agosto.<sup>125</sup> Una descripción que permitió explicar mejor la respuesta del rey francés, a comparación de las narraciones en las que las acciones de Felipe quedan omitidas de la descripción de los hechos.<sup>126</sup> Se puede ser activo, pero si no hay recursos ni

---

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 502

<sup>122</sup> Rogers, *op.cit.*, pp. 345-344.

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 346.

<sup>124</sup> Sumption, *op.cit.*, p. 502.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 503.

<sup>126</sup> Con excepción del trabajo de Jules Viard (*op.cit.*), todas las obras trabajadas en esta investigación ignoran de una u otra forma la respuesta del ejército francés.

materiales, un monarca será lento. Quizá por ello, lo único que podía hacer el rey de Francia era intentar revelar a los escoceses para que invadieran las fronteras inglesas y así hacer que Eduardo regresara a la isla y Felipe VI pudiera invadir desde el sur Inglaterra.<sup>127</sup> Pero el monarca de Escocia no quiso arriesgarse y la campaña sobre Francia continuó.

Ahora bien, de acuerdo con Sumption, Eduardo sabía que era imposible evitar que el ejército se prestara al saqueo, así que no pudo evitar que la zona de Caen y Saint-Lô (una de las más ricas de Normandía) fuera arrasada, pero esta vez con el objetivo de producir el mayor daño posible en las comunidades,<sup>128</sup> para al menos así generar una rendición mucho más sencilla de las comunidades a su paso, como ocurrió en el fuerte de Caen, el cual al enterarse de la llegada del ejército inglés (y de sus "atrocidades"), no tuvo más opción que la de rendirse, a pesar de que unos pocos decidieron parapetarse y tratar de resistir.

En ese punto álgido de la campaña, Eduardo III se dio cuenta de la necesidad de obtener refuerzos y munición (las flechas no son infinitas), por lo que dio órdenes de que se reunieran 1.200 arqueros en Inglaterra y fueran enviados a Le Crotoy, en el estuario del Somme muy cerca de Abbeville, lo que probablemente (aunque el autor no lo mencionara), existía un plan para presentar batalla en algún punto adjunto a esa zona.<sup>129</sup>

Tras cinco días de descanso en Caen, finalmente se puso en marcha el ejército inglés, mientras un contingente se quedaba a sitiar la parte de la fortaleza que aún no se había rendido. Siguieron el plan de campaña original y avanzaron contra Rouen, al mismo tiempo que un contingente de aliados ingleses salía de Flandes y penetraba territorio francés desde el norte. Felipe no podía luchar en tres frentes a la vez (mantener el sitio de Aiguillon representaba un gasto en hombres y materiales), así que el 29 de julio ordenó que se presentara todo hombre capaz de luchar en Rouen. Pero esas huestes estaban desorganizadas, mal equipadas y muchos sólo eran leva y aún tenían que esperar a ser reforzados por tropas genovesas. Las fuerzas al norte de Francia marcharían ya fuera a Flandes, a París o a Amiens, mientras otras tantas se mantendrían en sus posiciones a la espera de nuevas órdenes.<sup>130</sup>

---

<sup>127</sup> Sumption, *op.cit.*, pp. 503-504.

<sup>128</sup> *Ibidem*, p. 506.

<sup>129</sup> *Ibidem*, p. 510.

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 513.

Como pudo observarse, la defensa de Francia fue una tarea compleja que no podía ser reducida a meros aspectos de sucesiones de hechos y eventos tácticos como se hacía en el positivismo decimonónico.

De esta forma, la respuesta francesa a la incursión de Eduardo se observó cada vez más desesperada conforme era narrada por el autor, por lo que Felipe terminó por ser una víctima de las circunstancias ¿qué podía hacer si era atacado por todas partes? Así que en vez de intentar plantarle batalla a Eduardo al sur el Sena, decidió romper el puente y esperar del otro lado de la rivera, por lo que Rouen y sus pueblos del lado del río inglés quedaron a merced de la rapiña y devastación invasora. La intención de Felipe era la de concentrar todas las fuerzas posibles mientras una parte comandada por él esperaba al monarca inglés, quien seguía avanzando hacia el sur hasta llegar a Possy, a sólo 20 millas (32 metros) de París, y otra capitaneada por el duque de Normandía, quien marchaba a defender la posible invasión flamenca del norte.<sup>131</sup> En ese momento, Sumption recalcó la debilidad política y militar de Felipe: en primer lugar, ni siquiera fue él quien puso orden en París, que tras las noticias de la marcha inglesa cayó en pánico, por lo que las tropas del rey de Bohemia tuvieron que hacerse cargo de la situación; por otro lado, en lugar de tomar las tropas y cruzar Possy antes que Eduardo, "como un espíritu audaz lo hubiese hecho", el rey prefirió abandonar el puerto –no sin antes desarmar el puente– y trasladar su centro de operaciones hacia Saint Denis.<sup>132</sup>

Ya instalado en Saint Denis, Felipe se enteró que la guarnición de Possy no resistió y Eduardo había reparado el puente, por lo que decidió retar a Eduardo para batallar en alguno de los días subsecuentes.<sup>133</sup> Pero el monarca inglés aprovechó la indecisión francesa y evitó enfrentársele, por lo que dirigió su ejército en dirección norte hacia el Somme para intentar cruzarlo y reunirse con los refuerzos que había mandado que se le unieran en Crotoy desde el sitio de Caen. Sin embargo, estas tropas aún no habían siquiera zarpado de Inglaterra, y para el 24 de agosto seguían reuniéndose hombres en Kent.<sup>134</sup>

---

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 515

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 517.

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 518.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 525.

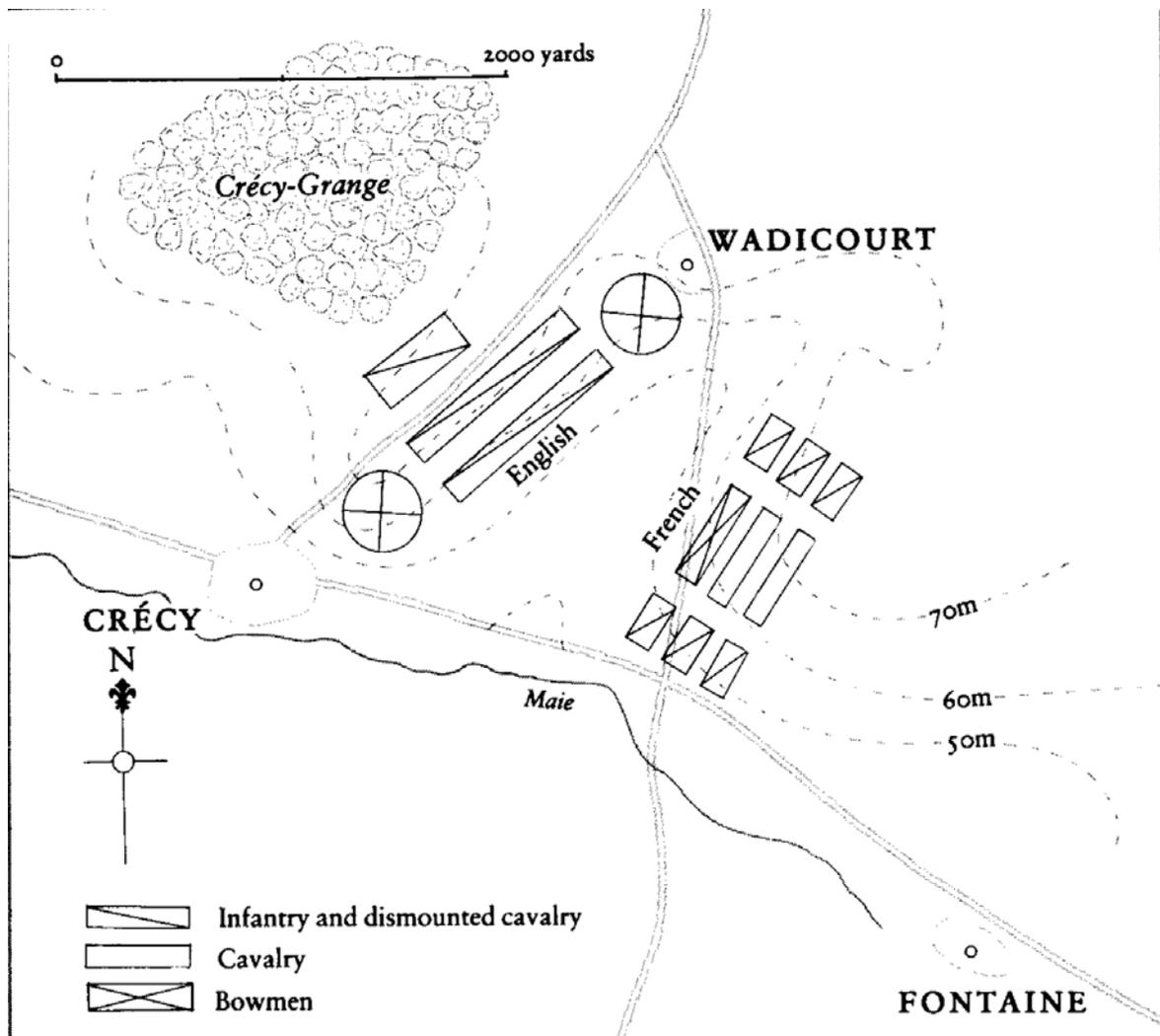
El resto de la narración de la campaña ya se ha mencionado antes: la búsqueda de un lugar dónde cruzar el Somme y la batalla de Abbeville que le permitió a los ingleses cruzar y llegar Crécy-en-Ponthieu donde desplegaron sus tropas para la batalla. El autor calculó que Felipe dividió a su ejército en tres batallas: la primera compuesta por 6.000 ballesteros junto con el rey de Bohemia y su hijo Carlos IV, quienes además comandaban cerca de 300 hombres de armas. La segunda batalla fue dirigida por el hermano del rey de Francia, el conde de Alençon, y la tercera por Felipe junto con el resto de la caballería; mientras la infantería sobrante pudo haber estado colocada entre las batallas conforme llegaban los hombres o en los flancos, como alas divididas en tres batallones. Además, constantemente llegaban refuerzos y se integraban a las formaciones. Así, el autor estimó que la hueste francesa era de entre 20.000 a 25.000 hombres.<sup>135</sup>

En el caso del ejército inglés, el historiador mantuvo la descripción ya conocida hasta ahora, pero con ligeras modificaciones: no especificó tan detalladamente la división inglesa y sólo explicó que el príncipe de Gales y algunos comandantes importantes estuvieron en primera línea, mientras el rey comandaba la retaguardia. Además, mencionó que los arqueros estuvieron desplegados en las alas, rodeados por los carros de abastecimiento en forma de círculo, a los que se le sumaban algunos cañones en las alas, pues según el autor, Eduardo ya tenía experiencia en su uso desde 1333 contra los escoceses.<sup>136</sup> Sin duda, una descripción completamente diferente a la proporcionada por Froissart y Charles Oman, pues en esta ocasión tomó a Jean le Bel, al que utilizó como un referente para las batallas de hombres de armas, desplegadas unas tras otras y con los arqueros en forma de círculo (ver mapa 4).

---

<sup>135</sup> *Ibidem*, p. 526.

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 527. Según el autor, fueron utilizados en el sitio de Berwick en 1333.



Mapa 4. "Battle of Crécy, 26 August 1346". Se observa una marcada diferencia con los mapas desarrollados por sus colegas, especialmente en la manera en que se formaron los arqueros, pues las batallas inglesas se desplegaron una tras otra, mientras eran flanqueadas por cúmulos de arqueros. Muy diferente a la interpretada a partir de Froissart (Sumption, *Trial by Battle*, p. 527).

La batalla siguió las mismas fases ya conocidas hasta ahora, aunque con algunas ligeras variaciones que daban la impresión de ser abordada con mayor profundidad, por ejemplo, el que los ballesteros hayan luchado mal equipados, pues sus pavese (escudos utilizados por los ballesteros para cubrirse mientras recargaban sus armas) aún estaban en camino desde Abbeville;<sup>137</sup> además, tras la retirada de los genoveses, el autor mencionó que los franceses, al no tener experiencia con el arco largo inglés, llamaron cobardes a los

<sup>137</sup> *Ibidem*, p. 528.

ballesteros, lo que provocó que el conde de Alençon se lanzara al ataque sin tener órdenes del rey, por lo que la responsabilidad de la derrota ya no se abordó de forma superficial culpando al rey por su inhabilidad para mantener el orden en sus filas o a la propia incapacidad inherente de la caballería francesa por mantener la disciplina: más bien, fue una combinación producida por la inexperiencia táctica a la que se enfrentó el ejército francés en Crécy (no se había aprendido nada de Morlaix ni de Blanchetaque) y la debilidad política que seguramente adquirió Felipe como incapaz de frenar la devastación producida por Eduardo.

En conclusión, *Trial by Battle*, se convirtió en un libro sumamente extenso en aras de ser una de las obras más precisas y meticulosas de su momento. Específicamente la parte que compete a esta investigación, el capítulo XIV "Aguillon and Crécy" comenzó con la problemática y la planeación de lanzar una campaña en territorio francés. El autor construyó el apartado con la intención de abarcar todos los aspectos políticos, logísticos y militares de la invasión inglesa y la defensa por parte de Francia. Esto se observa por ejemplo, cuando Sumption explicó la forma de reclutamiento de soldados y de materiales de abastecimiento por parte de los ingleses. Además de la precisión en los datos, el trabajo de este autor sobresale también por estar al día en las interpretaciones sobre la campaña de Eduardo. En este caso, respecto a la cuestión de si el desembarco en Saint-Vaast fue planeado desde un principio o fue un cambio de último minuto debido a los concejos de un lord normando, el autor argumentó que en realidad fue un plan cuidadosamente planeado, el cual sólo la gente de más confianza del rey tenía conocimiento. De esta forma, la vieja idea de la peligrosa aventura finalmente sería descartada entre los profesionales de este periodo.

Otro de los temas importante sobre la campaña fue la brutalidad con la que el autor describe el avance sobre Normandía por parte del ejército inglés, pues desde el primer día del desembarco y aún con las prohibiciones de Eduardo, su ejército saqueó, robó, quemó y devastó el territorio de Normandía. El autor pareció atribuirlo a una combinación de la imposibilidad del rey y sus comandantes de mantener la disciplina en su ejército y como una forma de incentivar a la población de las ciudades y fortificaciones a que se rindan o sufran las consecuencias. Pero como ya se explicó con anterioridad, la fuente de *Acts of War* debe leerse con mucho cuidado, pues en gran parte es parte de la propaganda que ayudaría a que la guerra en Francia fuera bien vista por la población británica en la isla.

Un tercer aspecto de la campaña desarrollado por el autor fue la visión periférica de los acontecimientos. A diferencia de trabajos donde la marcha de Eduardo y la respuesta de Felipe se describía como piezas de un tablero de ajedrez, en el libro de Sumption los hechos de armas fueron dibujados desde una perspectiva más "realista" en el sentido de haber descrito los movimientos desde la propia logística de la guerra, esto era, que Felipe se vio incapaz de reaccionar de manera rápida y efectiva a la invasión inglesa debido a que en aquella época, los flujos de información eran mucho más lentos y reunir tropas requiere de cierto tiempo para levantar a los hombres. Por ello, Felipe se observó incapaz de hacerle frente a Eduardo y cuando estuvo dispuesto a hacerlo, las noticias de la invasión desde Flandes le impidieron realizar cualquier acción definitiva, lo que obligó a aguantar y permitir que su enemigo avanzara impune hasta el momento en que pudiera completar su ejército.

Respecto a la batalla de Crécy, destacaron dos factores: por un lado, la descripción de las formaciones se observó radicalmente diferente, pues la distribución de los arqueros para el autor fue más bien una especie de círculo donde estos estaban cubiertos por las carretas de equipaje a los flancos de las líneas inglesas. Esto gracias a que se apoyó más en las crónicas de Jean le Bel que en Froissart, lo que significó un rompimiento con los postulados de Charles Oman. Por el otro lado, el significado de la batalla pareció ser más la consolidación de una historia militar y política desarrollada desde 1328 con los problemas de la sucesión de la Corona de Francia, seguida por las guerras en Escocia y las primeras invasiones inglesas al continente. La batalla de Crécy –y el sitio de Calais– se convirtieron en el triunfo de Inglaterra que le permitió al reino convertirse en una potencia militar importante.

El gran logro de Sumption fue la utilización de una enorme cantidad de fuentes primarias: le Baker, le Bel, las *Grandes Crónicas de Francia*, *Crónica de Flandes*, *Crónica Normanda*, etc.; y secundarios como los trabajos de Philippe Contamine, Hewitt, Richard Barber, Jules Viard, ente otros, que le permitieron construir un relato muy completo y por ello, su gran mérito fue haber traído a la luz una magna obra, con miras a una historia que trajera de nuevo los debates sobre la campaña de Eduardo III.

ΦΦΦ

El libro *England and Normandy in the Middle Ages* fue el resultado de una conferencia dada en Reading, Inglaterra en 1992, a la que asistieron algunos de los más importantes especialistas de la historia de Normandía y su relación con Inglaterra durante la Edad Media.<sup>138</sup> Dos años después del congreso, salió a la luz la publicación editada por los historiadores David Bates y Anne Curry, cuyos objetivos fueron las relaciones entre Inglaterra y Normandía durante la Edad Media que ayudaron a construir ambos territorios, con el estudio de su evolución no como dos entes separados por el Canal, sino como dos territorios interrelacionados en los planos económico, militar, arquitectónico y sobre todo, histórico. De esta forma, el trabajo siguió una secuencia cronológica que comenzó desde los momentos previos a la invasión de Guillermo a Bretaña y terminó hasta el siglo XV, cuando los ingleses se retiraron del continente y Normandía fue asimilada permanentemente al reino de Francia. Para construir la obra, se requirieron trabajos de especialistas dedicados al estudio de la relación entre ambos territorios, de entre los que destacan el francés Philippe Contamine y el inglés Andrew Ayton; el primero con un estudio del sentimiento "nacional" de Francia e Inglaterra en los siglos XIV y XV,<sup>139</sup> mientras el segundo escribió sobre el ejército de Eduardo III en su campaña de 1346.

En el apartado "The English Army and the Normandy Campaign of 1346",<sup>140</sup> Andrew Ayton se ocupó de describir el ejército de Eduardo III a partir del cuestionamiento de cuántos hombres transportó a Normandía, cuántos soldados sobrevivieron hasta el día de la batalla de Crécy y cuántas tropas llegaron hasta el día del sitio de Calais. Para responder a aquellas preguntas, basó sus argumentos en las fuentes primarias que han sobrevivido hasta la actualidad y en cálculos que antiguos historiadores realizaron sobre el tema. Respecto a las primarias, utilizó la crónica de le Bel, memorias financieras del parlamento inglés y *Acts of War*, entre otras fuentes de archivo; mientras que de las segundas, el libro *The Life and Campaigns of the Black Prince* de Richard Barber, *La campagne de juillet-aout 1346 et la*

---

<sup>138</sup> David Bates y Anne Curry ed., *England and Normandy in the Middle Ages*, Londres, The Hambledon Press, 1994, p. IX. No se encontraron pruebas para afirmar definitivamente quiénes fueron los participantes del coloquio. Sin embargo, es muy probable que la gran mayoría de los autores del libro hubiesen estado durante las conferencias.

<sup>139</sup> Philippe Contamine, "The Norman 'Nation' and the French 'Nation' in the Fourteenth and Fifteenth Centuries", en *England and Normandy in the Middle Ages*, Londres, The Hambledon Press, 1994, pp. 215-234.

<sup>140</sup> Andrew Ayton, "The English Army and the Normandy Campaign 1346," en *England and Normandy in the Middle Ages*, Londres, The Hambledon Press, 1994, pp. 253-268.

*bataille de Crécy*, de Jules Viard, y un libro que hasta entonces no había tenido gran protagonismo, *Crécy and Calais* de G. Wrottesley.

Esto significó, en primer lugar, un dialogo entre los historiadores ingleses y los franceses que muy pocas veces se había visto, pues desde tiempos de Oman, la historia de la batalla de Crécy se había estudiado en su mayoría a partir de historiografía anglosajona. En un principio, seguramente respondió a una propia apropiación de la batalla por parte de los historiadores británicos y a la dificultad de acceder a los trabajos de sus colegas; después, fue un caso de falta de trabajos importantes de parte de Francia, pues ya no escribieron sobre la batalla, por lo que era difícil que los británicos conocieran sus trabajos pasados – especialmente si ninguno de sus maestros los había citado antes–; pero ahora parecía haber mayores posibilidades de acceder a un mayor intercambio de conocimiento, gracias al trabajo que Philippe Contamine hiciera sobre sus estudios de la guerra en la Edad Media desde Francia. Por lo tanto, había un mayor vínculo entre las historiografías, y por ende, una recuperación de bibliografía antes omitida.

Ahora bien, el primer elemento que se observó fue el título "... la campaña de Normandía de 1346". A diferencia de sus predecesores –al menos anteriores a los años setenta–, el autor consideró que los eventos sucedidos desde el desembarco de Saint-Vaast-la-Hougue en julio y hasta la batalla de Crécy en 1346, se englobaron en un mismo plan efectivo de campaña, diseñado específicamente para ser desarrollado en aquella región, en contraposición a la definición de “cabalgada”, que veía la marcha de Eduardo como un hecho planeado en el último minuto y cuyos objetivos nunca fueron claros.

El autor comenzó el capítulo con una referencia al día posterior a la batalla, cuando Eduardo y su ejército celebraban su victoria sobre sus enemigos, a lo que citó la obra de Jean le Bel, que se refería al suceso como una "pequeña compañía contra todo el poder de Francia".<sup>141</sup> Con ello comenzó su análisis con el cuestionamiento de esta afirmación, pues según el autor, aunque las tropas de Eduardo habían sido superadas en número por las de Felipe, lo cierto es que el rey inglés había trasladado uno de los ejércitos más grandes a las

---

<sup>141</sup> *Ibidem*, p. 253.

costas de Normandía.<sup>142</sup> Además de ello, Ayton destacó la enorme capacidad militar que tuvo Eduardo para construir un ejército altamente ofensivo, profesional y reducido en la dependencia de mercenarios extranjeros.<sup>143</sup>

Sin embargo, Andrew Ayton no identificó el problema medular en la capacidad militar del ejército inglés, sino en el cálculo preciso de la cantidad de efectivos convocados por Eduardo. Pero no por la carencia de fuentes, sino porque éstas eran incomprensibles o estaban incompletas, lo que impidió –y ha impedido– obtener una respuesta contundente del número de soldados, su estructura y su composición.<sup>144</sup> Para ejemplificar el predicamento al que se ven los investigadores de la batalla, el autor realizó un análisis de los escritores y las obras en las que han ofrecido sus propias cifras. Entre ellas, destaca el reciente estudio de Jonathan Sumption,<sup>145</sup> quien calculó que el ejército que desembarcó en Saint-Vaast fue de 7.000 a 10.000 hombres, mucho menor que la clásica cantidad de 10.000 a 15.000 soldados que desde Charles Oman eran contempladas.<sup>146</sup>

Además de las obras recientes, el autor también se dio a la tarea de explicar algunas de las fuentes primarias que pudieran ayudar a entender el ejército de Eduardo III. Por ejemplo, explicó sobre los impuestos que tenían que pagar los terratenientes para proporcionar soldados al ejército, pero que no dejaron de ser considerados como fuentes indirectas. De cualquier forma, son la mejor opción para describir parte de las tropas inglesas, pues desafortunadamente las listas de reclutamiento y de los caballeros se perdieron con el paso del tiempo, junto con la posibilidad de tener el número exacto de los hombres que participaron en la campaña.<sup>147</sup>

El capítulo de Andrew Ayton fue un recuento de las formas en que se ha calculado el número exacto de los soldados traídos por Eduardo durante su invasión de 1346. Si bien no

---

<sup>142</sup> *Idem.*

<sup>143</sup> *Ibidem*, p. 254.

<sup>144</sup> *Idem.*

<sup>145</sup> Jonathan Sumption, *The Hundred Years War: Trial by Battle*, Londres, Faber and Faber, 1999, X-659 p., mapas.

<sup>146</sup> Ayton, *op.cit.*, p. 259.

<sup>147</sup> *Ibidem*, pp. 254-259

propuso una nueva metodología o una cifra conclusiva,<sup>148</sup> la importancia de su estudio recayó en que, de todos los trabajos presentados en el libro, éste junto al de Robert Massey: "Lancastrian Rouen: Military Service and Property Holding, 1419-49",<sup>149</sup> fueron los únicos que se dedicaron a la temática militar; y más aún, se reflejó un cambio de paradigma histórico, pues en toda la obra no existió un apartado que se dedicara enteramente a la batalla de Agincourt, la "gran batalla inglesa de la Guerra de los Cien Años". La razón de ello sería difícil de responder en esta investigación, valdría la pena una pesquisa comparativa entre la historiografía de las tres batallas importantes inglesas de la guerra: Crécy, Poitiers y Agincourt, lo que permitiría entender mejor la causa de este decaimiento en importancia sobre Agincourt. ¿Será acaso un agotamiento del tema? Es decir, los historiadores se preocuparon tanto de la batalla en el pasado que ya no había más tópicos de exploración científica. ¿O posible que el aspecto simbólico de la batalla "ser la más importante victoria inglesa" haya sido sustituido por la batalla de Crécy? En caso de que la respuesta estuviera más encaminada a la segunda pregunta, ¿por qué en los años noventa fue cuando cambió la tendencia simbólica de Crécy si ya había sido un tema de interés para los autores de principios del siglo XX? Si se observa en retrospectiva, aún desde los años setenta Agincourt mantuvo su preeminencia, pues John Keegan y Robert Hardy siguieron marcándola como tema central de la guerra medieval en sus investigaciones.<sup>150</sup> Sin embargo, como se observó en el análisis de la historia de la Revolución Militar, la búsqueda de los historiadores por encontrar las bases de los vertiginosos cambios militares del siglo XVI les permitieron ampliar el marco temporal gracias a la Revolución Militar de Rogers,<sup>151</sup> por lo que entonces la tendencia fue ver en la Guerra de los Cien Años los orígenes de tan importante teoría. Así, la importancia de la batalla de Crécy radicó en ser la primera donde la infantería mostró su relevancia

---

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 268.

<sup>149</sup> Robert Massey, "Lancastrian Rouen: Military Service and Property Holding, 1419-49", en *England and Normandy in the Middle Ages*, Londres, The Hambledon Press, 1994, pp. 269-286.

<sup>150</sup> *Vid.* Robert Hardy, *Longbow, a Social and Military History*, 4a ed., Sparkford, Haynes Publishing, 2010, 244 p., ils.; John Keegan, *El rostro de la batalla*, trad. Juan Narro Romero, Madrid, Turner Noema, 2013, 380 p., mapas. En el primer caso, el apartado dedicado a la batalla de Agincourt es el más extenso y desarrollado de todos; en el segundo caso, Agincourt es la única batalla medieval presente en su estudio.

<sup>151</sup> Clifford Rogers, "The Military Revolution of the Hundred Years War", *The Journal of Military History*, v. 57, n.2, abril 1993, pp. 241-278.

definitiva contra la caballería y por ende, el antecedente más importante de las guerras renacentistas.

Por lo tanto, el contenido del capítulo de Andrew Ayton importó menos por su resumen de las fuentes para calcular el tamaño del ejército de Eduardo III, que por ser el preludio a lo que serían los próximos veinticinco años de historiografía inglesa, en los que existió un mayor número de historias específicamente dedicadas al estudio de Crécy y de su importancia histórica, lo cual llegará al clímax con la obra del mismo autor *The Battle of Crécy 1346*, publicada en 2005. Su trascendencia también radicó como parte de una obra mucho mayor y con objetivos dedicados a un contexto de su desarrollo: Gran Bretaña y la Unión Europea. Así, el escrito de Ayton en realidad no buscó explicar las causas de la batalla, mucho menos describir cómo se llevó a cabo la batalla, simplemente fue un análisis de los problemas metodológicos que han impedido obtener información certera sobre el desarrollo de la campaña y de la batalla de Crécy. Esto porque los objetivos del libro en su conjunto no se concentraban en buscar las diferencias de Inglaterra y Francia –a gran escala–, sino celebrar la gran relación histórica que tuvieron ambas regiones, pues era menester hacer la referencia a que Inglaterra y Francia surgieron y se consolidaron en la Edad Media.

ΦΦΦ

En este apartado se observaron dos formas en las que los historiadores se ocuparon del tema de la Guerra de los Cien Años e intentaron relacionarlo con su propio contexto histórico. En primer lugar, Jonathan Sumption logró desarrollar una investigación científica en todo sentido de la palabra. Su objetivo fue crear una de las obras sobre la Guerra de los Cien Años más extensa y profunda hasta entonces. Sus documentos bibliográficos estuvieron integrados tanto por fuentes primarias, que fueron más allá de la mera utilización de Froissart, como por trabajos de historiadores académicos, tanto de carácter científico como difusivo. De esta forma, en el cuerpo de la obra de Sumption fue posible encontrar debates en torno al significado de la campaña y de la batalla de Crécy. Así, en su trabajo aparecieron problemáticas como: si Eduardo desarrolló un plan secreto para invadir Normandía, o si la devastación sobre Francia tuvo más que ver con un objetivo político impulsado por el rey inglés.

Por otro lado, la obra de Anne Curry y por extensión, la de Andrew Ayton, sobresalió por ser la más obvia en sus objetivos y la que mejor ejemplifica el contexto de los historiadores que ayudaron a integrar la edición. Su propósito fue observar las relaciones políticas, militares, económicas y sociales en las que tanto Inglaterra como Normandía se desarrollaron en la Edad Media. En una mirada periférica, es la que de mejor manera pudo representar el contexto histórico de principios de los años noventa y la idea de la relación que estaban por construir Inglaterra y Francia a principios de los años noventa.

Finalmente, desde los años ochenta la construcción de batalla de Crécy y sus significados se ampliaron más allá de las representaciones del conflicto que enmarcaban la guerra alejada de su contexto medieval. Al contrario, los historiadores comenzaron a representar la importancia de la batalla en un contexto histórico: Crécy fue la primera batalla importante de la Guerra de los Cien años –y con ello, era una forma específica de llevar la campaña–; la Guerra de los Cien Años fue importante por su relación entre Inglaterra y Francia; por lo tanto, Crécy trascendió históricamente y la compleja relación anglo-francesa fue recuperada en las historias referentes a la Guerra que se vinculaban con la realidad política de los años noventa. No era lo mismo una Comunidad de pequeños tratados internacionales, que una Unión Europea con todo lo que ello significaba.

## **II.6. Conclusión**

En este segundo capítulo fueron plasmadas algunas de las obras que en su propio contenido, estructura y fecha de edición, podían representar de mejor manera el contexto, la historiografía general y militar de la segunda mitad del siglo XX. Cada uno de los trabajos ayudó a ejemplificar las transformaciones más importantes en la historia de la batalla y campaña de Crécy. Primero se habló del contexto de Gran Bretaña en la posguerra y su evolución como un “mundo” separado del resto de la Europa continental; con sus propias tradiciones y formas de ver la historia, pero que al final tuvo que preguntarse hacia dónde iba y cuál sería su futuro en el contexto de la nueva Europa a la que se perfilaba el Continente.

Después se explicó la relación entre la historiografía británica y su contexto, esto es, las interacciones entre el mundo sombrío que había dejado la posguerra y el capitalismo de los años cincuenta, con lo que los enormes triunfos del comunismo de la posguerra parecían

ser la corriente que podía ofrecer una visión del mundo diferente, lo que incentivaría a una generación de historiadores a formar el Partido Comunista y escribir sus textos en relación a las preocupaciones de la economía como motor de la historia.

Sin embargo, por más importante que fuera este movimiento historiográfico en Inglaterra, lo cierto fue que su inferencia en la historia militar era muy escasa, y más bien, la historia de la guerra siguió su propio camino a finales de los años cincuenta, y más que preocuparse por los aspectos económicos, centró sus argumentos en la tecnología y en el evolucionismo –revoluciones–. Pero apenas unos años más tarde, en la década de los sesenta, volvería a replantearse la historia militar y se preocuparía por ampliar sus horizontes hacia una historia que sustituyera la construcción de la historia a partir de la visión política, de la “pieza de batalla” y de los grandes hombres, por una más social y preocupada por resaltar la participación de los no combatientes en los conflictos bélicos.

Posteriormente, se dio una renovación de la historia militar en su narrativa, que estuvo muy relacionada con el giro lingüístico y los diálogos entre la historia y la antropología de los años setenta y ochenta; debido a que los historiadores sustituyeron su papel como actores sociales de peso por uno mucho más encaminado al lenguaje científico y superespecializado de las academias, en el que el lenguaje utilizaba una terminología mucho más científica. Así pues, a partir de una nueva narrativa encaminada a la difusión, los historiadores construyeron obras relacionadas con los discursos literarios en los que el papel del soldado común –cuya posición en la cadena de mando se encontraba en los últimos escalones– en la guerra. Principalmente su relación ante el “rostro de la batalla”, pero también su factor social –como el reclutamiento, su lugar de origen, entrenamiento– y el antropológico –sus rituales, el coraje, la cobardía.

Por último, el propio contexto de los acercamientos entre Francia y Gran Bretaña a principios de los años noventa, ayudaron a los historiadores a retomar las historias generales de la Guerra de los Cien años y la importancia de una Europa unida sin fronteras, más allá de los diferentes tratados económicos y educativos que se habían promulgado desde los años cincuenta. De cierta forma, era una colaboración directa de los historiadores al debate de la posición histórica de Inglaterra y si debía o no entrar completamente y subordinarse a un parlamento europeo.

Aunado a ello, no deben olvidarse las historias universales que, desde los años setenta, volvieron a aparecer en aras de una historia global, pues esta idea de la totalización de la historia serviría como un referente de la creación de tres inmensos volúmenes sobre la Guerra de los Cien Años, los cuales cubrirían detalladamente el espectro de los no combatientes y de las batallas y campañas por igual.

Ahora bien, ¿de qué manera afectaron estos debates a la construcción de la campaña y de la batalla de Crécy? En primer lugar, se transformó el paradigma de interpretación de la batalla, pues de una “aventura peligrosa” se pasó a una visión de la marcha sobre Normandía como una *chevauchée*, cuyos objetivos eran devastar el territorio enemigo, pero en la que la batalla se dio por la incompetencia de Eduardo para escapar de su enemigo.

En segundo lugar, esta nueva idea de la campaña estuvo directamente relacionada con el cambio del objeto de estudio de los historiadores relacionado con el propio contexto historiográfico y político-social de Gran Bretaña. Como el positivismo científico había desaparecido, los investigadores dejaron de centrar sus trabajos en las batallas medievales y comenzaron a estudiar la periferia, esto es, las campañas desde una visión renovada en la que se entendía todo el proceso que le permitía a un ejército mantener su complejidad –la logística, el reclutamiento, el transporte, los suministros, etc.–. Por lo tanto, los no combatientes fueron un problema que los historiadores trataron de investigar, al mismo tiempo que la *chevauchée* de Eduardo era entendida en su propio contexto, y por lo tanto, reivindicó a los comandantes medievales: claro que tenían estrategia, sólo que esa estrategia no era de ninguna forma la que se entendía a partir de Clausewitz desde el siglo XIX.

Además ¿cómo se transformó el significado del conflicto? En cierta forma, fue una nueva visión de la guerra medieval, alejada de la idea de los comandantes incompetentes e inoperantes del positivismo. Ahora, los reyes y comandantes sabían lo que hacían, pero no estaban solos en las guerras, sino que llevaban a toda una población en contra de otra.

Por otro lado, la batalla de Crécy tuvo un repunte en su importancia histórica, e incluso en las historias generales de la Guerra de los Cien Años y de divulgación llegó a posicionarse a la par de Agincourt en trascendencia. Pero su más grande logro fue haberse coronado como la primera, y por ello, la que dio inicio a las transformaciones de la

Revolución Militar del Renacimiento. Así pues, según los historiadores, sentó las bases en el desarrollo de lo que posteriormente serían los ejércitos permanentes, entrenados y constituidos en su gran mayoría de infantes.

Con todo este contexto intelectual, la historia del conflicto de Crécy llegó al nuevo milenio impulsada por nuevas las nuevas generaciones de historiadores medievales, que pusieron en perspectiva la importancia de la batalla de Crécy en la guerra del Medioevo. Pero antes, historiadores generalistas y de otros periodos de la historia militar inglesa, trataron de detener el empuje que el conflicto adquiriría sobre la historiografía, y de minimiza su importancia y significado histórico contra todo pronóstico. Pero ya no había vuelta atrás, y si al principio parecía que lo habían logrado, al final triunfó Eduardo III como hacía casi setecientos años.

## CAPÍTULO III

*... la cultura mexicana está conformada por una matriz de tradición hispana y occidental que se manifiesta cotidianamente en el uso de la lengua, la concepción del tiempo, las festividades religiosas, la onomástica, la toponimia y la existencia de corporaciones de origen medieval como la propia Universidad Nacional Autónoma de México...*

Martín Ríos, *Los estudios medievales en México: balance y perspectivas.*

*Es imposible reconstruir el pasado. Los historiadores pueden, en el mejor de los casos, hacer más que presentar un crudo esquema, un sketch en el que muchos de los detalles están perdidos. Las batallas medievales presentan problemas particulares. Incluso de las contemporáneas, sería imposible obtener una imagen completa de los eventos que estaban inevitablemente confundidos y confusos.*

Michael Prestwich, *The Battle of Crécy.*

### **III.1. Terrorismo, generaciones mezcladas y el *Fin de la Historia***

La sociedad que surgió de la Guerra Fría entró al nuevo milenio con una gran confianza y expectativas positivas hacia un futuro que, se creía, no repetiría los mismos errores del pasado. También se esperaba que el mundo llegara a la tan anhelada paz y el fin de todas las guerras que, desde 1914, rezaba la propaganda estatal; al mismo tiempo, se creía que el nuevo milenio que se avecinaba gozaría de una estabilidad económica sin precedentes, pues finalmente había triunfado el mundo neoliberal sobre el comunismo, y no había razón para creer en más crisis monetarias o comerciales en el futuro. Así, las generaciones posteriores a la caída del Muro de Berlín hicieron a un lado el miedo a la guerra nuclear y lo sustituyeron por la esperanza en un mundo tecnocrático e interconectado, cuya propuesta de progreso estaba abanderada por las telecomunicaciones –y entre ellas, el internet– y un *boom* tecnológico como nunca antes en la historia se había visto.

Por desgracia, aunque los hombres y mujeres de la nueva generación observaron que la fragmentación del comunismo –con excepción de China, Cuba y Corea del Norte no representaban una importante contraparte al neoliberalismo– ya no compartían la misma incertidumbre por la destrucción del mundo en que habían crecido sus padres, tan solo sería cuestión de tiempo para que las nuevas crisis económicas, sociales y políticas pusieran a temblar el ideal de paz y unidad tan anhelada por las generaciones de las posguerras y la Guerra Fría.

A nivel global, la idea de una Tercera Guerra Mundial había caído en el olvido, mucho antes que lo hiciera el Muro de Berlín, y cuando a los antiguos Estados comunistas finalmente se les permitió elegir su sistema político, parecía que la llegada de la paz global no era más que cuestión de tiempo.<sup>1</sup> Sin embargo, éstas no eran más que buenas intenciones, pues la realidad era muy diferente de lo que el mundo occidental creía que sería la transición política y económica de estos países. Las guerras civiles por el poder fueron los conflictos que más resonaron entre la mayoría de los antiguos países pertenecientes a la Unión Soviética, y sin duda, la guerra en los Balcanes en la antigua Yugoslavia, fue la más sangrienta y duradera de todas ellas (aproximadamente diez años, desde 1990 hasta el 2001).<sup>2</sup> Además, un nuevo enemigo surgió de una región históricamente igual de conflictiva que Europa del Este: Oriente Medio. Sólo que, a diferencia de las guerras civiles tan alejadas del “mundo civilizado”, sus repercusiones terminarían por hacerse sentir a lo ancho del mundo y con una tendencia a ser permanentes.

Si bien la lucha contra el terrorismo no era algo nuevo para Occidente y prácticamente en todo el mundo era conocido y practicado desde hacía siglos, lo cierto es que a partir de la mitad del siglo XIX, el sabotaje a las líneas de comunicación y de abastecimiento en las zonas dominadas por los viejos imperios, así como el de las guerrillas y los atentados contra

---

<sup>1</sup> Actualmente [agosto de 2015] solamente sobreviven tres países con un sistema comunista: Cuba, China y Corea del Norte. La primera parece estar a punto de entrar a una democratización y sustitución del modelo comunista en el momento en que se reanudaron las relaciones con Estados Unidos. La segunda tiene más el nombre que el sistema, pues poco queda de la herencia de Mao Zedong. La tercera, Corea del Norte, es el único Estado que se ha aferrado a la idea del comunismo, pero más que levantar el estandarte de Marx y Lenin, se convirtió en una dictadura familiar.

<sup>2</sup> Wiliamson A. Murray y Geoffrey Parker, “El mundo de la posguerra”, en *Historia de la Guerra*, Madrid, Ediciones Akal, 2010, pp. 396-402.

contingentes militares desplegados en el territorio enemigo, pocas veces afectaban de forma directa a la vida civil en la metrópoli.<sup>3</sup> Como la mayoría de los atentados ocurrían en el territorio ocupado por la potencia, y su objetivo principal eran las fuerzas de ocupación, eran pocos los que se preocupaban por el impacto del terrorismo. El problema apareció cuando grupos extremistas cambiaron su blanco, y en vez de causar estragos entre las fuerzas militares, centraron sus ataques en la población civil, tanto en el territorio que defendían, como en el corazón mismo de la metrópoli.

De esta forma, una nueva forma de entender la guerra apareció después de 2001,<sup>4</sup> cuando algunos miembros de la célula terrorista Al-Qaeda secuestraron dos aviones para estrellarlos en dos de los emblemas más importantes de Estados Unidos: las Torres Gemelas. Este hecho incitó a los países occidentales<sup>5</sup> a declarar abiertamente una “guerra contra el terrorismo”, lo que se tradujo en una prolongada confrontación entre las grandes potencias y los grupos extremistas que, aún en fechas contemporáneas, no parece tener fin. Quizá la razón por la que fue tan importante este hecho se debió a la lejanía del lugar de origen de los autores del atentado, pues en el caso de Inglaterra, España y Rusia, que ya habían sufrido ataques dentro de su territorio, los organizadores formaban parte de sociedades que buscaban la independencia de sus territorios –y en cierta medida podían generar cierta empatía con el observador–; pero Al-Qaeda estaba al otro lado del mundo y, de alguna forma, el interés por esa región había decrecido mucho después de la Guerra del Golfo (1990-1991), por lo que la población civil norteamericana no entendía a ciencia cierta qué había motivado a estos terroristas a secuestrar algunos aviones y estrellarlos en el corazón mismo del mundo occidental.

La tragedia de los atentados del llamado “9-11” fue un acontecimiento que se transmitió en tiempo real por todo el mundo y, sin duda, todos los que lo pudieron observar

---

<sup>3</sup> Con algunas excepciones, como los atentados que organizaban algunas sociedades anarquistas –principalmente obreras– en contra de fábricas, burgueses y gobernantes.

<sup>4</sup> Sin embargo, no debe olvidarse que ya desde la segunda mitad del siglo XX, Inglaterra se había enfrentado a los separatistas irlandeses y España a la organización ETA del País Vasco.

<sup>5</sup> Al mismo tiempo, no sólo en Occidente se dieron hechos terroristas, también Rusia sufrió diversos atentados, como el secuestro de alumnos en una escuela en Beslán, la toma de rehenes en un teatro en Moscú y las detonaciones de bombas en el metro de Moscú. Otro caso parecido al de las Torres Gemelas fue el atentado en el vuelo 103 de Pan Am, que terminó por explotar sobre la ciudad escocesa de Lockerbie.

se dieron cuenta de cómo se escribía la historia con la ayuda de la interconexión mundial en telecomunicaciones –lo que incluso le permitió al mundo entero observar en tiempo real la ofensiva de la OTAN sobre Afganistán en 2001. Así pues, ya no quedaba ninguna duda: la sociedad se encontraba cada vez más conectada entre sí en casi todos los aspectos cotidianos. Los aviones podían llegar a cualquier parte del planeta y siempre de manera más rápida, gracias a los avances en la infraestructura aeronáutica –producto de la carrera espacial que durante toda la Guerra Fría se desarrolló. El internet también avanzaba a pasos agigantados, por lo que se posicionó como un eficiente medio de información y de comunicación desde la primera década de los dos mil, convirtiéndose en una herramienta indispensable para una parte de la población mundial en el futuro.

Por otro lado, este creciente acercamiento de las diferentes regiones del mundo repercutió innegablemente en la forma en que se pensaba y construía la historia desde la Academia. Las tendencias historiográficas, marcadas por el propio encierro histórico de los países, ya no determinaban en gran medida la corriente establecida en una nación; lo que significó una fragmentación entre las diferentes escuelas nacionales: en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania aparecieron los diferentes giros (lingüístico, cultural, antropológico). Sólo en Francia la escuela de *Annales* mantuvo su referencia histórica y en 1994 tomó el nombre de *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. Sin embargo, autores como Jaume Aurell dudan que ésta pueda considerarse una cuarta generación de la escuela, precisamente por la desintegración de las escuelas nacionales desde finales de los años ochenta.<sup>6</sup>

Es menester hacer mención de una importante obra publicada en 1992, *The End of the History and the last Man*<sup>7</sup> de Francis Fukuyama. En plena desintegración de la Unión Soviética, Fukuyama consideró que la historia, vista como la constante lucha entre los regímenes antagónicos, finalmente terminó cuando la democracia liberal comandada por Estados Unidos triunfó sobre el comunismo, extendiéndose a lo largo de todo el planeta. La propuesta de Fukuyama no se refería al fin de la historia como la consumación de los hechos históricos, sino más bien a que no existía un sistema ideológico y económico que pudiese

---

<sup>6</sup> Jaume Aurell, *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 155-156.

<sup>7</sup> Francis Fukuyama, *The End of History and the last Man*, Nueva York, The Free Press, 1992, 418 p.

competir con el neoliberal, lo que implicaba la muerte de lo que él entendía era el motor de la historia: la confrontación de poderes. Pero el debate de Fukuyama sobrepasó el plano historiográfico y abarcó el panorama mismo de la política, aunque finalmente, así como ascendió su interpretación también se vino abajo el interés por su propuesta.<sup>8</sup>

Así pues, desde principios de los años noventa apareció una crisis en la historia dada por “los efectos revitalizantes de la narrativización de la historia y la desorientación respecto a su función entre las ciencias sociales”,<sup>9</sup> lo que se tradujo en la imposibilidad de encasillar la historia en un único método al cual la mayoría de los historiadores se sintieran identificados. Esto provocó una imposibilidad de englobar en su totalidad una obra dentro de una exclusiva historiografía –especialmente si de la historia de la batalla de Crécy se hablaba–, pues la historiografía militar no sólo eran historias en sentido militar, sino que además incluían perspectivas narrativas, culturales y de significado, que muchas veces eran difíciles de encasillar en una única perspectiva de investigación.

Este último capítulo estará dividido en tres partes. Cada una representará una pieza importante de cómo se transformó la construcción de la campaña y de la batalla de Crécy, junto a la evolución de su significado. En la primera parte se estudiará la obra de Clifford Rogers, un americano que retomará todos los conflictos en los que participó Eduardo III para concluir en una visión nueva de la campaña inglesa en 1346. No desde la perspectiva táctica, sino de la estrategia. Será el primer estadounidense en generar una aportación importante respecto al significado de las guerras de Eduardo III desde América, al mismo tiempo que pondrá fin a las interpretaciones clásicas sobre Crécy, que era entendido como un conflicto muy por debajo de lo acontecido en Agincourt.

La segunda parte será la otra cara de la moneda. Si bien Rogers revolucionó la idea de la forma en que debería de interpretarse el conflicto, su trabajo principal *Werre cruelle and sharpe* (1994) aún permaneció poco conocido entre los historiadores del tema en Inglaterra, lo que propició que la visión del conflicto continuara interpretándose como un

---

<sup>8</sup> Aurell, *op.cit.*, pp. 200-201.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p, 199.

hecho sin más significado que ser la primera batalla de la Guerra de los Cien Años, pero que no se comprenderá más allá de ser una mera fecha en los anales de la historia.

La tercera parte, en cambio, será la revitalización histórica del significado de Crécy. Estará constituida por dos trabajos importantes desde la historiografía inglesa, que indudablemente representaron la llegada definitiva de la importancia histórica del conflicto en el desarrollo de la historia británica. De igual forma, un aspecto importante sobre estos personajes fue la enorme brecha generacional que separó a los escritores: uno lo con una edad de más de cuarenta años, y otro con menos de veinte; pero que culminarían con una nueva visión de la figura de Eduardo III, de su gobierno y de la campaña de 1346, la cual terminó con las viejas interpretaciones: primero, en la búsqueda de un equilibrio historiográfico entre Agincourt y Crécy, en el cual se reflejaron sus valores históricos en Inglaterra; y en segundo lugar, como un intento de superar la vieja visión histórica de la “gran batalla medieval inglesa”, además de ofrecer una nueva idea de la importancia que tuvo para la historia inglesa el reinado de Eduardo Plantagenet.

De cierta forma, los siguientes estudios –con excepción de Rogers y Barber– no representaran en sí mismos cambios constructivos tan radicales como se dieron desde tiempos de Charles Oman. El camino que siguieron la mayoría de estos historiadores fue el de abordar el conflicto desde su significado: ¿qué significó para la historiografía y para las masas la primera batalla de la Guerra de los Cien Años? La respuesta encontraría en sus descripciones, pero sobre todo, en sus omisiones.

### III.2. La influencia estadounidense: una nueva interpretación de la campaña

La presencia de la globalización encabezada por el mundo occidental, trajo consigo nuevas perspectivas sobre el estudio de la Ciencia Historia en colaboración entre Inglaterra y los historiadores al lado opuesto del Atlántico: Estados Unidos. Si bien la historiografía analizada hasta ahora no ha contemplado la producción norteamericana, esto ha sido por la inexistencia de obras importantes afines al tema de la batalla de Crécy producidas hasta antes de los años noventa. En este sentido, las obras de Clifford Rogers no podrían ser ignorados en favor de un estudio dedicado enteramente a Inglaterra, pues sus postulados trascendieron las fronteras nacionales y fueron utilizados constantemente en la construcción de trabajos ingleses.

Así pues, en el contexto en que la historia de la Guerra de los Cien Años había estado marcada por la necesidad de los historiadores británicos y franceses de abordar las implicaciones de las relaciones anglo-francesas cada vez más estrechas, las relaciones académicas se estrecharon aún más y hombres como Clifford Rogers (1974), interesados en la historia de la Edad Media, sobresalieron en la búsqueda de nuevas interpretaciones sobre aspectos antes monopolizados por las academias europeas, y a principios de los años noventa, Rogers retomó los estudios de sus colegas medievalistas al otro lado del océano y desarrolló uno de los trabajos más trascendentes sobre la interpretación de la batalla y la campaña de Crécy. El historiador se graduó de Ohio State University en 1994 con la tesis doctoral *Werre Cruelle and Sharpe*, y desde entonces ha participado en un gran número de conferencias y colaboraciones sobre historia militar medieval, tanto en Norte América como en Europa. Fue uno de los miembros fundadores y editor de la publicación *Journal of Medieval Military History* y de la página web [deremilitari.org](http://deremilitari.org), ambas dedicadas al estudio de la estrategia, táctica y demás tópicos referentes de la historia militar en la Edad Media desde Estados Unidos.<sup>10</sup> Actualmente se desempeña como profesor de la Academia Militar West Point en

---

<sup>10</sup> [http://www.boydellandbrewer.com/authors\\_manuscripts\\_jmmh.asp](http://www.boydellandbrewer.com/authors_manuscripts_jmmh.asp) ; <http://deremilitari.org/>  
(consultados 23/07/2015).

Estados Unidos, en la que imparte los cursos referentes a Historia Militar en la Antigüedad, durante la Edad Media y del Arte de la Guerra en el siglo XX.<sup>11</sup>

De entre todas las publicaciones de Clifford Rogers, es posible destacar al menos tres de gran importancia para este estudio: los artículos "The Military Revolution of the Hundred Years War", "Edward III and the Dialectics of Strategy, 1327-1360...", la tesis de doctorado *Werre cruelle and sharpe: English Strategy Under Edward III, 1327-1347* y el libro *The Wars of Edward III, Sources and interpretations*.<sup>12</sup> El primero de estos trabajos, sobre la Revolución Militar, ya fue abordado en el apartado que le correspondía,<sup>13</sup> así que en esta sección se hablará únicamente de los tres restantes que tuvieron como tema central tanto la campaña de Eduardo III en Normandía, como el proceso histórico de las guerras contra Escocia, y cómo éstas le permitiría al rey inglés desarrollar su estrategia contra su enemigo francés. Así pues, valdría la pena comenzar con sus demás trabajos en orden cronológico.

En su artículo "Edward III and the Dialectics of Strategy...", Rogers desarrolló una nueva perspectiva de la campaña de Eduardo en Normandía, a partir de las semejanzas producidas por las guerras entre Inglaterra y Escocia diez años antes de Francia, en las cuales el autor consideró que el rey inglés aprendió cómo luchaban los escoceses para después utilizar una estrategia similar en sus propias campañas. Dicha visión fue bastante novedosa, pues ya no se interpretó la campaña del monarca desde una perspectiva de "un comandante que era un gran táctico pero pésimo estratega", sino que ahora, buscó entender la evolución de su pensamiento estratégico, de tal manera que, para Rogers, la cualidad táctica del regente no fue motivo que le interesara representar.

Desde una perspectiva global, esta metodología en realidad no era nueva. De hecho, al regresar a las primeras lecturas revisadas en esta investigación, la comparación entre

---

<sup>11</sup> <http://www.usma.edu/history/SitePages/Clifford%20Rogers.aspx> (consultado 23/07/2015).

<sup>12</sup> Clifford Rogers, "The Military Revolution of the Hundred Years War", *The Journal of Military History*, v. 57, n.2, abril 1993, pp. 241-278.; "Edward III and the Dialectics of Strategy, 1327-1360: The Alexander Prize Essay", *Transactions of the Royal Historical Society*, 6a Serie, v. 4, 1994, pp. 83-102.; *Werre Cruelle and Sharpe: English Strategy Under Edward III, 1327-1347*, Ohio, Ohio State University, 1994, 459 p.; *The Wars of Edward III, Sources and interpretations*, Woodbridge, The Boydell Press, 1999, 384 p., ils., mapas.

<sup>13</sup> *Vid. Supra*, pp. 94-104.

batallas que hicieron los historiadores era un elemento importante para entender la evolución de la táctica inglesa y del despliegue del ejército de Eduardo durante la batalla de Crécy. La diferencia principal fue que Rogers, en vez de preocuparse por los aspectos tácticos, realizó su estudio a partir la estrategia; un cambio de paradigma heredado de los trabajos sobre la contextualización de la campaña de Hewitt en los años sesenta, en el que se explicaban las campañas de Eduardo en Francia a partir de un contexto específico propio de la guerra medieval, pero que menospreciaba la capacidad estratégica de Eduardo.

Para sustentar sus argumentos, Rogers cuestionó la visión heredada del positivismo decimonónico y su idea de la historia de la guerra –principalmente la desarrollada por Charles Oman y sus lectores–,<sup>14</sup> quienes negaron que en la Edad Media hubiera existido alguna noción de estrategia entre los comandantes de las tropas.<sup>15</sup> A continuación, explicó que las interpretaciones respecto a la campaña de Eduardo fueron modificadas a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando las nuevas generaciones consideraron que las ideas de Oman eran obsoletas, como lo hiciera Hewitt y sus seguidores,<sup>16</sup> quienes consideraron la *chevauchée* del rey inglés sobre Normandía como una forma de evitar la batalla en vez de buscarla.<sup>17</sup> Por lo tanto, el objetivo del autor durante el desarrollo de su artículo fue tomar como ejemplo la campaña de Crécy para poner en oposición ambas líneas historiográficas para analizar los objetivos de la cabalgada de Eduardo sobre Francia: generar la devastación política y económica en el territorio francés, lo mismo que mermar el prestigio de los Valois ante sus súbditos. Esto a partir del rastreo de los orígenes de esta estrategia en la propia experiencia del monarca en las guerras que libró en contra de los escoceses.<sup>18</sup>

Ahora bien, el autor comenzó su análisis con la relación entre la primera fase de la Guerra de los Cien Años y las campañas en Escocia. Para ello, la primera lección de la que

---

<sup>14</sup> Sumado a los autores revisados en el primer capítulo de esta investigación, deben agregarse J.F.C. Fuller, *The Decisive Battles of the Western World and Their Influence Upon History*, s/l, Paladin, 1970, 2v.; Liddel Hart, *La estrategia de aproximación indirecta (las guerras decisivas de la historia)*, Barcelona, Atalaya, s/f., 377 p., mapas; Edouard Perroy, *La Guerra de los Cien Años*, Madrid, Akal, 1982, 332 p.

<sup>15</sup> Rogers, *op.cit.*, p. 83.

<sup>16</sup> Por ejemplo, Christopher Allmand, *The Hundred Years War: England and France at War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, 207 p., mapas.

<sup>17</sup> Rogers, *op.cit.*, p. 84.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 85.

Eduardo III tomó nota fue la batalla de Bannockburn (1314), de la que aprendió la táctica de formación cerrada de piqueros desmontados en contra de una carga de caballería desprovista de tropas auxiliares.<sup>19</sup> Así, para 1327, cuando los escoceses lanzaron una nueva ofensiva de devastación al norte de Inglaterra, el rey inglés ya era consciente de la capacidad militar de sus enemigos, por lo que rápidamente movilizó sus tropas para tratar de darles alcance y someterlos a una batalla que, a diferencia de su padre Eduardo II, fuera mucho más conveniente para él. Sin embargo, cuando finalmente pudo conocer la posición de su enemigo, se encontró con que ellos ya habían elegido la posición más ventajosa sobre una colina, lo que significó –según el autor– que el monarca se hallara en una situación de “pérdida-pérdida”:

Esto dejó a los ingleses en una situación de pérdida-pérdida. Atacar significaría invitar a una repetición de Bannockburn, que era claramente lo que los escoceses estaban esperando; por otro lado, no atacar significaría permitir que el enemigo escapara sin castigo; el enorme esfuerzo y el gasto puesto en la organización de la expedición inglesa se disiparían sin resultado; y el prestigio del gobierno real, una vez más, caerían al fondo de las rocas.<sup>20</sup>

De esta forma, Eduardo eligió el peor de los males y permitió que los invasores se retiraran impunes sin ofrecerles batalla, lo que se tradujo en un duro golpe a la credibilidad del rey en la franja norte de Inglaterra.<sup>21</sup> Por ello, Rogers subrayó la gran capacidad de Eduardo para aprender de sus experiencias en campaña, pues aunque sufrió una terrible derrota política en 1327, el conocimiento sobre la guerra que éste adquirió le permitió desarrollar una nueva forma de guerrear que exportaría a Francia en años posteriores.

Sin embargo, el rey inglés no necesitó esperar demasiado para poner en práctica su idea de la guerra, pues ocho años después triunfó en la Batalla de Halidon Hill (1333), tras

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 86. Debe tenerse en cuenta que en esta fecha el rey no tenía más de dos años, por lo que cuando el autor se refirió a aprendizaje, en realidad habló de conocimiento *a posteriori* gracias a la historia.

<sup>20</sup> "This left the English in a lose-lose situation. To attack would be to invite a repetition of Bannockburn, which is clearly what the Scots hoped for; on the other hand, not to attack would be to allow the enemy to escape unpunished; the massive effort and expense put into mounting the English expedition dissipated without result; and the royal government's prestige once again sent to rock bottom", *ibidem*, p. 87.

<sup>21</sup> Además del fin de la interferencia inglesa en Escocia para elegir rey o cobrar impuestos, también significó el que ciudades del norte dejaran de pagar impuestos a la corona y por lo tanto, una menor relación con Eduardo III.

devastar el territorio –como lo hicieron los escoceses en la campaña anterior–, y al elegir la mejor posición para luchar, al seleccionar un terreno que fácilmente podía defender con su ejército –táctica defensiva que posteriormente empleará en la batalla de Crécy. El resultado se tradujo en una terrible derrota para los escoceses, lo que finalmente llevó al poder a Ballion (un rey favorecido por el mismo Eduardo) y a la anulación de la paz vergonzosa de 1328.<sup>22</sup>

Ahora bien, Rogers buscó probar cómo la estrategia que Eduardo empleó en su invasión a Francia, tuvo su origen en las guerras escocesas. Pero surgió un cuestionamiento, pues ¿qué no la idea del Eduardo como rey experimentado ya había sido abordada desde los trabajos de Charles Oman y su escuela hasta la primera parte del siglo XX? La respuesta sería afirmativa, pero desde el punto de vista táctico; esto es, el desarrollo del uso de los arqueros apoyados por tropas de infantería desmontadas, a través de la experimentación de las guerras en Escocia. La novedad del trabajo de Rogers recayó en que él le dio más peso a la estrategia que a la táctica, por lo que no únicamente se preocupó por la forma en que el monarca ganó las batallas, sino la relación entre éstas y la búsqueda de un nuevo modelo estratégico que le permitiera sobreponerse a sus enemigos en el terreno militar y político.<sup>23</sup> Una segunda pregunta sería ¿por qué nadie más se preocupó por hacer esta comparación antes? Si bien desde los años sesenta se había dejado atrás la idea de la “aventura peligrosa” de Charles Oman, lo cierto era que la historia militar cambió la visión del arte de la guerra por un análisis social de los conflictos bélicos. Esto significó un entendimiento de los no combatientes, pero se dejó de lado el estudio de la campaña y sus objetivos, por lo que terminó interpretándose como una *chevauchée* genérica que terminó en batalla por la propia incompetencia del monarca inglés.

La segunda parte del artículo de Rogers continuó con la manifestación del conocimiento adquirido en Escocia pero allende el mar, durante los primeros intentos de invadir Francia (desde 1339) por parte de Eduardo III. En esta primera fase de la guerra, la

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 88. De esta forma, Inglaterra volvió a tener influencia sobre Escocia.

<sup>23</sup> Esta es la razón por la que explicó su propia definición de estrategia: “es el arte de usar correctamente los medios militares para lograr objetivos políticos; y las fortalezas y limitaciones de los medios tácticos de un comandante pueden tener efectos poderosos en la conformación de la estrategia”. Por lo tanto, también se integró el carácter táctico del uso de arqueros en las formaciones de batalla. *Ibidem*, p. 89.

estrategia utilizada por el rey fue la misma que empleó contra los escoceses en 1333: saqueó los pueblos, sitió las ciudades y fortalezas importantes, con el afán de llevar a su enemigo a combate donde pudiera ser derrotado con facilidad gracias a una buena elección del terreno y al uso efectivo del ejército defensivo inglés. Sin embargo, Francia era un territorio mucho más grande que Escocia, lo que provocó que Eduardo contratara un gran número de mercenarios del Sacro Imperio para poder hacer efectivas sus campañas, aunque finalmente, las pretensiones de Eduardo se vinieron abajo cuando Felipe VI no quiso presentar batalla bajo ninguna circunstancia.<sup>24</sup>

Ante estos mediocres resultados, Eduardo se lanzó en una nueva campaña en 1346, con un ejército enteramente británico y con objetivos muy puntuales: la destrucción sobre las poblaciones civiles dañaría la recaudación de impuestos de la Corona de Francia, justo como el mismo rey lo padeció en 1327 –cuando las ciudades del norte de Inglaterra dejaron de pagarle tributo al rey inglés–, y lo más importante, obligaría a Felipe a lanzarse a la batalla con la posibilidad de que el monarca inglés repitiera un triunfo como el de Halidon Hill en 1333.<sup>25</sup>

En este punto, Rogers manifestó una discusión propia de la batalla de Crécy ¿Eduardo realmente quería luchar contra Felipe en 1346 o simplemente se vio forzado porque no tenía otra opción? Esto porque la historiografía veía a Crécy como una situación desesperada para el rey inglés, en la que no tuvo más opción que plantarle lucha a su enemigo. Aunque Clifford Rogers intentó demostrar las relaciones estratégicas entre Halidon Hill y Crécy, lo cierto era que las fuentes que pudieran dar una respuesta tajante sobre lo que realmente quería hacer Eduardo III son inexistentes.<sup>26</sup> Según el autor, existieron ciertos elementos que podían ayudar a respaldar la teoría que el rey sí buscó una batalla contra Felipe:

---

<sup>24</sup> *Idem*.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 91. La diferencia entre la campaña de 1346 y las anteriores, fue que en esta Eduardo III tenía una mejor posición política y la suficiente capacidad militar para lanzar una operación enteramente anglosajona sin la necesidad de buscar contratar mercenarios, lo que en cierto modo, era mucho más barata. *Vid.* Anne Curry, *infra*, p. 184.

<sup>26</sup> Rogers, *op.cit.*, p. 92.

Primero, el Parlamento le aconsejó que buscara la batalla. Segundo, siempre reclamó que estuvo buscando activamente un encuentro con las fuerzas de Valois, y a los suyos les dijo lo mismo. Tercero, y más importante, algunas de sus acciones, que sería difícil de explicar de otra manera, respaldan sus palabras.<sup>27</sup>

A continuación, el autor narró las implicaciones tácticas de la formación de batalla inglesa, la cual estaba diseñada únicamente para la guerra defensiva, pues Eduardo no podría competir contra un enemigo que lo superaba en número en su propio territorio. Su única esperanza era que Felipe no soportara más el avance impune del rey de Inglaterra y se lanzara a atacarlo en una posición ventajosa, para repetir lo ocurrido en Halidon Hill en 1333; mismo que ocurriría con los mismos resultados en Crécy, aunque simbólicamente, mucho más dramáticos para los franceses.

De esta forma, el autor logró sus objetivos al realizar una comparación entre las campañas de Escocia y las de Francia, donde participaron Eduardo III y sus comandantes. Además, pudo relacionar estos resultados con la capacidad del monarca inglés para aprender y repetir los resultados de forma efectiva durante sus propias campañas, lo que daría al monarca una cualidad de rey dispuesto a experimentar, que si bien en este artículo apenas fue perceptible, en su siguiente publicación se observó de manera explícita.



Tras su tesis doctoral *Werre Cruelle and Sharpe: English Estrategy under Edward III*,<sup>28</sup> Clifford Rogers se convirtió en uno de los historiadores más importantes sobre el periodo de la Guerra de los Cien Años no sólo de Estados Unidos, sino también en Gran Bretaña. Esto se dio gracias a su novedosa interpretación de la gran *chevauchée* que Eduardo III lanzó sobre territorio francés en 1346, cuya consideración desde finales del siglo XIX había sido una "aventura peligrosa" o un desfile sin objetivos estratégicos claros, en la que la batalla llevada a cabo el 26 de agosto, no fue más que el último recurso que quedó al monarca dada su

---

<sup>27</sup> "First, Parliament had advised him to seek battle. Second, he claimed at the time that he had actively sought to engage the Valois forces, and those with him said the same. Third, and most important, some of his actions, which are difficult to explain otherwise, support his words", *ibidem*, p. 95

<sup>28</sup> Clifford Rogers, *Werre Cruelle and Sharpe: English Strategy under Edward III, 1327-1347*, Ohio, Ohio State University, 1994, 459 p.

incapacidad de poder escapar de Felipe VI. Aquella tendencia interpretativa se basaba principalmente –como lo mencionó Rogers– en el concepto decimonónico que los historiadores militares tenían respecto a la dirección de la guerra. Pensamiento cuya influencia provenía de los trabajos de Clausewitz y Jomini<sup>29</sup> desde el siglo XIX hasta el periodo de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, gracias al nuevo modelo militar producto de las guerras, se revisó la campaña de Eduardo en función de las nuevas experiencias de combate y se construyó la campaña como la incapacidad del monarca por evitar ser capturado por su enemigo, pero en a partir de la estrategia en su propio contexto: los comandantes medievales leían y aplicaban las tácticas del manual de Vegetio, *De Re Militari* –un trabajo de periodo tardorromano–: evitar la batalla a toda costa, a menos que no hubiera otra opción y que todas las circunstancias estuvieran a favor del comandante.<sup>30</sup> Así pues, en la década de los años noventa el autor reinterpretó la *chevauchée* de Eduardo III y plasmó una nueva forma de entender la guerra, la estrategia y la batalla de 1346.

En su tesis doctoral, *Werre Cruelle and Sharpe*, Clifford Rogers demostró cómo la estrategia de Eduardo en Francia fue producto de su propia experiencia militar en las guerras de Escocia, lo que convertiría en un monarca capaz de innovar y de aplicar exitosamente el conocimiento militar adquirido en su propio beneficio en circunstancias completamente diferentes. Especialmente en los capítulos IX y X se observó claramente la nueva interpretación de la campaña y de la batalla; mientras que, en los apartados pasados, el objetivo estuvo dedicado al desarrollo de cómo se aprendió y recreó la forma de hacer la guerra en Escocia. Además, estos capítulos fueron dos partes del mismo tema, sólo que el primero fue una revisión de la interpretación historiográfica de la campaña, mientras que el segundo fue la aplicación concreta de la teoría de Rogers en la campaña de 1346.

Ahora bien, el capítulo IX "The invasion of 1346: strategic options and historiography", comenzó con la partida de las tropas de Eduardo III desde Portsmouth (el 11 de julio), con un itinerario que todos creían –el ejército inglés y el mismo rey Felipe VI– tendría Gasuña como objetivo de desembarco. Gran sorpresa se llevaron todos los

---

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 329-341.

<sup>30</sup> *Vid.* Christopher Allmand, *The De Re Militari of Vegetius The Reception, Transmission and Legacy of a Roman Text in the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, 399 p.

participantes al descubrir que en realidad atacarían Saint-Vaast-la-Hougue en la península de Cotentin en Normandía. Ello permitió a los cronistas interpretar la invasión como una decisión de último minuto del monarca inglés, pues ni siquiera los capitanes de los navíos sabían el rumbo a seguir, pues sus órdenes eran de seguir los almirantes hasta tocar tierra.<sup>31</sup>

Tras un día de navegación con rumbo incierto, el ejército inglés llegó a Saint-Vaast-la-Hougue y casi sin ninguna resistencia –pues los 500 ballesteros genoveses que estaban destacados en la región habían abandonado sus posiciones por falta de pagos– lograron tomar el puerto. Tras cinco días de desembarco y planeación, comenzaron la marcha sobre Normandía, la cual, explicó el autor, aunque ha sido estudiada con detenimiento, se ha malinterpretado,<sup>32</sup> pues "tanto militares como historiadores medievales han encontrado la estrategia detrás de la gran *cavalagada* imposible de comprender".<sup>33</sup> Algunos incluso concluyeron que no hubo un plan de campaña y que la invasión fue llevada contra todo principio del arte de la guerra, por lo que la batalla no fue más que un mero accidente producto de la incompetencia de Eduardo III.<sup>34</sup>

Para demostrar que existía una forma diferente de comprender los hechos, el autor explicó cómo se desarrolló el proyecto de invadir Francia desde la propia exigencia del Parlamento para que Eduardo III lanzara su ofensiva, así como el antecedente de la invasión del conde de Derby y el sitio de Aiguillon en 1345 –que demostró la facilidad para invadir Francia–, el fallo de las conferencias para traer la paz en Avignon entre ambos reinos y los primeros intentos de Eduardo para obligar a Felipe a presentar una batalla definitiva desde 1339.<sup>35</sup>

Para lograr sus objetivos, la mejor opción tenía Eduardo III para derrotar a su enemigo era la de enviar un ejército que respaldara a Derby en Aiguillon, lo que significaría que el monarca francés forzosamente tendría que aceptar una batalla en las condiciones impuestas

---

<sup>31</sup> Rogers, *op.cit.*, pp. 309-310.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 311.

<sup>33</sup> "Both military and medieval historians have often found the strategy behind this great *chevauchée* "impossible to fathom", *idem*.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 312. El autor mencionó los siguientes autores: Wrottesley, Morris, Lot, Liddel Hart y Oman.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 313-316.

por el monarca inglés, quien había visto en Bretaña una opción estratégica importante: Bordeaux sería un puerto fácil de defender y le proporcionaría una base segura para las operaciones en Francia; al mismo tiempo que el ejército de Derby se uniría al de Eduardo durante la marcha, lo que sumaría 6.000 efectivos más al grueso de sus tropas; finalmente, sería muy difícil para Felipe VI ignorar el valor inherente de prestigio que significaba la fortificación de Aiguillon, por lo que se vería obligado a presentar una batalla para no perder más su credibilidad como soberano.<sup>36</sup> Además –como se explicó en el artículo de Rogers–,<sup>37</sup> el principal objetivo del monarca inglés era llevar a su homólogo a un combate frontal y definitivo, en el cual no tuviera otra opción más que guerrera en las condiciones impuestas por Eduardo con todo el riesgo que una batalla implicaba en esa época. En este punto, el autor retomó el dilema del objetivo del desembarco, pues si Aiguillon era el punto estratégico por excelencia para iniciar la invasión ¿por qué se dejó convencer por Harcour para marchar sobre Normandía? Y la respuesta del autor marcaría un antes y un después en la interpretación de la campaña y de la batalla: Eduardo tenía planeado atacar Normandía desde un principio, pero necesitaba que toda la atención se centrara en el objetivo más probable: Aiguillon, y de esta forma, tener el camino despejado hacia París.<sup>38</sup>

Para respaldar su teoría, Rogers explicó cómo Eduardo partió con su flota de Portsmouth, el puerto más común para navegar hacia Normandía o el Somme, en vez de usar Plymouth, la ruta usual para embarcarse hacia Bretaña o Gascuña. Por ello, citó la *Crónica* de Villani, quien describió cómo el rey inglés, antes de salir a la mar, pronunció en su discurso el nombre de Normandía; además, se repartieron órdenes selladas entre los capitanes de la flota que iba a seguirlos tiempo después de que se marchara el rey, en las cuales se advertía que el destino final sería Normandía.<sup>39</sup>

Otro aspecto que ayudó al autor a considerar que el rey de Inglaterra planeó desde un principio atacar Normandía, fue el desarrollo estratégico que significaría tratar de aliviar el sitio de Aiguillon. Si lo hacía, seguramente Felipe (quien desde las campañas de 1340 se

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 316-317.

<sup>37</sup> Clifford Rogers, "Edward III and the Dialectics of Strategy, 1327-1360: The Alexander Prize Essay", *Transactions of the Royal Historical Society*, 6a Serie, v. 4, 1994, pp. 83-102.

<sup>38</sup> Rogers, *Werre Cruelle and Sharpe*, *op.cit.*, pp. 317-318.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 318-319.

había visto reacio a enfrentar al monarca inglés) estaría en una mejor posición a la defensiva, por lo que Eduardo tendría que tomar la iniciativa en el ataque, lo cual significaría hacer a un lado toda la estrategia –y táctica– desarrollada desde Escocia y realizar una campaña donde él estaría en desventaja dadas las características de su ejército, algo que de ningún modo quería.<sup>40</sup> Otra opción era atacar París desde Flandes, y en este caso hubiera sido imposible que Felipe ignorara la marcha y se reusara a hacerle frente. El problema radicó en que podría repetirse un resultado como el de 1339-1340, que terminó con un gasto económico mayor para Inglaterra, lo que no fue rentable para el Parlamento, y en cierta medida, desprestigió a Eduardo. Además, muchos de sus aliados de aquella campaña ya habían muerto, y algunos de sus sucesores estaban del lado francés, como el conde de Flandes, lo que significó un riesgo mayor intentar invadir Francia desde el norte.<sup>41</sup>

La posibilidad final sería atacar Normandía, que desde la península de Cotentin propiciaría una distancia menor hacia París que desde Flandes, además, como Harcourt pertenecía a una familia de nobles normanda, seguramente esto significaría una ayuda para que se le unieran las poblaciones más ricas de la región; de igual forma, podría instalar guarniciones alrededor de la península para futuras invasiones. Pero más importante aún, es que ésta sería una campaña inesperada y por ello, sus tropas podrían avanzar impunemente sin esperar gran resistencia de las poblaciones normandas.<sup>42</sup>

Finalmente, Eduardo se decidiría por una combinación de ataques en dos frentes: uno desde Flandes, comandado por Hugh Hastings, quien marcharía desde el norte para encontrarse con Eduardo en el Somme. Este último a su vez avanzaría desde el norte de Normandía con el grueso de su ejército. De esta forma, Felipe no tendría más opción que luchar en tres frentes: Flandes, Normandía y Aiguillon.

A pesar de ello, el rey de Inglaterra corría el riesgo de que Felipe una vez más declinara combatir contra él, como ya había pasado en las campañas anteriores. La única

---

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 319.

<sup>41</sup> *Ibidem*, pp. 321-322. En sus inicios, Eduardo había apoyado al regente de Gante Jacques van Artevelde, pero éste fue asesinado por una turba enfurecida.

<sup>42</sup> *Ibidem*, pp. 322-323.

ventaja que tenía era que esas negativas habían minado enormemente el prestigio del rey de Francia, lo que se tradujo en rebatingas con sus comandantes y sus aliados políticos –sin mencionar a la población civil. Esto, según el autor, dejaba al monarca francés en una posición difícil, pues si aceptaba el combate, con ello vendrían los riesgos de perderlo todo, pero si declinaba una vez más, seguramente su honor caería por los suelos y su credibilidad se vería en riesgo en favor de la de Eduardo III.<sup>43</sup> Ambas opciones era igualmente peligrosas en una época donde el honor y la imagen del rey protector aún estaban presentes en el imaginario caballeresco.

Este fue el panorama que propuso Rogers respecto al inicio de la campaña. A diferencia de las antiguas generaciones de historiadores, la campaña se construyó como un plan diseñado de antemano por el monarca inglés, cuya idea surgió a partir de un aprendizaje y ensayo por más de veinte años de guerra, el cual se remontaba hasta los conflictos que Eduardo III sostuvo contra Escocia. El hermetismo con que se llevó a cabo esta estrategia de invasión fue la razón por la que desde el siglo XIX se dio una "malinterpretación" de los hechos, lo que significó una idea de la campaña y de la batalla como un desembarco en Normandía producto de la indecisión del rey inglés, sumado a su poca capacidad como estrategia para hacerle frente a Felipe VI durante su larga marcha por Francia.

Para entender las diferencias interpretativas de los hechos, Clifford Rogers presentó un balance entre los autores y sus posturas respecto a la estrategia inglesa. Un primer grupo de escritores de las generaciones anteriores a la Segunda Guerra Mundial, concluía que la campaña de Eduardo III simbolizaba las palabras de Oman: "una aventura peligrosa ", pues su marcha sobre Normandía no tenía ninguna coherencia ni algún rastro de estrategia que ellos pudieran identificar.<sup>44</sup> Esto debido a la confusión al momento de interpretar el arte de la guerra heredada del periodo Napoleónico con la forma en que se hacía durante la Guerra de los Cien Años. De esta forma, ellos entendieron que los conflictos bélicos debía ser en

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 327.

<sup>44</sup> *Ibidem*, pp. 329 y 330-331. De igual forma, en esta investigación ya se profundizó más en el tema de la influencia de las obras de Clausewitz y Jomini en la historiografía decimonónica. *Vid. Supra*, Capítulo I y II

todo momento agresivos y buscar atacar al enemigo siempre que hubiese oportunidad, por lo que la estrategia de Eduardo era indispensable para estos historiadores.<sup>45</sup>

Posteriormente surgió una segunda escuela junto con una nueva interpretación de la campaña, la cual concluyó que la batalla de Crécy no fue más que el resultado de la incompetencia estratégica del monarca inglés que no supo evadir a su enemigo.<sup>46</sup> Esta generación observó las batallas medievales como un elemento de alto riesgo, que únicamente debía ser librado si todas las condiciones estaban a favor de quien la buscaba. Pues en una época donde la mejor forma de resolver los conflictos era por medio de los sitios a las fortalezas, la batalla campal no ofrecía grandes beneficios.<sup>47</sup> En última instancia –aseguró Rogers–, ambas posturas concordaron en que Eduardo no buscó pelear con Felipe, sino más bien, hacer tanto daño como fuera posible y escapar impune.<sup>48</sup>

Por lo tanto, en este capítulo el autor desarrolló un breve, pero contundente panorama de la historiografía sobre la campaña y la batalla de Crécy. En primer lugar, demostró cómo la campaña debería dejar de ser interpretada a partir de los valores estratégicos decimonónicos, y en vez de ello, comenzar a verla en un conjunto que sumara el historial militar de Eduardo desde Escocia como un aprendizaje, ensayo y demostración, del mismo modo en que los historiadores del siglo XIX vieron el desarrollo táctico del uso de arquería, esto es, evitar extrapolar valores positivistas –e idealistas– en un periodo histórico pasado, donde la idea de estrategia era completamente diferente a la moderna. Así podía entenderse mejor la sucesión de hechos que antes no parecían tener sentido y que ahora eran vistos como producto de un plan secreto llevado a tal extremo que todo parecía haber sido improvisado en el último minuto. Una vez puesta de manifiesta los antecedentes historiográficos, en el siguiente capítulo Rogers se preocupó por explicar con más detenimiento su propia postura sobre la *chevauchée* inglesa.

---

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 331.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 329.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 332. "La batalla era muy riesgosa, y muy poco beneficiosa en una época donde la guerra se resolvía por medio de sitios a las fortalezas" / "Battle was too risky, and of too little benefit in an age when warfare revolved around sieges of fortified places".

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 333.

Fue en el apartado X donde finalmente se desarrolló con más detalle la nueva interpretación de la campaña y batalla de Eduardo III: “En este capítulo se demostrará con mayor intensidad, que el objetivo de la campaña de Eduardo era poner fin a la guerra llevando a su enemigo a una batalla decisiva, como lo había tratado de hacer en 1339 y 1340”.<sup>49</sup>

Para ello, Rogers retomó su narrativa respecto a los acontecimientos que siguieron tras el desembarco en Saint-Vaast, cuya duración había sido de cinco días, en lo que colocaban a los caballos en tierra y realizaban los preparativos. Aunque parece mucho tiempo, el autor explicó que éste era el procedimiento normal cuando un ejército realizaba una operación anfibia.<sup>50</sup>

Tras el desembarco completo, Eduardo nombró caballeros a algunos nobles de su séquito, incluido su hijo el príncipe de Gales, y cuando estaban a punto de iniciar la marcha, lanzó un discurso en el que –como también lo describiera Sumption–, exhortó a las tropas a no dedicarse a la rapiña ni a quemar las villas aledañas.<sup>51</sup> Al mismo tiempo que los caballeros franceses de la zona se retiraban hacia las fortalezas y la nobleza rendía tributo al monarca inglés, algunos hombres de armas y arqueros ingleses, extendidos en un radio de 20 millas, se lanzaron al pillaje aún a pesar del decreto del rey. Esto despertó un cuestionamiento en el autor, pues si a fin de cuentas este comportamiento de devastación fue especialmente promovido por el mismo Eduardo III, entonces ¿qué sentido tuvo el discurso y la proclamación de no atacar a la población civil si realmente no se buscaba respetarlos? Respondió con el único documento que dejó testimonio del discurso del rey, *Acts of War*, por lo que concluyó que seguramente nunca ocurrió dicha proclamación, pues al ser la única que

---

<sup>49</sup> "As this chapter will demonstrate more fully, Edward's goal for the campaign was to make an end to the war by meeting his enemy in decisive battle, as he had tried to do in 1339 and 1340", Rogers, *op.cit.*, p. 342.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 342.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 343.

narra ese pasaje de la campaña, y dado que fue construida por una persona allegada al rey, seguramente tenía fines propagandistas para la época.<sup>52</sup>

Esto contrastó con la narración de Sumption, quien consideraba que Eduardo III buscaba una campaña de conquista, pues según Rogers, de haber sido así, no hubiesen quemado las guarniciones más valiosas, como Barfleur, "el segundo puerto más importante y fácil de suplir desde Inglaterra".<sup>53</sup> Además, muchos de los pueblos y fortalezas que podrían haber ayudado al desarrollo de una conquista, igualmente fueron saqueados y reducidos a cenizas, ya fuese por órdenes del rey o por la propia iniciativa de su ejército.

Tras este debate, el autor continuó la narración de la campaña, por lo que describió la división del ejército inglés en tres batallas con una separación entre cada contingente que les permitió saquear y robar el territorio con una mejor eficacia. Al momento en que llegaron a Saint Lô, encontraron la guarnición de la ciudad lista para resistir, por lo que el ejército se dio a la destrucción y violación de la ciudad, para finalmente prenderle fuego al pueblo. Con esto, el mensaje para el resto de Normandía era claro: la Corona francesa no podía detener a los ingleses, pero si la población rehusaba rendirse, sería tratada con las más duras penas.<sup>54</sup>

Sin embargo, cuando llegaron a Caen se encontraron con una guarnición de caballeros franceses dispuestos a defender la fortaleza, por lo que Eduardo intentó convencerlos de deponer las armas a cambio de respetar su vida y sus bienes. Pero el obispo de Bayeux, quien era el jefe de la defensa –y seguramente sabía el destino de pueblos que se habían rendido y aun así fueron quemados– se negó a rendir las armas y "violando las leyes de la guerra medieval", encerró al mensajero del rey.<sup>55</sup>

El sitio de Caen fue el más sangriento de la campaña hasta entonces, pues cuando pudieron hacer un hueco en los muros, entraron a la ciudad y se dieron al asesinato y violaciones con suma crueldad; y esta vez, el rey ni siquiera se pronunció por un cese al

---

<sup>52</sup> Rogers, *op.cit.*, p. 345. Cfr. Richard Barber, *Edward III and the Triumph of England: the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Penguin Global, 2014, pp. 23-26.

<sup>53</sup> Rogers, *op.cit.*, p. 346.

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 351-352.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 355.

derramamiento de sangre; es más, al día siguiente, al saber que muchos de sus hombres habían perdido la vida en medio del conflicto, exhortó a sus tropas a quemar y devastar la ciudad entera y que todo ser vivo fuera pasado por la espada.<sup>56</sup>

El valor de Caen no era únicamente su riqueza como punto de saqueo, sino también en el significado de haber sido tomado con tanta violencia. Si Eduardo necesitaba un incentivo para que su enemigo francés le plantara batalla, sin duda éste era el mejor de todos. Así pues, a finales de julio llegaron noticias a Caen de que Felipe se acercaba con un gran ejército hacia Rouen.<sup>57</sup> En ese punto, la batalla tenía pinta de estallar en cualquier momento, pero inesperadamente, Felipe desistió y prefirió romper el puente en Rouen y dejar a su enemigo del lado izquierdo de la riera del Sena. Aunque el monarca inglés mandó un heraldo para luchar ahí mismo, el monarca francés se escudó en la explicación de que aún no estaba listo, pues seguía a la espera de más hombres para completar su ejército.<sup>58</sup>

Bajo esta línea argumentativa, el objetivo de la marcha sobre Normandía se convirtió en la búsqueda de un puente por el cual cruzar y dirigirse hacia Calais, aspecto que fue descrito como una meta premeditada desde el momento en que Felipe le negó batalla a Eduardo. Así, la interpretación de una "aventura peligrosa" o de un intento de conquistar París, terminó por ser relegada por una concepción de una campaña perfectamente bien planeada.

Eduardo continuó su campaña en la búsqueda de un puente por el cual cruzar el Sena. Al norte de Rouen ya no había más lugares por dónde pasar, por lo que las únicas opciones eran buscar al sur en alguno de los puentes: Pont-del'Arche, Vernon, Mantes, Meulan, Poissy, St.-Germain-en-Laye y St.-Cloud. Mientras marchaba el ejército inglés, la devastación sobre las ciudades aledañas no se hizo esperar, al mismo tiempo que aumentaba la desesperación del rey Plantagenet por la negativa del rey francés por luchar; pero al llegar a Poissy encontraron que las pilas de los puentes aún estaban puestas sobre el agua, por lo que se

---

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 356.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 363.

<sup>58</sup> La causa de este cambio de planes, explicó el autor, se debió a las noticias de la invasión flamenca de Francia. *Ibidem*, p. 365.

apresuraron a repararlo y cruzar el río, en caso de que apareciera la guarnición que se suponía defendería el puente.

Formada por 1.000 caballeros y 2.000 hombres de a pie, la defensa francesa se encontró con las tropas inglesas ya desplegadas a lo largo de la ribera. Sencillamente no tuvieron oportunidad ante los ingleses, por lo que fueron expulsados con grandes bajas entre sus filas. Por ello, las opciones para Felipe VI se tornaron cada vez más desesperadas: Poissy, según el autor, permitía un acceso a París tanto por el norte como por el sur, lo que significaba que si Felipe decidía marchar contra ellos, tendría que elegir uno de dos caminos para interceptar a su enemigo. Si lo hacía por el sur, Eduardo podría doblar hacia el norte y escapar –si quería evadir el combate–; si, en cambio, marchaba por el norte, el rey inglés tendría a su disposición la capital francesa.<sup>59</sup> Por lo tanto, la única opción que tenía Felipe era al menos elegir las circunstancias en que se desarrollaría la batalla, así que escribió a Eduardo con la intención de verse a las afueras de París.<sup>60</sup>

Bajo estas condiciones, parecía que una batalla se libraría en la periferia de la capital francesa, pues incluso Eduardo III había proclamado el día 15 de agosto que los saqueos a las poblaciones quedaban prohibidos, quizá porque realmente estaba listo para luchar o porque quería hacerle creer a su enemigo que lucharía. Pero había un inconveniente para el rey inglés: el combate sería bajo las condiciones de Felipe VI y sus problemas de suplir al ejército serían menores, pues estaría de espaldas a París (lo que mejoraba la logística). Además, las tropas del duque de Normandía –que había sido destacado al sitio de Aiguillon– se acercaban rápidamente para aprisionar a los ingleses por ambos lados de Poissy. Por lo tanto, la estrategia de batalla diseñada por Eduardo desde el principio de la campaña sería

---

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 370.

<sup>60</sup> "... entre el burgo de St. Germain y de Vaugirard afuera de París, o alternadamente entre Francoville y Pontoise, el jueves, sábado, domingo o martes que inmediatamente seguían (el 17, 19, 20 o 22); entonces ambos ejércitos podrían batallar" / "... between the Bourg-St.-Germain and the Vaugirard outside of Paris, or alternately between Franconville and Pontoise, on the Thursday, Saturday, Sunday, or Tuesday immediately following (the 17th, 19th, 20th, or 22nd); then the two armies could do battle", *ibidem*, p. 371.

ineficiente y estaría a merced de un enemigo que lo superaba en número y en capacidad logística.<sup>61</sup>

La única opción para los ingleses era marchar hacia el norte y encontrarse con la flota que desde Caen se había mandado que se reuniera en Le Crotoy, o al menos intentar reunirse con el ejército que había salido de Flandes. Si lo hacía bien, la ventaja ahora la tendría Eduardo, pues podría tener mejores líneas de comunicación y abastecimiento si Felipe le presentaba batalla; de igual forma, si el rey francés se negaba a luchar, la cercanía para sitiar Calais le daría un importante triunfo militar y político.<sup>62</sup>

Como ya se mencionó antes, los historiadores no entendieron la relación estratégica que se había generado en las guerras escocesas con la campaña de 1346. Para Rogers, el recorrido del ejército inglés hacia el Somme fue una repetición de la propia campaña de Eduardo III en 1327, en la cual él era quien perseguía al ejército escocés hasta que tuvo que abandonar la campaña dada la imposibilidad de ganar la guerra.<sup>63</sup> Por lo tanto, tras una marcha en búsqueda de un lugar para cruzar el Somme, el ejército inglés llegó a Blanchetaque, donde se produjo una escaramuza con los franceses –narrada con gran detalle por Robert Hardy.<sup>64</sup> Tras la victoria, pasaron todos los hombres justo antes de que llegara el grueso del ejército francés.

La mañana del 26 de agosto los comandantes ingleses eligieron el terreno más favorable de batalla, como ocurrió en Dupplin Muir, Halidon Hill y Morlaix, pues muchos de ellos fueron veteranos de estas batallas.<sup>65</sup> Ese mismo día, el ejército francés se puso en marcha desde Abbeville, donde se había reunido el enorme ejército inglés, en dirección a la Crécy. Rogers explicó que en Crécy, la situación era mucho más favorable para los ingleses de lo que había sido en Poissy, pues se habían reabastecido después de conquistar Le Crotoy.

---

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 373.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 374.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 377.

<sup>64</sup> *Supra*, pp. Y Robert Hardy, *Longbow, a Social and Military History*, pp. 64-65.

<sup>65</sup> Rogers, *op.cit.*, 382. Los comandantes fueron: Harcourt, Warwick, Reginald Cobham y Lord Stafford. A ellos podría agregársele Northampton, *vid. v.g.*, Franck Dober, "Back to the Woods at Morlaix", *Military History*, v.22, n.9, diciembre, 2005, pp. 44-48.

Del lado francés, aunque los refuerzos se adherían a las huestes de Felipe VI, el ejército más importante, el del duque de Normandía, aún se encontraba muy lejos para significar un peligro real para Eduardo. Además, el aspecto ideológico estaba en favor del rey inglés, pues a cada momento que pasaba, el prestigio de Felipe era puesto en duda dada la imposibilidad de hacerle frente a su enemigo. Por lo tanto, al final del día, la batalla se llevó a cabo en los términos de Eduardo:

Aquella tarde del 26 de agosto de 1346, la batalla en torno a la cual ambos reyes habían estado danzando finalmente se llevó a cabo. Debido a la hábil estrategia con que Eduardo condujo la campaña, ésta se luchó en sus términos y no en los de su adversario.<sup>66</sup>

Como el tema de disertación de la tesis era la estrategia y no la táctica, el autor explicó que su narración sobre la batalla no ofrecería grandes novedades interpretativas. De esta forma, sería demasiado repetitivo para esta investigación describir una vez más la división de las batallas, sus capitanes, las fases de la confrontación y el resultado desastroso del conflicto para unos y heroico para otros. Vale la pena mencionar que la mayor parte de la descripción del conflicto no ofreció grandes diferencias con las obras de historiadores anteriores que sí se preocuparon mucho más por el hecho de armas que de la campaña. Así pues, no será necesario más que ofrecer alguna información muy puntual al respecto.

En primer lugar, cuando Rogers se refirió a la formación de arqueros, la fuente utilizada fue la *Crónica* de le Baker, en la que se describía las batallas de hombres de armas una tras otra y flanqueadas por los arqueros a la manera de "alas" como si formaran un embudo:<sup>67</sup> además, usó la *Crónica Anónima de Valenciennes*, de la que explicó, sólo había dos batallas de arqueros a los lados de los hombres de armas. Al mismo tiempo, explicó que la interpretación de Oman tomada de Froissart y sus seguidores en realidad fue malinterpretada, pues era más probable una formación que apelara a la profundidad que a lo largo en la distribución de las batallas.<sup>68</sup> Esto tuvo relación con la formación presentada por

---

<sup>66</sup> "So that afternoon, on the 26th of August, 1346, the battle around which the two kings had been dancing at last took place. Because of Edward's skillful strategic conduct of the campaign, however, it was fought on his terms and not on his adversary's." Rogers, *op.cit.* p. 384.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 385.

<sup>68</sup> *Ibidem*, pp. 385-386.

Jonathan Sumption (ver mapa 4), que igualmente dibujó las batallas de infantes en tres divisiones, una tras otra, y con los arqueros a las alas, con la única diferencia que Rogers no mencionó la forma en que estaban distribuidos –para Sumption formaban batallas circulares.

La gran ventaja heurística que estos dos autores –Rogers y Sumption– tenían en comparación con los antiguos historiadores, era el acceso a una mayor cantidad de fuentes para construir sus argumentos. Hacía casi cien años, Froissart era el autor medieval más consultado para explicar el conflicto entre ambos reinos. Lo era entonces como lo había sido desde 600 años atrás. Incluso en tiempos de Oman, apenas eran utilizadas obras recién editadas como la *Crónica* de le Baker o de Giovanni Villani, mientras que las *Grandes Crónicas de Francia*, la *Crónica Normanda* o la *Crónica Anónima de Valencianes*, eran ignoradas por la historiografía británica por su propia incapacidad de relacionarse con las historias francesas y por el mismo factor de que las crónicas aún no eran editadas ni publicadas.

De esta forma, desde finales de los años ochenta, era posible tener un mayor acceso a una gran cantidad de testimonios y evidencias del periodo de Eduardo III, lo cual significó un desarrollo hermenéutico mucho más profundo por parte de los autores, los cuales ahora podían comparar más fuentes y cuestionar la visión de sus antepasados en aras de una historia total.

De vuelta al análisis del autor, la culpa de no esperar al día siguiente para luchar recayó enteramente en el rey francés. Rogers no mencionó que Felipe decidió lanzar a los ballesteros por presión de su nobleza indisciplinada, pues fueron por órdenes directas del monarca, pues el objetivo del historiador era demostrar el triunfo estratégico de Eduardo: tras el desprestigio hacia la figura del monarca de Francia causado por la devastación del ejército inglés, lo más seguro era que Felipe VI esta vez tomaría la iniciativa y no retrasaría más la batalla, con la esperanza de ver reconstituido su honor de noble guerrero.

Un tercer elemento relevante sobre la construcción de la batalla relacionado con el punto uno fueron los movimientos de las batallas. Para el autor tiene lógica que tras tres oleadas de caballería francesa, la batalla del príncipe de Gales cediera, por lo que el segundo

contingente se adelantó para reforzar la defensa. Esto tiene sentido tras el análisis de las construcciones anteriores, donde siempre se hablaba de tres divisiones en línea horizontal, pero en las cuales siempre tenía protagonismo el hijo del rey. Sin embargo, esto no resolvería el cuestionamiento de los arqueros, pues si estaban en las alas, ¿cómo se cubrían de un ataque? Puesto que si estaban a los flancos, tenían más posibilidades de recibir una carga de caballería, algo que quedaría mejor explicado con la idea de *herse* construida por Hereford y Oman, o, en el caso de Sumption, de una mejor explicación del terreno de batalla.

En conclusión, Clifford Rogers alcanzó una gran relevancia a nivel internacional con su tesis doctoral y con la nueva interpretación de la marcha de Eduardo III. Transformó el panorama de la campaña y de la batalla a través de una propuesta global de la experiencia del monarca inglés desde las guerras en Escocia y después en Francia. Sus argumentos se encaminaron hacia la construcción de la campaña a partir de la estrategia y su evolución en el tiempo, lo que originó la impresión de un regente capaz de experimentar y ganar experiencia, un aspecto pocas veces mencionado en un comandante medieval. Además, resaltó la importancia de las guerras de Eduardo y, sobre todo, la batalla de Crécy.

A pesar de todo, las historias generales mantuvieron la visión de Agincourt como la gran batalla inglesa de la Guerra de los Cien Años. Si bien Rogers creó una nueva visión de la campaña en su tesis de doctorado, ésta no apareció publicada sino hasta el año 2000, lo que en cierta medida significó una difusión menor del conocimiento sólo complementado con las publicaciones de sus artículos. Así pues, el autor impulsó la búsqueda del reconocimiento de Crécy y de Eduardo III en la historia, gracias a la publicación de una serie de fuentes primarias y secundarias que utilizó para el desarrollo de sus argumentos. De cierta forma, su nuevo libro funcionaría como la base del estudio de las guerras de Eduardo para todos aquellos interesados en el periodo.

ΦΦΦ

A finales del siglo XX y al mismo tiempo, del segundo milenio, el panorama historiográfico de la batalla de Crécy era ambiguo: por un lado, Clifford Rogers había contribuido a resaltar la importancia de la estrategia militar de Eduardo III y a proporcionar una visión mucho más

completa de sus campañas como prueba de la capacidad militar de los comandantes medievales, lo que en última instancia significó la generación de una idea del conflicto de Crécy como el resultado del ensayo y error de las diferentes guerras escocesas. Por otro lado, Crécy parecía ser un conflicto que no podía equipararse con la importancia que había tenido Agincourt en la Guerra de los Cien Años, pues primera aún mantenía un estatuto menor al de la "gran batalla inglesa de la Edad Media", lo cual se vio reflejado en las obras de carácter general o enciclopédico de la época.

En este contexto, Rogers colocó de nuevo en el plano historiográfico las campañas de Eduardo III e intentó resaltar su importancia a partir de una obra editada por él mismo: *The Wars of Edward III, Sources and interpretations*.<sup>69</sup> En este compendio, el autor creó un libro de referencia para toda persona que pudiese estar interesada en el tema y quisiera conocer la evolución de la estrategia del rey inglés en el siglo XIV a partir de las principales fuentes primarias y secundarias. Por eso mismo, tras una revisión mucho más profunda del contenido de su estudio, fue posible llegar a la conclusión de que la novedad de su obra no recayó en la arquitectónica, pues todos los artículos eran publicaciones que se remontaban desde los años cincuenta del siglo XX hasta los años noventa —el artículo de Rogers sería el más novedoso—<sup>70</sup>, por lo cual podían ser considerados como los que mayor importancia tenían para entender las transformaciones estratégicas de las guerras de Eduardo y así, más que crear nuevo conocimiento, Rogers se dio cuenta de que una buena revisión de las obras podía ayudar crear de perspectivas innovadoras sobre las campañas y las batallas de Eduardo III.

La temática de estos artículos abarcó desde la relación entre Escocia e Inglaterra durante la Guerra de los Cien Años, hasta los aspectos organizativos de la guerra en el siglo XIV, así como de las guerras contra Francia y el surgimiento del Parlamento inglés. Aunque no fueran novedades editoriales, la forma en que se acomodaron estos artículos y el sentido en que fueron colocados en el compendio, les permitieron adquirir un enfoque diferente y moderno: servir como una introducción al estudio del periodo de las guerras de Eduardo III.

---

<sup>69</sup> Clifford Rogers (ed), *The Wars of Edward III, Sources and interpretations*, Woodbridge, The Boydell Press, 1999, 384 p., ils., mapas.

<sup>70</sup> Clifford Rogers, "Edward III and the Dialectics of Strategy, 1327-1360: The Alexander Prize Essay", *Transactions of the Royal Historical Society*, 6a Serie, v. 4, 1994, pp. 83-102.

Pero no únicamente desde el plano historiográfico, sino también desde las propias fuentes primarias, pues la primera parte del libro se articuló a partir de una selección de aquellos testimonios que contaban la historia en palabras de los mismos contemporáneos del monarca inglés.<sup>71</sup>

Por lo tanto, la importancia del libro de Rogers radicó en el sentido de su obra más que en el contenido mismo. Fue la idea de unificar la bibliografía más importante respecto a la historia de las campañas de Eduardo, lo que permitió que el reinado y las guerras de Eduardo adquirieran una mayor importancia histórica. Esto posteriormente significó una apertura hacia una visión de los hechos completamente diferente a como antaño eran interpretados, de tal forma que generó una nueva interpretación de la batalla de Crécy en los años subsecuentes.



Un año antes de finalizar el siglo XX, apareció un importante trabajo dedicado al estudio de la guerra en la Edad Media. Editado por el historiador británico Maurice Keen, *Historia de la guerra en la Edad Media*,<sup>72</sup> fue una obra que contó con la colaboración de algunos de los más importantes especialistas de la guerra medieval, como Cliffrod Rogers, Michael Mallett, Andrew Ayton y, por supuesto, Maurice Keen. Los temas de investigación presentados en aquella obra versaban en torno a las transformaciones de la guerra en las diferentes etapas de la Edad Media, desde la época carolingia hasta el Renacimiento. Dividido en dos partes, el libro abarcó, en primer lugar, las transformaciones bélicas de los distintos periodos de la historia medieval, así como su impacto sobre los recursos y la resistencia humana; mientras la segunda parte constituía etapas específicas de la guerra que trascendían más allá de la cronología, e ilustraban en temas el desarrollo del arte de la guerra medieval: protagonista, sistemas de armamento, formas de hacer la guerra, etc.<sup>73</sup> Por lo tanto, esta obra resultó ser

---

<sup>71</sup> Rogers, *The Wars of Edward III...*, p. xiv.

<sup>72</sup> Maurice Keen (ed), *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, 439 p., ils., mapas.

<sup>73</sup> *Ibidem*, pp. 23-24.

uno de los mejores compendios para estudiar y difundir la forma en que se hacía la guerra en el Medioevo.

Ahora bien, todos los investigadores que participaron, fueron historiadores militares ya consolidados en sus campos de estudio, por lo que tenían un conocimiento especializado respecto al estudio y difusión de sus temas de investigación. Por ejemplo, Clifford Rogers ("La época de la Guerra de los Cien Años"), Andrew Ayton ("Armas, armaduras y caballos") y Michael Mallett ("Mercenarios"). Además, es menester tomar en cuenta que todos los colaboradores eran angloparlantes –americanos o británicos–, lo que significó una visión de la guerra, y en especial, de la guerra medieval, bajo una perspectiva anglosajona: la idea de una superioridad tecnológica de Occidente sobre sus enemigos. Por lo tanto, al analizar con profundidad la introducción que hizo Maurice Keen al trabajo, se observó una línea argumentativa que se repetía por todo el libro: la estrecha relación con la Revolución Militar, como por ejemplo, el crecimiento de la burocracia en la premodernidad<sup>74</sup> y el desarrollo a finales del Medioevo de ejércitos permanentes en Francia y España.<sup>75</sup> Sin embargo, uno de los aspectos más importantes para la teoría de la Revolución Militar, los cambios radicales en la forma de hacer la guerra, en realidad no ocurrió tan drásticamente como podría sugerirlo el uso de la infantería en el campo de batalla, pues el aspecto simbólico de la caballería aún se mantuvo arraigado en la conformación de los ejércitos medievales.<sup>76</sup> De todas formas, en la línea argumentativa de la edición, se mantuvo la idea de la tecnología y la violencia como el mejor modo de definir la evolución de la guerra europea, a tal grado que la belicosidad para estos autores será el detonante que permitió el surgimiento de la Europa Moderna.<sup>77</sup> Esto

---

<sup>74</sup> *Ibidem*, pp. 21-22. Este proceso, explicó el editor, significó un rompimiento con la forma de hacer la guerra de la alta Edad Media, en que la imposibilidad de extraer recursos suficientes tanto económicos como militares, le obligaba a los pequeños estados y feudos unirse para luchar; caso contrario en la Baja Edad Media, donde las grandes monarquías desarrollaron mejores formas de burocratizar la guerra y de levantar ejércitos mucho más grandes.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>76</sup> *Ibidem*, pp. 20-21. Christopher Allmand explicó cómo la caballería, si bien redujo su proporción en los ejércitos de finales de la Edad Media, aún tenía cierto valor en los ejércitos europeos, Allmand, "Armas nuevas, tácticas nuevas", en Geoffrey Parker (ed), *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010, pp. 98-99. Por otro lado, William McNeill, fue tajante al afirmar sobre el declive de la caballería en la forma de hacer la guerra europea, sin embargo, él puso como ejemplo a los ejércitos de *condottieri* italianos del siglo XV, que en su mayoría, eran conformados por infantes, McNeill, *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde 1000 d.C.*, México, Siglo XXI, 1989, pp. 69-84.

<sup>77</sup> *Ibidem*, pp. 15-17.

mismo pudo entenderse por la omisión de temas sociales, como la guerra justa, las relaciones feudales, los torneos, derechos de pillaje, etc., los cuales, si bien el autor explicó que ello se debió a la falta de espacio en el libro, el haber optado por temas relacionados con el arte de la guerra y la tecnología, reflejó la postura de los autores y los objetivos del libro.<sup>78</sup>

Dado que el periodo que ocupa esta tesis se centra en la Guerra de los Cien Años, valdría la pena ignorar los trabajos anteriores y comenzar con el trabajo de Clifford Rogers "El periodo de la Guerra de los Cien Años".<sup>79</sup> En este apartado, Rogers se encargó de analizar una nueva forma de hacer la guerra que comenzó aproximadamente en 1300, cuando surgieron ejércitos populares de infantería que podían luchar de manera efectiva en contra del hasta entonces modelo militar predominante en Occidente: la caballería. Por ello, su análisis comenzó con la batalla de Courtrai (1302), donde los aldeanos de Flandes, desplegados en contingentes de infantería y armados con lanzas y picas improvisadas, derrotaron un importante ejército de caballería francesa. Éste fue el antecedente de lo que posteriormente –y con referencia a su artículo sobre la Revolución Militar–<sup>80</sup> dio pie a la revolución de la infantería en los ejércitos europeos, como en el caso de Escocia, Suiza e Inglaterra. Esto a su vez transformó la propia forma de hacer la guerra medieval:

Esta "revolución de la infantería" del siglo XIV allegaba mucho más que la simple cuestión de si los hombres debían luchar a caballo o a pie: llevó a cambios de actitud con respecto a la guerra, a la actitud caballeresca, la clase social y la participación política, pero también afectó a la composición de los ejércitos y a las zonas de reclutamiento.<sup>81</sup>

Al mismo tiempo que se invirtió gradualmente la importancia de los protagonistas de la guerra, un aspecto colateral de la transformación bélica se hizo presente de manos de las tropas de a pie: el campo de batalla se volvió un lugar mucho más sangriento para los involucrados,<sup>82</sup> pues no había necesidad de tomar prisioneros; además, era más efectivo

---

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 24. Aunado a ello, Keen explicó que no incluiría ningún trabajo sobre la guerra Bizantina, pues ello significaría abordar una tradición distinta del arte de la guerra –diferente a la occidental– y una geopolítica mucho más lejana –a fin de cuentas, Bizancio no formó parte de Europa Occidental.

<sup>79</sup> Clifford Rogers, "El periodo de la Guerra de los Cien Años", en Keen, *op.cit.*, pp. 179-208.

<sup>80</sup> *Supra*, p. 158.

<sup>81</sup> Rogers, *op.cit.*, p. 187.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 189.

realizar una guerra de exterminio sobre los enemigos, que luchar bajo las reglas caballerescas de evitar la muerte de los nobles y sólo desarmarlos para pedir botín por su libertad.

Ahora bien, el autor no sólo se dedicó a analizar el crecimiento de los ejércitos y de la importancia de la infantería en los conflictos, sino también a explicar las nuevas estrategias desarrolladas por los comandantes medievales: la población civil era un objetivo importante para reducir el tiempo de los sitios u obligar al adversario a presentar una batalla decisiva; aspectos que terminaron por definir la carrera militar de Eduardo III y sus campañas desde 1339 hasta 1347 –y aún serían repetidas por sus descendientes hasta Enrique V en Agincourt– contra Felipe VI. Sin embargo, Rogers mantuvo su interpretación de la campaña al nombrarla *chevauchée*, como la mejor forma de explicar la invasión del rey inglés en Francia. De esta forma, al explicar el suceso como la "*chevauchée* de Crécy",<sup>83</sup> lo que hizo fue dar pie a una visión del conflicto como si Crécy fuera el objetivo mismo desde el principio de la invasión a Normandía. Lo cual en cierto modo tenía sentido, pues la idea de un enfrentamiento definitivo había sido el objetivo de Eduardo desde 1339 y la devastación provocada por la *chevauchée* era el medio para lograrlo. Por desgracia, el autor no profundizó más en ello, por lo que esta interpretación no dejaría de ser una mera especulación.

Respecto a la batalla de Crécy, el autor relacionó el nuevo arte de la guerra que apareció desde principios del siglo XIV con los triunfos de los ejércitos populares en Courtrai y Bannockburn. Por lo tanto, Crécy era importante por haber sido la primera batalla en la que un ejército real derrotaba a otro ejército real con el uso generalizado de la infantería y por romper con los valores militares medievales; también promovió el entrenamiento constante de sus tropas, no solamente de la nobleza, sino de los arqueros, lo que significó que el estatuto de los caballeros como únicos hacedores de guerra se diluyera poco a poco.

El mayor triunfo de esta obra fue darle al significado a la batalla de Crécy una mayor importancia en el desarrollo de la guerra europea. En este sentido, superó en preeminencia militar a la batalla de Agincourt, pues la misma forma de llevar la *chevauchée* y de plantar batalla por Enrique V, fue una repetición de la experiencia de Eduardo III de 1346. Al menos,

---

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 196.

en el plano de los significados, pareció que la batalla de Crécy superó a su eterna rival historiográfica.

Respecto a su construcción, esta obra no fue diseñada con el aparato crítico de forma explícita, esto es, no contó con notas al pie de página. Más bien, las referencias fueron colocadas dentro del cuerpo textual y de manera implícita, por lo que era difícil conocer a ciencia cierta de dónde extrajo ciertos enunciados o cómo desarrolló sus argumentos. Esto debido a su principal objetivo, ser una obra de difusión, por lo que la ausencia de citas eruditas le permitiría al público realizar una lectura ininterrumpida durante todo el libro. De esta forma, fue en las lecturas sugeridas para los diferentes capítulos donde sería posible encontrar pistas mucho más importantes sobre la construcción del escrito de Rogers. En este caso específico, se recomendaron fuentes secundarias posteriores a los años sesenta, de las que destacaron autores como Hewitt, el propio Maurice Keen y Philippe Contamine, entre otros; muchos de los cuales seguían líneas de investigación dedicadas a la historia social de la guerra medieval. Esto explicaría por qué Rogers dedicó gran parte de su estudio al impacto de la guerra en la sociedad, y cómo el arte de la guerra se transformó conforme a las nuevas estrategias y tácticas ideadas por los ejércitos “populares” del siglo XIV.

La Guerra de los Cien Años era un periodo largo y lleno de revoluciones, pero para los historiadores que construyeron la guerra en la historiografía, sólo había dos hechos importantes: Crécy y Agincourt. Con cada estudio, el protagonismo de ambas batallas se alteraban visiblemente, y para la primera mitad de la primera década del siglo XXI, la batalla de Crécy comenzaba a superar a homóloga, al menos desde los significados.

ΦΦΦ

La influencia de Rogers en la historiografía inglesa ayudó a construir una nueva forma de entender lo sucedido en 1346, especialmente a la manera de interpretar la campaña y la batalla de Crécy. En este caso, su influencia abarcaría el panorama de la Guerra de los Cien años.

Anne Curry fue una de las historiadoras militares más reconocidas sobre el periodo de la Guerra de los Cien Años. Desde principios de su carrera como investigadora se dedicó

al estudio del periodo medieval, lo cual se vio reflejado en sus diferentes grados, cuya temática fue la guerra entre Inglaterra y Francia.<sup>84</sup> De 2008 a 2009 fue electa presidenta de la *Historical Association* y vicepresidenta de la *Royal Historical Society*, además de editora de *Journal of Medieval History*.<sup>85</sup> Actualmente es decana de la Facultad de Humanidades en la Universidad de Southampton.<sup>86</sup> Entre sus publicaciones destacan: *Agincourt: a new History*<sup>87</sup> y *The Soldier in late Medieval England*,<sup>88</sup> entre otros artículos y colaboraciones científicas y de divulgación, pues ha colaborado en debates respecto a la importancia de la batalla de Agincourt en programas de radio de la BBC.<sup>89</sup>

Así, en 2005 apareció *The Hundred Years' War*,<sup>90</sup> una pequeña obra que se enmarcaba dentro de la línea que dividía a la difusión de la historia con la divulgación. Esto porque no sólo fue construida a partir de un lenguaje accesible para todo público, sino que al mismo tiempo incluyó referencias explícitas a las interpretaciones y debates desarrollados desde la historia académica. De esta forma, en este libro la autora mencionó, por ejemplo, que los historiadores han debatido la seriedad con que Eduardo III se declaró rey de Francia y Flandes en 1340, pues no se puede concluir enteramente que él realmente quisiera coronarse como monarca de Francia o si solamente esta proclamación la hizo como moneda de cambio para finalizar las disputas por sus territorios en el continente.<sup>91</sup>

Por otro lado, la autora hizo referencia a la obra de Jonathan Sumption, *Trial by Battle*, respecto a la cancelación de la cruzada de Felipe VI debido a los problemas en Gascuña y Escocia, y sobre el estallido de la guerra a causa de las incursiones francesas al sur de Inglaterra.<sup>92</sup> Además, mencionó los trabajos de Clifford Rogers: *War Cruel and Sharp* y *The Wars of Edward III*, especialmente cuando comparó las cifras respecto a las tropas que

---

<sup>84</sup><http://web.archive.org/web/20081207024602/http://www.southampton.ac.uk/history/profiles/curry.html> (consultado 19/06/2015).

<sup>85</sup> *Idem*.

<sup>86</sup> <http://www.southampton.ac.uk/history/about/staff/aec.page> (consultado 19/06/2015).

<sup>87</sup> Anne Curry, *Agincourt: a new History*, Stroud, Reino Unido, Tempus, 2005, 352 p.

<sup>88</sup> Anne Curry, *The Soldier in late Medieval England*, Oxford, Oxford University Press, 2013, 336 p.

<sup>89</sup> <http://www.bbc.co.uk/programmes/p004y25q> (consultado 19/06/2015).

<sup>90</sup> Anne Curry, *The Hundred Years' War 1337-1453*, Nueva York y Londres, Routledge Taylor & Francis e-Library, 2005, 118 p., ils., mapas.

<sup>91</sup> *Ibidem*, pp. 1-2.

<sup>92</sup> *Idem*.

lucharon en la batalla de Crécy: Sumption consideró que el ejército de Eduardo estaba compuesto por 7.000 a 10.000 hombres, mientras Rogers figuró entre 15.250, entre 2.700 hombres de armas, 2.300 piqueros galeses, 7.000 arqueros ingleses y galeses de a pie, y 3250 arqueros montados, alabarderos y otros tantos.<sup>93</sup> Por lo tanto, quedó claro que las interpretaciones respecto a la batalla y sobre todo, la guerra, estarían más actualizadas que pudiera, pues un noventa por ciento de la biografía ocupada por la autora estuvo fechada desde los años ochenta en adelante, y el otro diez por ciento fueron trabajos intercalados entre los años treinta, cincuenta y setenta. Respecto a las fuentes primarias utilizadas, sólo se apoyó en la *Crónica* de Froissart, la cual fue relevante para un libro de esta naturaleza, cuyas pretensiones no eran revolucionar ninguna interpretación, sino describir los hechos y las formas en que fue abordada la guerra. Sin embargo, es posible que su análisis haya sido demasiado anglocentrista, pues los autores consultados fueron en su mayoría británicos y estadounidenses; mientras de autores franceses sólo se mencionaron algunas de los trabajos de Philippe Contamine y de Edouard Perroy. Si bien es cierto que las investigaciones francesas respecto al periodo eran escasas aún a principios del nuevo milenio, muchas obras anteriores a los años cincuenta sin duda fueron recuperadas por los historiadores durante el siglo XX. El ejemplo más claro sería Rogers, quien utilizó a Ferdinand Lot y a F.C. Louandre para construir sus diferentes obras. Sin embargo, sería absurdo cuestionarla por ello, pues si existían obras inglesas capaces de cubrir las necesidades conceptuales, no hubiese tenido sentido hacer un rastreo enorme de fuentes francesas que podrían o no ayudarla a desarrollar los argumentos para un libro de divulgación.

Ahora bien, su escrito comenzó con un breve resumen del significado político y la duración del conflicto, además de afirmar que "no puede haber duda de que la Guerra de los Cien Años jugó un papel fundamental en la formación tanto de Inglaterra y de Francia como Estados-nación".<sup>94</sup> Tras lo cual desarrolló los capítulos divididos en las fases de la guerra, por lo que empezó con los conflictos entre Inglaterra y Francia desde 1259 hasta 1328, el momento en que el trono de Francia quedó sin heredero y se eligió a Felipe VI como monarca.

---

<sup>93</sup> "Sumption argued for 7,000–10,000, but Rogers has put the figure at 15,250, comprising 2,700 men-at-arms, 2,300 Welsh spearmen, 7,000 foot English and Welsh archers, and 3,250 mounted archers, hobelars and others", *ibidem*, p. 42.

<sup>94</sup> "There can be no doubt, too, that the Hundred Years' War plays a fundamental part in the formation of both England and France as nation states", *ibidem*, p. 3.

Después, realizó un repaso del contexto en que ambas naciones se encontraron al inicio de la guerra, tanto en el aspecto militar, como en el político y económico. A continuación, narró los primeros enfrentamientos hasta 1337, los cuales se caracterizaron por algunas cabalgadas pero sin una declaración de guerra de manera formal. Pero a partir de 1340, las operaciones se hicieron mucho más agresivas y los objetivos más concretos, lo que finalmente se tradujo en el estallido de una guerra. Aunque finalmente no dejaban de ser *chevauchées* que terminaban en callejones sin salida entre ambos reyes, oficialmente había iniciado la Guerra de los Cien Años.

Los objetivos ingleses finalmente cambiaron en la campaña de 1345. En esta ofensiva se planeó primeramente atacar tres frentes: Bretaña, Gascuña y por el norte de Francia, pero finalmente no se logró nada debido a la incertidumbre de la alianza con los flamencos.<sup>95</sup> Hacia 1346, la posición política y económica de Eduardo ya era más fuerte que en años posteriores y su dependencia de tropas extranjeras se redujo considerablemente, como lo explicó Anne Curry en estos términos:

La posición de los ingleses era ahora mucho más fuerte que en cualquier momento previo de la guerra. El año de 1346 fue un importante punto de inflexión no sólo para el nivel de triunfo de Eduardo en todos sus frentes, sino también en el tipo de preparación que él hizo para su campaña. Quedó atrás la dependencia de sus aliados. Ahora se concentró en acciones independientes en contra los franceses, facilitada por el reclutamiento de un ejército inglés que fuera financiado de forma más segura.<sup>96</sup>

Esto permitió a Eduardo III lanzar una ofensiva compuesta por 10.000 o 15.000 elementos ingleses sobre Normandía en julio de 1346.<sup>97</sup> Aunque la autora no mencionó si Eduardo tenía un plan concreto de campaña, para ella no había duda que ambos reyes querían presentar una batalla, pero Felipe no aprovechó su ventaja cuando tenía a Eduardo cercado entre el Sena y el puente de Poissy.<sup>98</sup>

---

<sup>95</sup> *Ibidem*, pp. 40-41.

<sup>96</sup> “The position of the English was now much stronger than at any previous point in the war. The year 1346 was an important turning point not only in Edward’s level of success on all fronts, but also in the kind of preparations he made for his own campaign. Gone was the reliance on allies. Now the focus was on independent action against the French, facilitated by the recruitment of an English army that was more securely funded”, *ibidem*, p. 41.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 42.

<sup>98</sup> *Idem*.

A la Doctora no le interesó describir la parte estratégica –la cual seguramente conocía por su propia línea de investigación y porque indudablemente leyó a Rogers– de la campaña de Eduardo, quizá por falta de espacio o por darle preferencia a otros temas de los que ella tuviera más conocimiento, y sin más explicaciones, pasó a la narración de la batalla el 26 de agosto de 1346, en la que puso de manifiesto la superioridad numérica de Felipe VI: 20 a 25 mil hombres, al mismo tiempo en que narraba la forma en que Eduardo III salvó su desventaja numérica con la elección de un terreno de batalla propicio para su ejército defensivo.

La historiadora continuó con la descripción de la batalla, en la que se destacó la mención de Felipe como "impetuoso en permitir que sus ballesteros genoveses avanzaran antes que el resto de su ejército estuviese dispuesto".<sup>99</sup> Por lo que sencillamente el rey francés sería el culpable de la derrota de su ejército, más allá de la capacidad táctica de las tropas inglesas. Finalmente, llegó el desastre y, para Curry, el significado de la batalla fue haber sido un "duro golpe al orgullo francés y también a la estructura de mando",<sup>100</sup> lo cual terminaría por afectar el resultado del sitio de Calais.

Ahora bien, ¿cómo construyó su estudio Anne Curry? En primer lugar, en el espacio que tenía para desarrollar sus argumentos no podría construir un trabajo tan completo como lo haría en su trabajo sobre Agincourt.<sup>101</sup> Para un libro de divulgación de las características de éste, la autora debía acotar muchos procesos e interpretaciones sobre el conflicto. Por ello, deben analizarse los elementos que perduraron en su discurso: la marcha de Eduardo III sería un ejemplo de lo que fue la estrategia inglesa durante más de cien años, el rey inglés quería batallar con Felipe pero éste último perdió la ventaja cuando Eduardo llegó a Crécy; finalmente, para la descripción de la campaña y de la batalla, Curry utilizó los trabajos de Rogers y de Sumption y, a partir de sus interpretaciones, construir una historia que representara la forma más novedosa de entender el conflicto.

El primer elemento estuvo enmarcado por los trabajos de Clifford Rogers y su influencia en la recuperación de la estrategia en tiempos de Eduardo III, por lo cual la Doctora

---

<sup>99</sup> "Philip was impetuous in allowing his Genoese crossbowmen to engage before the rest of his army was arrayed", *ibidem*, p. 43.

<sup>100</sup> "This was a major blow not only to French pride but also to their command structures", *idem*.

<sup>101</sup> Anne Curry, *Agincourt: a new History*, Stroud, Reino Unido, Tempus, 2005, 352 p.

lo utilizó para ampliar el espectro estratégico, de un solo reinado hasta toda la estrategia inglesa del siglo XV. De cierto modo, el argumento era importante, pero la autora prefirió pasarlo de largo y restarle trascendencia. El segundo elemento fue un punto intermedio entre la antigua y la nueva visión del conflicto, pues se mantuvo la idea de que Felipe era el culpable de la derrota en Crécy, pero bajo una visión renovada: no quiso dar batalla cuando tenía la ventaja. El tercer elemento, la descripción de la batalla –que en realidad apenas y fue mencionada–, seguramente fue diseñada en base a la *Crónica* de Froissart, pues no era menester que la profesora profundizara más allá de los objetivos del libro.

ΦΦΦ

En conclusión, la obra de Clifford Rogers llegó a ser una revolución en la forma en que se había interpretado la campaña de Eduardo III en 1346. Fue un antes y un después en la historiografía del conflicto, pues la marcha sobre Normandía dejó de observarse de manera despectiva como una "aventura peligrosa", cuyo único significado era una prueba de la incompetencia del rey inglés y de su poca capacidad estratégica. Sin embargo, a pesar de lo revolucionario de su pensamiento, debe tomarse en cuenta un factor importante: la tesis no fue publicada sino hasta el año 2000. Por lo tanto, la visión de Rogers sobre la estrategia inglesa permaneció oculta durante algún tiempo, y sólo conocida por aquellos que tuvieron acceso a su primer artículo sobre la Revolución Militar y al resumen de su tesis en "Edward III and the Dialectics of Strategy...". Por lo tanto, sería fácil imaginar por qué la visión inglesa del acontecimiento de Crécy aún era vista como una simple *chevauchée* de poca importancia para la historia militar de los años noventa.

De cualquier forma, a partir de Rogers, la campaña comenzó a entenderse como un proceso de aprendizaje que inició desde las guerras del rey Eduardo III en contra de Escocia y concluyó –en este caso– en el sitio de Calais, de la misma forma en que los historiadores desde Charles Oman construyeron la táctica de arquería como un aprendizaje producto de las guerras de los tres eduardos contra Gales y Escocia.

Igualmente, rompió el esquema de narración de la historia social, que sustituía el arte de la guerra por el estudio de los no combatientes, que si bien era una forma de estudiar a los ignorados por el positivismo, pecaba por el hecho de descartar la investigación de los

objetivos bélicos de los ejércitos. Así, de la falta de estrategia positiva, pero táctica impecable, se cambió por *chevauchée* inmersa dentro de una estrategia según el contexto, pero incapaz de explicar la táctica.

Así pues, en las obras de Rogers apareció una nueva visión de las campañas de Eduardo en función tanto de una imagen comparativa entre campañas, como entre la historia militar de los no combatientes y del arte de la guerra. Lo cual significó que la marcha de Eduardo fuera entendida no sólo en su contexto, sino que además, los objetivos de la *chevauchée* eran, sumados a la devastación de la población civil, obligar a su enemigo a luchar en una batalla completamente a favor de la táctica defensiva de Eduardo III.

Bajo estos argumentos, fue fácil discernir la forma en que los comandantes medievales promovían la guerra, además de comprender que la estrategia del monarca inglés estaba encaminada a desprestigiar a su rival para llevarlo a una batalla definitiva, pero siempre bajo sus propios términos más que en los de Felipe. Así se pudo observar la violencia con que se atacó a la población civil, pues se quería desprestigiar al regente francés y obligarlo a defender su honor en combate campal. De esta forma, el rey aplicó lo aprendido en las campañas de Escocia, no sólo en el aspecto estratégico, sino también en el táctico, pues el conflicto debía resolverse de manera defensiva y con el uso efectivo de arqueros, de otra forma, no tendría sentido para él. Esta fue la línea argumentativa que siguió Rogers para explicar el por qué Eduardo le negó la batalla a Felipe VI a las afueras de París: si lo hacía, tendría la desventaja, pues ya casi no tenía víveres y su enemigo, en cambio, tenía la capital francesa para mantener en pie a su ejército.

Pero el autor no hubiese podido llegar a esos argumentos sin el respaldo de una importante cantidad de fuentes primarias y de una crítica impecable de ellas. Por ejemplo, en relación a la polémica proclamación que se supone, Eduardo III dictó sobre la prohibición de los saqueos entre sus tropas, cuestionó cómo la única referencia de este hecho se encontraba en *Acts of War*, de cuya interpretación se desprendía la idea de que el monarca quería conquistar la región.

*Acts of War* era una fuente relativamente novedosa a finales de los años ochenta. Había sido editada por primera vez e integrada en el libro de Richard Barber, *The Life and Campaigns of the Black Prince*,<sup>102</sup> en 1979, por lo que era complicado que los historiadores anteriores a los años ochenta y noventa conocieran esta fuente y la interpretaran para sus propias investigaciones. Fue entonces cuando Sumption la utilizó en su gran obra, *Trial by Battle*, para demostrar que la campaña de devastación inglesa se desarrolló de esa forma por la incapacidad de Eduardo para disciplinar a su ejército. Ante esto, Rogers cuestionó los argumentos de Sumption por creerle enteramente a las *Acts of War*, pues en ninguna otra fuente –también utilizadas por Rogers– se explicó el discurso de Eduardo en el que se supone, se prohibió los saqueos y violaciones entre todos sus hombres.

Con todos estos elementos, ¿cómo se construyó el conflicto de Crécy en su obra? Al tomar en cuenta el argumento principal de su tesis, la relación estratégica entre las diferentes campañas de Eduardo III, el elemento que perduró entre todas ellas fue la comparación. Desde las guerras contra Escocia y hasta Calais, el desarrollo de las campañas apelaba a la comparación entre estrategias para llegar a una sola conclusión: siempre se buscó una misma estrategia en todas las guerras. Ello no hubiese sido posible sin la crítica de diferentes fuentes, tanto las clásicas como las crónicas de Froissart, le Bell, le Baker y Villani, a las que se le sumaban *Acts of War*, la *Crónica Normanda*, *Grandes Crónicas de Francia*, entre otras. En este sentido, el número era irrelevante, pues muchos especialistas ya las habían utilizado antes. Lo importante fue cómo las utilizó para sustentar sus argumentos, a partir de la combinación del análisis de la forma en que otros autores construyeron sus historias, cómo ellos abordaron las fuentes, y cómo las fuentes podían reinterpretarse de una forma diferente para mostrar un nuevo punto de vista sobre la estrategia del rey inglés.

La batalla quedó de largo en función de los objetivos específicos de su tesis. Sin embargo, por más pequeño que haya sido el espacio que ocupó su descripción, fue posible obtener una conclusión: los paradigmas se invirtieron profundamente cien años después de que Charles Oman publicara su primer ensayo. Ahora, la estrategia era el elemento discursivo que guiaba a los historiadores en las diferentes problemáticas en la historia militar, pero una

---

<sup>102</sup> Richard Barber, *The Life and Campaigns of the Black Prince*, Suffolk, Boydell Press, 2010 [1971], 148 p.

estrategia vista a partir de lo que los comandantes medievales entendían por estrategia y no únicamente en función de lo que los historiadores a posteriori entendían la estrategia.

Por otro lado, el significado que adquirió el conflicto de Crécy para el autor fue el de una interpretación de la experiencia militar de Eduardo III. En primer lugar, ya no como la antigua frase “un pésimo estratega pero excelente táctico”, sino que ahora, sería un rey que supo combinar ambos factores a partir de su experiencia militar, lo que finalmente se traduciría en una visión mucho más positiva del rey de Inglaterra. El primer paso se había dado, el aspecto militar había sido puesto de manifiesto, sólo hacía falta continuar investigando un poco más.

### **III.3. El fin del recorrido: las nuevas construcciones sobre la batalla de Crécy**

En 2005 se publicó un prominente compendio de estudios sobre diferentes aspectos de la batalla de Crécy, en el cual se abarcaba tanto su importancia militar como su importancia histórica, así como en sus simbolismos culturales a principios del nuevo milenio. *The Battle of Crécy, 1346*,<sup>103</sup> editado por los especialistas Andrew Ayton y Philip Preston, se convirtió en una de las obras más importantes de la historiografía británica sobre el conflicto, pues a diferencia de los trabajos de su connacional Jonathan Sumption o del americano Clifford Rogers, esta investigación estuvo enteramente dedicada a la batalla y sus implicaciones históricas según los historiadores del momento.

Junto a estos dos autores, el compendio contó con la colaboración de diversos especialistas sobre el periodo: Françoise Autrand, especialista en el reinado de Carlos V de Francia, en este trabajo colaboró con una descripción del significado de la batalla para la monarquía francesa, la cual se tradujo en un "duro golpe para el reino".<sup>104</sup> De igual forma, Christophe Piel participó con una revisión de la monarquía francesa y normanda durante el conflicto de 1346.<sup>105</sup> Por otro lado, Michael Prestwich, especialista en la guerra del periodo

---

<sup>103</sup> Andrew Ayton y Philip Preston (eds.), *The Battle of Crécy*, Suffolk, The Boydell Press, 2005, XI-390 p., ils.

<sup>104</sup> Françoise Autrand, “The Battle of Crécy: A Hard Blow for the Monarchy of France”, en *The Battle of Crécy*, Suffolk, The Boydell Press, 2005, pp. 273-286.

<sup>105</sup> Christophe Piel, “The Nobility of Normandy and the English Campaign of 1346”, en *The Battle of Crécy*, Suffolk, The Boydell Press, 2005, pp. 253-264.

Plantagenet, realizó una breve narración de la batalla de Crécy.<sup>106</sup> Por último, Bertrand Schnerb, estudioso de Borgoña en la Edad Media, dedicó un escrito en el que abordó a los contingentes militares que acompañaron al ejército de Felipe, por ejemplo, el contingente del rey de Luxemburgo y los mercenarios genoveses.<sup>107</sup>

Ahora bien, según se especificó en el prefacio de la obra, el libro apareció como resultado de la conferencia inaugural de la comunidad de estudio Battlefields Trust, la cual era (y aún es) una institución dedicada al cuidado y protección de campos de batalla en Inglaterra y Escocia.<sup>108</sup> Así, en 1998, la sociedad realizó su primera conferencia interoceánica, con un tema dedicado a Crécy y Agincourt,<sup>109</sup> en la que participaron los mismos colaboradores que ahora presentaron sus artículos en este compendio.

Esto no significó que las ponencias fueran una repetición íntegra de lo ocurrido en 1998. Más bien, eran las mismas temáticas pero actualizadas en los nuevos descubrimientos e interpretaciones más recientes. La prueba más clara de ello fue el uso recurrente del trabajo de Clifford Rogers *War Cruel and Sharp*, recién publicado en el 2000 –el cual, debe recordarse, surgió a partir de su tesis doctoral de 1994–, lo que se tradujo en la utilización de algunos de los postulados de Rogers por Andrew Ayton para interpretar la campaña. Por ejemplo, durante la descripción de la marcha de Eduardo por Normandía, el autor expuso las diferentes formas en que se entendió la batalla en la historiografía: la peligrosa aventura de Charles Oman, la práctica de la guerra agresiva y de devastación de Hewitt, y la visión estratégica de la *chevauchée* de Rogers.<sup>110</sup> Al igual que los dos primeros autores en su tiempo, Rogers comenzó a perfilarse como un referente para la interpretación del conflicto. Además, el trabajo de Rogers fue tanto para explicar la devastación de Eduardo III, como para entender su idea de la guerra medieval, en la cual la destrucción era un elemento necesario para llevar a su enemigo a una batalla campal y así obtener una victoria contundente por medio de la

---

<sup>106</sup> Michael Prestwich, “The Battle of Crécy”, en *The Battle of Crécy*, Suffolk, The Boydell Press, 2005, pp. 139-157.

<sup>107</sup> Bertrand Schnerb, “Vassals, Allies and Mercenaries: The French Army before and after 1346”, en *The Battle of Crécy*, Suffolk, The Boydell Press, 2005, pp. 265-272.

<sup>108</sup> <http://www.battlefieldstrust.com/default.asp> (consultado 26/07/2015).

<sup>109</sup> Ayton, *op.cit.*, p. vii.

<sup>110</sup> *Ibidem*, pp. 3-4.

utilización de su táctica defensiva y la selección de un terreno favorable para desplegar a sus tropas.<sup>111</sup>

Por otro lado, *The Battle of Crécy* no fue únicamente una obra enteramente de historia militar sobre la campaña. Un factor importante para los autores de este compendio era analizar la poca importancia que la historiografía inglesa había dado a la batalla. Para ellos, si bien la trascendencia del conflicto no podía equipararse al elemento simbólico que había adquirido Agincourt para la historia británica, lo cierto era que la marcha de Eduardo III también tenía su propia importancia:

El presente volumen en colaboración, en respuesta a esta omisión, se ha previsto en una escala adecuada a su objeto, con la esperanza de llenar una laguna notable en la historiografía de la Guerra de los Cien Años. Probablemente sería ingenuo imaginar que las andanzas de Eduardo III y sus lugartenientes podrían elevarse a un nivel de conciencia muy popular comparable al ocupado por "la banda de hermanos" de Enrique V. Pero si este libro tiene éxito en echar nueva luz sobre los acontecimientos del 26 de agosto 1346 y en la demostración de la importancia más amplia de esos eventos, se habrá cumplido su propósito principal.<sup>112</sup>

En pocas palabras, era poco probable que la batalla de Crécy alcanzara la misma importancia histórica en el imaginario de la población británica, pero sí al menos, se podría aumentar su importancia como la gran batalla de la Guerra de los Cien Años. De cierta forma, quizás si se lograba superar la marcha de Enrique V en la historiografía, tendrían una posibilidad de sustituir la idea de la gran batalla inglesa en la Edad Media.

Otro aspecto importante de esta obra fue su capacidad de servir como una guía sobre algunos de los debates más importantes del conflicto. Ya se habló de su concepción "aventura-cabalgada", y la importancia "Crécy-Agincourt", pero otros debates poco explorados aparecieron en la obra: si Eduardo III sabía o no sobre el cruce de Blanchetaque,

---

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>112</sup> "The present collaborative volume, a response to this neglect, has been planned on a scale appropriate to its subject, with the hope of filling a notable lacuna in the historiography of the Hundred Years War. It would probably be naïve to imagine that the deeds of Edward III and his lieutenants may yet be raised to a level of popular awareness comparable to that occupied by Henry V's 'band of brothers'. But if this book succeeds in casting new light on the events of 26 August 1346 and in demonstrating the wider significance of those events, it will have fulfilled its primary purpose", *ibidem*, p. 8.

lo que implicaría una idea de la batalla de Crécy como el objetivo mismo de la campaña. Igualmente, el problema de las fuentes, pues respecto al episodio en que se enfrentaron franceses e ingleses durante la marcha de Blanchetaque, solamente le Bel y Froissart dieron cuenta de ello. Esto hizo preguntarse al autor si realmente ocurrió o fue una invención de le Bel.<sup>113</sup>

Para desarrollar sus argumentos, los historiadores recurrieron a una extensa revisión de fuentes e historiografía entre todos los capítulos, como le Bell, el Baker, *Acts of War*, *Grandes Crónicas de Francia*, *Crónicas de Flandes*, la *Nuova Chronica* de Villani, entre muchas otras. Además de una novedad en este tipo de historias: el uso de Internet. El autor ofreció un vínculo de consulta –hoy inaccesible– de archivos y materiales dedicados a la batalla de Crécy: <http://www.hull.ac.uk/history/dept/crecytrust.htm>.<sup>114</sup> Sin duda, una novedad recién utilizada para la construcción de la batalla. No sólo las fuentes primarias y los recursos historiográficos impresos podían construir un hecho histórico, ahora Internet era un elemento que, si se explotaba de la forma adecuada, podría ayudar en la producción histórica del nuevo milenio.

Ahora bien, en un principio se advirtió la alteración de polos entre construcción y significado del conflicto producido durante los años inmediatos a la publicación de la obra. La construcción de la campaña y de la batalla existía, claro está, pero como un medio para alcanzar un significado. Esto era, el objetivo principal era la búsqueda de un nuevo significado histórico e historiográfico de los hechos, más que intentar discernir una nueva forma de entender la estrategia o la táctica. En este sentido, la construcción de los acontecimientos se dio a partir del recuento de cómo se interpretaban antes las fuentes y cómo eran abordadas en la contemporaneidad. Todo ello con un sentido historiográfico muy concreto: exaltar a la batalla de Crécy en la historiografía inglesa.

Sin duda, la propuesta de Ayton causó disparidad de opiniones. Por un lado, autores como Ian Mortimer, Mark Ormrod y Juliet Barker desarrollaron obras muy interesantes

---

<sup>113</sup> *Vid. Ibidem*, pp. 90-93.

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. viii.

dedicadas al periodo de Eduardo III,<sup>115</sup> pero en general, no se alteró la preeminencia de Agincourt en la historiografía inglesa, y prueba de ello fueron las publicaciones de Anne Curry<sup>116</sup> y Robert Hardy,<sup>117</sup> quienes trataron de revitalizar la historia de Agincourt.<sup>118</sup> Hubo quienes no se dieron por vencidos, y finalmente, la justa retribución llegaría de la pluma de uno de los historiadores medievales más importantes del siglo XX y XXI.



Este recorrido histórico ha de culminar con las dos últimas publicaciones del Doctor Richard Barber en relación con el conflicto de Crécy: su artículo publicado en la revista de difusión *History Today*, "Edward III and the Battle of Crécy" y su estudio monumental *Edward III and the Triumph of England, the Battle of Crécy and the Company of the Garter*,<sup>119</sup> publicadas en 2013 y 2014, respectivamente. Como tema central de ambos estudios, se abordó la importancia para la historia que tuvo Eduardo y de la batalla de Crécy, no únicamente referido al tema de la Guerra de los Cien Años, sino también en la historia de Inglaterra. Para efectos de esta investigación, valdría la pena comenzar con el análisis del artículo y continuar con la prominente obra de Barber.

El Doctor Richard Barber (1941- ) es miembro de la *Royal Society of Literature* desde 1971, de la *Society of Antiquaries* of London desde 1978, de la *Royal Historical Society*.<sup>120</sup> Dedicado a la literatura e historia de la caballería medieval, alcanzó gran renombre desde los años setenta, cuando publicó sus estudios sobre el rey Arturo en la literatura británica y su evolución como figura histórica de Inglaterra. Una de sus contribuciones más importantes

---

<sup>115</sup> Ian Mortimer, *The Perfect King: the Life of Edward III, Father of English Nation*, Vintage, 2008, 560 p.; Mark Ormrod, *Edward III*, Yale University Press, 2011, 644 p.; Juliet Barker, *Conquest, the English Kingdom in France in the Hundred Years War*, Abacus, 2010, 512 p.

<sup>116</sup> Anne Curry, *Agincourt: a New History*, The History Press, 2006, 336 p.

<sup>117</sup> Robert Hardy y Matthew Stickland, *The Great Warbow*, Sutton Publishing, 2005, 560 p.

<sup>118</sup> Incluso en la BBC existe un podcast dedicado a Agincourt y su importancia histórica moderna, pero no existe ninguno dedicado a Crécy: <http://www.bbc.co.uk/programmes/p004y25q> (consultado 25/08/2015).

<sup>119</sup> Richard Barber, "Edward III and the Battle of Crécy", *History Today*, Londres, n. 63, octubre 2013, pp. 33-38, ils.; *Edward III and the Triumph of England, the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Allen Lane, 2013, 672 p., ils., mapas.

<sup>120</sup> <http://rsliterature.org/fellows/current-fellows/> ; <https://www.sal.org.uk/about-us/fellows-directory/B/page/2/#directory> ; <http://royalhistsoc.org/wp-content/uploads/2014/10/RHS-Fellows-B.pdf> (consultados 26/07/2015).

para la historia militar y de las guerras de Eduardo III, fue su trabajo *The Life and Campaigns of the Black Prince*,<sup>121</sup> en la que también se publicaron las actas de guerra de Eduardo III, una fuente novedosa que ayudó a los investigadores de los años ochenta y noventa a construir la batalla de Crécy de una forma renovada. Sin embargo, un aspecto importante debe quedar muy en claro: Barber no era historiador militar. Si bien llegaba a relacionarse con algunos temas bélicos dado su gusto por la caballería, como en las campañas de Eduardo III y su hijo, el principal objeto de estudio del autor era la literatura medieval y la formación de los mitos que de ella emanan. No obstante, esa no fue una limitante, pues demostrará la capacidad que todo historiador debería tener de poder construir una importante obra sin importar la temática a la que se preste.

Así pues, en su artículo "Edward III and the Battle of Crécy", Richard Barber presentó una nueva fuente con la cual se podía adquirir una visión diferente de la batalla de Crécy: la *Crónica Anónima Romana* –o al menos, así pareció llamarse, pues el autor nunca presentó con claridad el nombre de la crónica–. La cual, en cierto modo, parece haber sido escrita en prosa y de manera literaria, pues las acciones militares –en este caso, centradas en el combate entre ballesteros y arqueros– asemejaron los de una historia narrada por un literato.

La narración se centró en la figura de uno de los protagonistas del conflicto, Giovanni –el autor en ningún momento explicó quien fue este Giovanni, sólo se mencionó que estaba del lado de los ballesteros– y las primeras impresiones de este balletero ante la formación del rey Eduardo III, al ver que había desmontado a los caballeros y rodeado sus batallas por carretas que, según el protagonista –explicó el autor–, eran para evitar que sus tropas fueran sorprendidas por la retaguardia.<sup>122</sup> Esta explicación del enfrentamiento de los ballesteros sin duda ya era mencionado por otras fuentes, como el barquero, Villani, Froissart, le Bel, etc.; y hasta el momento en que los genoveses fueron rechazados por los arqueros, en realidad no parecía una fuente tan novedosa.

Las diferencias entre el testimonio del romano anónimo y los autores clásicos, vinieron cuando a los ballesteros se les dio la orden de avanzar contra el enemigo, pues según

---

<sup>121</sup> Richard Barber, *The Life and Campaigns of the Black Prince*, Suffolk, Boydell Press, 2010, 148 p.

<sup>122</sup> Barber, "Edward III and the Battle of Crécy", *op.cit.*, p. 33.

Barber, el texto puso de manifiesto cómo la lluvia afectó directamente el desarrollo de la batalla, pues los genoveses no pudieron montar fácilmente sus armas debido a lo resbaladizo que estaba el terreno de batalla.<sup>123</sup> Si bien el resultado de la batalla era conocido, la novedad trascendental apareció tras la retirada de los mercenarios y el ataque de la caballería francesa: estos últimos parecían haber caído en una trampa tendida por los ingleses, pues las bestias sucumbieron ante el ruido de los cañones, que según el autor, "sus caballos [refiriéndose a los de los franceses] aterrados por las extrañas explosiones, que ellos nunca habían escuchado antes. Después él entendió que ese ruido vino de las primeras armas usadas en algún campo de batalla europeo".<sup>124</sup> Así fue como inició el artículo de Richard Barber para la revista *History Today*, que desde los años setenta, había sido una de las revistas de divulgación de la historia más popular en Inglaterra.<sup>125</sup>

Ahora bien, según la forma en que el autor escribió su artículo, dos elementos de gran importancia saltaron a la vista de la narración del romano: primero, durante la descripción de la formación inglesa prestó gran atención a las carretas que formaban una barrera que cubría a su ejército, y en segundo lugar, el uso de cañones contra la caballería, que si se toma en cuenta la forma de explicar los hechos del anónimo, nunca antes se habían usado en batalla.

Ahora bien, esta descripción correspondía al descubrimiento de un largo texto sobre la batalla que se construyó diez años después de lo sucedido en Crécy, y cuyo contenido estaba basado en la propia experiencia de uno de los ballesteros que tomó parte en el conflicto –junto con el informe de uno de los caballeros que seguían al rey de Bohemia.<sup>126</sup> Lo que volvió importante a esta crónica, fue la forma en que ha sido ignorada por los historiadores en los últimos cinco años. El porqué de ello pudo deberse a una gran cantidad de factores – Barber nunca explicó la causa–: por un lado, la propia inmediatez del descubrimiento, pues serían pocos los historiadores que se habían enterado de la existencia de la crónica, y mucho

---

<sup>123</sup> *Ibidem*, pp. 33-34. A diferencia de la propuesta de Payne y los autores que lo siguen, la lluvia influyó más por el terreno que por el daño a las armas.

<sup>124</sup> "Their horses terrified by strange explosions, which he had never heard before. Later he learnt that these were from the first guns to be used on a battlefield in Europe", *ibidem*, p. 34.

<sup>125</sup> Aurell, *op.cit.*, p.143. La permanencia de la revista es una prueba de la existencia de un público exigente de material histórico acorde a su lenguaje e intereses populares, tanto en los años setenta como en la actualidad.

<sup>126</sup> *Cfr.* Barber, *Ibidem*, p. 34

menos la habían utilizado para generar argumentos nuevos. Por otro lado, la propia limitante que supuso el idioma, pues fue escrita probablemente en florentino medieval –una vez más, no lo especificó el autor–, que si bien la historia original de Villani también lo estaba, lo cierto es que existieron ediciones traducidas en las cuales se pudieron apoyar los autores. En última instancia, pudo ocurrir algo parecido a la crónica de le Baker, que aún no era editada y por ello pocos conocían la obra.

Un aspecto de lo que estuvo completamente imbuida la narración de Richard Barber fue la imposibilidad inherente de conocer exactamente qué ocurrió durante la batalla. Sin duda, esta problemática guardaba una importante relación con la obra de John Keegan, *El rostro de la batalla* y la dificultad que existe para confrontar la “pieza de batalla” y la experiencia del soldado individual en el campo de batalla. Si bien es cierto que el autor no era un historiador militar de la misma forma que Rogers o Ayton, no había duda en que Barber conocía estos debates, especialmente por la forma de narrativa utilizada por John Keegan, la cual guardaba una estrecha relación con la literatura, y por el hecho de que ambos autores eran contemporáneos.

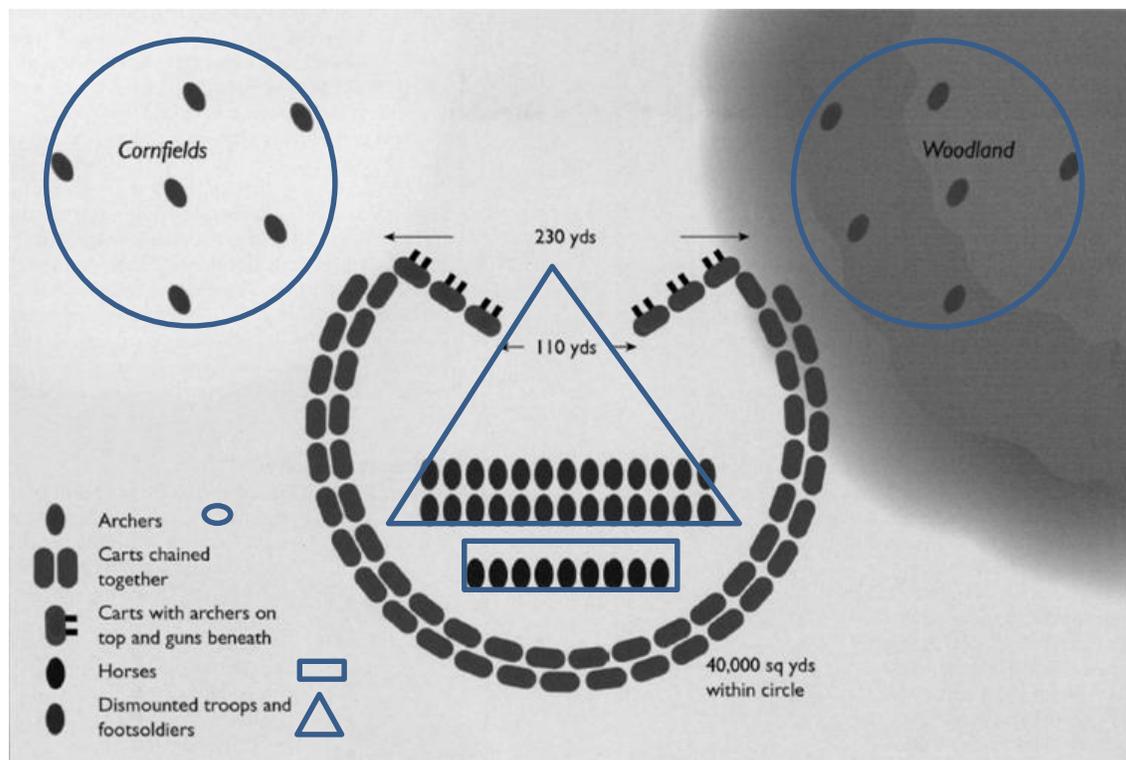
Aunado a ello, otra problemática a la que se enfrentó Barber fue la dificultad de encontrar testimonios imparciales sobre lo que ocurrió en el conflicto de 1346, pues las fuentes francesas no ofrecían un juicio neutral de lo que ocurrió y las inglesas eran poco explicativas de lo sucedido. Por lo tanto, los ballesteros genoveses, según el autor, podrían ofrecer una mejor visión de lo que aconteció en 1346,<sup>127</sup> por lo que la crónica romana era una fuente importante para conocer de viva voz el “rostro de la batalla” de Crécy.

Para Barber, el aspecto más importante de este testimonio fue la descripción que el cronista dio a la formación del ejército inglés, de la cual destacó que las carretas de suministros –usadas en la campaña desde Normandía– estuvieran colocadas en el terreno de batalla de forma semicircular y con una apertura en dirección al ejército francés, con lo cual se buscaba cubrir la retaguardia en una especie de fortín improvisado. Las batallas de hombres de armas desmontados y de caballeros estarían encerradas dentro del círculo, en

---

<sup>127</sup> *Ibidem*, p. 35.

espera del desarrollo de los hechos. Todo ello mientras los arqueros formaban dos únicas alas semicirculares desperdigadas por los campos de cultivo y el bosque que rodeaban el campo de batalla (mapa 6).



Mapa 5. "Conjetural reconstruction of the English battle formation at Crécy". Según la interpretación de la *Crónica del Romano Anónimo*, los arqueros se posicionaron en las alas, desperdigados en forma circular como en el mapa de Sumption; pero con la diferencia que los hombres de armas están integrados en una sola batalla dentro de un fuerte hecho de carretas (Modificado, Barber, "The Battle of Crécy", p. 37).

Para ayudar a sustentar sus argumentos, Barber recurrió al testimonio de Giovanni Villani, quien también mencionó que las tropas de Eduardo III estaban enclaustradas en forma circular por carretas de dos o más carros de profundidad, si esta se compara con la batalla de Mons-en-Pévèle en 1304.<sup>128</sup> Según las estimaciones del propio autor, si se considera una proporción de veinte hombres por carreta, para un ejército de 14.000 hombres, existiría un aproximado de 700 carretas desplegadas en el campo de batalla. Esto permitió a Richard Barber desarrollar la imagen de una nueva formación desplegada por Eduardo en la batalla de Crécy, la cual, de ningún modo se asemejó a la tradición historiográfica anterior.

<sup>128</sup> *Ibidem*, p. 36.

En esta nueva formación, las carretas eran utilizadas como un medio de defensa de las huestes inglesas como una fortificación improvisada, mientras el ejército desplegado como infantería se colocaba en medio del círculo para esperar la carga de caballería enemiga, mientras dos alas de arqueros a las afueras del perímetro disparaban desde los el bosque y los campos de cultivo; al mismo tiempo que algunos arqueros montados sobre las carretas al frente de la formación realizaban el mismo procedimiento.<sup>129</sup> Al mismo tiempo, los cañones estarían sobre las carretas, y su utilidad no sería otra más que causar pavor a los enemigos, pues estas piezas de artillería eran pequeñas, conocidas como *ribalds*, las cuales "probablemente causaban más pánico entre los caballos que realmente infringir un daño serio, excepto a una distancia muy corta".<sup>130</sup>

Si bien el artículo estuvo desarrollado con base en la *Crónica del Romano Anónimo*, y con ello se buscó discernir la formación inglesa desplegada en Crécy y la imposibilidad de conocer qué pasó realmente en la batalla, el significado más importante de los hechos trascendió más allá del valor militar del conflicto: el rey Eduardo III quedó enmarcado por su genio militar, buen conocimiento de la táctica y habilidad de innovación con el uso de la artillería en el campo de batalla. Pues, cuando el monarca no pudo encontrar un terreno de batalla acorde con las características de su táctica de arquería, decidió hacerlo él mismo con sus carretas de suministros sin temor a equivocarse.

Finalmente, Richard Barber terminó su artículo en estos términos:

Parece peligroso añadir aún más razones para considerar a Eduardo III como el más grande de todos los monarcas medievales ingleses, pero la imagen que esta interpretación pinta lo muestra como un innovador y un estratega que respondió a una situación peligrosa con el pensamiento inspirado.<sup>131</sup>

Por lo tanto, para el autor, la importancia del rey inglés para la historia británica era innegable y la batalla de Crécy adquirió una mayor importancia en la concepción

---

<sup>129</sup> *Ibidem*, p. 38.

<sup>130</sup> "They would probably have been better at causing panic among the horses than actually inflicting serious injury, except at a relatively short range", *idem*.

<sup>131</sup> "It seems dangerous to add yet more reasons to regard Edward III as the greatest of all English medieval monarchs, but the picture that this interpretation paints shows him as an innovator and a tactician who responded to a dangerous situation with inspired thinking", *idem*.

historiográfica y social de Eduardo III, pues al ser un artículo de una revista de difusión histórica, significaría un mayor alcance de las nuevas interpretaciones al público general. En contraste a los objetivos que Andrew Ayton y Philip Preston buscaron en su obra, para Barber la batalla de Crécy era importante tanto para la historia militar, como para el desarrollo de Inglaterra a través de la figura del rey Eduardo III y su reinado.

Esta descripción fue un pequeño apartado extraído de una investigación monumental publicada apenas unos meses después. En su siguiente obra, abordará con mucho más detalle esta nueva idea de la formación del rey inglés en Francia, al mismo tiempo que extendía la trascendencia de los hechos en sus significados inmediatos y posteriores.



La última obra de Richard Barber, *Edward III and the Triumph of England, the Battle of Crécy and the Company of the Garter*,<sup>132</sup> fue también una de las más importantes dedicada a la batalla de Crécy y la importancia histórica que tuvo tanto en la Edad Media como en los tiempos modernos. Sin duda, Barber se había convertido en uno de los historiadores medievales más importantes de la academia británica, y en este libro mostró sus dotes como analista de fuentes, constructor de argumentos sólidos, y sobre todo, un gran amor por el periodo histórico, reflejado en la forma en que redactó su prominente obra histórica.

La temática del libro estuvo dividida en dos partes. La primera, dedicada a la vida y reinado de Eduardo hasta su victoria en Crécy y la toma de Calais un año después. La segunda parte, comprendió la historia de la Compañía de la Liga (Compañía de la Jarretera o Compagy of the Garter) y el contexto histórico en que ésta fue creada. De esta forma, culminó con una nueva interpretación no sólo de la batalla y de la campaña inglesa, sino de todo el reinado de Eduardo III, en que resaltó el enorme peso político, militar y simbólico que el regente le heredó a la historia de Inglaterra.

---

<sup>132</sup> Richard Barber, *Edward III and the Triumph of England, the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Allen Lane, 2013, 672 p., ils., mapas.

Ahora bien, el capítulo seis comenzó con el análisis del ejército inglés que se armó en Portsmouth, entre mayo y junio de 1346. Al mismo tiempo, el autor hacía énfasis en la capacidad administrativa de Eduardo III, pues hasta su regencia, Inglaterra no tenía una armada real en el estricto sentido de la palabra. A pesar de que los reyes de ingleses poseían una cierta cantidad de naves en su haber, lo cierto es que estas no estaban organizadas en ninguna forma.<sup>133</sup> Así, cuando Eduardo llegó al poder, se dedicó a modificar la administración de la armada real, por lo que se crearon dos almirantazgos: al norte y al oeste de Inglaterra, que se dividieron las áreas de influencia a partir del puerto de Dover. De hecho, estos dos almirantazgos fueron los que realizaron preparativos de invasión de Francia, además de hacerse cargo de la logística del desembarco en Normandía.<sup>134</sup>

Otro aspecto que desarrolló Barber en su estudio fue la organización de la logística del ejército que desembarcaría en Normandía. Por ello, describió el acopio de armas para la campaña, como espadas, arcos y flechas, además de una de las novedades más importantes impulsadas por el rey Eduardo: las armas de fuego, que en el caso de las usadas en Crécy, eran pequeñas en comparación con las bombardas utilizadas para la guerra de sitios. Así, era probable que las llevadas a Francia en 1346 tuvieran más el objetivo de "aterrorizar al enemigo, y particularmente, a sus caballos",<sup>135</sup> que diezmar a los franceses con los proyectiles cual si fueran baterías de campaña. Aunado a ello, una parte importante para el mejoramiento de la intendencia del ejército de Eduardo, fue el uso de carretas para transportar municiones y suministros, vitales para el mantenimiento de una gran operación de invasión como la que marchó a través Normandía en junio-agosto.

A diferencia de estudios anteriores –al menos hasta tiempos de Hewitt y la revitalización de la historia militar a través de los aspectos sociales en los años sesenta–, las carretas tuvieron un valor importante dentro de la narración de la marcha por Normandía, pues sin ellas, no podría entenderse la forma en que se desarrolló la batalla. Además del factor positivo-científico que tenía la historiografía anterior a la Segunda Guerra Mundial, la razón para ignorar las carretas se debió a que la visión construida por los autores no contemplaba

---

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 178.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 179.

<sup>135</sup> *Ibidem*, pp. 179-180.

el que éstas fueran utilizadas en la batalla. De igual forma, aunque en la visión de la guerra social que siguió Hewitt, el uso de las carretas era necesario para entender la logística de las campañas, lo mismo que en el positivismo, estas no eran contempladas durante el desarrollo de la batalla.

Tras la descripción de todos estos aspectos logísticos con los que se preparó el ejército de Eduardo, narró su embarco y llegada a Francia. Tras el desembarco, avanzaron por la región, saqueándola y devastándola, hasta que a finales de julio, llegaron a la fortaleza de Caen, la cual tomaron a espada y fuego. Acto seguido, quemaron la ciudad y avanzaron por el sur del Sena hacia Poissy, donde repararon el puente para movilizarse en dirección al río Somme, pues se supone que la flota despachada por Eduardo después de su desembarco, ya los esperaba en Le Crotoy. Pero justo antes de cruzar el estuario de Blanchetaque, se enfrentaron a un destacamento francés que se adelantó a perseguirlos. Aunque final mente terminaron por derrotarlos y cruzar el vado en dirección a la villa de Crécy.

El siguiente capítulo estuvo dedicado enteramente a la batalla de Crécy, por lo que el autor comenzó su narración con la propia importancia que este hecho tuvo en la Edad Media:

Lo que sucedió en Crécy en los siguientes días se convirtió en una sensación instantánea; relato de este evento asombroso se extendió rápidamente a través de Europa, y su estatus mítico sobrevive aún hoy. Familias inglesas reclamarán con orgullo que tenían un antepasado que luchó en Crécy; aunque estas afirmaciones a menudo carecen de fundamento, derivado del patriotismo victoriano más que ninguna tradición genuina, la batalla es un evento que todavía resuena.<sup>136</sup>

El problema principal con la batalla, como el de muchas otras en la Edad Media, fueron las diferentes versiones que dieron cuenta de lo que ocurrió durante el combate, que más que ayudar a discernir los hechos, imposibilitan la comprensión de lo ocurrido. Más que generar una verdad absoluta, lo cierto era que cada uno de los testimonios ofreció su propia versión de los hechos, y muchas veces llegaron a contradecirse las unas con las otras, pues la

---

<sup>136</sup> "What happened at Crécy in the following days became an instant sensation; word of this astonishing event spread rapidly through Europe, and its mythical status survives even today. English families will claim with pride that they had an ancestor who fought at Crécy; though these claims are all too often unfounded, deriving from Victorian patriotism rather than any genuine tradition, the battle is an event which still resounds", *ibidem*, p. 213.

narración dependía del propio punto de vista con que los autores abordaron el conflicto. Por ejemplo, Froissart escribió años después de lo sucedido, y lo hizo a costa de los diferentes testimonios que recopiló de los supervivientes. Otro ejemplo sería el mismo rey inglés, que a través de su correspondencia trató de dejar testimonio de su victoria, aunque terminó por ser poco preciso respecto al desarrollo de la batalla. Por otro lado, las fuentes francesas fueron mucho más herméticas al momento de dar cuenta de la batalla, pues prefirieron evitar mencionar la catástrofe que habían experimentado en Crécy. En última instancia, se encontraba la *Crónica del Romano Anónimo* y el testimonio de Giovanni Villani, quienes ofrecieron una perspectiva un tanto más imparcial de los hechos gracias a la posición en que se encontraban durante el desarrollo de los hechos —el primero en el mismo campo de batalla como mercenario, y el segundo como comerciante extranjero—, pero no por ello definitiva. En especial, Barber consideró que la crónica de Villani era la fuente más confiable que podía explicar lo sucedido, y la que mejor representó el desarrollo de los hechos de campaña y de la batalla. Tanto así, que incluso el autor se tomó el tiempo y el espacio necesario para transcribir fragmentos de esta crónica en el cuerpo textual,<sup>137</sup> acompañado con el testimonio del Romano Anónimo.<sup>138</sup> Al tener estas dos referencias italianas, Richard Barber desarrolló una nueva imagen de la batalla desde el punto de vista táctico, la cual fue posible apreciar en el primer anexo de su libro.<sup>139</sup>

De esta forma, la táctica de la batalla inglesa contrastó enormemente con la que se había construido desde hacía más de cien años. Ya no era la imagen positivista de Charles Oman basada en la *Crónica* de Froissart, en la que las batallas de hombres de armas desmontados eran distribuidas horizontalmente, con los arqueros en zigzag entre cada contingente. Tampoco era la propuesta de Jonathan Sumption, obtenida de la combinación de las crónicas de le Baker, le Bel y Villani, en la que los hombres de armas estaban distribuidos en tres divisiones de forma vertical con los arqueros en dos alas a los extremos.

Ahora, Richard Barber consideraba que las tres batallas inglesas se habían desplegado en dos únicos contingentes: el principal integrado por los hombres de armas desmontados en

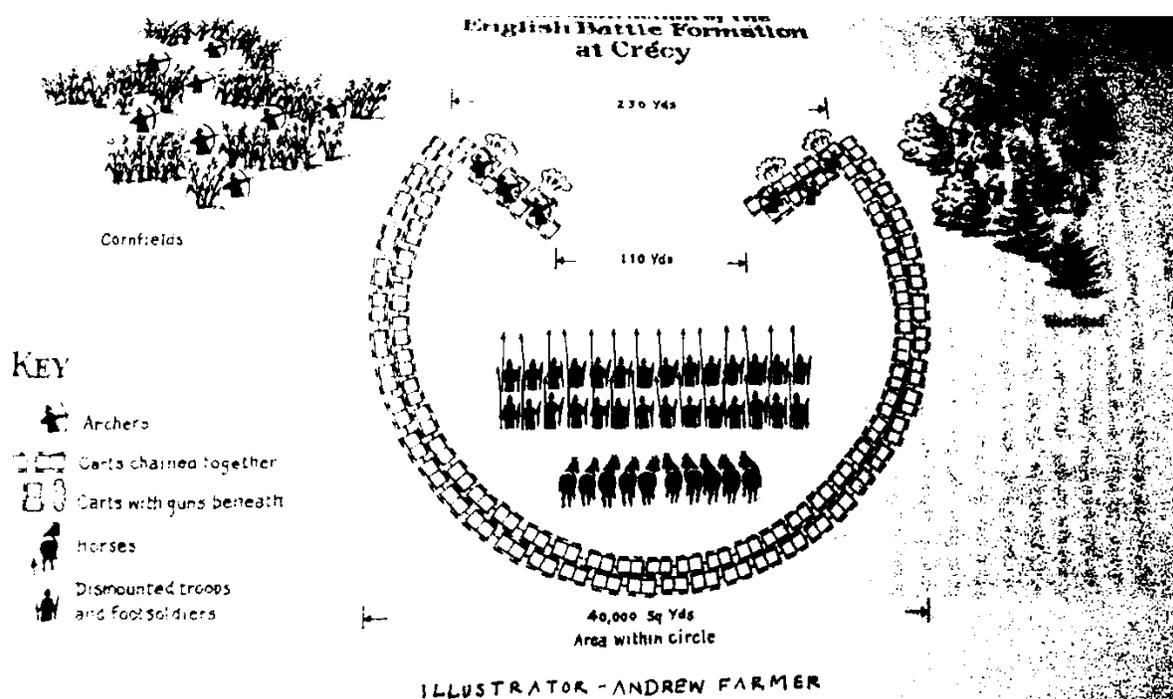
---

<sup>137</sup> *Ibidem*, pp. 217-222.

<sup>138</sup> *Ibidem*, pp. 222-225.

<sup>139</sup> *Ibidem*, pp. 493-498.

la vanguardia y la retaguarda compuesta por los caballos aparcados. Todos ellos estarían colocados en un semicírculo de aproximadamente 250 yardas ( $\pm 228\text{m}$ ) compuesto por las carretas de suministros, las cuales formarían una defensa artificial contra la carga de caballería francesa. A los flancos del “fortín” de carros, dos barreras naturales permitieron a los arqueros formar sus batallas fuera del semicírculo: a la izquierda, los campos de cultivo, y a la derecha, los árboles del bosque de Crécy. Además, al frente del semicírculo, los carros formaban una especie de entrada, en la que se colocaron los pequeños cañones de campaña, cubierto por más arqueros que disparaban trepados en las carretas. (Ver mapa 7)



Mapa 6. “Reconstruction of the English battle formation at Crécy”. Según Barber, es la que mejor podría describir la batalla de Crécy si se toman de base las crónicas italianas: Giovanni Villani y el Romano Anónimo (Andrew Farmer, en Barber, *Edward III and the Triumph of England*, p. 495).

En conclusión, el gran valor historiográfico de la obra de Richard Barber fue, por un lado, el significado de la batalla y, por otro, la construcción completamente renovada de la formación de Crécy. Respecto al primero, para el autor no hubo ninguna duda, no sólo Crécy era importante para la historia inglesa, sino que además, el reinado de Eduardo III significó el nacimiento del poderío inglés como un pueblo capaz de derrotar al ejército más poderoso de Europa y con ello, volverse uno de los reinos más importantes del continente. Esto gracias

a su estandarización de los almirantazgos, la organización de su campaña y su innovación en los cañones de campaña. Todo ello haría del conflicto de Crécy uno de los hechos de armas más importantes de la historia inglesa y, quizás, hasta el más trascendente de todos.

El segundo aspecto de su obra fue la construcción de una nueva idea de la formación inglesa durante la batalla, la cual no guardó ninguna relación con los trabajos anteriores de sus colegas historiadores diseñados hacía más de un siglo atrás. Esto gracias al uso de las dos fuentes italianas, la *Crónica del Romano Anónimo* y la *Nuova Chronica* de Giovanni Villani. Ambas diseñadas por participantes directos del acontecimiento y no por cronistas que abordaban el tema muchos años después de lo sucedido. Así pues, al dejar de lado la crónica de Froissart, fue posible llegar a una nueva perspectiva de la batalla en la que las carretas de suministros jugaron un papel importante durante la conflagración. Aunado a ello, se destacó el papel importante de los cañones, pero no desde el punto de vista táctico, puesto que eran demasiado pequeños para significar un cambio en el arte de la guerra en esa época. Más bien, se generó la visión de un rey innovador, dispuesto a experimentar con todos los materiales y tácticas a su disposición para derrotar a sus enemigos, tanto escoceses como franceses. Sin duda, una forma nueva de interpretar los hechos acaecidos en 1346.

#### **III.4. Conclusión**

La historiografía de los últimos veinte años parece cada vez más fragmentada y alejada de las viejas tendencias nacionales que caracterizaban la producción historiográfica de los diferentes países. El posmodernismo y los giros que tornó la historia desde finales del siglo XX han hecho difícil determinar la tendencia en que los historiadores escribieron sus historias. En algún momento, cuando se le preguntó a Clifford Rogers “cuál era su postura historiográfica”, éste respondió que “no consideraba que siguiera alguna línea historiográfica en particular”.<sup>140</sup> Quizá no seguía alguna en el sentido del siglo XX, como el positivismo, la sociología o alguno de los diferentes giros históricos, pero al menos, es seguro que se guiaba por los paradigmas de la historia militar, como la contextualización de la estrategia y algunos

---

<sup>140</sup> “I don't really consider myself to follow any particular historiographical line”. Respuesta ofrecida por el autor a través de un correo electrónico. 03/07/2014.

elementos de la Revolución Militar –como la importancia de la infantería y la consolidación del “Estado”.

La historiografía del nuevo milenio es complicada precisamente por la dificultad de definir tendencias claras sobre las formas de interpretar y escribir la historia por los historiadores. Los trabajos de Ayton, por ejemplo, se relacionaban con los de Rogers, pues ambos llegaron a tener colaboraciones y temas de investigación similares, como la Revolución Militar de la Edad Media, el periodo de Eduardo III, la campaña y la batalla de Crécy. Los de Barber por el contrario, parecen diferentes en cuanto a su tendencia a combinar el giro lingüístico, la historia militar-social y la antropología para desarrollar su obra; en realidad, guardaba una relación más estrecha con el trabajo de Keegan, *El rostro de la batalla*.

Ahora bien, los trabajos de Clifford Rogers marcaron un antes y un después en la historiografía sobre la campaña de Eduardo III. *Werre Cruelle and Sharpe* ofreció una perspectiva novedosa sobre los acontecimientos de 1346. Por medio de la comparación entre las campañas inglesas de la primera mitad del siglo XIV, el autor buscó una relación coherente entre la forma de hacer la guerra en Inglaterra, por lo que concluyó que la estrategia inglesa fue siempre la misma: las tropas deliberadamente devastaban el territorio enemigo con la intención de obligar a su enemigo a presentar una batalla definitiva o arriesgarse al desprestigio político. En este sentido, el manual militar de Vegetio, *De Re Militari*, adquirió un papel fundamental para el autor como una fuente interpretativa del pensamiento militar de los comandantes medievales. En él se especificaba que debía evitarse la batalla a toda costa, a menos que las circunstancias como terreno, número de hombres, moral, avituallamiento, etc., fueran favorables para el comandante, pues en aquella época, la batalla era una empresa muy riesgosa, y uno podría perderlo o ganarlo todo. Sin embargo, la estrategia de Eduardo sólo tenía sentido si la batalla se producía en circunstancias favorables para el monarca, esto era, si el terreno y la táctica estaban de su lado. Ésta era la única forma de explicar las inconsistencias en la marcha de Eduardo sobre Normandía, a saber, la brutalidad y la visión que huía de su enemigo hacia el norte. Estrategia, comparación y contexto, estos fueron los elementos por los cuales se construyó el conflicto de Crécy en los trabajos de Rogers.

Al mismo tiempo, el significado que se desarrolló era replantearse la imagen clásica que se tenía sobre el monarca. No era ni un estratega mediocre pero táctico hábil, ni mucho menos un rey que terminó por presentar una batalla como víctima de las circunstancias. Al contrario, en todo momento sabía cuales era sus objetivos, cómo cumplirlos y cómo generar las condiciones necesarias para que sucedan; en pocas palabras, el nuevo significado que los historiadores le dieron a Eduardo III fue el de ser un rey innovador en el arte de la guerra.

Las dos últimas obras importantes sobre la batalla de Crécy aparecieron como renovadoras en lo referente al significado y la forma en que se construyó. Por un lado, la obra de Andrew Ayton, *The Battle of Crécy*, se convirtió en el libro más trascendental respecto a la forma en que se había llegado a diseñar la batalla y cómo podía modificarse su significado historiográfico. Para los autores que participaron en su desarrollo, el objetivo era muy claro: tratar de equiparar la importancia histórica de la batalla de Crécy con la de Agincourt en la historia de la Guerra de los Cien Años.

Por otro lado, el trabajo de Richard Barber *Edward III and the Triumph of England*, fue diseñado a partir de ambos nexos constructivos, tanto desde una propuesta novedosa de la batalla, como desde un significado superior del que Ayton sólo había podido imaginar. Así pues, radicalmente modificó la imagen de la batalla a partir del uso de las fuentes italianas, mientras las clásicas quedaban en un nivel mucho más bajo en importancia descriptiva. De cierto modo, fue un duro golpe a la tradición interpretativa producto del uso de la crónica de Froissart: ¿quién puede ofrecer mejor una imagen de lo sucedido, alguien que fue testigo, o alguien que escribió a partir de testimonios pasados? Sin duda, fue la punta del iceberg que desde la segunda mitad del siglo XX, criticaba la descripción de Froissart.

## CONCLUSIONES

La introducción general de esta tesis comenzó con una cita extraída del libro *El lugar del hombre en el cosmos* de Fred Spier: “Todas las explicaciones históricas son reconstrucciones de algún tiempo, y por tanto es probable que sufran cambios a lo largo del tiempo. Esto significa también que el estudio de la historia no puede ofrecer certezas absolutas, sino únicamente sugerir aproximaciones de la realidad que un día fue presente. En otras palabras, no existe una crónica histórica verdadera”. En gran medida, esta investigación guarda una estrecha relación con este pensamiento: si la batalla de Crécy es una construcción historiográfica, ¿cómo es construida por los historiadores desde finales del siglo XIX?

Lo mismo podría ocurrir con cualquier hecho histórico en cualquier lugar y en cualquier tiempo. No son más que construcciones posteriores que buscan llegar a un consenso respecto a lo que realmente<sup>1</sup> pasó en la *dimensión* –universo– en que se desarrollaron los hechos. Pero que a fin de cuentas, no dejan de ser especulaciones –en un primer momento– que adquieren un sentido histórico –en un segundo momento–<sup>2</sup> cuando comienzan a ser construidas por las diferentes sociedades intelectuales de historiadores.<sup>3</sup> La forma en que se construyen estos hechos históricos<sup>4</sup> varía no sólo de época y de contexto histórico, sino además, del papel que haya jugado la evolución de las redes de eruditos en los diferentes periodos en que éstos se desenvuelven. En pocas palabras, la construcción de un hecho histórico depende del contexto histórico, del historiográfico y de los mismos intelectuales – todo interconectado entre sí–, junto con la relación que guarden ante las redes de poder y de la sociedad, lo que podría traducirse como el “significado” que adquiere esa construcción para el lugar de origen en que es estudiado. Todo ello: contexto, historiografía, individuo y significado, podrían englobarse en un solo concepto: *nexos constructivos*.

---

<sup>1</sup> “Realmente” no en el sentido positivista del término de buscar “la Verdad” o lo que pasó científicamente, sino en el sentido de la realidad empírica de las cosas: qué ocurrió en la “realidad” en que vivimos.

<sup>2</sup> El primer momento se refiere a la representación inmediata del hecho, esto es, las fuentes primigenias. El segundo momento se refiere propiamente a la construcción del hecho a posteriori.

<sup>3</sup> Aquí me refiero a las diferentes escuelas del saber en las distintas épocas: escribanos, sacerdotes, monjes, políticos, académicos, militares, etc., y las que vengan.

<sup>4</sup> Hecho histórico lo utilizo por su relación con la *praxis* de los historiadores, quienes son los que en este momento se encargan de investigar e interpretar el pasado de manera científica.

Aunado a ello, no existe una sola construcción de los hechos históricos, pues ello supondría haber alcanzado una verdad absoluta respecto a lo que ocurrió en el pasado. Al contrario, cada nexo constructivo varía según sus diferentes matices de análisis. Por ejemplo, la construcción de un hecho puede abordar una misma época, pero a partir de diferentes líneas historiográficas; o puede confluir en la misma época e historiografía, pero con distintos significados según sus objetivos. Estos nexos constructivos nunca son estáticos ni iguales *per se*, pero pueden ayudar a englobar la infinidad de construcciones particulares en lugares comunes que compartan muchas más semejanzas que diferencias.

Bajo esta lógica, los autores que se analizaron en esta investigación generaron nexos constructivos en diferentes niveles: el superficial entorno a un mismo espacio geográfico, Inglaterra en la mayoría de los autores, al menos hasta la última parte del siglo, cuando entraron en escena los estudios estadounidenses; a nivel particular en una misma línea argumentativa que se transformaba según cambiaban los diferentes nexos junto con sus vertientes más específicas –el caso de historiografía “nacional” e historiografía militar–, además de la búsqueda de significados semejantes entre los diferentes nexos constructivos.

Ahora bien, ¿qué ocurre con las fuentes, el elemento que se supone debería arrojar una mayor certeza de que el hecho histórico realmente aconteció? Todas ellas, sin importar de qué tipo, mienten de una u otra forma. No existe “La Fuente” que resuelva la problemática histórica en su totalidad, pues en última instancia ella se encuentra sujeta a un contexto y objetivo determinado en que fue diseñada; sin embargo, es posible afirmar que existen diferentes testimonios que pueden ayudar a los intelectuales a generar consensos en la forma de construir hechos acaecidos en algún punto pasado de nuestra dimensión.

Por lo tanto, bajo esta forma de observar la historia y el modo en que los intelectuales<sup>5</sup> la construyen, presentaré las conclusiones generales a las que llegué al finalizar esta investigación.

---

<sup>5</sup> La idea de los autores enmarcados dentro de un contexto tanto académico como histórico la retomo y amplió en algunas partes, de la obra de Jaume Aurell, *La escritura de la memoria, de los positivismo a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, 254 p.

En primer lugar y la más importante, no existió una forma única de construir la batalla. Hubo muchas, cada una bajo argumentos y formas de entender la historia muy específicos de un contexto dado, al que se sumaban las diferentes influencias historiográficas y de las redes intelectuales a las que pertenecían los historiadores del siglo XX. De esta forma, los autores de la generación decimonónica que escribieron hasta la posguerra –e indirectamente, sobre la campaña– de Crécy, lo hicieron a la par de una visión del conflicto muy influenciada por una interpretación del arte de la guerra extraída de la experiencia de las guerras napoleónicas y de los teóricos militares más influyentes del siglo XIX: Jomini y Clausewitz.<sup>6</sup> Esto unificó a los historiadores de la guerra dentro de un marco interpretativo específico de su objeto de estudio, lo que los diferenciaba del resto de los historiadores decimonónicos en cuanto al contenido y las formas, pero que no estableció una diferencia con la forma de interpretar el marco histórico. Si bien aún no se reconocían como historiadores militares, sin duda ya habían dado un gran salto de la historia creada por los escalafones políticos y militares a la diseñada por los académicos universitarios.

En cuanto a las interpretaciones que estos intelectuales tenían de los hechos, buscaban relacionar la idea positivista de la guerra, donde los comandantes debían llevar una campaña “agresiva” constantemente en contra de sus enemigos, en busca de una batalla campal en la cual pudieran derrotar a su adversario de forma definitiva, según los parámetros decimonónicos del arte de la guerra decimonónico. Dado que esto no ocurría en su concepción de la guerra medieval, los historiadores desprestigiaron cualquier forma de estrategia que no encajara en la visión positivista de los acontecimientos y así concluyeron que no existía ningún comandante medieval que tuviera una idea clara de estrategia.

El encasillamiento de la historiografía inglesa con relación a la idea del progreso científico y de la búsqueda de leyes como en las Ciencias Naturales, derivó en una imagen de la campaña de Eduardo III como una “aventura peligrosa” tras su imposibilidad de capturar Ruan, como lo denominó Charles Oman en sus trabajos. Esto era, una cabalgada de tropas inglesas que terminó sin tener objetivos claros, ni militares ni políticos; cuya victoria

---

<sup>6</sup> Esta visión historiográfica fue tomada de la tesis de doctorado de Clifford Rogers, *Werre Cruelle and Sharpe English Strategy under Edward III, 1327-1347*, Ohio, Ohio State University, 1994, 459 p., mapas. Sin embargo, él propone y desarrolla en parte este argumento, mientras yo lo extiendo y lo articulo en torno a mis propios resultados.

en la batalla se dio, eso sí, gracias a la gran capacidad que tenía el monarca inglés de manejar la táctica al momento de batallar. De ahí la famosa frase de Oman que perduraría en el imaginario histórico de la primera mitad del siglo XX: Eduardo era un pésimo estratega, pero un gran táctico. De esta forma fue como comenzó a construirse la batalla de Crécy desde el ámbito académico: con el desdén por una estrategia incomprensible, pero cuya consecuencia táctica, la batalla, marcó un hito en la historia del arte de la guerra. Esta primera forma de construir el conflicto no debe perderse de vista, pero antes de continuar, valdría la pena dar seguimiento al análisis de la táctica de los académicos que siguieron a Oman.

Como ya se explicó, entre los historiadores del arte de la guerra de la primera parte del siglo XX –Oman, George, Lloyd, Tout, Morris–, permeó con mayor fuerza la idea del progreso y del positivismo científico en la historia. Para ellos, todo debía de tener un orden y una lógica en la historia que asemejara lo más posible al marco interpretativo de las ciencias naturales. Evidentemente, la Ciencia Histórica en general carecía de una oportunidad concreta de asemejarse a aquel modelo científicista. Sin embargo, la propia naturaleza de la historia del arte de la guerra permitió un diálogo mucho más fuerte con la visión científica de la historia, y en especial, con la historia de batalla. Este último era el terreno más fértil en el que podía incubarse el científicismo, y todos los autores del periodo aprovecharon esta idea para darle seguimiento a una idea implícita: si no se podía historiar la estrategia, al menos se podía abordar la batalla, esto era, la táctica, un elemento que por su propia naturaleza, guardaba un estrecha relación con el positivismo.

El interés que apareció por la descripción de la batalla de Crécy no hubiese sido el mismo sin dos factores de vital importancia: la limitación en el uso de fuentes respecto a lo que ocurrió durante el conflicto, y el surgimiento de las revistas científicas históricas, especialmente *The English Historical Review*. Lo primero, respondía a una cualidad inherente de la batalla de Crécy a finales del siglo XIX: las fuentes conocidas eran pocas y generalmente la base con que se construía la historia era la *Crónica* de Froissart, pero cuando la batalla adquirió una mayor importancia entre los cúmulos académicos, surgieron muchas más fuentes que podían ser utilizadas por los historiadores, como por ejemplo, la *Crónica* de Geoffrey el Barquero. Por otro lado, la revista inglesa *English Historical Review* se convirtió en el medio más importante de difusión, debate y consolidación del conocimiento sobre

Crécy, al menos hasta el periodo de entreguerras, cuando el interés de los historiadores se volcó al estudio de la Primera Guerra Mundial. Prácticamente todo el debate en torno a la formación de arqueros se construyó a partir de artículos publicados en ese medio, y son la prueba más evidente del significado que tenía la batalla para los historiadores: probar la validez del método científico en la historia por medio de la comparación en la búsqueda de un resultado absoluto.

En esta problemática, el tema principal fue el debate acerca de la formación más “exacta” que desplegaron los arqueros ingleses durante la batalla. Utilizamos la palabra “exacta” conforme el objetivo que tenían estos historiadores decimonónicos respecto a su quehacer: la búsqueda de la verdad. Así, a partir de la problemática “qué era lo que Froissart quería decir con *herce*, se desplegaron más de veinte años de discusión científica que concluyeron en un aparente consenso en lo ocurrido.

El primer elemento a poner en tela de juicio fue la representación de la batalla –misma que se observó en la evolución de los diferentes mapas adjuntados durante toda la investigación–, que comenzó con base en meras especulaciones sobre la formación de arqueros, pero que terminó con miras hacia una historia comparativa. Ésta buscaba ampliar el rango de comprensión de la táctica de Eduardo: se conocía la formación en las batallas de Eduardo III en las guerras contra Escocia e incluso se consideraban parte de un proceso evolutivo que había comenzado a gestarse desde las guerras de Eduardo I contra Escocia. A falta de fuentes que definieran de mejor manera el significado de *herse*, autores como Hereford George, Lloyd y Morris, extrapolaron esas ideas y llegaron a un consenso: el rey de Inglaterra no tenía por qué modificar una estrategia que le había funcionado durante años. Pero no sólo eso, la comparación entre batallas llegó a tal extremo que incluso intentaron comparar Crécy con Agincourt, más de cincuenta años después y así concluir en una misma “forma de hacer la guerra” inglesa en la Guerra de los Cien Años.

Así pues, para alcanzar sus objetivos, los historiadores siguieron la siguiente lógica de desarrollo: puesto que era imposible conocer la verdad del significado o la imagen de *herse* dado la falta de claridad en las fuentes, pero a través de la comparación entre batallas y con el respaldo del método deductivo –ciencias naturales–, era posible llegar a una verdad a partir de la especulación, pues si desde las campañas de Eduardo I y hasta Enrique V se

realizó el mismo procedimiento con los mismos resultados, era lógico que en el periodo de Eduardo III se guardaran ciertas similitudes que permitieran concluir en un mismo sistema táctico. Sin duda, era una prueba del marco positivo y científico que definía la visión de la historia para estos autores.

El tercer hito en la construcción de la batalla se desarrolló exclusivamente en la revista científica *The English Historical Review*, sólo que esta vez se alejó de la discusión de la formación de arqueros, para adentrarse en el significado de la batalla: su valor como objeto de estudio. Si el significado que hasta entonces había alcanzado la batalla de Crécy era haber sido la primera en que se exportó con éxito el modelo de arquería a Francia, y con ello, ser la batalla más importante de la primera fase de la Guerra de los Cien Años –además de ser la que puso en el mapa militar a Inglaterra–, ¿qué pasaría si se probara que Crécy no fue la primera batalla donde triunfó el arco largo fuera de Gran Bretaña? Así comenzó una pequeña problemática de un sólo hombre –T.F. Tout–, quien intentó romper el paradigma que reinaba en la historiografía sobre el arte de la guerra medieval a partir de la exageración en importancia de un pequeño conflicto, la batalla de Morlaix.<sup>7</sup> Aunque en realidad nadie le hizo caso a su propuesta y los pocos artículos que sacó no afectaron de ninguna forma el significado global de la batalla. Aun así, valió la pena marcarlo como una referencia de que, aunque existiera una línea argumental importante en la cual se articularon los estudios sobre la batalla de Crécy, se dio el caso en que algunos trabajos buscaron su metodología o su tema de discusión más allá de las imperantes en su tiempo y espacio.

Posteriormente llegó un cuarto momento constructivo de la batalla, en el cual se mezclaron los engranajes discursivos con los significados heredados a la historiografía. La batalla, desde poco antes de la Primera Guerra Mundial y hasta la Segunda Guerra, dejó de ser relevante para la historiografía del arte de la guerra, pues dejaron de producirse textos novedosos respecto a la problemática de los arqueros y su formación; por lo que únicamente sobrevivió el viejo significado que Charles Oman le dio a la campaña de Eduardo III: una “aventura peligrosa”. La explicación de ello puede encontrarse en dos elementos: por un lado, el impacto de la Gran Guerra y la preocupación de las nuevas generaciones de historiadores

---

<sup>7</sup> T.F. Tout, "The Tactics of the Battles of Boroughbridge and Morlaix", *The English Historical Review*, v. 19, n. 76, octubre, 1904, pp. 711-715.

por monopolizar las explicaciones de la guerra –tal como ocurriera durante el siglo XIX en relación a las guerras napoleónicas–, por lo que el interés por los conflictos medievales volvió a decaer entre el gremio de historiadores –con excepción de los autores de las generaciones de la preguerra, como Charles Oman–. En otro extremo, el conocimiento más importante sobre la batalla –el significado de *herse*– se había construido a partir de las discusiones en las revistas científicas, pero con la llegada de la guerra, estos temas dejaron de abordarse en la historiografía, lo que en cierto modo, significó el cierre de dicho debate. Además, cuando los resultados eran publicados en obras con objetivos mucho más difusivos, por ejemplo, los libros que integraban los debates en un lenguaje mucho más accesible al público en general, la visión de la batalla apareció como algo ya definido; mientras la estrategia medieval, el aspecto que era más rechazado por los historiadores, sobrevivió al paso del tiempo debido a la interpretación homogénea que le dieron los investigadores, lo que le permitió a la idea de una “aventura peligrosa”, sobrevivir en la historiografía durante casi cien años.

Por lo tanto, los nexos constructivos de la batalla desde 1885 a 1945 fueron: un marco contextual dado por la paz victoriana, un pensamiento historiográfico que regía parte de sus interpretaciones de los conflictos bélicos –idea de progreso y del positivismo científico inglés que se reflejaban en la búsqueda de la “verdad” respecto a la formación de arqueros–, mismos temas de investigación, su apropiación de los manuales militares –los cuales utilizaron para definir la estrategia de Eduardo III y el arte de la guerra medieval– y, finalmente, la importancia de las instituciones para el desarrollo del conocimiento –las universidades junto con las escuelas que se articulaban en torno ciertos autores y las revistas científicas como el terreno en que se construía gran parte del conocimiento.

Finalmente, ¿qué significado adquirió la construcción de la batalla en esta época? Al principio de las conclusiones se habló de los significados y sus nexos constructivos en torno a los intelectuales y el Estado. En este primer momento, las primeras generaciones de historiadores consolidados desde las universidades más importantes de Inglaterra, Oxford y Cambridge, buscaron alejarse en gran medida de los discursos meramente nacionalistas, para discernir significados más propensos a las ideas del conocimiento científico y la búsqueda de la verdad, pero sin perder de vista el valor político que a fin de cuentas tenía su quehacer. De esta forma, el significado que adquirió la batalla de Crécy fue haber sido la primera batalla

importante de la Guerra de los Cien Años, al mismo tiempo que adquiriría un valor historiable para conocer exactamente qué ocurrió.

ΦΦΦ

El segundo epígrafe incluido en este trabajo, hizo referencia a uno de los grandes maestros de la historiografía mexicana, Álvaro Matute: “La historia, dicen muchos, es cambio, la historia, dicen otros, es permanencia. En realidad no es que uno sea ecléctico, es que a fuerzas tiene uno que convenir en que la historia es cambio y permanencia”. Aquella frase que el doctor dijera en un curso sobre la historiografía en 2010, puede ejemplificar correctamente las transformaciones históricas. ¿Qué cambió y qué se mantuvo en la construcción de la batalla de Crécy después de la Segunda Guerra Mundial?

En primer lugar, los viejos modelos sobre el estudio del arte de la guerra en la historia que se articulaban en torno al pensamiento militar de Clausewitz y Jomini fueron sustituidos progresivamente desde el periodo de entreguerras y, para el final de la Segunda Guerra Mundial, habían sido sustituidos por una visión del conflicto en la que la población civil era considerada un blanco potencial para alcanzar los objetivos bélicos. Este modo de entender la guerra y la forma tan metódica en que fue llevada a la práctica durante la Guerra Mundial, afectó indudablemente la forma en que los historiadores militares –ya consolidados como tales– interpretaron y construyeron sus historias.

El cambio más importante respecto a esta construcción fue la interpretación de la campaña de Eduardo III de una “aventura peligrosa” a una visión mucho más contextualizada de los acontecimientos. Era claro que la violencia fue un factor importante durante la marcha por Normandía, precisamente porque el rey inglés sabía que la población civil era un elemento para debilitar a su enemigo: era momento de estudiar la guerra a partir de los no combatientes.

Ello no hubiese sido posible sin la influencia tanto del contexto histórico –La Segunda Guerra y la Guerra de Vietnam–, como del historiográfico –el marxismo británico a partir de una perspectiva cultural– y la renovación de la historia militar en función del impacto que tuvieron los conflictos militares en la sociedad. De esta forma, la investigación medieval

gozó de importantes trabajos dedicados a los no combatientes y su participación en la guerra, tanto directa como indirectamente. Especialmente se trabajó el periodo de la Guerra de los Cien Años y la organización de la guerra durante el reinado de Eduardo III, del cual se desprendieron estudios –los de Hewitt– sobre la obtención de recursos económicos para sostener una guerra, el reclutamiento en sus diferentes matices, el armamento, la extracción de alimento, la defensa del reino con ayuda de los civiles, entre muchos otros temas. En este sentido, la construcción de la batalla versó en torno a todos los elementos de fondo que permitían mantener la complejidad de la guerra, de forma diferente a la visión decimonónica y positivista, que prestaba mayor atención a los grandes hombres de la historia, tanto comandantes como políticos, a costa de menospreciar el aparato social del que se desprendían para ganar los conflictos.

Posteriormente, el influjo historiográfico de los narrativistas tuvo un impacto importante en la forma de construir los hechos de la historia militar. Los diálogos entre el giro lingüístico y los historiadores transformaron la forma en que se describía la historia de batalla. De la llamada “pieza de batalla”, cuya narración estaba ligada en gran medida al positivismo<sup>8</sup> –con prominencia por la descripción de los altos mandos y la sucesión de los movimientos como si de un manual se tratase–, se pasó a una “historia de batalla” que guardaba una intensa relación con la antropología y la sociología, pues los protagonistas eran los soldados que se encontraban al fondo de la cadena de mando. Esto, sumado a la incapacidad inherente de saber “qué ocurrió realmente en el campo de batalla” –un alejamiento de fondo importante con la idea positiva de la búsqueda de la verdad.

Los historiadores que se dedicaron a estos temas desde los años sesenta ofrecieron trabajos que mezclaban tanto lo social como lo histórico en aras de una descripción que tuviese a la narración como un elemento de vital importancia. De tal forma que, al momento de construir sus historias, los académicos abordaron temas como: el papel de los soldados ante el enfrentamiento, la descripción de su accionar social antes –cultos, preparación–,

---

<sup>8</sup> En este caso, la narración de “pieza de batalla” se relaciona con el positivismo por la forma en que esta corriente adoptó la narrativa. Sin embargo, es menester aclarar que esta forma de construir los hechos bélicos es mucho más antigua al siglo XIX.

durante –su modo de proceder, incluso sus sentimientos– y después –saqueo, trato a los prisioneros, heridos– de la batalla.

Esta forma de construir la historia no se podía entender sin la crisis histórica de los años setenta, en la que los historiadores se habían alejado de sus vínculos con la sociedad con miras a una historia exageradamente científica, lo que implicaba que muchas de estos historiadores y sus trabajos perdieran su importancia social, por lo que sus nexos constructivos estuvieron mucho más apegados con las academias universitarias y la superespecialización. Por otro lado, a raíz de que se estrecharon los vínculos con la antropología, las ciencias sociales y la literatura, se modificaron los significados de la batalla, y más que buscar una historia enteramente científica sin una razón más allá de ser la acumulación del conocimiento, se pasó a una historia con valor social que tuviese una verdadera utilidad entre las masas –prueba de ello fue el surgimiento de revistas de difusión de la historia muy importantes, como *History Today* en Inglaterra.

Ahora bien, no debe olvidarse que la historia militar guardó vínculos muy estrechos con las diferentes crisis históricas y la historiografía nacional de Inglaterra, pero siempre bajo sus propios argumentos y no de forma definitiva, pues la historia militar siempre se encontró a la periferia de las corrientes más influyentes de su tiempo, pues tenía su propia visión de la historia y los diferentes nexos constructivos que integraban a los académicos, los militares, los aficionados, los anticuarios y los políticos. En definitiva, la historia militar era un ente que versaba entre lo científico, lo social, lo político y lo comercial –ventas de biografías de grandes comandantes, historias de las batallas definitivas y de las grandes guerras–, pero con su propia metodología, simbolismos, dialectos y preocupaciones, las cuales, en muy pocas ocasiones pueden llegar a dialogar con las explicaciones historiográficas que dirigen la línea interpretativa nacional.

Prueba de ello fue el paradigma de la Revolución Militar, una teoría propia de la historia militar –aunque también de otras líneas de investigación marginales, como la historia de la ciencia– con una ligera influencia del materialismo histórico británico –el sentido de cambios y transformaciones drásticas sin duda fueron su mayor influencia–, que a mediados de los años cincuenta significó el paso definitivo hacia la historia de la guerra realmente

constituida como tal. Ella era el reflejo la experiencia armamentista de las dos guerras mundiales y del *boom* tecnológico que apareció tras ellas, pues su argumento de base que nunca cambió por más de cincuenta años fue la influencia de la tecnología en la guerra. Ya fuera que la visión de esta teoría cambiara hacia una perspectiva mucho más social o conceptual, el elemento que siempre permeó –en autores como Geoffrey Parker y Jeremy Black– fue el impacto de la tecnología en la guerra y cómo ésta significó su transformación.

En el caso concreto de la construcción de la batalla de Crécy, la influencia de la Revolución Militar no apareció sino hasta los años noventa, debido a que, por casi cuarenta años, esta teoría se dedicó al estudio del periodo posterior a la Edad Media, dado que fue el periodo donde supuestamente, se produjeron las transformaciones tecnológicas y militares que definieron el fin de una forma de hacer la guerra. Sin embargo, desde los años noventa la cronología de la Revolución Militar se había ampliado desde el Renacimiento hasta el periodo Napoleónico. El reto era llevar la cronología a los momentos anteriores al inicio de la Revolución: la Edad Media y, de hecho, Clifford Rogers así lo demostró al explicar que en el periodo de Eduardo III comenzaron las bases de la Revolución.

En este sentido, a principios de los años noventa, Crécy apareció una vez más como la batalla más importante de la Guerra de los Cien años, pero además, fue la batalla que inauguró una nueva forma de hacer la guerra, y sobre todo, la precursora de todos los cambios militares y tácticos que se aplicarían en el Renacimiento. De cierto modo, sin esa experiencia, hubiese sido difícil imaginar gran parte de los cambios estratégicos y tácticos que se presumían en el Renacimiento.

Ahora bien, hacia los años noventa la ciencia histórica llegó a un sin retorno y, una vez más, apareció otra crisis en la historia en el sentido de “qué hacer ahora”. Culturalistas, narrativistas y en general todas las corrientes enmarcadas en el posmodernismo, trataron de renovar una vez más la historia a partir de la importancia del texto mismo y de su contexto en la línea de producción.<sup>9</sup> Al mismo tiempo, los medievalistas observaron en su contexto histórico las primeras señales hacia una Unión Europea definitiva, que iba más allá de una “comunidad” o de tratados económicos individuales entre las naciones. No era lo mismo

---

<sup>9</sup> Aurell, *op.cit.*

relaciones entre Inglaterra y los demás países de Europa, que formar parte de una unión, por lo que los historiadores se dieron a la tarea de buscar, a través de sus historias sobre la Guerra de los Cien Años, un vínculo social que ayudara a explicar el contexto de su presente con el del pasado, como lo hicieron Jonathan Sumption, Christopher Allmand, Robin Neillands,<sup>10</sup> etc.

Así pues, el conflicto de Crécy se construyó a partir del significado, es decir, se alteraron los polos de los nexos constructivos: el significado ya existía, “la relación Inglaterra-Francia y la Unión Europea”, y su construcción se dio a partir de la difusión de la historia. Sin embargo, esto no significó que los trabajos y las bases interpretativas no se renovaran. Al contrario, comenzaron a utilizarse fuentes antes descartadas o recién descubiertas, como lo fueron *Acts of War*, cuyo contenido explicaba que la campaña de saqueo en Normandía se dio por la indisciplina del ejército de inglés, dado que el rey promulgó que todos los robos y violaciones estaban prohibidos y serían castigados. Además, fueron retomadas fuentes francesas antes poco trabajadas en Inglaterra, como la *Crónica Normanda* o *Grandes Crónicas de Francia*, entre otras. Todas ellas daban un aire de historias totales en función de la extensión, profundidad y uso de fuentes poco consideradas por los historiadores ingleses.



La construcción del conflicto de Crécy traspasó las fronteras –en gran medida, por la propia globalización– en la última década del siglo XX, y en Estados Unidos apareció una nueva visión de los acontecimientos desde la perspectiva estratégica de la campaña: Eduardo III había promovido la destrucción del territorio enemigo para obligar a su contrincante a luchar bajo sus propios términos. Mayoritariamente, esta conclusión llegó a partir, una vez más, de la comparación, pero no como en la primera mitad del XX que priorizaba las batallas y la táctica positiva, sino a partir de la campaña y la estrategia contextualizada de la Edad Media. De esta forma, el conflicto se construyó como una relación directa entre las guerras en

---

<sup>10</sup> Jonathan Sumption, *The Hundred Years War: Trial by Battle*, Londres, Faber and Faber, 1999, X-659 p., mapas; Christopher Allmand, *The Hundred Years War: England and France at War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, 288 p., mapas; Robin Neillands, *The Hundred Years War*, Londres, Taylor & Francis e-Library, 2003, XVI-310 p., ils., mapas.

Escocia y Francia, donde se desarrolló una estrategia en la que el monarca inglés obligaba a sus enemigos a enfrentarse con él en una batalla definitiva a partir de la devastación económica y política. Al mismo tiempo, como en ambas guerras existieron los mismos protagonistas, se comenzó a sugerir la idea de una evolución continua del aprendizaje militar del rey inglés.

En este caso, los argumentos versaron en torno a la estrategia, la comparación y el contexto. Esto último, permitió obtener una visión mucho más “realista” de los intereses que Eduardo III buscaba con sus campañas. De cierta forma, guardó una estrecha relación con la idea promovida por el giro historicista desde mediados de los años ochenta, en la cual se buscaba darle un mayor peso al contexto histórico para interpretar los hechos. Sin embargo, es menester tener en cuenta: como en toda la historia de la historiografía militar, la producción historiográfica “nacional” influye en la construcción de las historias militares, pero no es determinante para desarrollar las obras. Puede tener influencias, pero éstas no necesariamente tienen que ser explícitas o admitidas por los propios historiadores militares. Más bien, se optó por observar los manuales militares que se sabía habían sido utilizados por los comandantes medievales. Así pues, desde los años ochenta comenzó a contextualizarse la estrategia militar de Eduardo III, primero a partir del libro de Vegetio –*De Re Militari*–<sup>11</sup> después en relación con un aprendizaje que adquirió en sus campañas escocesas, con lo cual buscó desarrollar un nuevo sistema estratégico para ganar sus conflictos.

Ahora bien, en los primeros años del nuevo milenio, se produjeron obras sobre la relación estratégica mucho más cargada de significados sobre Crécy, cuya principal influencia fue la historiografía norteamericana, especialmente, los trabajos de Clifford Rogers. Especialmente, la obra editada por Maurice Keen *Historia de la guerra en la Edad Media*,<sup>12</sup> en la que el periodo dedicado a la Guerra de los Cien Años fue redactado por el historiador americano bajo propia perspectiva –mayor peso a la primera parte de la guerra y la estrategia de devastación de Eduardo III–; mientras en el libro de Anne Curry, *The*

---

<sup>11</sup> Si bien Vegetio no fue el único referente táctico-estratégico de los comandantes medievales, lo cierto fue que los autores trabajados en esta investigación, consideraron esta fuente como la más importante.

<sup>12</sup> Maurice Keen (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, 439 p., ils., mapas.

*Hundred Years War*<sup>13</sup> retomó los postulados de Rogers para construir la sección dedicada a la campaña y batalla de Crécy. La diferencia entre ambos trabajos se observó en los significados: en el primero las campañas inglesas del siglo XIV eran más importantes para el desarrollo del impacto social en la guerra, pero en el segundo, la autora consideró que la parte del conflicto anglo-francés que hacía referencia a los combates de Enrique V era la parte más importante de la Guerra de los Cien Años.

Aunque el terreno de los significados se dividía en dos posturas, hacia los primeros años del nuevo milenio aparecieron obras que intentaban renovar la construcción y los significados del conflicto a partir de dos objetivos muy concretos: equiparar en el plano de la historiografía de la Guerra de los Cien Años a la batalla de Crécy y Agincourt; y después, superar esta postura, para reinterpretar tanto la batalla como su contexto en el periodo de Eduardo III, de tal forma que quedara como uno de los más importantes reinados ingleses durante toda la Edad Media.

Para lograr sus objetivos, los nexos constructivos apelaron a dos elementos: una construcción de la batalla con base en la interpretación más actualizada pero como una mera especulación –lo que dejaba el debate abierto y al mismo tiempo hacía de la batalla algo “historiable”–, y a una reinterpretación de las fuentes en función de una nueva imagen de lo sucedido en la batalla. La primera en relación con el análisis “clásico” de las fuentes sobre el conflicto –Froissart, le Bel, entre otros– en el compendio de Andrew Ayton *The Battle of Crécy, 1346*, y la segunda, por medio de una confrontación de ese esquema a partir de los testimonios más inmediatos: las crónicas italianas –la *Crónica del Romano Anónimo* y Giovanni Villani–, en el trabajo de Richard Barber, *Edward III and the Triumph of England: the Battle of Crécy and the Company of the Garter* y la creación de una imagen de la batalla completamente diferente a como se había considerado hasta entonces. Por lo tanto, al final de todo este recorrido historiográfico quedaron en pie dos resultados con miras a las historias futuras: una apegada al significado de los hechos, esto es, ¿qué tan importante puede llegar a ser la batalla de Crécy y si es posible que sustituyera a Agincourt como la más famosa batalla medieval de Inglaterra?; la segunda con respecto a la construcción, ¿qué tan factible

---

<sup>13</sup> Anne Curry, *The Hundred Years' War 1337-1453*, Nueva York-Londres, Routledge Taylor & Francis e-Library, 2005, 118 p., ils., mapas.

es utilizar de base las crónicas italianas y si esta nueva imagen de la batalla es la que más apegada está a lo que probablemente ocurrió?

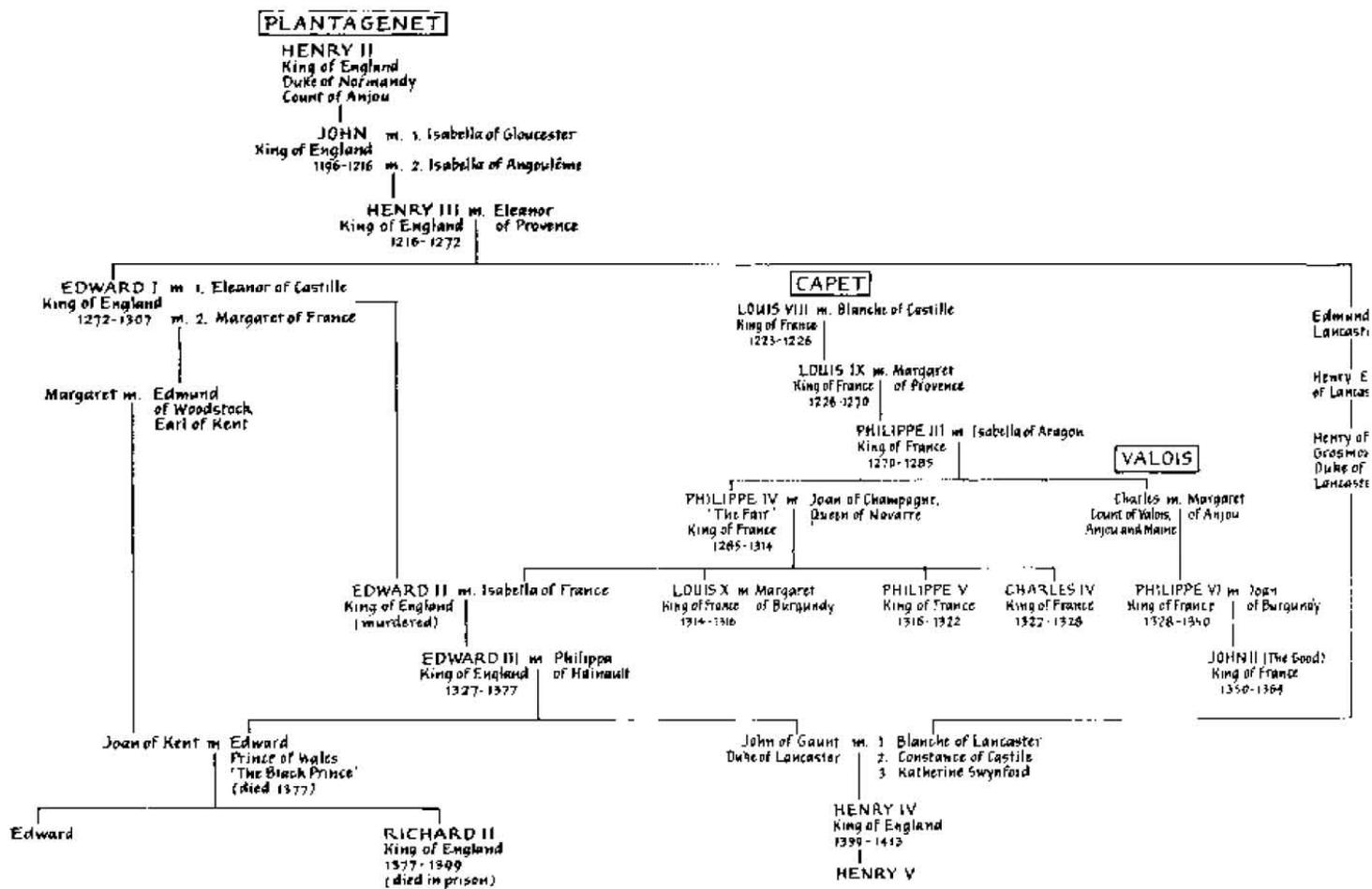
ΦΦΦ

Aquí termina esta investigación que buscó responder dos preguntas: cómo se construyó la batalla de Crécy y cuáles fueron sus diferentes significados a lo largo de más de cien años de producción historiográfica. Como toda investigación, ésta no puede jactarse de estar completa, pues una gran cantidad de obras no pudieron ser integradas dada su naturaleza contrastante con los objetivos del trabajo. Lo que abre la puerta a futuras investigaciones que busquen responder, por ejemplo, a las preguntas, cómo se construye la batalla desde la literatura, desde la cultura popular e incluso desde las academias militares. También puede proponerse un estudio comparativo: cómo se construyen Crécy, Poitiers y Agincourt, o qué tanto puede explicarse una batalla sin la otra, en los discursos históricos. También, por supuesto, qué es lo que hace que una fuente se convierta en la base interpretativa de todas las construcciones y a qué se debe su permanencia historiográfica.

Un mar de preguntas pueden desprenderse del hecho más simple, y a veces, los cuestionamientos que creemos son los más sencillos de resolver, son las que guardan en sí mismos una enorme complejidad. Una sola vida no es suficiente para responder a todas las preguntas que la mente humana día con día intenta responder. No queda más que rendirse a las pasiones que el corazón guarda en su espíritu.

## Anexo I. Líneas de sucesión inglesa y francesa

Imagen 2. Líneas genealógicas de los Plantagenet, Capetos y Valois.



## **Anexo II. Batallas y protagonistas históricos**

### Batallas

-Bannockburn, 23 y 24 de junio de 1314.

Se enfrentaron Eduardo II de Inglaterra y Robert Bruce de Escocia, cuyo resultado de la derrota inglesa fue una momentánea independencia escocesa.

-Courtrai, 11 de julio de 1302

Se enfrentó una fuerza de caballería francesa a un importante destacamento de infantería flamenco compuesto por ciudadanos de Gante, Ypres y Brujas. Estos últimos, armados con lanzas, picas, ballestas, arcos y *goedendags*, derrotaron al ejército francés.

-Dupplin Moor, 12 de agosto de 1332.

Victoria de Eduardo Balliol y los desheredados de las tierras bajas contra los escoceses de Donald, conde de Mar, regidos por David II. El sitio de la batalla se dio cerca de la rivera de Earn al sur de Perth. Eduardo III apoyó a Balliol, quien tomó una posición defensiva con hombres de armas desmontados y probablemente arqueros a los flancos. Los piqueros escoceses detuvieron un primer ataque inglés, pero sufrieron más bajas gracias a los arqueros. Mar fue asesinado y Balliol se convirtió en rey de Escocia. (Bradbury, *Medieval Warfare...*)

-Halidon Hill, 19 de julio de 1333.

En ella se enfrentó Eduardo III contra los escoceses comandados por Archibald Douglas. Edward Balliol fue hecho rey de Escocia gracias a la victoria del rey inglés, producto de la táctica que combinaba a los arqueros con hombres de armas desmontados.

-Morlaix, 30 de septiembre de 1342.

Northampton desplegó un ejército muy parecido en lo táctico al que cuatro años triunfará en Crécy. Por eso, hay quienes encuentran el antecedente directo de la batalla de Crécy con Morlaix

## Índice onomástico

-Carlos II, conde de Alençon (1297-1346).

Hermano del rey Felipe VI y uno de sus principales comandantes en batalla. Junto con Juan de Bohemia, comandó la primera batalla de caballería que enfrentó a los ingleses en Crécy. Algunos autores lo consideran la persona que incitó a la caballería a lanzarse sobre los ballesteros para después caer en la trampa de los arqueros ingleses. Otros consideran que fue su hermano Felipe. Murió en la batalla.

-Carlos IV, sacro emperador romano, rey de los romanos (1316-1378).

Hijo del rey Juan I de Bohemia, pasó gran parte de su vida en Francia. Tras la muerte de su padre, fue nombrado rey de Bohemia y de los Romanos a petición del Papa Clemente VI. Tras su muerte, fue sucedido por su hijo Wenceslao.

-Eduardo III Plantagenet, rey de Inglaterra (1312-1377).

Rey desde 1327 tras el derrocamiento de su padre Eduardo II, promovido por su propia madre Isabel de Francia en confabulación con su amante Roger Mortimer. Se casó con Felipa de Hainault. Tras algunas derrotas militares y políticas en sus primeros años de gobierno, desde su victoria en Halidon Hill contra los escoceses, comenzó a construir una exitosa carrera como comandante y rey de Inglaterra. Fue el monarca que comenzó la Guerra de los Cien Años. Triunfó en Crécy y Calais en 1346-7; después en Poitiers en 1356 cuando la expedición de su hijo, Eduardo de Woodstock, derrotara a la nobleza guerrera francesa; obtuvo el triunfo más importante de la primera fase de la guerra con la firma del Tratado de Brétigny –se declara la paz, pero Francia cede Aquitania a Inglaterra– en 1360. Murió el 21 de junio y fue sucedido por su nieto, el hijo de Eduardo, Ricardo II.

-Eduardo de Woodstock, Príncipe de Gales conocido como el Príncipe Negro (1330-1376).

Como parte de la tradición inglesa, fue nombrado Príncipe de Gales desde 1343, título que sólo los herederos directos de la corona inglesa podían portar. Hijo del rey Eduardo III y Felipa de Hainault, combatió con su padre en la batalla de Crécy, por lo que fue nombrado caballero de la Orden de la Liga, y en 1356 dirigió el ejército real durante la derrota francesa

en Poitiers. Murió el 8 de junio por hidropesía tras una vida de aventuras. Le sucedió su hijo Ricardo II, Aún se debate si realmente utilizaba una armadura negra o no.

-Juan I de Luxemburgo, rey “ciego” de Bohemia (1296-1346).

Hijo del Emperador Enrique VII, fue rey de Bohemia y conde de Luxemburgo. Fue el aliado principal de Felipe VI durante la invasión inglesa de 1346. Se dice que una enfermedad de cataratas que poco a poco lo dejó ciego. Murió durante la batalla de Crécy, en la que se dice, a pesar de su ceguera, le pidió a su escolta que lo encaminara en un lance contra los ingleses.

-Luis I, conde de Flandes (1304-1346).

Tras la muerte de su padre Luis de Neveres en 1322, buscó ser reconocido como conde de Flandes, pero no sería hasta después de un encierro que sería reconocido como conde de Flandes. Tras la llegada de Eduardo III a Flandes, Luis fue expulsado, lo que lo obligó a ponerse al servicio de Felipe VI. Murió en la batalla de Crécy.

-William de Bohum, primer conde de Northampton (*ca.* 1312-1360).

Uno de los comandantes más leales a Eduardo III. En 1337 fue nombrado conde de Northampton por el rey Eduardo y miembro de la Compañía de la Liga por su servicio en Crécy. También luchó en las guerras escocesas, en las primeras invasiones a Bretaña y derrotó a los franceses en Morlaix en 1342.

### Anexo III. Arcos y ballestas

Armas:

-Arco Largo

Considerada como "la gran arma inglesa" –no sólo en la Edad Media, sino también en tiempos modernos–, el arco largo ha sobrevivido al tiempo y al uso de las armas de fuego. Quizá esta idea surgió en las guerras de los tres eduardos, cuando el arco largo se convirtió en un arma indispensable para los ejércitos ingleses durante sus guerras medievales. A diferencia de los arcos cortos, permitía tiros más largos y certeros en batalla, gracias a que su longitud podía llegar a medir hasta 2 metros.

Eran efectivos contra la caballería si se usaban en masa, como en Crécy y Poitiers, pues una lluvia de flechas podía desmontar a los jinetes, entrar por los huecos de sus armaduras, barrer a los caballos o al menos ahuyentarlos.

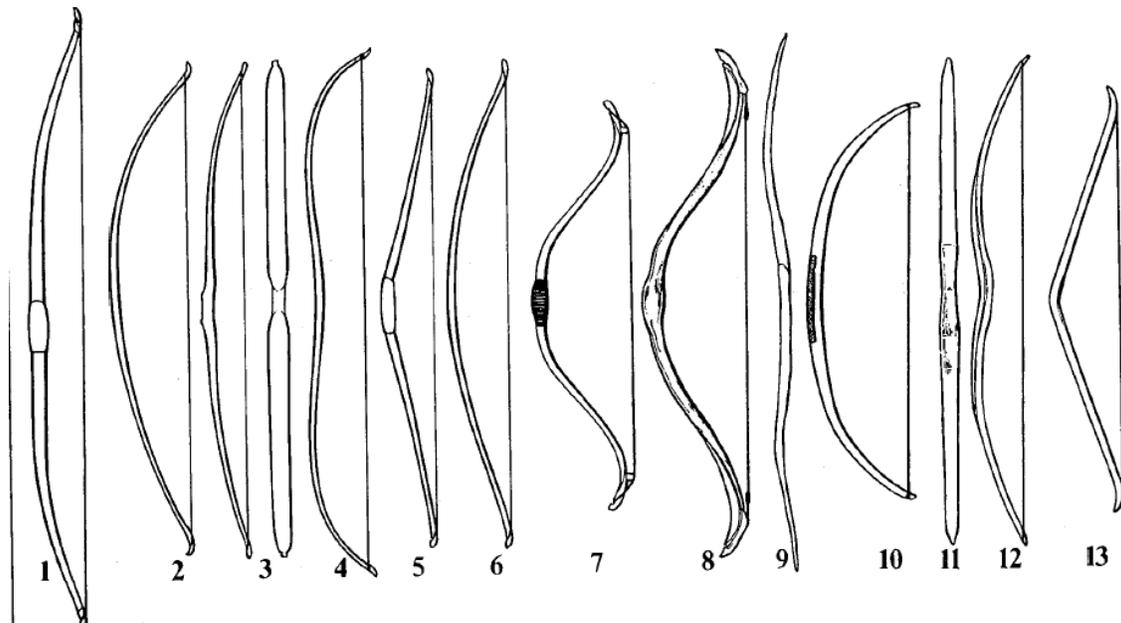
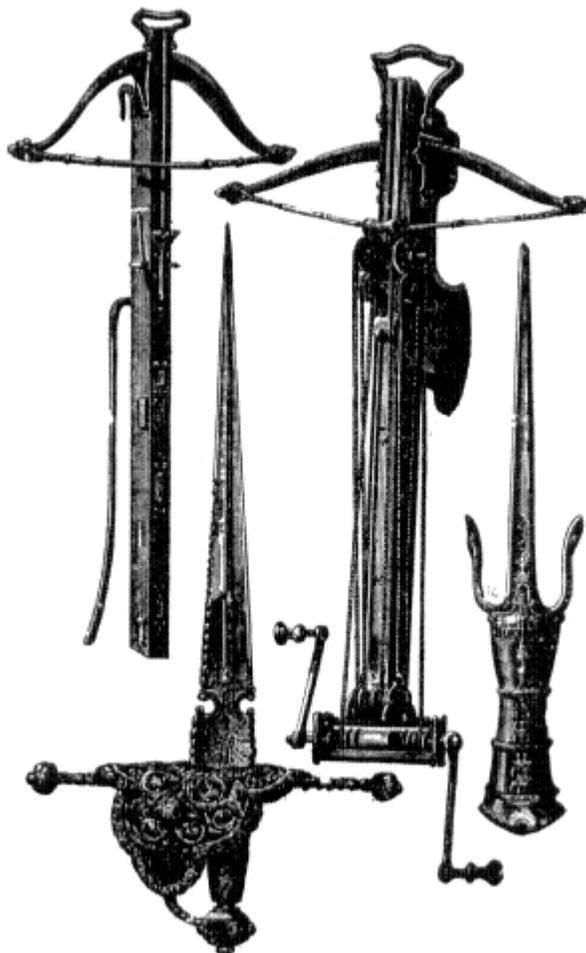


Imagen 3. Distintos tipos de arcos: 1- arco largo (utilizado en la batalla de Crécy); 2- arco asimétrico; 3- arco plano Holmegaard; 4- egipcio doblemente convexo; 5- unido angularmente; 6- arco simple segmentado; 7- chino, 8- tuco; 9- siberiano; 10- hurrite; 11 y 12- hitita; 13- angular asirio.

## -Ballesta

La ballesta era la versión mecanizada del arco corto. Tenía más alcance que los arcos genéricos y era especialmente utilizada en las guerras de sitio y naval. En las batallas campales, era difícil que compitiera con el arco largo en alcance. Sin embargo, podía llegar a generar una gran potencia a distancias cortas, con capacidad incluso de atravesar la mayoría de las armaduras del siglo XIV. Las que se utilizaron en la batalla de Crécy estaban construidas con madera y cuerno, por lo que es posible que no hubiera ballestas revestidas con metal como las que había en el siglo XV.



*Imagen 4. Dos ballestas y dos dagas de finales de la Edad Media. A la izquierda, una ballesta simple; a la derecha, una ballesta con sistema de poleas para poder tensar la cuerda. La ballesta de la izquierda sería la que mejor ejemplificaría la utilizada en Crécy en 1346.*

#### **Anexo IV. Entrevista**

Entrevista realizada al Dr. Clifford Rogers, profesor en la Academia Militar de West Point, por medio de correo electrónico el 23 de julio de 2015 y respondida el 20 de agosto de 2015.

-When and why came up your interest in the Middle Age?

>> (no respondida).

-Which were the difficulties of studying Middle Age from USA?

>>For the sort of history I do it has not been a problem. I use mostly published sources, supplemented by archival material (rather than using mainly archival material). I was able to do archival research for my book on Edward III during a Fulbright year in London, and have been able to take short trips to England and France during the summers with financial support from West Point.

-How has your career as a professor at West Point, and what you thing is the value of the study of medieval warfare in the Army?

>>Teaching at West Point has been a pleasure. Studying military history is very beneficial to officers because it helps them understand and gain wisdom about warfare through vicarious experience. It is much better for them to become as wise as possible by studying history than to gain wisdom "on the job," since it costs no blood to learn from other people's mistakes. But it is important to study a broad chronological range in order to understand the range of human possibilities. Also, the study of medieval history (not just medieval military history) is very valuable for future officers because medieval historians, like commanders in combat, have to know how to make the most of limited and contradictory information.

For my part, teaching the full chronological range has helped me better understand warfare in the Middle Ages. For example, I taught a course on "War and Its Theorists." Developing a strong understanding of the writings of Clausewitz, Sun Tzu, and Ardant du Picq really helped me understand the dynamics of offense vs. defense and the importance of morale, for example.

-You are editor of the Journal of Medieval Military History, How this project began and what is the future of it?

>>It was begun by Bernie (Bernard S. Bachrach), with me as Associate Editor to help with the workload. Its future is to keep presenting excellent medieval military history of broad geographic and chronological scope. It helps to internationalize our sub-discipline and I think is quite valuable because there is enough similarity in medieval warfare across that whole scope that for example a historian of the Hundred Years War can benefit and gain insight from a study of archery in the First Crusade, or of fifteenth-century warfare in Greece, for example.

- What you think is the importance of the study of medieval warfare, both in academia and beyond, also, how necessary it is for the average American to know these topics?

>>It isn't necessary for the average American to know anything much about medieval warfare, or indeed medieval history generally. Nonetheless, it is at least useful for citizens to understand the foundations of where our political institutions in particular came from. The modern democratic tradition really begins in fourteenth-century England and largely because of the Hundred Years War.

-From your own point of view, what is the future of the military history of the Middle Ages?

>>Our field seems to be thriving. The historiography has long been especially strong in English, French, Spanish, and Crusade studies. We are now getting more good work done on Central and Eastern Europe, which supports the cross-fertilization I mentioned already. Also the medieval military history of Iberia is not only flourishing in its own right, it is becoming increasingly better integrated with the broader field. Actually that is true in general: we are less nationally-focused than we used to be, and getting better all the time.

## Bibliografía

- Allmand, Christopher, "Armas nuevas, tácticas nuevas", en Geoffrey Parker (ed), *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010, pp. 91-106, mapas.
- Allmand, Christopher, *The De Re Militari of Vegetius The Reception, Transmission and Legacy of a Roman Text in the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, 399 p.
- Allmand, Christopher, *The Hundred Years War: England and France at War*, Cambridge, Cambridge University Pres, 1988, 288 p., mapas
- Aurell, Jaume, *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, 254 p.
- Ayton, Andrew, "Armas, armaduras y caballos", en *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, pp. 239-267.
- Ayton, Andrew y Sir Philip Preston Bart (eds.), *The Battle of Crécy, 1346*, Woodbridge, The Boydell Press, 2005, XI-390 p., ils.
- Ayton, Andrew, "The English Army and the Normandy Campaign 1346", en David Bates y Anne Curry (eds.), *England and Normandy in the Middle Ages*, Londres, The Hambledon Press, 1994, 253 p.
- Barber, Richard, "Edward III and the Battle of Crécy", *History Today*, Londres, n. 63, octubre 2013, pp. 33-38, ils.
- Barber, Richard, *Edward III and the Triumph of England: the Battle of Crécy and the Company of the Garter*, Londres, Penguin Global, 2014, 672 p., ils.
- Bennett, Matthew, (et all), *Fighting Thechniques of the Medieval World*, Nueva York, St. Martin's Press, 2006, 256 p., ils., mapas.

- Black, Jeremy, *European Warfare, 1660-1815*, Londres, Taylor & Francis e-Library, 2003, p.
- Black, Jeremy, *Rethinking Military History*, Nueva York, Routledge, Taylor and Francis Group, 2004, XIII-257 p.
- Bowyer, Richard, *Dictionary of Military Terms*, 3a ed., Londres, A&C Black, 2007, 279 p.
- Bradbury, Jim, *The Routledge Companion to Medieval Warfare*, Londres-Nueva York, Routledge, Taylor and Francis Group, 2004, 413 p., ils., mapas.
- Bruun, Geoffrey, *La Europa del siglo XIX (1815-1914)*, trad. Francisco González Aramburo, 12a reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, 250 p.
- Burrow, John, *Historia de las historias, de Heródoto al siglo XX*, trad. Ferran Meler Ortí, Barcelona, Crítica, 2009, 654 p.
- Clausewitz, Carl Von, *De la Guerra*, Madrid, La esfera de los libros, 2014, 740 p., mapas.
- Collingwood, R.G., *Idea de la historia*, trad. Edmundo O'Gorman, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2011, 610 p.
- Curry, Anne, *The Hundred Years' War 1337-1453*, Nueva York-Londres, Routledge Taylor & Francis e-Library, 2005, 118 p., ils., mapas.
- Espino López, Antonio, "La historia militar. Entre la renovación y la tradición", *Manuscrits*, n. 11, enero 1993, pp. 215-242.
- DeVries, Kelly, *A cumulative Bibliography of Medieval Military History and Technology*, Brill, die Deutsche Bibliothek, 2002, 1110 p.
- Dober, Franck, "Back to the Woods at Morlaix", *Military History*, v.22, n.9, diciembre , 2005, pp. 44-48.
- Flori, Jean, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, trad. Godofredo González, Barcelona, Paidós, 2001, 270 p.

-Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Nueva York, The Free Press, 1992, 418 p.

-George, Hereford, "The Archers at Crécy", *The English Historical Review*, Oxford University Press, v.10, n.40, octubre 1895, pp. 733-738.

-George, Hereford, *Battles of English History*, London, Methuen & Co., 1895, 334 p., mapas.

-Grafton, Anthony, *The Footnote. A curious History*, Massachusetts, Harvard University Press, 1999, 241 p.

Hardy, Robert, *Longbow, a Social and Military History*, 4<sup>a</sup> ed., Sparkford, Haynes Publishing, 2010, 244 p., ils.

-Hartt, Liddell *La estrategia de aproximación indirecta (las guerras decisivas de la historia)*, Barcelona, Atalaya, s/f., 377 p., mapas.

-Headrick, Daniel, *El poder y el imperio, la tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*, trad. Juanmari Madariaga, Barcelona, Crítica, 2011, 464 p.

-Hewitt, H.J. "The Organisation of War," en Clifford Rogers, *The Wars of Edward III, Sources and interpretations*, Woodbridge, The Boydell Press, 1999, 384 p., ils., mapas.

-Henninger, Laurent, "La nouvelle hitorire-bataille", *Espaces Temps*, Un objet pour les sciences sociales, 1999, pp. 35-46.

-Jomini, Antoine-Henri, *The Art of War*, Kingston, Legacy Books Press, 2009, XXXVI-330 p., mapas.

-Jones, Michael, "The last Capetians and early Valois kings, 1314-1", en *The New Cambridge Medieval History*, v. VI, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 388-421.

-Jones, Michael, *The New Cambridge Medieval History*, v. VI, Cambridge, Cambridge University Press, 2000 p., ils., mapas.

-Judt, Tony, *Postguerra, una historia de Europa desde 1945*, trad. Jesús Cuéllar, Madrid, Taurus, 2011, 1212 p., ils.

-Keegan, John, *El rostro de la batalla*, trad. Juan Narro Romero, Madrid, Turner Noema, 2013, 380 p., mapas.

-Keen, Maurice, "Chivalry and the aristocracy", en *The New Cambridge Medieval History*, v. VI, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 209-221.

-Keen, Maurice (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, trad. Asunción Rodríguez Guzmán, Océano, 2005, 439 p., ils., mapas.

-Kelley, Donald, *Frontiers of History, Historical inquiry in the Twentieth Century*, Londres, Yale University Press, 2006, 298 p.

-Kleinschmidt, Harald, *Comprender la Edad Media*, trad. de Lourdes Ortiz, México, Siglo XXI, 2009, 462 p., ils.

-Lacombe, Paul, *Arms and armour in Antiquity and the Middle Ages*, trad. Charles Boutell, Conshohchken, Penn: Combined, 1996, ils.

-Lloyd, E. M., "The 'Herse' of Archers at Crecy", *The English Historical Review*, v. 10, n. 39, julio 1895, pp. 538-541.

-Lowe, Norman, *Guía ilustrada de la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 1104 p., ils., mapas.

-Lynn, John A., *Giant of the Grand Siècle, the French Army, 1610-1717*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997, XX-651 p.

-Mallett, Michael, "Mercenarios", en *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, pp. 269-294.

-McNeill, William H., *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde 1000 d.C.*, trad. René Palacios More, México, Siglo XXI, 1989, 450 p.

-Morris, J. E., "The Archers at Crécy", *The English Historical Review*, Oxford University Press, v. 12, n.47, julio 1897, pp. 427-436.

- Murray, William A., "El mundo en conflicto", en *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010, pp. 315-338.
- Neillands, Robin, *The Hundred Years War*, Londres, Taylor & Francis e-Library, 2003, XVI-310 p., ils., mapas.
- Oman, C.W.C, *The Art of War in the Middle Ages*, Oxford, Horace Hart, 1885, 134 p., mapas.
- Oman, C.W.C, *The Hundred Years' War*, Londres, The Oxford Manual of English History, 1898, 168 p.
- Oman, C.W.C, *A History of the Art of War*, v. II, Londres, Methuen & Co., 1898, 667 p, ils., mapas.
- Ormrod, W. Mark, "England: Eduard II and Edaurd III", en *The New Cambridge Medieval History*, v. VI, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 273-296.
- Parker, Geoffrey, "El mundo de la posguerra", en *Historia de la Guerra*, Madrid, Ediciones Akal, 2010, pp. 363-422.
- Parker, Geoffrey (ed.), *Historia de la Guerra*, trad. José Luis Gil Aristu, Madrid, Ediciones Akal, 2010, 544 p., mapas.
- Parker, Geoffrey, "The Military 'Revolution,' 1560-1660--a Mith?", *The Journal of Modern History*, v. 48, n. 2, enero 1976, pp. 195-196.
- Parker, Geoffrey, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988, 216 p., ils., mapas.
- Payne-Gallwey, Ralph, *The Book of the Crossbow*, Nueva York, Dober Publications, INC, 1995, 328 p., ils.
- Perroy, Edouard, *La Guerra de los Cien Años*, trad. Francisco Javier Faci, Madrid, Akal, 1982, 332 p.

- Ríos, Martín, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Marcial Pons Historia, 2011, 352 p.
- Rogers, Clifford, "The Military Revolution of the Hundred Years War", *The Journal of Military History*, v. 57, n.2, abril 1993, pp. 241-278.
- Rogers, Clifford, "El periodo de la Guerra de los Cien Años", en *Historia de la guerra en la Edad Media*, México, Océano, 2005, pp. 179-208.
- Rogers, Clifford, "Edward III and the Dialectics of Strategy, 1327-1360: The Alexander Prize Essay", *Transactions of the Royal Historical Society*, 6ª serie, v. 4, 1994, pp. 83-102.
- Rogers, Clifford, *The Wars of Edward III, Sources and interpretations*, Woodbridge, The Boydell Press, 1999, 384 p., ils., mapas.
- Rogers, Clifford, *Werre cruelle and sharpe: English Strategy under Edward III, 1327-1347*, tesis de doctorado por Ohio State University, con el comité de disertación, John F. Guilmartin, Williamson Murray, Franlin J. Pegues, 1994, 459 p., mapas.
- Sánchez Marcos, Fernando, *Las huellas del futuro: historiografía y cultura histórica en el siglo XX*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2012, 230 p.
- Spier, Fred. *El lugar del hombre en el cosmos, la Gran Historia y el futuro de la humanidad*, trad. Tomás Fernández Aúz, Barcelona, Crítica, 2011, 552 p., ils.
- Sumption, Jonathan, *The Hundred Years War: Trial by Battle*, Londres, Faber and Faber, 1999, X-659 p., mapas.
- Tout, T.F., "The Tactics of the Battles of Boroughbridge and Morlaix", *The English Historical Review*, v. 19, n. 76, oct. 1904, pp. 711-715.
- Urdanoz, Teófilo, *Historia de la filosofía*, t. V, 3ª ed., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000, 666 p.

-Usher, George, *Dictionary of British Military History*, 2a ed., Londres, A&C Black, 2006, 282 p.

-Viard, Jules, *La campagne de Juliet et la bataille de Crécy*, París, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1926, 84 p.

Reseñas y páginas web.

-J.L.M., "Rev. Hereford Brooke George", *The Geographical Journal*, v. 37, n.3, marzo 1911, pp. 325-326.

-Todd, Frederick P., "Noted Historian Dies: Sir Charles Oman, 1860-1946", *Military Affairs*, v. 10, n. 4, invierno, 1946, pp. 47-48.

-*The Times*, n. 42931, Martes 17 de Enero, 1922, p. 12 (obituario del Coronel E.M. Lloyd).  
[http://en.wikisource.org/wiki/The\\_Times/1922/Obituary/Ernest\\_Marsh\\_Lloyd](http://en.wikisource.org/wiki/The_Times/1922/Obituary/Ernest_Marsh_Lloyd), (consultado 02/marzo/2015).

-A word and whisky with Robert Hardy, reseña biográfica sobre el autor Robert Hardy.  
<http://oxfordstudent.com/2011/05/19/a-word-whisky-with-robert-hardy/>, (consultado 16/04/2015)

<http://www.denstoredanske.dk/DanskBografiskLeksikon/Landbrugskovbrugoggartneri/Godsejer/GregersAhlefeldt-Laurvig-Bille>, (consultado 21/04/2015).

-Medieval Society Roving Marks, sobre la Sociedad Medieval de Inglaterra.  
<http://www.archers-review.com/magazine-articles/april-2010-medieval-society-roving-marks>, (consultado 21/04/2015).

-Obituario sobre Robin Neilands.  
<http://www.theguardian.com/news/2006/apr/06/guardianobituaries.booksobituaries>, (consultado 02/05/14).

-Obituario sobre Robin Neilands.  
<http://www.telegraph.co.uk/news/obituaries/1514723/Robin-Neillands.html>, (consultado 02/05/14).

-Jonathan Sumption: *Donnish but deadly*, reseña biográfica de Jonathan Sumption.

<http://www.independent.co.uk/news/people/profiles/jonathan-sumption-donnish-but-deadly-2370949.html>, (consultado 22/05/2015).

-<http://www.amazon.es/Equality-Sir-Keith-Joseph/dp/0719536510>, (consultado 22/05/2015).

-Universidad de Southampton. Reseña académica de la profesora Anne Curry. <http://web.archive.org/web/20081207024602/http://www.southampton.ac.uk/history/profiles/curry.html> (consultado 19/06/2015).

-Universidad de Southampton. Reseña académica de la profesora Anne Curry. <http://www.southampton.ac.uk/history/about/staff/aec.page> (consultado 19/06/2015).

-Segundo Concilio de Letrán, 1139.

<http://www.legionofmarytidewater.com/faith/ECUM10.HTM> (consultado 28/06/2015).

-Página web de la sociedad Battlefield Trust.

<http://www.battlefieldstrust.com/default.asp> (consultado 26/07/2014).

-Sociedad de Anticuarios de Londres. <https://www.sal.org.uk/> (consultado 26/07/2014).

-Sociedad Real de Literatura. <http://rsliterature.org/> (consultado 26/07/2014).

-Royal Historical Society. <http://royalhistsoc.org/> (consultado 26/07/2014).

-Hilaire Bloc, pequeña nota biográfica del autor. <https://yuzu.com/products/9a4a879d-69d7-4e66-9583-8495b8b8858e> (consultado 29/11/15).